A VUESTROS CUERPOS DISPERSOS
Philip J. Farmer



LIBROdot.com
http://www.librodot.com

CAPITULO I

Su esposa lo había aferrado entre sus brazos como si así pudiera mantenerlo apartado de la muerte.
El había gritado:
- ¡Dios mío, me muero!
La puerta de la habitación se había abierto, y había visto un gigantesco dromedario negro fuera, y había oído el tintineo de las campanillas de su arnés cuando el cálido viento del desierto las agitó. Luego, una gran faz blanca rematada por un gran turbante negro había aparecido en el vano de la puerta. El eunuco había atravesado la puerta, moviéndose como una nube, con una gigantesca cimitarra en su mano. La Muerte, el Destructor de los Placeres, el Igualador de la Sociedad, había llegado al fin.
Oscuridad. Nada. Ni siquiera supo que su corazón se había detenido para siempre. Nada.
Luego, sus ojos se abrieron. Su corazón estaba latiendo fuertemente. ¡Se sentía fuerte, muy fuerte! Todo el dolor de la gota de su pie, la agonía del hígado, la tortura de su corazón, todo había desaparecido.
Había un silencio tal que podía oír la sangre moviéndose en su cabeza. Estaba solo en un mundo sin sonidos.
Una brillante luz de idéntica intensidad lo llenaba todo. Podía ver, y sin embargo no comprendía lo que estaba viendo. ¿Qué eran esas cosas por encima, por el lado y por debajo de él? ¿Dónde estaba?
Trató de sentarse, y notó, atontado, una sensación de pánico. No había nada en qué sentarse, porque estaba suspendido en la nada. El intento lo lanzó dando una voltereta, muy lentamente, como si se hallara en un baño de melaza no muy viscosa. A treinta centímetros de las yemas de sus dedos se hallaba una barra de brillante metal rojo. La barra llegaba de arriba, del infinito, y descendía hacia el infinito. Trató de aferrarla porque era el objeto sólido más cercano, pero algo invisible resistía a su esfuerzo. Era como si las líneas de alguna fuerza estuvieran empujándole, repeliéndole.
Lentamente, giró sobre sí mismo en una cabriola. Luego, la resistencia lo detuvo con las yemas de sus dedos a unos quince centímetros de la barra. Extendió su cuerpo y se movió hacia adelante una fracción de centímetro. Al mismo tiempo, su cuerpo comenzó a girar sobre sí mismo alrededor de su eje longitudinal. Inhaló aire ruidosamente. Aunque sabía que no había donde aferrarse, no podía dejar de agitar los brazos con pánico, tratando de agarrarse a algo.
¿Estaba ahora cara «arriba» o cara «abajo»? Fuera cual fuese la dirección, estaba en la opuesta a la que miraba cuando se había despertado. Y no es que eso importase. «Por encima» de él y «por debajo» de él, la vista era la misma. Estaba suspendido en el espacio, y le impedía que cayese una crisálida invisible e intangible. A un metro ochenta «por debajo» de él se hallaba el cuerpo de una mujer con la tez muy pálida. Estaba desnuda, y desprovista totalmente de pelo. Parecía estar durmiendo. Sus ojos estaban cerrados, y sus senos se alzaban y descendían suavemente. Tenía las piernas juntas y muy rectas, y los brazos pegados al costado. Giraba lentamente como un pollo en un asador.
La misma fuerza que la hacía girar le estaba haciendo girar a él. Giró lentamente, apartándose de ella, y vio otros cuerpos desnudos y sin pelo, hombres, mujeres y niños, frente a él en silenciosas hileras girantes. Por encima de él se hallaba el cuerpo desnudo, sin cabello, y girante, de un negro.
Bajó la cabeza de forma que pudo ver su propio cuerpo. También él estaba desnudo y sin pelo. Su piel era suave, los músculos de su vientre eran firmes, y sus caderas revestidas de unos músculos fuertes y jóvenes. Las venas que antes sobresalieran como azules perforaciones de topo habían desaparecido. Ya no tenía el cuerpo de un debilitado y enfermo hombre de sesenta y nueve años que había estado muriendo tan solo un momento antes. Y el centenar o así de cicatrices se habían esfumado.

Se dio cuenta entonces de que no había viejos o mujeres entre los cuerpos que le rodeaban. Todos parecían tener unos veinticinco años de edad, aunque era difícil de terminar su edad exacta, dado que las cabezas y los pubis sin pelo hacían que al mismo tiempo pareciesen más jóvenes y más viejos.

Había fanfarroneado a menudo diciendo que no sabia lo que era el miedo. Ahora, el miedo le arrancó el grito que se formaba en su garganta. Su miedo le atenazó y ahogó la nueva vida que surgía en él.

Al principio se había sentido asombrado de seguir viviendo. Luego, su posición en el espacio y la disposición de lo que ahora le rodeaba había congelado sus sentidos. Estaba viendo y sintiendo a través de una gruesa ventana semiopaca. Tras unos pocos segundos, algo se rompió en su interior. Casi podía oírlo, como si la ventana se hubiera abierto repentinamente.

El mundo tomó una forma que podía aferrar, aunque no comprender. Sobre él, a ambos lados, por debajo, tan lejos como pudiera ver, flotaban cuerpos. Estaban dispuestos en hileras verticales y horizontales. Las hileras que iban de arriba a abajo estaban separadas por barras rojas, delgadas como palos de escoba, una de las cuales estaba situada a treinta centímetros de los pies de los durmientes y la otra a treinta centímetros de sus cabezas. Cada cuerpo estaba distanciado como un metro ochenta del cuerpo que tenía encima y a cada lado.

Las barras subían desde un abismo sin fondo y se extendían hacia otro abismo sin techo. Aquel grisor en el que las barras y los cuerpos, arriba y abajo, a derecha e izquierda, desaparecían, no era ni el cielo ni la tierra. No había nada en la distancia excepto la penumbra del infinito.

A un lado había un hombre de tez oscura con facciones toscanas. A su otro lado había una hindú, y tras ella un hombretón de aspecto nórdico. No fue hasta la tercera revolución cuando pudo determinar qué era lo que notaba de raro en aquel hombre. Su brazo derecho, desde un punto situado inmediatamente por debajo del codo, era rojo. Parecía faltarle la capa exterior de la piel.

Algunos segundos después, a varias hileras de distancia, vio un cuerpo adulto de hombre al que le faltaba la piel y todos los músculos del rostro.

Había otros cuerpos que no estaban completos. A lo lejos, apenas divisable, se hallaba un esqueleto con una maraña de órganos en su interior.

Continuó girando y observando, mientras su corazón tamborileaba contra su pecho por el terror. Por aquel entonces comprendía ya que se hallaba en alguna colosal cámara, y que las barras metálicas estaban irradiando alguna fuerza que, de alguna manera, sostenía y hacía girar a millones, quizá miles de millones, de seres humanos.

¿Dónde se hallaba aquel lugar?

Ciertamente no era la ciudad de Trieste, del Imperio Austrohúngaro, en 1890.

No era como ningún cielo o infierno del que hubiera oído jamás hablar, o hubiera podido leer, y pensaba que conocía cada una de las teorías sobre la otra vida.

Había muerto. Ahora estaba vivo. Durante toda su vida se había reído de la idea de que hubiera una vida después de la muerte. Por una vez, no podía negar que se había equivocado. Pero no había nadie presente para exclamar:

«¡Ya te lo dije, maldito incrédulo!»

De todos aquellos millones de seres, era el único que estaba despierto.

Mientras giraba a una velocidad aproximada de una revolución completa cada diez segundos, vio algo más que lo hizo jadear asombrado. A cinco hileras de distancia había un cuerpo que, a primera vista, parecía ser humano.

Pero ningún miembro de la especie del homo sapiens tenía tres dedos y un pulgar en cada mano, y cuatro dedos en cada pie. Ni una nariz y unos labios delgados y negros como los de un perro. Ni un escroto con muchas pequeñas protuberancias. Ni orejas con tan extrañas circunvoluciones.

El terror se desvaneció. Su corazón dejó de latir tan rápidamente, aunque no volvió a la normalidad. Se le descongeló el cerebro. Tenía que salir de aquella situación en la que estaba

tan inerme como un cerdo en el asador. Tenía que conseguir encontrar a alguien que le dijese lo que estaba haciendo allí, cómo había llegado allí, por qué estaba allí.
Tenía que actuar.
Encogió las piernas y pateó, y averiguó que la acción, o mejor dicho la reacción, lo empujaba un centímetro hacia adelante. Pateó de nuevo, y se movió contra la resistencia. Pero, cuando hizo una pausa, fue lentamente devuelto a su posición original. Y sus brazos y sus piernas fueron suavemente empujados hacia su rígida posición primitiva.
Frenéticamente, pateando y braceando como si nadase, logró avanzar hacia la barra. Cuanto más se acercaba a la misma, más fuerte se tornaba el campo de fuerza. No abandonó. Si lo hiciera, regresaría a donde estaba, y sin la fuerza suficiente para comenzar a luchar de nuevo. No era propio de él abandonar hasta haber gastado todas sus fuerzas.
Respiraba roncamente, su cuerpo estaba cubierto de sudor, sus brazos y piernas se movían como en una gelatina espesa, y su progreso era imperceptible. Luego, las puntas de los dedos de su mano izquierda tocaron la barra. La notó caliente y dura.
De pronto, supo en qué dirección estaba «abajo». Cayó.
El contacto había roto el hechizo. Las telarañas de aire que lo rodeaban se rompieron sin un sonido, y se notó caer.
Estaba lo bastante cercano a la barra como para aferraría con una mano. El repentino detenerse de su caída hizo entrar su cadera en contacto con la barra, con un impacto doloroso. La piel de su mano ardía mientras se deslizaba por la barra, pero entonces se asió también con la otra mano, y se detuvo.
Frente a él, al otro lado de la barra, los cuerpos habían comenzado a caer. Descendían con la velocidad de un cuerpo que cae en la Tierra, y cada uno mantenía su posición extendida y la distancia original entre el cuerpo de arriba y el de abajo. Incluso seguían girando.
Fue entonces cuando los hálitos de aire en su espalda desnuda y sudorosa le hicieron girar alrededor de la barra. Tras él, en la hilera vertical de cuerpos que había ocupado, los durmientes también caían. Uno tras otro, como si fueran dejados caer metódicamente a través de una trampa, girando lentamente, fueron pasando frente a él. Sus cabezas pasaban rozándole a pocos centímetros. Había tenido suerte de que no hubieran chocado con él, haciéndole soltar la barra y caer al abismo, junto con ellos.
Caían en pausada procesión. Cuerpo tras cuerpo, desplomándose a ambos lados de la barra, mientras las otras hileras de millones y millones seguían durmiendo.
Durante un tiempo, los miró. Luego comenzó a contar cuerpos; siempre había sido un devoto numerador. Pero, cuando hubo contado 3001, lo dejó correr. Después de esto se limitó a observar la catarata de carne. ¿Hasta qué altura, hasta qué altura inconmensurable estaban almacenados? ¿Y cuán abajo podían caer? Sin querer, los había precipitado cuando su asir había interrumpido la fuerza que emanaba de la barra.
No podía subir por la barra, pero podía descender por ella. Comenzó a bajar, y luego miró hacia arriba y se olvidó de los cuerpos que pasaban junto a él. En alguna parte por encima, un zumbido estaba cubriendo el sonido silbante de los cuerpos que caían.
Un vehículo estrecho, de alguna brillante sustancia verde y con forma similar a la de una canoa, estaba descendiendo entre la columna de los que caían y la vecina columna suspendida. La canoa aérea no tenía ningún me dio visible de sustentación, pensó, y era tal su terror que ni siquiera se recreó con su juego de palabras: ningún medio visible de sustentación. Era como un navío mágico salido de las mil y una noches.
Un rostro apareció sobre la borda del navío. El vehículo se detuvo, y el sonido zumbante cesó. Otro rostro apareció junto al primero. Ambos tenían cabello largo, oscuro y lacio. Entonces, los rostros desaparecieron, se reinició el zumbido, y la canoa descendió de nuevo hacia él. Cuando estaba a un metro y medio por encima, se detuvo. Había un único pequeño símbolo en el casco verde: una espiral blanca que se abría a la derecha. Uno de los ocupantes de la canoa habló, en un lenguaje con muchas vocales y una clara pausa glótica que se producía a menudo. Sonaba como polinesio.

Bruscamente, la invisible crisálida de su alrededor volvió a aparecer. Los cuerpos que caían comenzaron a frenar su velocidad de descenso, y más tarde se detuvieron. El hombre agarrado a la barra notó que la fuerza sustentadora se apoderaba de él y lo alzaba. Aunque se aferró desesperadamente a la barra, sus piernas fueron levantadas y apartadas, y su cuerpo las siguió. Pronto se vio mirando hacia abajo. Le hicieron soltar las manos; noto como si su asidero a la vida, a la cordura, al mundo, también hubiera desaparecido. Comenzó a flotar hacia arriba, y a girar sobre sí mismo. Pasó junto a la canoa aérea, y se alzó sobre ella. Los dos hombres de la canoa estaban desnudos, eran de piel oscura como los árabes yemenitas, y bellos. Sus facciones eran nórdicas, semejantes a las de algunos islandeses que había conocido.

Uno de ellos alzó una mano en la que tenía un objeto metálico del tamaño de un lápiz. El hombre lo apuntó, como si fuera a disparar algo con él.

El que flotaba en el aire gritó con ira, odio y frustración, y braceó para nadar hacia la máquina.

- ¡Mataré! -gritó-. ¡Mataré! ¡Mataré!

De nuevo perdió el conocimiento.

CAPITULO II

El dios estaba de pie junto a él mientras yacía sobre la hierba junto al río, entre los sauces llorones. Yacía con los ojos muy abiertos y tan débil como un bebé recién nacido. El dios le estaba pinchando en las costillas con la punta de un bastón de hierro. El dios era un hombre alto de edad mediana. Tenía una larga barba negra bifurcada, y usaba las ropas domingueras de un caballero inglés del 53° año del reino de la Emperatriz Victoria.

- Llegas tarde -dijo el dios-. Hace mucho que tenias que haber pagado tu deuda, ¿sabes?

- ¿Qué deuda? -dijo Richard Francis Burton. Se pasó los dedos sobre sus costillas para asegurarse de que todas seguían allí.

- Me debes la carne -replicó el dios, pinchándole de nuevo con el bastón-, para no mencionar el espíritu. Me debes la carne y el espíritu, que son una misma cosa.

Burton trató de ponerse en pie. Nadie, ni siquiera el dios, iba a pinchar a Richard Burton en las costillas sin que éste presentase batalla.

El dios, ignorando sus fútiles esfuerzos, sacó un gran reloj de oro del bolsillo de su chaleco, abrió su gruesa y grabada tapa, miró las manecillas y dijo:

- Mucho retraso.

El dios extendió su otra mano, con la palma hacia arriba.

- Paga, o de lo contrario me veré obligado a embargar.

- ¿Embargar el qué?

Cayó la oscuridad. El dios comenzó a disolverse en ella. Fue entonces cuando Burton se dio cuenta de que el dios se le parecía. Tenía el mismo cabello oscuro y lacio, el mismo rostro arábigo con oscuros ojos penetrantes, pómulos salientes, labios gruesos, y la barbilla muy adelantada y hendida. Las mismas largas y profundas cicatrices, testimonios de la jabalina somalí que había atravesado sus mejillas en aquella lucha en Berbera, también se hallaban en su rostro. Sus manos y pies eran pequeños, contrastando con sus amplias espaldas y su enorme pecho. Y tenía los largos y gruesos bigotes y la larga barba en horquilla que había originado que los beduinos denominasen a Burton «el Padre de los Bigotes».

- Te pareces al diablo -dijo Burton.

Pero el dios se había convertido simplemente en otra sombra en la oscuridad.

CAPITULO III

Burton seguía aún durmiendo, pero estaba tan cerca de la superficie de lo consciente que se dio cuenta de que había estado soñando. La luz estaba reemplazando a la noche.
Entonces se abrieron sus ojos. Y no supo dónde estaba.
Por encima había un cielo azul. Una suave brisa soplaba sobre su cuerpo desnudo. Su cabeza sin cabello y su espalda, piernas y palmas de las manos estaban sobre la hierba. Giró la cabeza hacia la derecha, y vio una llanura cubierta con una hierba muy corta, muy verde y muy gruesa. La llanura ascendía suavemente durante un par de kilómetros. Tras la llanura había una cordillera que empezaba con pequeñas elevaciones, y luego se hacía más abrupta y alta y muy irregular de tamaño mientras crecía hasta convertirse en montañas. Las colinas parecían extenderse unos cuatro kilómetros. Estaban cubiertas de árboles, algunos de los cuales brillaban con colores escarlatas, azules, verdes brillantes, amarillos llameantes y rosas profundos. Las montañas tras las colinas se alzaban repentinamente, en perpendicular, e increíblemente altas. Eran negras y azul verdosas; parecían hechas de roca ígnea cristalina, con grandes manchas de liquen cubriendo al menos un cuarto de su superficie.
Entre él y las colinas había muchos cuerpos humanos. El más cercano, situado tan solo a unos pasos de distancia, era el de la mujer blanca que había estado bajo él en aquella hilera vertical.
Quería alzarse, pero se sentía torpe y atontado. Todo lo que podía hacer por el momento, y para ello necesitaba un gran esfuerzo, era volver su cabeza hacia la izquierda. Allí había más cuerpos desnudos sobre una llanura que descendía hacia un río situado quizá a unos cien metros de distancia. El río tenía más o menos un par de kilómetros de anchura, y en su otro lado había otra llanura, probablemente de unos dos kilómetros de ancho, que subía hacia el pie de unas colinas cubiertas con más árboles, tras las que se alzaban, tremendamente negras y azul verdosas, las montañas. Aquello era el este, pensó vagamente. El sol se acababa de alzar sobre la cima de una montaña de allí.
Casi junto al borde del río había una extraña estructura. Era de granito gris con pintas rojas, y tenía la forma de una seta. Su ancha base no podía tener más de un metro y medio de alto, y la sombrilla de la seta tenía un diámetro de más o menos quince metros.
Logró alzarse lo bastante como para apoyarse en un codo.
Había más setas de granito a lo largo de ambos lados del río.
Por todas partes de la llanura se veían seres humanos, desnudos y sin pelo, espaciados a un metro ochenta de distancia. La mayor parte de ellos estaban echados de espaldas y mirando al cielo. Otros comenzaban a moverse, a mirar a su alrededor e incluso a sentarse.
También él se sentó, y se palpó la cabeza y el rostro con ambas manos. Ni una arruga.
Su cuerpo no era aquel cuerpo arrugado, apergaminado, huesudo, agostado, de un viejo de sesenta y nueve años que había yacido en su lecho de muerte. Era el cuerpo de piel suave y poderosamente musculado que poseía cuando tenía veinticinco años de edad. El mismo cuerpo que había tenido cuando estaba flotando entre aquellas barras, en el sueño. ¿Sueño? Le había parecido demasiado veraz para ser un sueño. No era un sueño.
Alrededor de su muñeca había una delgada banda de material transparente. Estaba unida a una tira de quince centímetros de largo del mismo material. El otro extremo estaba fijado a un arco metálico, el asa de un cilindro de metal grisáceo con una tapa cerrada.
Con la mente perdida, sin concentrarse porque su cerebro aún estaba demasiado atontado, alzó el cilindro. Pesaba menos de medio kilo, así que no podía ser de hierro, ni aunque estuviera vacío. Su diámetro era de cuarenta y cinco centímetros, y tenía unos setenta y cinco de altura.
Todo el mundo tenía un objeto similar atado a su muñeca.
Tambaleante, con su corazón comenzando a acelerarse a medida que sus sentidos se despertaban, se puso en pie.
También otros se estaban levantando. Muchos tenían rostros alucinados o congelados por un gélido asombro. Algunos parecían temerosos. Sus ojos estaban desorbitados y giraban sin

cesar; sus pechos se alzaban y descendían rápidamente; sus respiraciones siseaban. Algunos temblaban como si un viento helado soplase sobre ellos, aunque el aire era agradablemente cálido.

Lo extraño, lo realmente asombroso y terrorífico, era el silencio casi completo. Nadie decía una sola palabra; solo se oía el sisear de las respiraciones de los que estaban más cerca, y un pequeño golpe cuando un hombre se dio una palmada en la pierna; un silbido débil de una mujer.

Tenían las bocas abiertas, como si estuviesen a punto de decir algo.

Comenzaron a moverse, mirándose los unos a los otros al rostro, a veces tendiendo la mano para tocar suavemente a alguien. Movían temerosos sus pies desnudos, giraban en una dirección, volvían a girar en otra, atisbaban a las colinas, a los árboles cubiertos por la floración prolífica y de brillantes colores, a las empinadas montañas cubiertas de musgo, al reverberante río verde, a las piedras en forma de seta, a las muñequeras y a los cilindros metálicos grises.

Algunos se palpaban los cráneos pelados y los rostros.

Todo el mundo parecía encerrado en un movimiento sin ton ni son y en el silencio.

De pronto, una mujer comenzó a gemir. Cayó de rodillas, echó la cabeza hacia atrás, y aulló. Al mismo tiempo, muy a lo lejos en la orilla del río, otra persona también aulló.

Fue como si esos dos gritos fueran señales. O como si los dos fueran llaves dobles de la voz humana, y la hubieran abierto.

Los hombres, mujeres y niños comenzaron a gritar o llorar o arañarse los rostros con las uñas o golpearse el pecho o caer de rodillas y alzar las manos en oración o tirarse al suelo y tratar de ocultar sus rostros en la hierba como si, cual avestruces, quisiesen evitar ser vistos, o a rodar hacia adelante y atrás, ladrando como perros o aullando como lobos.

El terror y la histeria se apoderaron de Burton. Deseaba caer de rodillas y rogar por su salvación en el juicio. Suplicar piedad. No deseaba ver el cegador rostro de Dios apareciendo sobre las montañas, un rostro más brillante que el sol. No era tan bravo ni estaba tan desprovisto de culpa como había pensado. El juicio sería tan terrible, tan tremendamente definitivo, que no podía soportar el pensar en él.

En una ocasión, había tenido un sueño acerca de estar ante un dios después de haber muerto. Se había encontrado pequeño y desnudo en medio de una vasta llanura como aquella, pero estaba solo. Entonces el dios, grande como una montaña, había caminado hacia él. Y él, Burton, no había retrocedido, y había desafiado al dios.

Aquí no estaba el dios, pero de todas maneras huyó. Corrió a través de la llanura, apartando de su camino a hombres y mujeres, rodeando a algunos, saltando sobre otros, mientras se revolcaban por el suelo. Mientras corría aullaba: «¡No! ¡No! ¡No!». Sus brazos revoloteaban para apartar horrores invisibles. El cilindro aferrado a su muñeca giraba una y otra vez.

Cuando jadeaba de tal forma que ya no podía aullar, y sus brazos y piernas colgaban pesados, y sus pulmones le ardían, y su corazón tamborileaba, se dejó caer bajo el primero de los árboles.

Tras un rato, se sentó y miró hacia la llanura. El sonido de la multitud había cambiado de gemidos y aullidos a un gigantesco charloteo. La mayoría estaban hablando unos con otros, aunque no parecía que nadie estuviese escuchando. Burton no podía oír ninguna palabra suelta. Algunos hombres y mujeres se estaban abrazando y besando como si se conociesen en sus vidas anteriores y ahora se aferrasen unos a otros para asegurarse a sí mismos sus identidades y su realidad.

Había un cierto número de niños en la gran multitud. Sin embargo, ninguno de ellos tenía menos de cinco años de edad. Como las de sus mayores, sus cabezas estaban desprovistas de cabello. La mitad de ellos lloraban, clavados en su sitio. Otros, también llorando, corrían de un lado a otro, mirando a los rostros de la gente, obviamente en busca de sus padres.

Comenzaba a respirar con mayor facilidad. Se alzó y se volvió. El árbol bajo el que se hallaba era un pino rojo de sesenta metros de alto. Junto a él había un árbol de un tipo que jamás había visto. Dudaba que jamás hubiese existido en la Tierra. Estaba seguro de no hallarse en

la Tierra, aunque no hubiera podido dar ninguna razón específica en aquel preciso momento. El árbol tenía un tronco grueso, negruzco y nudoso, y muchas ramas gruesas con hojas triangulares de unos dos metros de largo, y de color verde con nervios escarlata. Tenía unos noventa metros de alto. También había otros árboles que parecían abetos, robles, encinas y diversas variedades de pinos.

Aquí y allá había matorrales de plantas altas parecidas a bambúes, y en todas partes en las que no se hallaban árboles o bambúes se veía hierba de unos noventa centímetros de alto. No había animales a la vista, ni insectos, ni pájaros.

Miró a su alrededor buscando un palo o una rama. No tenía la menor idea de lo que estaba programado para la humanidad, pero si era dejada sin supervisión o control, pronto volvería a su estado normal. Una vez hubiera pasado el shock, la gente comenzaría a cuidarse de sí misma, y esto significaría que algunos tratarían de hacer daño a los otros.

No encontró nada que fuera útil como arma. Entonces se le ocurrió que el cilindro metálico podía ser usado como arma. Lo golpeó contra un árbol. Aunque pesaba poco, era tremendamente duro.

Alzó la tapa, que estaba abisagrada en un lado, por dentro. El interior hueco tenía seis anillos metálicos de quita y pon, tres a cada lado, espaciados de tal forma que cada uno de ellos podía contener y contenía una taza o plato hondos, o un recipiente rectangular de metal gris. Todos estos recipientes estaban vacíos. Cerró la tapa. Indudablemente, ya averiguaría a su tiempo cuál era la función del cilindro.

Fuera lo que fuese lo que había sucedido, la transformación no había dado como resultado cuerpos de frágil nebuloso ectoplasma. El era de carne, huesos y sangre.

Aunque aún se sentía un poco apartado de la realidad como si se hubiese soltado de los engranajes del mundo ya iba saliendo de su shock.

Tenía sed. Tenía que bajar al río y beber, esperando que no estuviese envenenado. Ante este pensamiento, sonrió secamente, y se frotó el labio superior. Su dedo se sintió desencantado. Aquella era una reacción curiosa, pensó, y entonces recordó que su grueso bigote había desaparecido. Oh, sí, esperaba que el agua del río no estuviese envenenada. ¡Que extraño pensamiento! ¿Para qué iban ser devueltos a la vida los muertos, si volvían a morir en seguida? Pero se quedó un largo rato bajo el árbol. No deseaba volver a pasar por entre aquella multitud que hablaba enloquecida y sollozaba histéricamente, para lograr llegar al río. Aquí, lejos de la muchedumbre, estaba liberado de gran parte del terror y del shock que lo envolvían como un mar. Si regresaba, quedaría de nuevo atrapado en sus emociones.

En aquel momento, vio que una figura se destacaba de la masa desnuda y caminaba hacia él. Vio que no era humana.

Fue entonces cuando Burton estuvo seguro de que aquel día de la resurrección no era ninguno de los que habían profetizado cualquiera de las religiones. Burton no había creído en el Dios de los cristianos, musulmanes, hindúes o de ninguna fe. De hecho, no estaba muy seguro de creer en ningún Creador. Había creído en Richard Francis Burton, y en unos pocos amigos. Estaba seguro de que, cuando muriese, el mundo dejaría de existir.

CAPITULO IV

Despertándose tras la muerte, en aquel valle situado junto al río, había quedado impotente para defenderse contra las dudas que existían en todo hombre educado religiosamente y expuesto a una sociedad adulta que aprovechaba cada oportunidad para predicar sus convicciones.
Ahora, al ver acercarse al ser extraño, estuvo seguro de que había de haber otra explicación para aquel acontecimiento que no fuera la sobrenatural. Había una razón física, científica, que explicaba que él estuviera allí; no tenía que recurrir para ello a las explicaciones judeo-cristiano-musulmanas.
El ser, que indudablemente era macho, era un bípedo de dos metros de alto. Su cuerpo, de piel sonrosada, era muy delgado. Tenía tres dedos y un pulgar en cada mano, y cuatro dedos muy delgados y largos en cada pie. Tenía dos manchas rojo oscuro bajo sus pezones, en el tórax. Su rostro era semihumano. Unas gruesas cejas negras caían hacia las prominentes mejillas y se extendían para cubrir las con un bozo parduzco. Los lados de las aletas de su nariz estaban bordeados por una delgada membrana de un milímetro y medio de largo. La gruesa masa de cartílago de la punta de la nariz estaba profundamente partida.
Sus labios eran delgados, de piel colgante y negros. Sus orejas no tenían lóbulos, y las circunvoluciones de las mismas no eran humanas. Su escroto tenía el aspecto de contener muchos pequeños testículos.
Había visto a aquel ser flotando en las hileras, a algunas líneas de distancia en el lugar de pesadilla.
El ser se detuvo a algunos pasos de distancia, sonrió, y reveló unos dientes bastante humanos. Dijo:
- Espero que hable usted inglés. No obstante, puedo hablar con cierta soltura en ruso, chino mandarín o indostaní.
Burton sintió un ligero asombro, como si un perro o un mono le hubiera hablado.
- Habla usted inglés americano del medio oeste -le replicó-. Y además, bastante bien. Aunque un tanto rebuscadamente.
- Gracias -le dijo el ser-. Le he seguido porque usted parece ser la única persona con bastante sentido común como para apartarse de ese caos. Quizá tenga usted alguna explicación para esta... ¿cómo la llaman?... resurrección.
- No tengo ninguna explicación de la que usted no disponga ya -dijo Burton-. De hecho, no tengo ninguna explicación ni siquiera para la existencia de usted, antes o después de la resurrección.
Las gruesas cejas del ser se agitaron, un gesto que luego Burton iba a averiguar que indicaba sorpresa o asombro.
- ¿No? Es extraño. Habría jurado que ni uno de los seis millones de habitantes de la Tierra había dejado de oír o verme en la televisión.
- ¿Televisión?
Las cejas del ser se agitaron de nuevo.
- No sabe usted lo que es la televisión...
Su voz se arrastró, luego sonrió de nuevo.
- ¡Claro está, qué estúpido soy! ¡Debió usted morir antes de que yo llegase a la Tierra!
Las cejas del ser se alzaron, en un equivalente a un fruncimiento de cejas humano, como averiguaría Burton, y dijo lentamente:
- Veamos. Creo que fue, según su cronología, en el año 2002. ¿Cuándo murió usted?
- Debió de ser en 1890-respondió Burton.
El ser le había vuelto a traer la sensación de que todo aquello no era real. Se pasó la lengua por el interior de la boca; las muelas de la parte de atrás, que había perdido cuando la lanza somalí le atravesó las mejillas, habían sido reemplazadas ahora. Pero aún seguía circuncidado, y los hombres de la ribera, la mayor parte de los cuales habían estado gritando en el alemán de Austria, en italiano o en el esloveno de Trieste, también estaban circuncisos. Y no

obstante, en su tiempo, la mayor parte de los hombres de aquel área no hubieran estado circuncidados.
- Al menos -añadió Burton-, no recuerdo nada después del 20 de octubre de 1890.
- ¡Aah! -exclamó el ser-. Así que salí de mi planeta nativo aproximadamente doscientos años antes de que usted muriese. ¿Mi planeta? Era un satélite de esa estrella a la que ustedes los terrestres llaman Tau Ceti. Nos pusimos en animación suspendida, y cuando nuestra nave se acercó a su sol, fuimos descongelados automáticamente y... Pero usted no debe de saber de lo que estoy hablando.
- No del todo. Las cosas están sucediendo demasiado deprisa. Me gustaría que me explicase todo esto más tarde. ¿Cuál es su nombre?
- Monat Grrautut. ¿Y el suyo?
- Richard Francis Burton, a su servicio.
Se inclinó ligeramente, y sonrió. A pesar de lo extraño de aquel ser y algunos aspectos físicos repulsivos, Burton comenzó a sentir un cierto afecto hacia él.
- El fallecido capitán Richard Francis Burton -añadió-, que hasta hace poco era cónsul de Su Majestad la Reina en el puerto austrohúngaro de Trieste.
- ¿De la reina Isabel?
- Viví en el Siglo XIX, no en el XVI.
- Una reina Isabel reinó en la Gran Bretaña en el Siglo XX -dijo Monat.
Se volvió para mirar hacia la orilla del río.
- ¿Por qué están tan temerosos? Todos los seres humanos que conocí estaban seguros o bien de que no habría vida después de la muerte, o de que obtendrían un tratamiento agradable en ella.
Burton sonrió y le contestó:
- Aquellos que negaban el más allá están seguros de que se hallan en el infierno por haberlo negado. Aquellos que sabían que irían al cielo están asombrados, me imagino, por hallarse desnudos. Mire, la mayor parte de las ilustraciones de la vida después de la muerte mostraban que los habitantes del infierno estaban desnudos, y los del cielo vestidos. Así que si uno resucita con el culo al aire, es que debe de estar en el infierno.
- Parece usted divertido -comentó Monat.
- No estaba tan divertido hace unos minutos -dijo Burton-. Y estoy temblando. Realmente temblando. Pero el verle aquí me hace pensar en que las cosas no son lo que la gente pensó que serían. Pero pocas veces lo son. Y Dios, si es que va a aparecer, no parece tener prisa en ello. Creo que debe de haber alguna explicación para esto, pero que no debe de estar de acuerdo con ninguna de las conjeturas que se hacían en la Tierra.
- Dudo que estemos en la Tierra -dijo Monat. Señaló hacia arriba con largos y finos dedos, que llevaban gruesas protecciones de cartílago en lugar de uñas-. Si mira fijamente allí, protegiéndose los ojos -dijo- podrá ver otro cuerpo celeste cerca del sol. Y no es la Luna.
Burton hizo pantalla sobre sus ojos con las manos, con el cilindro de metal sobre el hombro, y miró al punto indicado. Vio un cuerpo ligeramente brillante que parecía tener un octavo del tamaño de la luna llena. Cuando bajó las manos, preguntó.
- ¿Una estrella?
- Creo que sí -le respondió Monat-. Me pareció ver otros cuerpos muy débiles por otras partes del cielo, pero no estoy seguro. Lo sabremos cuando llegue la noche.
- ¿Dónde cree que estamos?
- No lo sé. -Monat hizo un gesto hacia el sol-. Se alza, así que descenderá, y entonces llegará la noche. Creo que sería mejor prepararse para la noche. Y para otros acontecimientos. Hace calor, y va en aumento, pero la noche puede ser fría, y quizá llueva. Deberíamos construir algún tipo de abrigo. Y también deberíamos pensar en encontrar comida. Aunque me imagino que este artilugio -señaló a su cilindro- nos alimentará.
- ¿Qué le hace pensar eso?
- He mirado dentro del mío, y contiene platos y tazas, que ahora están vacíos, pero que obviamente son para ser llenados.

Burton se sintió menos irreal. El ser... el taucetano, parecía tan pragmático, tan realista, que le servía de anda a la que Burton podía atar sus sentidos antes de que vagasen de nuevo. Y, a pesar del repulsivo aspecto del ser, exudaba una amistosidad y una franqueza que alegraban a Burton. Además, cualquier ser que viniese de una civilización que podía recorrer muchos billones de kilómetros de espacio interestelar debía tener muchos conocimientos y recursos valiosísimos.

Otros estaban comenzando a separarse de la multitud. Un grupo de más o menos diez hombres y mujeres caminaron lentamente hacia él. Algunos estaban hablando, pero otros iban en silencio y con los ojos muy abiertos. No parecían tener una meta definida en mente; simplemente, vagaban como una nube empujada por el viento. Cuando llegaron junto a Burton y Monat, dejaron de caminar.

Un hombre que seguía al grupo atrajo especialmente la atención de Burton. Obviamente, Monat era no humano, pero aquel individuo era subhumano o prehumano. Tenía una altura de más o menos metro y medio. Era macizo y con poderosos músculos. Su cabeza se inclinaba hacia adelante sobre un cuello muy grueso y arqueado. Su frente era aplastada e inclinada hacia atrás. Su cráneo era largo y estrecho. Unas enormes protuberancias supraorbitales ensombrecían unos ojos marrón oscuro. Su nariz era un pegote de carne con arqueados orificios, y los prominentes huesos de sus mandíbulas le hacían sobresalir los delgados labios. En otro tiempo quizá estuvo cubierto por tanto pelo como un mono, pero ahora, como los demás, estaba completamente desprovisto de él.

Sus enormes manos tenían el aspecto de poder hacer polvo una piedra.

No dejaba de mirar tras él, como si temiese que alguien le fuera siguiendo. Los seres humanos se apartaban de él cuando se les aproximaba. Pero entonces otro hombre se acercó al subhumano y le dijo algo en inglés. Resultaba evidente que no esperaba ser comprendido, pero que estaba tratando de mostrarse amistoso. Sin embargo, su voz era muy ronca. El recién llegado era un musculoso joven de un metro ochenta de alto. Tenía un rostro bien parecido cuando le daba la cara a Burton, pero cómicamente desigual de perfil. Sus ojos eran verdes.

El subhumano tuvo un pequeño sobresalto cuando le habló. Atisbó al sonriente joven bajo los arcos supraciliares. Luego sonrió, revelando enormes y gruesos dientes, y habló en un lenguaje que Burton no reconoció. Se señaló a sí mismo, y dijo algo que sonaba como Kazzintuitruaabemss. Luego, Burton averiguaría que aquello era su nombre, y que significaba Dientes-Blancos.

Los otros eran cinco hombres y cuatro mujeres. Dos de los hombres se habían conocido en la vida terrenal, y uno de ellos había estado casado con una de las mujeres. Todos eran italianos o eslovenos que habían muerto en Trieste, aparentemente en 1890, aunque no conocía a ninguno de ellos.

- Oiga, usted -dijo Burton, señalando al hombre que había hablado en inglés-, dé un paso al frente. ¿Cuál es su nombre?

El hombre se le acercó dubitativo. Le dijo:

- Usted es inglés, ¿no?

El hombre hablaba con un acento del medio oeste americano.

Burton alzó la mano y le contestó:

- Ajá. Soy Burton.

El hombre alzó una cejas sin cabello y dijo:

- ¿Burton? -se inclinó hacia adelante, y escrutó el rostro de Burton-. Es difícil afirmar... No puede ser que...

Se irguió.

- Mi nombre es Peter Frigate. F-r-i-g-a-t-e.

Miró a su alrededor, y entonces dijo con una voz aún más tensa:

- Es difícil hablar coherentemente. Todo el mundo se halla en un estado de shock, ¿sabe? Yo siento como si fuera a caer hecho pedazos. Pero... aquí estamos... de nuevo en vida... de nuevo jóvenes... sin fuegos infernales... al menos aún no. Nací en 1918, morí en 2008. A causa de lo que ese extraterrestre hizo... aunque no lo acuso por ello... ¿Sabe?, solo estaba defendiéndose.

La voz de Frigate murió en un susurro. Sonrió nerviosamente a Monat.
- ¿Conoce usted a este tal... Monat Grrautut?
- No exactamente -respondió Frigate-. Claro que lo vi bastante en la televisión, y oí hablar y leí lo suficiente sobre él.
Alzó la mano, como si esperase que se la rechazaran. Monat sonrió y la estrechó.
- Creo que sería una buena idea si nos agrupásemos -dijo Frigate-. Quizá necesitemos protección.
- ¿Por qué? -preguntó Burton, aunque sabía muy bien el motivo.
- Ya sabe cuán podridos son la mayor parte de los humanos -le dijo Frigate-. En cuanto la gente se acostumbre a estar resucitada, comenzará a luchar por las mujeres, la comida y todo aquello que les guste. Y pienso que deberíamos mostrarnos amistosos con este neanderthal o lo que sea. Será un buen compañero en una lucha.
Kazz, como le llamaron desde entonces, parecía desear patéticamente ser aceptado. Pero, al mismo tiempo, se mostraba receloso de cualquiera que se le acercase demasiado.
Una mujer pasó junto a ellos, murmurando una y otra vez, en alemán:
- ¡Dios mío!, ¿qué he hecho para ofenderte?
Un hombre con ambos puños apretados y alzados a la altura de sus hombros, estaba gritando en yiddish:
- ¡Mi barba! ¡Mi barba!
Otro hombre estaba señalando sus genitales y diciendo en esloveno:
- ¡Me han convertido en judío! ¡En judío! ¿Creen que...? ¡No, no puede ser!
Burton sonrió salvajemente y dijo:
- No se le ocurre que quizá lo hayan convertido en mahometano, o en aborigen australiano, o en antiguo egipcio, pues todos ellos practicaban la circuncisión.
- ¿Qué es lo que ha dicho? -preguntó Frigate. Burton se lo tradujo. Frigate se echó a reír.
Una mujer pasó apresuradamente; estaba haciendo un patético esfuerzo por cubrirse con las manos los senos y su región púbica. Murmuraba:
- ¿Qué pensarán? ¿Qué pensarán? -y desapareció entre los árboles.
Un hombre y una mujer pasaron junto a ellos; hablaban en italiano tan fuerte como si estuviesen separados por una ancha carretera:
- No podemos estar en el cielo... lo sé, oh Dios, lo se... ahí están Giuseppe Zomzini, y ya sabes lo malvado que era... ¡Debería estar ardiendo en el infierno! Lo sé, lo se... Robó al Tesoro, frecuentaba los prostíbulos, murió borracho... y no obstante... ¡está aquí!... Lo sé, lo sé...
Otra mujer corría y gritaba en alemán:
- ¡Papaíto! ¡Papaíto! ¿Dónde estás? ¡Soy tu querida Hilda!
Un hombre resopló y dijo varias veces, en húngaro:
- Soy tan bueno como cualquiera y mejor que muchos. Que se vayan al infierno.
Una mujer dijo:
- He malgastado toda mi vida, toda mi vida. Lo hice todo por ellos, y ahora...
Un hombre, balanceando el cilindro de metal ante él como si fuera un incensario, gritaba:
- ¡Seguidme a las montañas! ¡Seguidme! ¡Oh buen pueblo, yo sé la verdad! ¡Seguidme! ¡Estaremos a salvo en el seno del Señor! ¡No creáis en esta ilusión que os rodea, seguidme! ¡Os abriré los ojos!
Otros hablaban incomprensiblemente o estaban en silencio, con los labios apretados como si temiesen decir lo que había en su interior.
- Pasará algún tiempo antes de que se serenen -dijo Burton. Notaba que también pasaría mucho tiempo antes de que él se sintiese tranquilo en aquel mundo.
- Quizá nunca sepan la verdad -dijo Frigate.
- ¿Qué quiere decir?
- No conocían la Verdad, con V mayúscula, allá en la Tierra, así que ¿por qué iban a saberla aquí? ¿Qué es lo que le hace creer que vayamos a tener una revelación?

- No lo sé -dijo Burton, alzándose de hombros-, pero creo que deberíamos determinar cómo es lo que nos rodea, y cómo podemos sobrevivir aquí. La fortuna de un hombre que se sienta se sienta con él. -Señaló hacia la orilla del río-. ¿Ven esas setas de piedra? Parecen estar espaciadas a intervalos de un kilómetro y medio. Me pregunto cuál será su finalidad.
- Si hubiera observado esa de cerca -dijo Monat-, habría visto que su superficie contiene unas setecientas indentaciones circulares. Tienen justo el tamaño correcto para que quepa en ellas la base de un cilindro. De hecho, hay un cilindro en el centro de la superficie superior. Creo que si examinamos ese cilindro quizá podamos determinar su finalidad. Sospecho que fue colocado ahí para que hiciéramos exactamente eso.

CAPITULO V

Una mujer se aproximó a ellos. Tenía una estatura mediana, una forma espléndida y un rostro que habría sido hermoso de estar enmarcado por cabellos. Sus ojos eran grandes y oscuros. No hacía intentos de cubrirse con las manos. Burton no se sentía excitado en lo más mínimo al mirarla o al mirar a cualquier otra mujer. Estaba demasiado atontado.
La mujer hablaba con voz bien modulada y un acento de Oxford.
- Les ruego que me perdonen, caballeros. No he podido evitar el oírles. Las suyas son las únicas voces inglesas que he escuchado desde que me desperté aquí... sea donde sea. Soy inglesa, y estoy buscando protección. Me coloco a su merced.
- Afortunadamente para usted, madame -le respondió Burton-, se ha dirigido a los hombres adecuados. Al menos, hablando por mí mismo, le puedo asegurar que obtendrá toda la protección que pueda darle. Aunque, si fuera como algunos caballeros ingleses que he conocido, quizá no le hubiera ido tan bien. A propósito, este caballero no es inglés. Es un yanki.
Parecía extraño el estar hablando tan formalmente en aquel día tan especial, con todos los gemidos y el griterío arriba y abajo por el valle, y con todo el mundo desnudo como cuando nació y tan desprovisto de pelo como una anguila.
La mujer tendió la mano a Burton.
- Soy la señora Hargreaves -dijo.
Burton tomó la mano e, inclinándose, la besó suavemente. Se sentía estúpido pero, al mismo tiempo, el gesto aumentaba su contacto con la realidad. Si se podían preservar los formulismos de la sociedad elegante, quizá también pudieran devolverse las cosas a su «estado normal».
- Soy el fallecido capitán Sir Richard Francis Burton -dijo, sonriendo suavemente ante lo de fallecido-. Quizá haya usted oído hablar de mí.
Ella apartó la mano, pero luego la tendió de nuevo.
- Si, he oído hablar de usted, Sir Richard.
- ¡No puede ser! -dijo alguien.
Burton miró a Frigate, que era quien había hablado en tono muy bajo.
- ¿Y por qué no? -preguntó.
- ¡Richard Burton! -dijo Frigate-. Sí. Me lo dije, pero sin cabello...
- ¿Ajá? -exclamó Burton.
- ¡Ajá! -dijo Frigate-. Tal como decía en los libros!
- ¿De qué está usted hablando?
Frigate inhaló profundamente y luego dijo:
- Ahora no importa, señor Burton. Se lo explicaré luego. Simplemente acepte que estoy muy agitado. Que no estoy en mi estado normal. Naturalmente, comprenderá eso.
Miró fijamente a la señora Hargreaves, agitó la cabeza y dijo:
- ¿Su nombre es Alice?
- ¡Pues sí! -exclamó ella, sonriendo y tornándose hermosa, con cabello o sin él-. ¿Cómo lo supo? ¿Nos han presentado? No, creo que no.
- ¿Alice Pleasance Liddell Hargreaves?
- Sí.
- Tengo que sentarme -dijo el americano. Caminó bajo el árbol y se sentó, apoyando la espalda en el tronco. Sus ojos parecían un tanto vidriados.
- Postshock -dijo Burton.
Podía esperar un tal comportamiento errático, y una conversación desvariada, de los otros, durante algún tiempo. También podía esperar tener él un cierto comportamiento no racional. Pero lo importante era conseguir refugio y alimentos, y trazar algún plan para la defensa común.
Burton habló en italiano y esloveno a los otros, y luego hizo las presentaciones. No protestaron cuando sugirió que lo siguieran a la orilla del río.

- Estoy seguro de que todos estamos sedientos -dijo-, y deberíamos investigar esa seta de piedra.
Caminaron de regreso a la llanura, tras él. La gente estaba sentada o caminando sin rumbo. Pasaron junto a una pareja que discutía en voz muy fuerte y con los rostros enrojecidos. Aparentemente habían sido marido y mujer, y estaban continuando una disputa que había durado toda su vida. De repente, el hombre dio la vuelta y se marchó. Su esposa lo miró incrédula, y luego corrió tras él. El la empujó tan violentamente que la hizo caer sobre la hierba. Rápidamente se perdió entre la multitud, pero la mujer correteó de un lado a otro, gritando su nombre y amenazándole con armar un escándalo si no salía de donde estaba oculto.
Burton pensó brevemente en su propia esposa, Isabel. No la había visto en aquella multitud, aunque esto no quería decir que no estuviese entre ella. Estaría buscándole. No se detendría hasta encontrarlo.
Se abrió camino entre la multitud hasta la orilla del río, y luego se arrodilló y tomó agua con las manos. Era fresca, clara y refrescante. Su estómago parecía estar absolutamente vacío. Después de haber satisfecho su sed, sintió hambre.
- Las aguas del Río de la Vida -dijo Burton-. El Estígea. El Lethe. No, el Lethe no. Lo recuerdo todo de mi existencia terrenal.
- Yo desearía poder olvidar la mía -dijo Frigate. Alice Hargreaves estaba arrodillada junto al borde, tomando agua con una mano, mientras se apoyaba con el otro brazo. Su figura era realmente encantadora, pensó Burton. Se preguntó si sería rubia cuando le creciese el cabello, si es que le crecía. Quizá, quien fuera que los hubiese colocado allí, deseaba que todos fueran calvos, por siempre, por alguna razón propia.
Subieron a la parte alta de la estructura en forma de seta más cercana. El granito era de grano muy denso, gris y muy moteado de rojo. En su superficie plana había setecientas indentaciones, formando cincuenta círculos concéntricos. La depresión del centro contenía un cilindro metálico. Un hombrecillo de tez oscura, con una gran nariz y barbilla recesiva, estaba examinando el cilindro. Cuando se aproximaron, alzó la vista y sonrió.
- Este no quiere abrirse -dijo en alemán-. Quizá lo haga luego. Estoy seguro de que está aquí como ejemplo de lo que tenemos que hacer con nuestros recipientes.
Se presentó como Lev Ruach, y cambió a un inglés con mucho acento cuando Burton, Frigate y Hargreaves le dieron sus nombres.
- Yo era un ateo -dijo, pareciendo hablar para sí mismo más que para ellos-. Ahora, no sé. ¿Saben? Este lugar es un gran shock para un ateo, como también lo es para esos creyentes devotos que se habían imaginado una vida después de la muerte bastante diferente de ésta. Bueno, pues estaba equivocado. No será la primera vez. -Se echó a reír, y le dijo a Monat-: Le reconocí en seguida. Es buena cosa para usted que resucitase en un grupo compuesto principalmente por gente que murió en el siglo XIX. De lo contrario, le habrían linchado.
- ¿Cómo es eso? -preguntó Burton.
- Exterminó la Tierra -dijo Frigate-. Al menos, creo que lo hizo.
- El barredor -dijo dolido Monat- estaba ajustado para matar únicamente a una parte de los seres humanos, y no hubiera exterminado a toda la humanidad. Hubiera cesado de actuar después de que un número determinado... desgraciadamente, un gran número, hubiera perdido sus vidas. Créanme, amigos, no quise hacerlo. No saben qué agonía representó tomar la decisión de apretar el botón. Pero tenía que proteger a mi gente. Ustedes me obligaron.
- Todo comenzó cuando Monat estaba en un programa cara al público -explicó Frigate-. Dijo una frase desafortunada. Dijo que sus científicos tenían el conocimiento y la habilidad para evitar que la gente se hiciera vieja. Teóricamente, usando las técnicas taucetanas, un hombre podía vivir siempre. Pero este conocimiento no se usaba en su planeta; estaba prohibido. El entrevistador le preguntó si las técnicas podían ser aplicadas a los terrestres. Monat le replicó que no había razón alguna para que no fuese así. Pero el rejuvenecimiento le estaba vedado a su propia especie por una buena razón, y eso se aplicaba también a los terrestres. Para

entonces, el censor del gobierno se dio cuenta de lo que estaba sucediendo y cortó el sonido, pero ya era muy tarde.
- Después -intervino Lev Ruach-, el gobierno informó que Monat había entendido mal la pregunta, que su conocimiento del inglés le había llevado a hacer una afirmación errónea. Pero ya era demasiado tarde. Las gentes del mundo pidieron que Monat revelase el secreto de la juventud eterna.
- Que no poseía -dijo Monat-. Ni uno solo de los componentes de nuestra expedición tenía ese conocimiento. De hecho, muy poca gente. Pensaron que mentía. Hubo un motín, y una gran multitud avasalló a los centinelas que rodeaban nuestra nave, penetrando violentamente en ella. Vi como mis amigos eran hechos pedazos cuando trataban de razonar con la muchedumbre. ¡Razonar!
»Pero cuando hice lo que hice, no fue por venganza, sino por un motivo muy diferente. Sabía que cuando estuviésemos muertos, o aunque no nos matasen, el gobierno restauraría el orden. Y eso dejaría a la nave en su poder. No pasaría mucho tiempo antes de que los científicos de la Tierra supiesen cómo duplicarla. Inevitablemente, los terrestres lanzarían una flota invasora contra nuestro mundo. Así que para asegurarme de que la Tierra quedara retrasada muchos siglos, quizá millares de años, sabiendo que tenía que hacer una cosa horrible para salvar a mi propio mundo, envié la señal al barredor que estaba en órbita. No lo hubiera hecho si me hubiera sido posible llegar hasta el botón de destrucción para hacer estallar la nave. Pero no podía llegar a la sala de control. Así que apreté el botón de activación del barredor. Poco después, las masas volaron la puerta del compartimiento en que me había refugiado. No recuerdo nada después de eso.
- Yo estaba en un hospital de la Samoa del Oeste, muriendo de cáncer y preguntándome si me enterrarían junto a Robert Louis Stevenson -dijo Frigate-. Pensaba que no había muchas posibilidades de ello. No obstante, yo había traducido la Ilíada y la Odisea al samoano... Entonces, llegó la noticia. La gente estaba cayendo muerta por todo el mundo. El sendero de la fatalidad explicaba las cosas: el satélite taucetano estaba irradiando algo que hacía que los seres humanos cayesen muertos. Lo último que oí fue que los Estados Unidos, la Gran Bretaña, Rusia, China, Francia e Israel estaban lanzando cohetes para interceptarlo y destruirlo. Y el barredor estaba en una órbita que lo llevaría sobre Samoa en unas pocas horas. La excitación debió ser demasiado para mí en mi debilitada condición. Quedé inconsciente. Es todo lo que recuerdo.
- Los interceptores fracasaron -dijo Ruach-. El barredor los hizo saltar antes de que pudieran aproximarse.
Burton pensó que tenía mucho que aprender acerca del mundo después de 1890, pero aquel no era el momento en que hablar de ello.
- Sugiero que subamos a las colinas -dijo-. Podríamos enterarnos de qué tipo de vegetación crece allí, y si nos puede ser útil. Además, veremos si hay sílex con el que podamos construir armas. Este tipo del paleolítico debe estar familiarizado con el trabajo de la piedra. Puede mostrarnos cómo hacerlo.
Atravesaron un par de kilómetros de llanura, y subieron a las colinas. Por el camino, varias otras personas se unieron a su grupo. Una de ellas era una niña de unos siete años de edad, con ojos azul oscuro y un bello rostro. Miró patéticamente a Burton, que le preguntó en doce idiomas si estaba cerca alguno de sus padres o parientes. Ella le replicó en un lenguaje que ninguno de ellos conocía. Los lingüistas probaron con cada uno de los idiomas que conocían, con la mayor parte de los europeos y muchos de los africanos o asiáticos: hebreo, indostaní, árabe, un dialecto bereber, rumano, turco, persa, latín, griego, pushtu.
Frigate, que también sabía un poco de galés y gaélico, habló con ella. Los ojos de la niña se agrandaron, y luego frunció el ceño. Las palabras parecían tener una cierta familiaridad o similaridad con las de su idioma, pero no eran lo bastante cercanas como para ser inteligibles.
- Por lo que sabemos -dijo Frigate-, podría ser una antigua gala. No deja de usar la palabra Gwenafra. ¿Será ése su nombre?
- Le enseñaremos inglés -dijo Burton-, y la llamaremos Gwenafra.

Tomó a la niña en sus brazos, y comenzó a caminar con ella. Estalló en llanto, pero no hizo ningún esfuerzo por liberarse. El llanto debía ser una liberación de lo que tenía que haber sido una tensión casi insoportable, y también la expresión de la alegría de encontrar un protector. Burton inclinó su cuello para colocar su rostro contra el cuerpo de ella. No quería que los otros vieran las lágrimas de sus ojos.

Donde la llanura se encontraba con las colinas, como si hubiera sido trazada una línea, cesaba la hierba corta y comenzaba la áspera, gruesa hierba parecida a esparto, que les llegaba hasta la cintura. Allí también crecían muy juntos los pinos, los abetos, las encinas, los gigantes nudosos con hojas rojas y verdes, y el bambú. El bambú tenía muchas variedades, que iban desde los tallos delgados de pocos centímetros de alto hasta plantas de más de quince metros de altura. Muchos de los árboles estaban cubiertos por enredaderas que tenían grandes flores verdes, rojas, amarillas y azules.

- El bambú es un buen material para hacer astas de lanza -dijo Burton-, cañerías con que llevar agua, recipientes, para construir casas, muebles, botes, e incluso carbón vegetal con que hacer pólvora. Y los tallos jóvenes de algunos bambúes pueden ser buenos para comer. Pero necesitamos piedras con que cortar y dar forma a la madera.

Subieron sobre las colinas, cuya altura se incrementaba a medida que se acercaban a la montaña. Después de haber caminado unos tres kilómetros a vuelo de pájaro y doce a pasos de tortuga, se vieron detenidos por una montaña. Se alzaba con una ladera casi vertical de alguna roca ígnea negro azulada sobre la que crecían enormes manchas de liquen azul verdoso. No había forma alguna de determinar su altitud pero Burton creyó no equivocarse al estimar que medía al menos seis mil metros. Presentaba un frente sólido tan lejos como podían ver valle arriba y valle abajo.

- ¿Se han dado cuenta de la total ausencia de vida animal? -preguntó Frigate-. No hay ni un insecto.

Burton lanzó una exclamación. Caminó hasta un montón de rocas rotas, y tomó un trozo de piedra verdosa del tamaño de un puño.

- Calcedonia -dijo-. Si hay bastante, podremos hacer cuchillos, puntas de flecha, azadones, hachas. Y con ellos construir casas, botes y muchas otras cosas.

- Las armas y las herramientas tienen que atarse a empuñaduras de madera -observó Frigate-. ¿Qué usamos como material de atado?

- Quizá piel humana -contestó Burton.

Los otros parecieron alucinados. Burton lanzó una extraña risa gorjeante, incongruente en un hombre de aspecto tan masculino.

- Si nos vemos obligados a matar en autodefensa, o somos lo bastante afortunados como para tropezarnos con algún cadáver que algún asesino haya sido tan amable de dejar para nosotros -dijo-, seríamos estúpidos si no usáramos lo que necesitásemos. No obstante, si alguno de ustedes se siente lo bastante autosacrificado como para ofrecer su propia epidermis para el bien del grupo, que dé un paso al frente. Pensaremos en él en nuestros testamentos.

- Seguramente debe estar bromeando -dijo Alice Hargreaves-. No puedo decir que me agrade demasiado esta forma de hablar.

- Quédese con él, y oirá cosas mucho peores -dijo Frigate, pero no explicó lo que quería decir.

CAPITULO VI

Burton examinó la roca a lo largo de la base de la montaña. La piedra negro azulada y muy granulada de la montaña propiamente dicha era algún tipo de basalto, pero había trozos de calcedonia desparramados por la superficie del suelo o que se proyectaban de la base de la montaña. Parecía como si hubieran caído de alguna proyección de arriba, así que era posible que la montaña no fuera una sólida masa de basalto. Utilizando un trozo de calcedonia que tenía un borde afilado, raspó un poco el liquen. La piedra que había debajo parecía ser una dolomita verdosa. Aparentemente, los trozos de calcedonia habían venido de la dolomita, aunque no había evidencia alguna de descomposición o fractura en la veta.
El liquen podía ser Parmelia saxitilis, que también crecía en los huesos viejos, incluyendo los cráneos, y que, por consiguiente, según la Doctrina de las Firmas, era una cura para la epilepsia y podía usarse para obtener pomada curativa para las heridas.

Escuchando golpear piedras, regresó al grupo. Todos estaban rodeando al subhumano y al estadounidense, que estaban en cuclillas, espalda contra espalda, trabajando la calcedonia. Ambos habían logrado unas burdas hachas de
mano. Mientras los otros miraban, produjeron seis más. Luego, cada uno tomó un gran nódulo de calcedonia y lo partió en dos con una piedra usada como martillo. Utilizando una mitad del nódulo, comenzaron a obtener largas y delgadas esquirlas de la capa exterior de la otra. Hicieron girar el nódulo y lo golpearon hasta que cada uno tuvo alrededor de una docena de hojas.
Continuaron trabajando, uno un tipo de hombre que había vivido un centenar de millares de años o más antes de Jesucristo, el otro el refinado final de la evolución humana, un producto de la más alta civilización, tecnológicamente hablando, de la Tierra, y, aún más, uno de los últimos hombres de ella, si es que se podía creer en sus palabras.
De pronto, Frigate aulló, se irguió de un brinco, y dio saltitos acariciándose el pulgar izquierdo. Uno de sus golpes había fallado su objetivo. Kazz sonrió, mostrando enormes dientes parecidos a lápidas. También se puso en pie, y caminó sobre la hierba con su curioso andar. Regresó unos minutos más tarde con seis bambúes con extremos aguzados y varios otros con extremos romos. Se sentó y trabajó uno de los bambúes hasta que hubo hendido el extremo e insertado una punta triangular de piedra en la hendidura. Luego, la ató con algunas hierbas largas.
Al cabo de media hora, el grupo estaba armado con hachas de mano, hachas con mango de bambú, dagas y lanzas con puntas de madera y puntas de piedra.
Para entonces, la mano de Frígate ya no le dolía tanto, y la sangre había dejado de fluir. Burton le preguntó cómo era que parecía tan versado en los trabajos en piedra.
- Era un antropólogo aficionado -le contestó-. Mucha gente, es decir, mucha hablando relativamente, aprendió cómo hacer herramientas y armas de piedra por afición. Algunos de nosotros llegamos a ser lo bastante buenos en ello, aunque no creo que ningún hombre moderno llegase a ser tan hábil y rápido como un especialista neolítico. ¿Sabe?, esa gente se pasaba la vida haciéndolo... Y también resulta que sé mucho sobre trabajos en bambú, así que puedo ser de algún valor para ustedes.
Comenzaron a caminar de regreso al río. Se detuvieron un momento en la cima de una alta colina. El sol estaba casi directamente encima. Podían ver a muchos kilómetros a lo largo del río, y también al otro lado del mismo. Aunque estaban demasiado lejos para divisar con claridad cualquiera de las figuras del otro lado del río, de una anchura de un kilómetro y medio, podían ver las estructuras en forma de seta que había allí. En el otro lado, el terreno era igual que el de donde se hallaban: una llanura de un par de kilómetros, luego quizá cuatro o cinco kilómetros de colinas cubiertas de árboles. Más allá, la ladera vertical de una inescalable montaña negra y verdeazulada.
Al norte y al sur, el valle corría recto durante unos quince kilómetros, luego se curvaba, y el río se perdía de vista.

- El sol debe de salir tarde y se debe de poner pronto -dijo Burton-. Bueno, tendremos que aprovechar al máximo las horas de luz.
En aquel momento, todo el mundo saltó, y muchos gritaron. Una llama azul se alzó de la parte superior de cada estructura de piedra, llegó al menos a una altura de seis metros, y luego desapareció. Unos segundos más tarde, el sonido de un trueno lejano llegó hasta ellos. El bum golpeó la montaña tras ellos, y produjo ecos.
Burton alzó a la niña en brazos y comenzó a trotar colina abajo. Aunque mantenía un buen paso, se vieron obligados a caminar de vez en cuando, para recuperar el aliento. No obstante, Burton se sentía maravillosamente. Habían pasado muchos años desde que le fuera posible utilizar sus músculos con tal perfección, de forma que no deseaba dejar de disfrutar las sensaciones. Apenas si podía creer que, sólo hacía poco, su pie derecho hubiese estado hinchado por la gota, y su corazón hubiera palpitado locamente si subía unos pocos escalones.
Llegaron a la llanura, y continuaron trotando, pues pudieron ver que había mucha excitación alrededor de una de las estructuras. Burton maldijo a los que estaban en su camino y los empujó a un lado. Recibió malas miradas, pero nadie trató de devolverle los empujones. De pronto, se encontró en el espacio libre de alrededor de la base y vio lo que les atraía. También lo olió.
Frigate, tras él, exclamó:
- ¡Oh, Dios mío! -y trató de vomitar con su estómago vacío.
Burton había visto demasiado en su vida para sentirse afectado con facilidad por las visiones desagradables. Además, podía distanciarse de la realidad cuando las cosas se tornaban demasiado repugnantes o dolorosas. A veces hacía este movimiento, este salirse a un lado de las cosas tal como eran, con un esfuerzo de la voluntad. Pero habitualmente sucedía automáticamente. En este caso, el distanciamiento se produjo de una forma automática.
El cadáver yacía de costado y medio oculto bajo el borde de la parte superior de la seta. Su piel había ardido totalmente, y sus músculos desnudos estaban chamuscados. La nariz y las orejas, los dedos de las manos y los pies, y los genitales, habían ardido totalmente, o eran tan solo muñones sin forma.
Cerca de él, de rodillas, había una mujer murmurando una oración en italiano. Tenía enormes ojos negros que hubieran sido hermosos de no estar enrojecidos e hinchados por las lágrimas. Tenía una figura magnífica que hubiera llamado toda su atención bajo distintas circunstancias.
- ¿Qué sucedió? -preguntó él.
La mujer dejó de rezar y lo miró. Se puso en pie y susurró:
- El padre Giuseppe estaba apoyado contra la roca; dijo que tenía hambre. Dijo que no veía que tuviese mucho sentido el ser devuelto a la vida sólo para morir de hambre. Yo le contesté que no podíamos morir, ¿no era así? Habíamos sido resucitados de entre los muertos, y nuestras necesidades serían provistas. El me contestó que quizá estuviéramos en el infierno, y que permaneceríamos desnudos y hambrientos para siempre. Le dije que no blasfemase, que de todas las gentes él debía ser el último en blasfemar. Pero él me contestó que no era eso lo que le había estado contando durante cuarenta años a la gente, y entonces... y entonces...
Burton esperó unos segundos, y luego preguntó:
- ¿Y entonces?
- El padre Giuseppe dijo que al menos no había el fuego del infierno, pero que eso sería mejor que morirse de hambre durante toda la eternidad. Y entonces surgieron las llamas y lo envolvieron, y hubo un sonido como el estallido de una bomba, y entonces estuvo muerto, abrasado. Fue horrible, horrible.
Burton se movió hacia el norte del cadáver para dejar el viento tras él, pero aún así el hedor era mareante. Pero no era el olor lo que más le molestaba, sino la propia idea de la muerte. Sólo había pasado la mitad del primer día de la resurrección, y un hombre ya estaba muerto. ¿Quería eso decir que los resucitados eran tan vulnerables a la muerte como en su vida terrenal? Y si así era, ¿qué sentido tenía aquello?
Frigate había dejado de intentar vomitar con un estómago vacío. Pálido y tembloroso, se puso en pie y se aproximó a Burton. Le daba la espalda al muerto.

- ¿No sería mejor que nos deshiciésemos de eso? -dijo, señalando con su pulgar por encima del hombro.
- Supongo que sí -respondió fríamente Burton-. No obstante, es una pena que la piel esté estropeada.
Le sonrió al estadounidense. Frigate aún pareció más asqueado.
- Vamos -dijo Burton-, cójalo por los pies, yo lo tomaré por el otro extremo. Lo tiraremos al río.
- ¿Al río? -preguntó Frigate.
- Ajá. A menos que desee llevarlo a las colinas y cavarle un agujero allí.
- No puedo -dijo Frigate, y se apartó. Burton lo miró disgustado, y luego hizo una señal al subhumano. Kazz gruñó y se adelantó hacia el cadáver con aquel paso tan peculiar que parecía que caminase sobre los lados de sus pies. Se inclinó y, antes de que Burton pudiera tomar los ennegrecidos muñones de los pies, Kazz hubo levantado el cadáver sobre su cabeza, caminado unos pasos hacia el borde del río, y lanzado el muerto al agua. Se hundió inmediatamente, y fue arrastrado por la corriente a lo largo de la costa. Kazz decidió que esto no era suficiente, vadeó tras él hundiéndose hasta la cintura, y lo tomó, sumergiéndose durante un minuto. Evidentemente estaba empujando el cadáver hacia la parte más profunda.
Alice Hargreaves lo había contemplado horrorizada. Entonces exclamó:
- ¡Pero esa es el agua que vamos a beber!
- El río parece lo bastante grande como para purificarse a sí mismo -le dijo Burton-. De cualquier forma, tenemos otras cosas de las que preocuparnos antes que en los procedimientos adecuados de higiene.
Burton se volvió cuando Monat le tocó el hombro y le dijo:
- ¡Mire eso! -el agua estaba hirviendo hacia donde debería hallarse el cadáver. Repentinamente, un lomo plateado con aletas blancas surgió a la superficie.
- Parece como si su preocupación acerca de que el agua se contaminase sea en vano -le dijo Burton a Alice Hargreaves-. El río tiene peces carnívoros. Me pregunto... me pregunto si será seguro nadar en él.
Al menos, el subhumano había salido sin ser atacado. Estaba de pie ante Burton, sacudiéndose el agua de su piel sin pelo y sonriendo con aquellos enormes dientes. Era terriblemente feo, pero tenía los conocimientos de un hombre primitivo, conocimientos que ya les habían servido de mucho en un mundo de condiciones primitivas. Y sería un compañero maravilloso para protegerle a uno las espaldas en una pelea. Por pequeño que fuera era inmensamente poderoso. Aquellos gruesos huesos le daban una amplia base para sus fuertes músculos. Resultaba evidente que, por alguna razón, se había sentido atraído por Burton. A Burton le gustaba pensar que el salvaje, con su instinto primitivo, «sabía» que Burton era el hombre al que seguir si es que quería sobrevivir. Además, un subhumano o prehumano, siendo más cercano a los animales, también sería más psíquico, así que detectaría los bien desarrollados poderes psíquicos del propio Burton, y sentiría una afinidad por éste aunque fuera un homo sapiens.
Luego Burton se recordó a sí mismo que su reputación psíquica había sido creada por él mismo, y que era un medio charlatán. Había hablado tanto de sus poderes, y había escuchado tanto a su esposa, que había llegado a creérselo él mismo. Pero había momentos en que recordaba que sus «poderes» eran, al menos, medio mentira.
Sin embargo, era un hipnotizador capacitado, y creía que sus ojos irradiaban un peculiar poder extrasensorial cuando deseaba que lo hicieran. Podía haber sido esto lo que hubiera atraído al semihombre.
- La roca descargó una energía tremenda -dijo Lev Ruach-. Debió ser eléctrica. Pero, ¿por qué? No puedo creer que la descarga fuera sin motivo alguno.
Burton miró por encima de la forma de seta de la roca. El cilindro gris de la depresión del centro parecía no haber sido dañado por la descarga. Tocó la piedra. No estaba más caliente de lo que podría haberse esperado por estar al sol.

- ¡No la toque! -dijo Lev Ruach-. Podría haber otra... -y se detuvo cuando vio que su aviso llegaba demasiado tarde.
- ¿Otra descarga? -dijo Burton-. No lo creo. Al menos, no por algún tiempo. Ese cilindro quedó ahí, así que quizá podamos aprender algo del mismo.
Colocó sus manos sobre la parte superior de la seta, y saltó hacia arriba. Subió a ella con una facilidad que le encantó. Hacía muchos años que no se sentía tan joven y poderoso. Ni tan hambriento.
Algunos de la multitud le gritaron que bajase de la roca antes de que volviesen las llamaradas azules. Otros parecieron esperar que ocurriese otra descarga. La mayoría se sentían contentos con dejar que fuera él quien corriera con los riesgos.
No sucedió nada, aunque no había estado demasiado seguro de que no fuera a ser incinerado. La piedra se notaba tan solo agradablemente cálida bajo sus plantas desnudas.
Caminó sobre las depresiones hacia el cilindro, y puso sus dedos bajo el borde de la tapa. Se abrió fácilmente. Con el corazón latiendo por la excitación, miró en el interior. Había esperado un milagro, y allí estaba. Los estantes del interior contenían seis recipientes, cada uno de los cuales estaba lleno.
Indicó a su grupo que subieran. Kazz lo hizo con facilidad. Frigate, que se había recuperado de su mareo, saltó con la gracilidad de un atleta. Si el tipo no tuviera un estómago tan delicado, podría ser una buena baza, pensó Burton. Frigate se volvió y tiró de Alice, subiéndola sobre el borde a pulso.
Cuando se agruparon a su alrededor, con sus cabezas inclinadas hacia el interior del cilindro, Burton dijo:
- ¡Es una verdadera cornucopia! ¡El cuerno de la abundancia! ¡Miren! ¡Un filete, un filete grueso y jugoso! ¡Pan y mantequilla! ¡Mermelada! ¡Ensalada! Y, ¿qué es eso? ¿Un paquete de cigarrillos? ¡Ajá! ¡Y un cigarro! ¡Y un vaso de bourbon, y realmente bueno por su aroma! Algo mas... ¿qué es eso?
- Parecen como barritas de chiclé -dijo Frigate-. Sin envoltura. Y eso debe ser... ¿qué? ¿Un encendedor para el tabaco?
- ¡Comida! -gritó un hombre. Era un hombre enorme, que no formaba parte de lo que Burton pensaba como «su grupo». Los había seguido, y otros estaban apresurándose a subir a la roca.
Burton extendió la mano por debajo de los recipientes, en el interior del cilindro, y asió un pequeño objeto plateado y rectangular del fondo. Frigate había dicho que aquello podía ser un encendedor. Burton no sabía lo que era un «encendedor», pero sospechaba que debía suministrar una llama para encender los cigarrillos. Mantuvo el objeto en la palma de su mano y, con la otra, cerró la tapa. La boca se le hacía agua, y el estómago le rugía. Los otros estaban tan ansiosos como él; sus expresiones mostraban que no podían comprender por que no sacaba la comida.
El hombretón dijo, con voz muy alta y en italiano de los barrios bajos de Trieste:
- ¡Tengo hambre, y mataré a cualquiera que trate de detenerme! ¡Abre eso!
Los otros no dijeron nada, pero era evidente que esperaban que Burton tomase la iniciativa en la defensa. En lugar de eso, dijo:
- Ábralo usted mismo- y se apartó. Los otros dudaron. Habían visto y olido la comida. Kazz estaba babeando. Pero Burton les explicó-: Miren a esa muchedumbre. En un instante habrá aquí una lucha. Yo digo que dejemos que luchen por esta menudencia. Y no es que esté tratando de evitar una pelea, compréndanlo -añadió, mirándolos con fiereza-. Pero estoy seguro de que todos nosotros tendremos nuestros cilindros llenos de comida para la hora de cenar. Esos cilindros solo tienen que dejarse en la roca para que sean llenados. Esto es obvio, y por eso fue colocado el de muestra.
Caminó hacia el borde de la piedra cercano al agua, y bajó. Para entonces la parte alta estaba repleta de gente, y más estaban tratando de subir a ella. El hombretón había agarrado un filete, mordiéndolo, pero alguien trató de arrancárselo. Aulló con furia y, de pronto, se abalanzó a través de los que estaban situados entre él y el río. Saltó sobre el borde y cayó al agua,

emergiendo un momento más tarde. Mientras tanto, hombres y mujeres gritaban y se golpeaban los unos a los otros por el resto de la comida y artículos del interior del cilindro.
El hombre que había saltado al río flotó sobre su espalda mientras se comía el resto del filete. Burton lo contempló detenidamente, medio esperando que fuera atrapado por los peces. Pero siguió flotando río abajo, sin ser molestado.
Las piedras al norte y al sur, a ambos lados del río, estaban atestadas de seres humanos en lucha.
Burton caminó hasta que hubo salido de la muchedumbre y se sentó. Su grupo se acurrucó junto a él, y contemplaron la chillona y estremecida masa. La piedra de los cilindros parecía como un taburete cubierto de pálidos gusanos. Gusanos muy gritones. Y algunos de ellos estaban ahora rojos, pues había comenzado a derramarse sangre.
El aspecto más deprimente de la escena era la reacción de los niños. Los más pequeños habían permanecido apartados de la roca, pero sabían que había comida en el cilindro. Estaban llorando de hambre y por el terror producido por los gritos y peleas de los adultos de encima de la piedra. La niñita que estaba con Burton tenía los ojos secos, pero se estremecía. Estaba de pie junto a él, y le echó los brazos al cuello. El le palmeó la espalda y murmuró palabras de ánimo que no podía comprender, pero cuyo tono ayudó a calmarla.
El sol estaba descendiendo. En unas dos horas quedaría oculto por las enormes montañas del oeste, aunque probablemente la verdadera oscuridad no llegaría aún en bastantes horas. No había forma en que determinar lo largo que sería el día allí. La temperatura había aumentado, pero el estar sentados al sol no era insoportable, y la continua brisa ayudaba a refrescarlos.
Kazz hizo signos indicando que le agradaría un fuego, y también indicó la punta de su lanza de bambú. Sin duda quería endurecerla al fuego.
Burton había inspeccionado el objeto metálico tomado del cilindro. Era de un metal plateado y duro, rectangular, plano, de unos cinco centímetros de largo y casi uno de ancho. Tenía un pequeño agujero en un extremo, y una regleta en el otro. Burton colocó la uña de su pulgar contra la proyección al extremo de la regleta, y empujó. La regleta se movió hacia abajo un tercio de centímetro, y un alambre de más o menos un cuarto de centímetro de diámetro y poco más de un centímetro de largo surgió por el agujero del extremo. Aún a la brillante luz del sol, lucía con un color blanco. Tocó una hoja de la hierba con la punta del alambre; ésta se arrugó y ennegreció inmediatamente. Aplicada a la punta de la lanza de bambú, quemó un pequeño agujero. Burton empujó la regleta de vuelta a su posición original, y el alambre se ocultó, como la ardiente cabeza de una tortuga con concha plateada.
Tanto Frigate como Ruach se preguntaron en voz alta qué energía contendría el pequeño artefacto. Para hacer que el alambre estuviese tan caliente se requería mucho voltaje. ¿Cuántas cargas daría la batería o la pila radiactiva que tuviera en el interior? ¿Cómo podría ser renovada la carga del encendedor?
Había muchas preguntas que no podían ser contestadas en seguida, o quizá nunca. La más grande era cómo podían haber sido devueltos a la vida en cuerpos rejuvenecidos. Quien lo hubiera hecho poseía una ciencia casi infinita. Pero la especulación acerca de aquello, aunque les daría algo sobre lo que hablar, no iba a resolver nada.
Al cabo de un tiempo, la multitud se dispersó. El cilindro quedó caído de costado encima de la piedra. Varios cuerpos yacían también allí, y un cierto número de hombres y mujeres que habían bajado de la roca estaban heridos. Burton atravesó la multitud. El rostro de una mujer había sido arañado, especialmente alrededor de su ojo derecho. Estaba sollozando, pero nadie le hacía caso.
Otro hombre estaba sentado en el suelo, cubriéndose el bajo vientre, que había sido ensangrentado por afiladas uñas.
De los cuatro que yacían sobre la piedra, tres estaban inconscientes. Se recuperaron cuando les echó agua sobre el rostro con el cilindro. El cuarto, un hombre bajo y delgado, estaba muerto. Alguien le había retorcido el cuello hasta rompérselo.
Burton miró de nuevo al sol y dijo:

- No sé exactamente cuándo será la hora de cenar. Sugiero que regresemos no demasiado después de que el sol se oculte tras la montaña. Colocaremos nuestras cornucopias, o cuernos de la abundancia, o cilindros de la comida, o como quieran llamarlos, en esas depresiones, y entonces esperaremos. Mientras tanto...

Podía haber tirado también aquel cadáver al río, pero ahora había pensado en un uso, o quizá varios, para el mismo. Les dijo a los otros lo que quería, y bajaron el cuerpo de la piedra y comenzaron a llevarlo a través de la llanura. Frigate y Galeazzi, un antiguo importador de Trieste, tomaron el primer turno. Evidentemente, Frigate no había deseado mucho hacer aquel trabajo, pero cuando Burton le preguntó si quería hacerlo asintió con la cabeza. Tomó los pies del hombre y abrió camino con Galeazzi, sosteniendo al muerto por las axilas. Alice caminaba detrás de Burton, llevando a la niña de la mano. Algunos de la multitud miraron con curiosidad o hicieron preguntas y comentarios, pero Burton los ignoró. Tras un kilómetro, Kazz y Monat tomaron el cadáver. La niña no parecía estar preocupada por el muerto. Se había mostrado curiosa por el primer cadáver, en lugar de sentirse horrorizada por su aspecto abrasado.

- Si realmente es una habitante de la antigua Galia -dijo Frigate-, debe de estar acostumbrada a ver cuerpos abrasados. Si recuerdo con exactitud, los galos quemaban vivas a sus víctimas rituales en enormes cestas de mimbre en las ceremonias religiosas. No recuerdo a qué dios o diosa estaban dedicadas las ceremonias. Desearía tener una biblioteca de referencia. ¿Cree que tendremos alguna vez una aquí? Me parece que enloqueceré si no dispongo de libros para leer.

- Esto está por ver -dijo Burton-. Si no se nos suministra una biblioteca, podemos hacérnosla nosotros mismos, si es posible.

Pensó que la pregunta de Frigate era bastante tonta, pero después de todo no todo el mundo estaba en su estado normal en aquel momento.

- ¡Si todos aquellos que vivieron alguna vez han sido resucitados aquí, piense en las investigaciones que se pueden hacer! ¡Piense en los misterios históricos que podrían solucionarse! Uno podría hablar con John Wilkes Booth y averiguar si Staton, el Secretario de la Guerra, estaba realmente tras el asesinato de Lincoln. Y uno podría lograr averiguar la identidad de Jack el Destripador, averiguar si la doncella de Orleáns pertenecía realmente a un grupo de brujas. Hablar con el mariscal Ney del Imperio Napoleónico; ver si escapó al pelotón de fusilamiento y se convirtió en un maestro de escuela en América; lograr la verdadera historia de Pearl Harbor. Ver el rostro del hombre de la máscara de hierro, si es que existió alguna vez tal persona. Entrevistar a Lucrecia Borgia y a quienes la conocieron, y determinar si fue la envenenadora que cree la gente. Averiguar la identidad del asesino de los dos principitos en la Torre de Londres. Quizá Ricardo III los mató.

»Y usted, Richard Francis Burton, hay muchas preguntas acerca de su propia vida que sus biógrafos querrían que les fueran contestadas. ¿Tuvo realmente un amor persa con el que se iba a casar y por el que estaba dispuesto a renunciar a su verdadera identidad y convertirse en un nativo? ¿Murió ella antes de que pudiera casarse, y realmente su muerte lo amargó a usted, y siguió sintiendo amor por ella durante el resto de su vida?

Burton lo miró severamente. Acababa de conocer a aquel hombre, y ahí estaba, haciendo preguntas entrometidas y muy personales. No había excusa para ello.

Frigate se echó hacia atrás, diciendo:

- Y... y... bueno, todo esto tendrá que esperar. Ya lo veo. Pero, ¿sabía usted que su esposa hizo que le administrasen la extremaunción poco después de que falleciese, y que lo enterraron en un cementerio católico... a usted, el infiel?

Lev Ruach, cuyos ojos habían estado agrandándose mientras Frigate hablaba, intervino:

- ¿Es usted Burton, el explorador y lingüista? ¿El descubridor del lago Tanganika? ¿El que hizo un peregrinaje a la Meca disfrazado de musulmán? ¿El traductor de las Mil y una Noches?

- No tengo necesidad ni deseos de mentir. Ese soy.

Lev Ruach escupió a Burton, pero el viento se llevó el salivazo.

- ¡Hijo de puta! -gritó-. ¡Asqueroso bastardo nazi! He leído acerca de usted. ¡Supongo que en muchos aspectos fue usted una admirable persona, pero era un antisemita!

CAPITULO VII

Burton se quedó muy asombrado.
- Mis enemigos extendieron ese rumor malévolo y sin fundamento -dijo-. Pero cualquiera que conozca los hechos y me conozca a mí sabrá la verdad. Y ahora, creo que usted...
- Entonces, ¿no escribió El judío, el gitano y el Islam? -dijo Ruach resoplando.
- Lo hice -replicó Burton. Su rostro estaba rojo, y cuando bajó la vista, vio que también su cuerpo había enrojecido-. Y ahora, como empecé a decir antes de que me interrumpiera de una forma tan poco educada, creo que lo mejor será que se vaya. En circunstancias normales, ya le estaría apretando el cuello. Un hombre que me habla así tiene que defender sus palabras con hechos. Pero esta es una extraña situación, y quizá esté usted desquiciado. No sé. Pero, si no se excusa ahora mismo, o se marcha, vamos a tener otro cadáver.
Ruach apretó los puños y miró con odio a Burton. Luego, dio la vuelta y se marchó.
- ¿Qué es un nazi? -le preguntó Burton a Frigate.
El estadounidense se lo explicó lo mejor que pudo, y Burton le contestó:
- Tengo mucho que aprender acerca de lo que sucedió después de mi muerte. Este hombre está equivocado acerca de mí. No soy ningún nazi. ¿Dice usted que Inglaterra se convirtió en una potencia de segunda categoría? ¿Y sólo cincuenta años después de mi muerte? Me resulta difícil creerlo.
- ¿Por qué iba a mentirle? -le dijo Frigate-. No se disguste por ello. Antes del final del Siglo XX se había alzado de nuevo, y en una forma muy curiosa, aunque ya era demasiado tarde...
Escuchando al yanki, Burton sintió orgullo por su país. Aunque Inglaterra lo había tratado de una forma bastante ingrata durante su vida, aunque siempre había deseado irse de la Isla cuando estaba en ella, la defendería hasta la muerte. Y había sido muy devoto de la Reina.
Bruscamente, dijo:
- Si se imaginó cuál era mi identidad, ¿por qué no me dijo nada de ello?
- Quería estar seguro. Además, no tuvimos mucho tiempo para charlas sociales -le respondió Frigate-. O de ningún otro tipo -añadió, mirando de reojo a la magnífica figura de Alice Hargreaves.
»También sé acerca de ella -continuó-, si es la mujer que creo que es.
- Eso es más de lo que sé yo -replicó Burton. Se detuvo. Habían subido la ladera de la primera colina, y estaban en la cima. Dejaron el cuerpo sobre el suelo, bajo un gigantesco pino rojo.
Inmediatamente, Kazz, con un cuchillo de calcedonia en la mano, se acurrucó junto al cadáver. Alzó la cabeza al cielo y murmuró algunas pocas frases que debían de haber sido parte de un cántico religioso. Luego, antes de que los otros pudieran objetar, había abierto el cadáver, sacándole el hígado.
La mayor parte del grupo gritó horrorizado. Burton gruñó. Monat miró.
Los grandes dientes de Kazz se clavaron en el sangrante órgano y arrancaron un gran trozo. Sus mandíbulas, de grandes músculos y gruesos huesos, comenzaron a masticar, y entrecerró los ojos extasiado. Burton se adelantó hacia él y tendió la mano, intentando que se detuviese. Kazz sonrió ampliamente, cortó un trozo, y se lo ofreció a Burton. Se sintió muy sorprendido por el rechazo de Burton.
- ¡Un caníbal! -dijo Alice Hargreaves-. ¡Oh, Dios mio, un sangriento y maloliente caníbal! ¡Y ésta es la vida venidera prometida!
- No es peor que nuestros propios antepasados -dijo Burton. Se había recuperado del shock, e incluso estaba disfrutando, un poquito, de la reacción de los otros-. En un lugar en el que parece haber bastante poca comida, su acción es eminentemente práctica. Bueno, queda resuelto nuestro problema de cómo enterrar un cadáver sin las herramientas adecuadas. Además, si estamos equivocados acerca de que los cilindros sean una fuente de comida, quizá antes de que pase mucho estaremos emulando a Kazz.
- ¡Nunca! -dijo Alice-. ¡Antes prefiero morir!
- Eso es exactamente lo que le sucedería -replicó Burton fríamente-. Sugiero que nos retiremos y le dejemos que coma tranquilo. No me resuelve mi propio apetito, y encuentro

que su comportamiento en la mesa es tan abominable como el de un yanki de las fronteras. O un prelado campesino -añadió, en beneficio de Alice.
Caminaron hasta perder de vista a Kazz, tras uno de los grandes árboles nudosos. Alice exclamó:
- ¡No quiero que esté con nosotros! ¡Es un animal, una abominación! ¡No iba a sentirme segura ni un solo segundo si lo tengo cerca de mí!
- Usted me pidió protección -dijo Burton-. Se la daré mientras sea usted miembro de este grupo. Pero tendrá que aceptar mis decisiones. Y una de ellas es que el hombre-mono permanece con nosotros. Necesitamos su fuerza y sus habilidades, que parecen ser muy apropiadas para este tipo de país. Nos vamos a convertir en primitivos; por consiguiente, tenemos mucho que aprender de un primitivo. El se queda.
Alice miró a los otros con una súplica silenciosa. Monat agitó las cejas. Frigate se alzó de hombros y dijo:
- Señora Hargreaves, si le resulta posible, olvide sus costumbres, sus convencionalismos. No estamos en un correcto cielo victoriano para la alta sociedad. De hecho, en ningún tipo de cielo que jamás se soñase. No puede usted pensar y comportarse como acostumbraba en la Tierra. Fíjese en un simple detalle: usted procede de una sociedad en la que las mujeres se tapaban del cuello hasta los pies con gruesos ropajes, y en el que la visión de las rodillas de una mujer era un acontecimiento sexual estremecedor. No obstante, no parece sufrir demasiada vergüenza por estar desnuda. Se muestra usted tan digna y segura de sí misma como si llevase un hábito de monja.
- No me gusta como voy -dijo Alice-. Pero ¿por que iba a sentirme avergonzada? Donde todo el mundo está desnudo, nadie se siente desnudo. De hecho, es lo único que podemos hacer. Si algún ángel me diera un vestuario completo, no lo usaría. No iría de acuerdo con la moda. Y tengo un tipo excelente. Si no lo tuviera, quizá sufriera mas.
Los dos hombres rieron, y Frigate dijo:
- Eres fabulosa, Alice. Absolutamente. ¿Puedo llamarte Alice? Señora Hargreaves parece demasiado formal cuando uno va desnudo.
Ella no le replicó, sino que se marchó rápidamente, desapareciendo tras un gran árbol. Burton comentó:
- Tendremos que hacer algo al respecto del saneamiento y la higiene personal en un próximo futuro. Lo que significa que alguien tendrá que decidir una política de salubridad y tener el poder de dar disposiciones y hacer que se cumplan. ¿Cómo forma uno cuerpos legislativo, judicial y ejecutivo a partir del presente estado de anarquía?
- Volviendo a un problema más inmediato -dijo Frigate-, ¿qué hacemos con el muerto?
Solamente estaba un poco menos pálido que un momento antes, cuando Kazz había hecho la incisión con el cuchillo de calcedonia.
- Estoy seguro de que la piel humana, debidamente curtida, o la tripa humana, adecuadamente tratada, será muy superior a la hierba para hacer cuerdas o ataduras. Pienso cortar algunas tiras. ¿Quiere ayudarme?
El silencio solo fue roto por el viento que agitaba las hojas y las puntas de las hierbas. El sol siguió descendiendo, e hizo aparecer sudor, que se secó rápidamente al viento. No piaba ningún pájaro, ni zumbaba ningún insecto. Y entonces, la aguda voz de la niña quebró la quietud. La voz de Alice le contestó, y la niña corrió hacia ella, detrás del árbol.
- Lo intentaré -dijo el estadounidense-. Pero no se. Ya he tenido más que suficiente para un solo día.
- Haga lo que quiera -le respondió Burton-. Pero quienquiera que me ayude tendrá prioridad en el uso de la piel. Y quizá desee tener un poco para atar una cabeza de hacha a un mango.
Frigate tragó audiblemente saliva, y luego dijo:
- Iré.
Kazz seguía acurrucado sobre la hierba, junto al cadáver, sosteniendo el sangrante hígado con una mano, y el ensangrentado cuchillo de piedra con la otra. Al ver a Burton, sonrió con labios manchados y cortó un trozo de hígado. Burton negó con la cabeza. Los otros: Galeazzi,

Brontich, María Tucci Filippo Rocco, Rosa Nalini, Caterina Capone, Fiorenza Forri, Babich y Giunta, se habían retirado de la repugnante escena. Estaban al otro lado de un pino de grueso tronco, hablando en voz baja en italiano.

Burton se puso en cuclillas junto al cadáver y clavó la punta del cuchillo, comenzando una incisión justo encima de la rodilla derecha y llegando hasta la clavícula. Frigate se quedó junto a él, mirando. Se tornó aún más pálido, y su temblor se incrementó. Pero se quedó firme hasta que dos largas tiras le hubieron sido arrancadas al cadáver.

- ¿Quiere hacer una prueba? -preguntó Burton. Hizo girar el cuerpo sobre su costado para que pudiera tomar otras tiras, aún más largas. Frigate tomó el cuchillo de ensangrentada punta y empezó a trabajar, con los dientes muy apretados.

- No tan profundamente -le dijo Burton. Y, un momento después-. Ahora no está cortando lo bastante profundamente. Vamos, deme el cuchillo. ¡Mire!

- Tenía un vecino que acostumbraba a colgar sus conejos tras el garage y cortarles el cuello después de retorcerles el pescuezo -explicó Frigate-. Lo contemplé hacerlo una vez. Me bastó.

- No puede permitirse el lujo de tener un estómago susceptible o de mostrarse pusilánime -le indicó Burton-. Está usted viviendo en las condiciones más primitivas. Tiene que ser primitivo para sobrevivir, le guste o no.

Brontich, el alto y delgado esloveno que en otro tiempo había sido tabernero, corrió hacia ellos.

- He encontrado otra de esas grandes piedras en forma de seta -les dijo-. A unos cuarenta metros de aquí. Estaba oculta tras unos árboles, en una depresión.

La primera sensación de contento de Burton al adoctrinar a Frigate había pasado. Comenzaba a sentir pena por el tipo. Lo tuteó.

- Mira, Peter, ¿por qué no vas a investigar esa piedra? Si hay una ahí, podemos evitarnos el viaje de regreso al río.

Entregó su cilindro a Frigate.

- Coloca esto en un agujero de la piedra, pero recuerda exactamente en cual lo pusiste. Haz que los otros también lo hagan. Asegúrate de que se fijan dónde pone cada uno el suyo. ¿Sabes?, no vale la pena que haya peleas acerca de eso.

Extrañamente, Frigate parecía poco inclinado a irse. Parecía sentir que no había quedado en muy buen lugar a causa de su debilidad. Permaneció allá un momento más, pasando su peso de una pierna a otra y suspirando varias veces. Luego, mientras Burton seguía raspando la parte interior de las tiras de piel, se marchó. Llevaba los dos cilindros en una mano, y su cabeza de hacha de piedra en la otra.

Burton dejó de trabajar después de que el estadounidense hubo desaparecido de su vista. Había tenido interés en averiguar cómo cortar esas tiras, y quizá pudiese abrir el tronco del cadáver para sacarle las entrañas. Pero no podía hacer nada por el momento para preservar las tripas o piel. Era posible que la corteza de los árboles parecidos a robles contuviese tanino que pudiese ser utilizado con otros materiales para curtir la piel humana. No obstante, para cuando tuviesen aquello, aquellas tiras ya se habrían podrido. Sin embargo, no había perdido el tiempo. Quedaba probada la eficiencia de aquellos cuchillos de piedra, y había consolidado su vago recuerdo sobre la anatomía humana. Cuando eran jóvenes en Pisa, Richard Burton y su hermano Edward habían tenido lazos con los estudiantes de medicina italianos de la universidad local. Ambos hermanos habían aprendido mucho de los estudiantes, y ninguno de ellos había abandonado su interés por la anatomía. Edward se convirtió en un cirujano, y Richard había asistido a numerosas conferencias y a disecciones públicas y privadas en Londres. Pero había olvidado mucho de lo que había aprendido.

Bruscamente, el sol pasó tras la cima de la montaña. Una pálida sombra cayó sobre él y, en unos pocos minutos, todo el valle estaba en penumbra. Pero el cielo se mantuvo de un brillante color azul durante un largo tiempo. La brisa continuó soplando a la misma velocidad. El aire, cargado de humedad, se hizo un poco frío. Burton y el hombre de neanderthal dejaron el cadáver y siguieron el sonido de las voces de los otros. Estaban junto a la piedra de cilindros de la que había hablado Brontich. Burton se preguntó si habría otras cerca de la base

de la montaña, dispuestas a distancias aproximadas de un kilómetro y medio. Sin embargo, a ésta le faltaba el cilindro en la depresión central. Quizá aquello significase que no estaba dispuesta para operar. No lo creía así. Podía asumirse que quienquiera que hubiera hecho las piedras había colocado cilindros en los agujeros centrales de las del borde del río debido a que los resucitados usarían primero aquéllas. Para cuando encontrasen las piedras del interior, ya sabrían cómo utilizarlas.

Los cilindros estaban colocados en las depresiones del círculo exterior. Sus propietarios estaban alrededor, sentados o en pie, hablando, pero con su atención puesta en los cilindros. Todos se preguntaban cuándo llegarían las siguientes llamas azuladas. Gran parte de su conversación era acerca de lo hambrientos que se sentían. El resto era simples chácharas de cómo habían llegado allí, quién los había puesto allí, dónde estaría el que los había puesto allí, y qué era lo que estaba planeado para ellos. Unos pocos hablaban de sus vidas en la Tierra.

Burton se sentó bajo las separadas y muy pobladas ramas del nudoso y negro «árbol de hierro». Se sentía cansado, como evidentemente todos, excepto Kazz. Sus tripas vacías y sus nervios tensos le impedían que se adormilase, aunque las voces suaves y el susurrar de las hojas incitaban al sueño. La depresión en la que esperaba el grupo estaba formada por un espacio plano en la unión de cuatro colinas, y estaba rodeada por árboles. Aunque estaba más oscuro que la cima de las colinas, también parecía ser un poco más cálido. Tras un rato, a medida que se incrementaba la oscuridad y el frescor, Burton organizó un grupo para recoger leña. Utilizando los cuchillos y las hachas de mano, cortaron muchas plantas de bambú maduras y reunieron montones de hierba. Con el alambre al rojo blanco del encendedor, Burton inició una fogata de hojas y hierba. El combustible estaba aún verde, así que el fuego era humeante y poco satisfactorio hasta que colocaron el bambú.

De pronto, una explosión los hizo saltar. Algunas de las mujeres chillaron. Se habían olvidado de seguir vigilando la piedra de cilindros. Burton se había vuelto justo a tiempo para ver cómo las llamas azules se alzaban unos seis metros. El calor de la descarga pudo ser notado por Brontich, que estaba a unos seis metros de distancia.

Cuando se hubo apagado el sonido, y miraron a los cilindros, Burton fue de nuevo el primero en subir a la piedra; la mayoría de ellos no sentían ningún interés por aventurarse tan inmediatamente después de las llamaradas. Alzó la tapa de su cilindro, miró en el interior, y lanzó un grito de júbilo. Los otros subieron y abrieron sus propios cilindros. Al cabo de un minuto estaban sentados junto al fuego, comiendo rápidamente, lanzando exclamaciones de éxtasis y mostrándose los unos a los otros lo que habían hallado, riendo y bromeando. Después de todo, las cosas no eran tan malas. Quien fuera responsable de todo aquello se estaba ocupando de ellos.

Había abundante comida, incluso tras haber estado ayunando todo el día, o, como Frigate dijo, «probablemente ayunando media eternidad». Con eso quería decir, como le explicó a Monat, que no había forma en que averiguar cuánto tiempo había pasado entre el año 2008 y ahora. Aquel mundo no habría sido construido en un día, y preparar a la humanidad para la resurrección habría llevado más de siete. Es decir, si todo aquello había sido realizado por medios científicos y no sobrenaturales.

El cilindro de Burton le había proporcionado un redondo de carne de diez centímetros de grosor, una pequeña bola de pan negro, mantequilla, patatas y salsa de carne, lechuga con salsa para ensalada de un sabor poco familiar pero delicioso; además, había un vaso grande lleno de un excelente bourbon y otro vaso pequeño con cuatro cubitos de hielo.

Y había más, que lo inesperado convertía en mejor: una pequeña pipa de brezo. Un saquito de tabaco de pipa. Tres cigarros de tipo panatela. Un paquete de plástico con diez cigarrillos.

- ¡Sin filtro! -dijo Frigate.

También había un pequeño cigarrillo marrón que Burton y Frigate olieron y dijeron al mismo tiempo:

- ¡Marijuana!

Alice, alzando unas pequeñas tijeras metálicas y un peine negro, dijo:

- Evidentemente, vamos a recuperar nuestro cabello. De otra manera, no habría necesidad para esto. ¡Estoy muy contenta! Pero... ¿acaso... acaso esperan que use esto?
Alzaba una barra de brillante pintalabios rojo.
- ¿Y yo? -dijo Frigate, mirando también una barra similar.
- Son eminentemente prácticos -dijo Monat, tomando un paquete de lo que evidentemente era papel higiénico. Luego, sacó una esfera de jabón verde.
La carne de Burton era muy tierna, aunque le hubiera gustado menos hecha. Por el contrario, Frigate se quejó porque no estaba bastante hecha.
- Evidentemente, estas cornucopias no contienen menús preparados para el propietario en especial -dijo Frigate-. Y por eso los hombres también recibimos lápiz de labios, y las mujeres pipas. Es una producción en serie.
- Dos milagros en un día -dijo Burton-. Es decir, si es que lo son. Aunque prefiero una explicación racional, y pienso lograrla. No creo que nadie pueda, por el momento, decirme cómo fuimos resucitados. Pero quizá ustedes, los de los siglos XX y XXI, tengan una teoría razonable para la aparición, aparentemente mágica, de estos artículos en un recipiente anteriormente vacío.
- Si compara el interior y el exterior del cilindro -le dijo Monat-, observará una diferencia, aproximadamente de cinco centímetros, en su profundidad- El doble fondo debe contener un circuito molar capaz de convertir la energía en materia. Obviamente, la energía llega durante la descarga que surge de las rocas. Además del convertidor de energía en materia, el cilindro debe contener unas matrices o moldes molares que puedan conformar la materia en las diversas combinaciones de elementos y compuestos. Mis especulaciones no son vanas, pues teníamos un convertidor similar en mi planeta nativo. Pero les aseguro que no era nada tan miniaturizado como esto.
- Lo mismo sucedía en la Tierra -intervino Frigate-. Estaban produciendo hierro a partir de la energía pura antes del año 2002, pero era un proceso muy laborioso y caro, con una producción casi microscópica.
- Bueno -dijo Burton-, todo esto no nos ha costado nada. Por el momento...
Se quedó en silencio durante un rato, pensando en el sueño que había tenido al despertar.
- Paga -había dicho el dios-. Me debes la carne.
¿Qué había significado aquello? En la Tierra, en Trieste, en 1890, había estado muriendo entre los brazos de su esposa y pidiendo... ¿qué? ¿Cloroformo? Algo. No podía recordarlo. Luego, la nada. Y se había despertado en aquel lugar de pesadilla, y había visto cosas que no eran de la Tierra ni, por el momento, de este planeta. Pero aquella experiencia no había sido un sueño.

CAPITULO VIII

Acabaron de comer, y volvieron a colocar los recipientes en sus lugares dentro de los cilindros. Dado que no había agua cerca, tendrían que esperar hasta la mañana para lavarlos. Sin embargo, Frigate y Kazz habían hecho varios cubos con secciones de bambú gigante. El estadounidense se prestó voluntario para caminar de regreso al río, si alguno le acompañaba, para llenar las secciones con agua. Burton se preguntó por qué se habría ofrecido. Luego, mirando a Alice, supo el porqué. Frigate debía de estar esperando hallar alguna compañía femenina amistosa. Evidentemente, daba por supuesto que Alice Hargreaves prefería a Burton, y las otras mujeres: Tucci, Malini, Capone y Fiorri, habían elegido respectivamente a Galleazzi, Brontich, Rocco y Giunta. Babich se había marchado, probablemente por la misma razón que tenía Frigate para desear irse.

Monat y Kazz fueron con Frigate. El cielo estuvo de repente poblado con gigantescas chispas y grandes nubes de gases luminosos. El brillo de las apretadas estrellas, algunas tan grandes que parecían ser trozos de la Luna de la Tierra, y la luz de las nubes, les asombraban y les hacían sentirse penosamente microscópicos e incongruentes.

Burton se recostó sobre un montón de hojas de árbol y chupó un cigarro. Era excelente, y en el Londres de su tiempo le habría costado al menos un chelín. Ahora, ya no se sentía tan diminuto e insignificante. Las estrellas eran materia inanimada, y él estaba vivo. Ninguna estrella podría saber jamás cuál era el sabor de un cigarro caro, ni podría conocer el éxtasis de abrazar a una cálida y bien formada mujer.

Al otro lado del fuego, medio o totalmente perdidos entre la hierba y las sombras, estaban los triestinos. El licor les había hecho perder las inhibiciones, aunque parte de su sensación de libertad podía surgir de la alegría al verse vivos y jóvenes de nuevo. Reían y retozaban sobre la hierba, y hacían mucho ruido mientras se besaban. Y luego, pareja por pareja, se retiraron hacia la oscuridad. O, al menos, ya no siguieron emitiendo sonidos.

La niña se había quedado dormida junto a Alice. La luz de la fogata chisporroteaba sobre el hermoso y aristocrático rostro y la pelada cabeza de Alice, y sobre su magnífico cuerpo y sus largas piernas. De pronto, Burton supo que todo él había sido resucitado. Definitivamente, no era el viejo que, durante los últimos dieciséis años de su vida, había pagado tan duramente las muchas fiebres y enfermedades que lo habían agostado en los trópicos. Ahora era joven de nuevo, saludable, y poseído por el viejo demonio gritón.

No obstante, había dado su promesa de protegerla. No podía hacer ningún movimiento ni decir ninguna palabra que ella pudiera interpretar como insinuantes.

Bueno, no era la única mujer del mundo. De hecho, tenía a todas las mujeres del mundo, si no a su disposición, al menos a su alcance para un intento. Es decir, así era si todo el mundo que había muerto en la Tierra estaba en aquel planeta. Ella era únicamente una entre muchos miles de millones, posiblemente treinta y seis mil millones, si el cálculo de Frigate era correcto. Pero, claro está, no había prueba alguna de que así fuera.

Lo peor del asunto era que, para el caso, Alice podría haber sido la única mujer del mundo, al menos en ese momento. No podía ponerse en pie y caminar en la oscuridad buscando a otra mujer, porque eso las dejaría a ella y a la niña sin protección. Ciertamente, no se sentiría segura con Monat y Kazz, y no la podía culpar por ello. Eran aterradoramente feos. Ni podía confiársela a Frigate, si es que regresaba aquella noche, lo cual dudaba, dado que aquel tipo era aún una incógnita.

De repente, Burton lanzó una carcajada ante su situación. Había decidido que aquella noche podía considerarla perdida. Eso le hizo reírse de nuevo, y no se detuvo hasta que Alice le preguntó si se sentía bien.

- Más bien de lo que podría imaginarse -dijo, dándole la espalda. Buscó en su cilindro, y sacó el último artículo. Era una barra plana y pequeña de una sustancia gomosa. Frigate, antes de irse, había indicado que sus desconocidos benefactores debían ser estadounidenses. De lo contrario, no habrían pensado en proporcionarles goma de mascar.

Tras apagar el cigarro aplastándolo contra el suelo, Burton se metió la barra en la boca.

- Esto tiene un sabor extraño, pero bastante delicioso -dijo-. ¿Ha probado el suyo?
- Me he sentido tentada, pero me imagino que parecería una vaca rumiando.
- Olvídese de que fue una dama -le dijo Burton-. ¿Cree que unos seres con el poder de resucitarnos iban a tener unos gustos tan vulgares?
Alice sonrió levemente y contestó:
- Realmente, no lo sé -y se metió la barra en la boca. Por un momento, masticaron indiferentemente, mirándose el uno al otro por encima del fuego. Ella no podía mantener su mirada durante más de unos segundos cada vez.
- Frigate mencionó que la conocía a usted -dijo Burton-. Mejor dicho, que había oído hablar de usted. ¿Y quién es usted, si es que me permite que tenga esta curiosidad indiscreta?
- No hay secretos entre los muertos -replicó ella humorísticamente-. O, al menos, entre los ex-muertos.
Alice Pleasance Liddell había nacido el 25 de abril de 1852. (Burton tenía entonces treinta años). Era descendiente directa del rey Eduardo III y de su hijo John de Gaunt. Su padre era el decano del Christ Church College de Oxford, y coautor de un famoso diccionario griego-inglés. (¡Liddell y Scott!, pensó Burton). Había tenido una feliz infancia, una excelente educación, y había conocido a mucha gente famosa de su tiempo: Gladstone, Matthew Arnold, el príncipe de Gales, que fue puesto bajo el cuidado de su padre mientras estaba en Oxford. Su esposo había sido Reginald Gervis Hargreaves, y lo había amado mucho. Había sido un «caballero campesino», le gustaba cazar, pescar, jugar al cricket, plantar árboles y leer literatura francesa. Había tenido tres hijos, todos capitanes, dos de los cuales murieron en la primera guerra mundial, de 1914 a 1918. (Aquélla era la segunda vez en el día que Burton oía hablar de la primera guerra mundial).
Habló y habló, como si la bebida le hubiera soltado la lengua. O como si quisiera establecer una barrera de conversación entre ella y Burton.
Habló de Dinah, el gatito al que había amado cuando era niña, los grandes árboles de la plantación de su esposo, de cómo su padre, mientras trabajaba en su diccionario, daba siempre una dormidita a las doce en punto del mediodía, sin que nadie supiera por qué... A la edad de ochenta años, le habían dado un doctorado honorífico de letras en una universidad estadounidense, la de Columbia, a causa de la importante parte que había tenido en la génesis del famoso libro del señor Dodgson. (No mencionó el título, y Burton, aunque había sido un voraz lector, no recordó ninguna obra de un tal señor Dodgson).
- Aquella fue, desde luego, una tarde memorable -dijo-, a pesar del informe meteorológico oficial. El 4 de julio de 1862, yo tenía diez años... Mis hermanas y yo llevábamos zapatos negros, calcetines blancos, trajecitos blancos de algodón, y sombreros de ala ancha.
Sus ojos eran muy grandes, y se estremecía de vez en cuando como si estuviese luchando consigo misma, y comenzó a hablar aún más deprisa:
- El señor Dodgson y el señor Duckworth llevaban las cestas de la merienda... Salimos en nuestro bote desde el puente de Folly, subiendo por el Isis, yendo por una vez contra corriente. El señor Duckworth remaba; las gotitas caían de su remo como lágrimas de vidrio sobre el liso espejo del Isis, y...
Burton oyó las últimas palabras como si las hubieran rugido. Asombrado, contempló a Alice, cuyos labios parecían estarse moviendo como si conversase a un nivel normal de charla. Sus ojos estaban ahora fijos en él, pero parecían estarle atravesando para mirar a un espacio y a un tiempo situados más allá. Sus manos estaban medio erguidas, como si estuviera sorprendida por algo y no pudiera moverlas.
Cada sonido estaba amplificado. Podía oír la respiración de la niña, el latido de su corazón y el de Alice, el gorgoteo de los intestinos de Alice mientras trabajaban, y la brisa mientras se deslizaba por entre las ramas de los árboles. De muy lejos llegó un grito.
Se alzó y escuchó. ¿Qué estaba sucediendo? ¿Por qué aquella amplificación de sus sentidos? ¿Por qué podía oír los corazones de ellas y no el suyo propio? También se daba cuenta de la forma y textura de la hierba bajo sus pies. Casi podía notar las moléculas individualizadas del aire cuando golpeaban contra su cuerpo.

También Alice se había alzado.
- ¿Qué está pasando? -dijo, y su voz cayó sobre él como un gran soplo de viento.
No le contestó, pues estaba mirándola. Ahora, le parecía, podía ver realmente su cuerpo, por primera vez. Podía verla a ella. A la verdadera Alice.
Alice corrió hacia él con los brazos extendidos, con los ojos entrecerrados y los labios húmedos. Se tambaleaba y canturreaba:
- ¡Richard! ¡Richard!
Entonces, se detuvo; sus ojos se agrandaron. El dio un paso hacia ella, con los brazos extendidos. Ella gritó:
«¡No!», se volvió, y corrió a la oscuridad entre los árboles. Por un segundo, él se quedó inmóvil. No le parecía posible que ella, a quien amaba como nunca había amado a nadie, no le devolviese ese amor.
Debía de estar incitándole. Eso era. Corrió tras ella, y gritó su nombre una vez tras otra.
Debió de ser horas más tarde cuando la lluvia cayó sobre ellos. O bien el efecto de la droga había pasado, o bien el agua fría ayudó a disiparlo, pues ambos parecieron emerger del éxtasis y de su estado somnoliento al mismo tiempo. Ella le miró cuando un relámpago iluminó sus facciones, gritó, y lo apartó de un violento empellón.
El cayó sobre la hierba, pero extendió una mano y asió su tobillo mientras ella escapaba de él a gatas.
- ¿Qué es lo que te pasa? -gritó.
Alice dejó de forcejear. Se sentó, ocultó la cara entre las rodillas, y su cuerpo fue estremecido por los sollozos. Burton se alzó y colocó su mano bajo la barbilla de ella, obligándola a mirarle. El rayo volvió a caer cerca, mostrándole su rostro torturado.
- ¡Prometiste protegerme! -sollozó ella.
- No actuaste como si deseases que te protegiese -le respondió él-. No te prometí protegerte contra un impulso natural humano.
- ¡Impulso! -exclamó ella-. ¡Impulso! ¡Dios mío, nunca he hecho nada así en mi vida! ¡Siempre he sido buena! ¡Era virgen cuando me casé, y fui fiel a mi marido durante toda mí vida! ¡Y ahora... con un completo desconocido! ¡Y así! ¡No sé qué es lo que me sucedió!
- Entonces, he fracasado -dijo Burton, y se rió. Pero estaba comenzando a sentir pena y remordimientos. Si hubiera sido por su propia voluntad, por su propio deseo, entonces no sentiría el menor remordimiento de conciencia. Pero el chiclé contenía alguna droga poderosa, y les había hecho comportarse como amantes cuya pasión no conocía límites. Ciertamente, ella había cooperado tan entusiásticamente como cualquier mujer experimentada de un harén turco. No tienes por qué sentirte apenada en lo más mínimo o reprocharte nada -le dijo suavemente-. Estabas como poseída. Echa las culpas a la droga.
- ¡Fui yo! -dijo ella-. ¡Yo... yo! ¡Quería hacerlo! ¡Oh, qué vil y sucia puta soy!
- No recuerdo que te ofreciese ningún dinero.
No quería mostrarse despiadado. Quería que se irritase tanto que se olvidase de su autocompasión. Y lo logró. Saltó y le arañó el cuello y el rostro. Le dijo cosas que una gentil dama de alta alcurnia de los tiempos victorianos no debía haber conocido jamás.
Burton le aferró las muñecas para evitar que le causara mayor daño, y la mantuvo asida mientras ella le escupía más suciedades. Finalmente, cuando se quedó en silencio y comenzó a llorar de nuevo, la llevó hacia el lugar de acampada. El fuego era cenizas mojadas. Apartó la capa superior, y dejó caer un puñado de hierba que había resultado protegida de la lluvia por un árbol sobre los rescoldos. A su luz vio que la niña estaba durmiendo acurrucada entre Kazz y Monat, bajo un montón de hierba debajo del árbol de hierro. Se volvió hacia Alice, que estaba sentada bajo otro árbol.
- Quédate lejos -le dijo ella-. ¡No quiero volver a verte jamás! ¡Me has deshonrado, envilecido! ¡Y después de haber dado tu palabra de protegerme!
- Si quieres, puedes congelarte -dijo él-. Simplemente te iba a sugerir que seria mejor que nos agrupásemos para conservar el calor. Pero, si deseas pasarlo mal, allá tú. Vuelvo a repetirle que lo que hiciste fue ocasionado por la droga. No, no fue ocasionado. Las drogas no

ocasionan deseos o acciones. Simplemente permiten que se manifiesten. Nuestras habituales inhibiciones desaparecieron, y ninguno de nosotros puede acusarse a si mismo o al otro. Sin embargo, sería un mentiroso si dijera que no disfruté con ello, y tú también lo serías si lo afirmases, así que, ¿por qué herirte con los puñales de la conciencia?

- ¡No soy una bestia como tú! ¡Soy una mujer virtuosa, buena cristiana y temerosa de Dios!

- Sin duda -dijo secamente Burton-. No obstante, déjame que vuelva a remarcar una cosa. Dudo que hubieras hecho lo que hiciste si no hubieras deseado hacerlo en lo profundo de tu corazón. La droga suprimió tus inhibiciones, pero ciertamente no te puso en la cabeza la idea de lo que debías hacer. Esa idea ya estaba allí. Cualquier acción resultante de la toma de la droga surgió de ti, de lo que deseabas hacer.

- ¡Eso ya lo sé! -aulló ella-. ¿Te crees que soy una estúpida e ignorante sirvienta? ¡Tengo un cerebro! ¡Sé lo que hice, y por qué! ¡Es simplemente que nunca soñé que pudiera ser una tal... una tal persona! ¡Pero debo de haber sido así! ¡Debo de haberlo sido!

Burton trató de consolarla, de demostrarle que todos tenían en su naturaleza algunos elementos no deseados. Le señaló que, con toda seguridad, el dogma del pecado original se aplicaba a esta situación; que era humana, y por consiguiente tenía en sí deseos pecaminosos, etc. etc. Cuanto más trataba de arreglar las cosas, peor se sentía ella. Luego, estremeciéndose de frío, y cansado de la inútil argumentación, lo dejó correr. Se arrastró entre Monat y Kazz, y tomó a la niña entre sus brazos. El calor de los tres cuerpos, y la cobertura del montón de hierbas, así como el tacto de los cuerpos desnudos, lo calmó. Se durmió con los sollozos de Alice llegándole débilmente a través de las hojas.

CAPITULO IX

Cuando se despertó, estaba a la grisácea luz del falso amanecer al que los árabes llamaban la cola del lobo. Monat, Kazz y la niña seguían durmiendo. Se rascó un poco a causa de los picores producidos por la hierba de ásperos bordes, y luego se arrastró hacia afuera. El fuego estaba apagado; de las hojas de los árboles colgaban gotas de agua, y también de las puntas de las hierbas. Se estremeció por el frío. Pero no se sintió cansado ni notaba ningún mal efecto secundario de la droga, como había esperado. Encontró un montón de bambúes relativamente secos bajo algunas hierbas situadas debajo de un árbol. Con ellos volvió a reconstruir el fuego y, en poco tiempo, se sintió a gusto. Entonces divisó los recipientes de bambú, y bebió agua de uno de ellos. Alice estaba sentada sobre un montón de hierba, mirándole ceñuda. Tenía la carne de gallina.

- ¡Ven a calentarte! -le dijo.

Se acercó a gatas, se puso en pie, caminó hasta el cubo de bambú, se inclinó, tomó agua con las manos y se mojó la cara. Luego se sentó sobre sus talones junto al fuego, calentándose las manos sobre las llamas. Si todo el mundo está desnudo, cuán rápidamente pierden su modestia aún los más modestos, pensó él.

Un momento más tarde, Burton oyó crujir la hierba hacia el este. Apareció una cabeza pelada, la de Peter Frigate. Salió de entre las hierbas, y fue seguido por la cabeza pelada de una mujer. Emergiendo de entre las hierbas, reveló un cuerpo húmedo pero hermoso. Sus ojos eran grandes y verde oscuro, y sus labios un poco demasiado gruesos para ser hermosos, pero sus otras facciones eran exquisitas.

Frigate sonreía ampliamente. Se volvió y tiró de ella con la mano, acercándola al fuego.

- Tienes la cara de un gato que se acaba de comer a un canario -comentó Burton-. ¿Qué te pasó en la mano?

Peter Frigate se miró a los nudillos de su mano derecha. Estaban hinchados, y tenía arañazos en el dorso de la mano.

- Me metí en una pelea -dijo. Apuntó con un dedo a la mujer, que estaba acurrucada junto a Alice, calentándose-. La noche pasada, allá en el río, era una casa de locos. Ese chiclé debe contener algún tipo de droga. No te creerías lo que estaban haciendo la gente. ¿O sí? Después de todo, eres Richard Francis Burton. De cualquier forma, todas las mujeres, incluidas las feas, estaban ocupadas, de una forma u otra. Me asusté de lo que estaba sucediendo, y luego enloquecí. Golpeé a dos hombres con mi cilindro, dejándolos fuera de combate. Estaban atacando a una niña de diez años. Quizá los matase; espero que así fuese. Traté de conseguir que la niña viniese conmigo, pero huyó en la noche.

»Decidí regresar aquí. Estaba comenzando a reaccionar bastante mal por lo que les había hecho a aquellos dos hombres, aunque se lo hubiesen merecido. La droga era la responsable; debió de liberarme de toda una vida de ira y frustración. Así que comencé a volver aquí, y entonces me encontré con otros dos hombres, solo que éstos estaban atacando a una mujer, ésta. Creo que ella no se oponía tanto a la idea de la relación con ellos como a la perspectiva de un ataque simultáneo, si es que comprendes lo que quiero decir. De cualquier forma, estaba gritando, o tratando de hacerlo, y luchando. Y entonces comenzaron a golpearla. Así que les golpeé a ellos con el puño, les di patadas, y luego les di con mi cilindro.

»Entonces, cogí a la mujer, que por cierto se llama Loghu, y esto es lo único que sé de ella, pues no pude entender ni una sola palabra de su idioma, y se vino conmigo.

Sonrió de nuevo.

- Pero no llegamos hasta aquí.

Dejó de sonreír, y se estremeció.

- Luego nos despertamos con la lluvia y los relámpagos y los truenos como si fuera la ira de Dios. Pensé que quizá, y no te rías, era el Día del Juicio, que Dios nos había dado rienda suelta durante un día para que así nosotros mismos nos juzgásemos, y que ahora íbamos a ser lanzados a las profundidades. -Rió secamente y añadió-: He sido agnóstico desde que tenía catorce años de edad, y morí como tal a la edad de noventa, aunque entonces estaba pensando

en llamar a un sacerdote. Pero el niñito que se aterra ante la idea del Dios Padre, el Fuego del Infierno y la Condena Eterna aún sigue aquí dentro, dentro del viejo, o del joven alzado de entre los muertos.
- ¿Qué sucedió? -dijo Burton-. ¿Acabó el mundo en el retumbar de un trueno y a la luz de un relámpago? Veo que aún sigues aquí, y que no has renunciado a las delicias de la carne en la persona de esta mujer.
- Encontramos una piedra de cilindros cerca de las montañas. Más o menos a un kilómetro y medio de aquí. Nos perdimos, vagamos, fríos y mojados, saltando cada vez que el rayo caía cerca. Entonces encontramos la piedra. Estaba repleta de gente, pero se mostraban excepcionalmente amistosos, y había tantos cuerpos que se estaba muy caliente, aunque un poco de lluvia goteaba por entre la hierba. Finalmente, nos dormimos, mucho después de que dejase de llover. Cuando me desperté, busqué entre la hierba hasta que encontré a Loghu. De alguna manera se había perdido durante la noche. No obstante parecía complacida de verme, y a mí me gusta ella. Hay una afinidad entre nosotros. Quizá lo averigüe cuando aprenda a hablar inglés. Probé en este idioma, y en francés, alemán, y frases hechas de ruso, lituano, gaélico, todas las lenguas escandinavas, incluyendo finlandés, nahuatl clásico, árabe, hebreo, iroqués onondaga, ojibway, italiano, español, latín, griego moderno y homérico, y una docena de otros. Resultado: una mirada de incomprensión.
- Debes de ser un buen lingüista -dijo Burton.
- No domino ninguno de ellos -dijo Frigate-. Puedo leer la mayor parte, pero solo puedo hablar unas pocas frases cotidianas. A diferencia de ti, no domino treinta y nueve idiomas... incluyendo la pornografía.
El tipo parecía saber mucho de él, pensó Burton. Averiguaría cuánto en otro momento.
- Seré franco contigo, Peter -dijo Burton-. El relato de tu agresividad me asombra. No hubiera pensado que fueras capaz de atacar y derrotar a tantos hombres. Tu pusilanimidad...
- Naturalmente, fue el chiclé. Abrió la puerta de la jaula.
Frigate se acurrucó junto a Loghu y le rozó el hombro con el suyo. Ella lo miró con sus ojos ligeramente oblicuos. La mujer sería hermosa cuando su cabello le volviera a crecer.
- Soy tan timorato y pusilánime porque temo la ira, el deseo de obrar violentamente, que yace no demasiado profundamente en mi interior -continuó Frigate-. Temo la violencia porque soy violento. Temo lo que sucedería si no temiese. Infiernos, he sabido eso durante cuarenta años. ¡Y para lo que me ha servido!
Miró a Alice y le dijo:
- ¡Buenos días!
Alice le replicó bastante afablemente, e incluso sonrió a Loghu cuando le fue presentada. Miraba a Burton, y contestaba a sus preguntas directas, pero no charlaba con él, y no le presentaba más que un rostro hosco.
Monat, Kazz y la niña, todos bostezando, se acercaron a la fogata. Burton recorrió los bordes del campamento y halló que los triestinos se habían ido. Algunos se habían dejado olvidados los cilindros. Los maldijo por su descuido, y pensó en dejar las cornucopias sobre la hierba para darles una lección. Pero, al fin, colocó los cilindros en las depresiones de la piedra.
Si sus propietarios no regresaban, pasarían hambre a menos que alguien compartiese con ellos su comida. Mientras tanto, la comida de sus cilindros no podría ser tocada. Nadie podría abrirlos. Ayer había descubierto que solo su propietario podía abrir un cilindro. La experimentación con un palo había demostrado también que el propietario tenía que tocar la cornucopia con sus dedos o alguna parte de su cuerpo antes de que se abriese la tapa. Frigate tenía la teoría de que un mecanismo del cilindro estaba sintonizado a la configuración peculiar o al voltaje de la piel del propietario. O quizá contuviese un detector muy sensible de las ondas cerebrales del individuo.
Por aquel entonces, el cielo se había vuelto brillante. El sol seguía aún al otro lado de la cordillera del este, de seis mil metros de altitud. Aproximadamente una media hora más tarde, la piedra de cilindros escupió llamas azules con el retumbar de un trueno. El trueno de las piedras a lo largo del río creó ecos en la montaña.

Las cornucopias les dieron huevos con tocino, mermelada, tostadas, mantequilla, jamón dulce, leche, un cuarto de melón, cigarrillos y una taza de cristales marrón oscuro que Frigate dijo que eran café instantáneo. Se bebió la leche que había en una taza, la limpió con el agua de uno de los recipientes de bambú, y la colocó sobre el fuego. Cuando el agua estaba hirviendo, puso una cucharadita de los cristales en el agua y los removió. El café era delicioso, y había bastantes cristales como para dar seis tazas. Luego, Alice puso los cristales en el agua antes de calentarla al fuego, y averiguó que no era necesario usar éste. El agua hirvió al cabo de tres segundos de que los cristales hubieran sido echados en el agua fría.

Después de comer, limpiaron los recipientes y los volvieron a colocar en los cilindros. Burton se ató su cuerno de la abundancia a la muñeca. Pensaba ir a explorar, y ciertamente no iba a dejar el cilindro sobre la piedra. Aunque no podía servirle a nadie más que a él, algún tipo malévolo podía llevárselo simplemente por el placer de verlo morirse de hambre.

Burton comenzó sus lecciones de idiomas con la niña y Kazz, y Frigate hizo que Loghu asistiese a ellas. Frigate sugirió que deberían adoptar un lenguaje universal, a causa de los muchos lenguajes y dialectos, quizá de cincuenta a sesenta mil, que la humanidad había usado en sus varios millones de años de existencia, y que debían estar en uso a lo largo del río. Es decir, si era que toda la humanidad había sido resucitada. Después de todo, lo único que sabían era lo relativo a los pocos kilómetros cuadrados que habían visto. Pero sería una buena idea el comenzar a propagar el esperanto, el lenguaje sintético inventado por el oculista polaco doctor Zamenhof en 1887. Su gramática era muy simple y absolutamente regular, y sus combinaciones de sonidos, aunque no eran tan sencillos de pronunciar para todo el mundo como se afirmaba, eran relativamente fáciles, con muchas palabras del inglés, alemán y otros idiomas de la Europa occidental.

- Oí hablar de él antes de morir -dijo Burton-, pero jamás vi ningún ejemplo. Quizá pueda convertirse en útil. Pero, mientras tanto, voy a enseñar a estos dos el inglés.

- ¡Pero la mayor parte de la gente de por aquí habla italiano o esloveno! -dijo Frigate.

- Eso quizá sea cierto, pese a que aún no hemos hecho ninguna exploración. Sin embargo, puedes estar seguro de que no pienso quedarme aquí.

- Podía haber predicho esto -murmuró Frigate-. Siempre fuiste un inquieto; tenias que estar en movimiento.

Burton lanzó una mirada hosca a Frigate, y luego inició las lecciones. Durante unos quince minutos les enseñó a identificar y pronunciar quince sustantivos y algunos verbos: fuego, bambú, cilindro, hombre, mujer, niña, mano, pie, ojo, diente, comer, caminar, correr, hablar, peligro, yo, tú, ellos, nosotros. Deseaba aprender tanto de ellos como ellos de él. Con el tiempo, sería capaz de hablar sus idiomas, fueran los que fuesen.

El sol pasó sobre las cimas de la cordillera del este. El aire se hizo más cálido, y dejaron que se apagase el fuego. Ya estaba bastante adelantado el segundo día de la resurrección, y casi no sabían nada de este mundo o de cuál se suponía que debía ser su destino final, o quién era el que determinaba este destino.

Lev Ruach sacó su rostro de gran nariz por entre las hierbas y preguntó:

- ¿Puedo unirme a ustedes?

Burton asintió, y Frigate dijo:

- Seguro, ¿por qué no?

Ruach salió de entre la hierba. Una pequeña mujer de piel pálida, con grandes ojos marrones y encantadoras y delicadas facciones, lo siguió. Ruach la presentó como Tanya Kauwitz. Se había encontrado con ella la pasada noche, y habían permanecido juntos dado que tenían un cierto número de cosas en común. Ella era descendiente de judíos rusos, había nacido en 1958 en el Bronx, en la ciudad de Nueva York, se había convertido en profesora de inglés, casado con un hombre de negocios que había ganado un millón y caído muerto cuando ella aún tenía cuarenta y cinco años, dejándola libre para que se casase con un hombre maravilloso del que había estado enamorada durante quince años. Seis meses después, ella había muerto de cáncer. Tanya, y no Lev, dio esta información, y en una sola frase.

- Anoche, en la llanura, era un infierno -dijo Lev-. Tanya y yo tuvimos que correr hacia el bosque para seguir con vida, así que decidí que trataría de encontrarle y preguntarle si podía quedarme con usted. Señor Burton, me excuso por mis afirmaciones apresuradas de ayer. Creo que mis observaciones eran válidas, pero que las actitudes de que hablaba debieron ser consideradas en el contexto de sus otras actitudes.
- Ya hablaremos de eso más extensamene en otro momento -dijo Burton-. Cuando escribí ese libro, estaba sufriendo a causa de las viles y maliciosas mentiras de los prestamistas de Damasco, y...
- Seguro, señor Burton -le cortó Ruach-. Como usted dice, ya hablaremos más tarde. Simplemente quería indicarle que le considero como una persona muy capacitada y fuerte, y que me gustaría unirme a su grupo. Estamos en un estado de anarquía, si es que se puede llamar estado a la anarquía, y muchos de nosotros necesitamos protección.
A Burton no le gustaba que le interrumpiesen. Resopló y dijo:
- Por favor, permita que me explique. Yo...
Frigate se puso en pie y dijo:
- Ahí vienen los otros. Me pregunto dónde habrán estado.
Sin embargo, sólo habían regresado cuatro de los nueve originales. María Tucci les explicó que se había ido después de masticar la goma, y que al fin había llegado a uno de los grandes fuegos en la llanura. Entonces, habían sucedido muchas cosas: había habido luchas, y los hombres habían asaltado a las mujeres, otros hombres a hombres, algunas mujeres a hombres, otras mujeres a mujeres, e incluso se había atacado a niños. El grupo se había dispersado en un verdadero caos, y se había encontrado con los otros tres hacía tan sólo una hora, mientras estaba buscando la piedra de los cilindros por las colinas.
Lev añadió algunos detalles. El resultado de masticar la goma narcótica había sido trágico, divertido o satisfactorio, dependiendo, aparentemente, de la reacción individual. El chiclé había tenido un efecto afrodisíaco sobre muchos, pero también había tenido otros efectos. Por ejemplo, el marido y mujer que habían muerto en Opcina, un suburbio de Trieste, en 1899. Habían resucitado a un metro ochenta el uno del otro. Habían llorado de alegría al verse reunidos, cuando tantas otras parejas no podían decir lo mismo. Habían dado gracias a Dios por su buena suerte, aunque también habían comentado en voz bastante alta que aquel mundo no era el que se les había prometido. Pero habían pasado cincuenta años de dichoso matrimonio, y ahora podían contemplar el estar juntos durante toda la eternidad.
Solo algunos minutos después de que ambos hubieran masticado la goma, el hombre había estrangulado a su esposa, lanzado su cadáver al río, cogido a otra mujer entre sus brazos, y escapado con ella a la oscuridad de los bosques.
Otro hombre había saltado sobre una piedra de cilindros y lanzado un discurso que duró toda la noche, a pesar de la lluvia. A los pocos que le podían oír, y a los aún menos que le escuchaban, había demostrado los principios de una sociedad perfecta y cómo podían ser llevados a la práctica. Al amanecer, estaba tan ronco que sólo podía croar unas pocas palabras. En la Tierra, pocas veces se había molestado en votar.
Un hombre y una mujer, ultrajados por las demostraciones públicas de carnalidad, habían tratado por la fuerza de separar parejas; el resultado: moretones, narices ensangrentadas, labios partidos, y dos personas noqueadas, ellos. Algunos hombres y mujeres habían pasado la noche de rodillas, rezando y confesando sus pecados.
Algunos niños habían sido golpeados de mala manera, violados o asesinados, o las tres cosas a la vez. Pero no todo el mundo había sucumbido a la locura. Un cierto número de adultos había protegido a los niños, o intentado hacerlo.
Ruach describió la desesperación y disgusto de un croata musulmán y un judío austríaco debido a que sus cornucopias contenían cerdo. Un hindú gritó obscenidades porque la suya le ofrecía carne.
Un cuarto hombre, gritando que estaban en manos de los demonios, había lanzado sus cigarrillos al río.
Varios le habían dicho:

- ¿Por qué no nos dio los cigarrillos, si no los quería?
- El tabaco es la invención del diablo; fue la hierba creada por Satán en el jardín del Edén.
- Al menos nos podría haber dado los cigarrillos a nosotros -le dijo uno-. No le hubiera hecho daño alguno.
- ¡Me gustaría tirar todo ese producto infernal al río! -había gritado él.
- Es usted un fanático, y además está loco -le había replicado otro, y le había golpeado en la boca. Antes de que el que odiaba el tabaco se hubiera podido levantar del suelo, fue golpeado y pateado por otros cuatro.

Más tarde, el que odiaba el tabaco se había puesto en pie tambaleante y, llorando de rabia, había gritado:

- ¡Oh Dios, mi Dios, ¿qué he hecho para merecer esto?! Siempre he sido un hombre bueno. Di millares de libras para caridad. Te adoré en tu templo tres veces por semana, luché toda mi vida en una guerra contra el pecado y la corrupción...
- ¡Te conozco! -había gritado una mujer. Era una muchacha alta de ojos azules, con un rostro hermoso y bien curvadas formas-. ¡Te conozco! ¡Eres Sir Robert Smithson!

El había dejado de hablar, y la miraba parpadeante.

- ¡Yo no la conozco a usted!
- ¡Claro que no! ¡Pero deberías! ¡Soy una de los millares de muchachas que tenían que trabajar dieciséis horas por día, seis días y medio por semana, para que tú pudieras vivir en tu gran casa de la colina, vestirte con tus ricas ropas y dar de comer a tus perros y caballos mucho mejor de lo que yo jamás pude! ¡Era una de las chicas de tus fábricas! Mi padre trabajó como un esclavo para ti, mi madre trabajó como una esclava para ti, mis hermanos y hermanas, aquellos que no estaban demasiado enfermos o que no murieron a causa de la comida tan poca y tan mala, de las camas sucias, de las ventanas sin cristales y de las mordeduras de rata, trabajaron como esclavos para ti. Mi padre perdió una mano en una de tus máquinas, y lo echaste a patadas sin un penique. Mi madre murió de la peste blanca. Yo también me estaba muriendo a toses, mi encantador baronet, mientras tú te llenabas la tripa con excelentes comidas, te sentabas en blandos sillones y dormitabas en tu grande y caro asiento de la iglesia y dabas millares para alimentar a los pobres desafortunados de Asia y para enviar misioneros para convertir a los pobres paganos de Africa. Tosí hasta escupir mis pulmones, y tuve que ponerme de puta para ganar el dinero bastante con que alimentar a mis hermanos y hermanas menores. Y agarré la sífilis, so marrano, bastardo piadoso, porque tú querías sacar hasta la última gota de sudor y sangre que yo y los otros pobres diablos como yo teníamos. Morí en prisión porque le dijiste a la policía que debían tratar duramente a la prostitución. ¡So... so...!

Smithson se había ruborizado al principio, luego palidecido. Al fin, se había erguido resoplándole a la mujer, y había dicho:

- Ustedes, las mujeres de mala vida, siempre tienen a alguien a quien culpar de sus pasiones desatadas, por su mala conducta. Dios sabe que cumplí con sus mandamientos.

Se había dado una vuelta para marcharse, pero la mujer corrió tras él blandiendo el cilindro. Cayó sobre su cabeza rápidamente, pero alguien gritó, y él se giró e hizo una finta. La cornucopia casi le rozó la coronilla.

Smithson escapó corriendo de la mujer antes de que ésta pudiera recuperarse y, rápidamente, se perdió entre la multitud. Desafortunadamente, dijo Ruach, muy pocos comprendieron lo que estaba sucediendo, pues pocos de ellos hablaban inglés.

- Sir Robert Smithson -dijo Burton-. Si recuerdo correctamente, era propietario de hilanderías de algodón y acererias en Manchester. Era conocido por sus filantropías y sus buenas obras entre los paganos. Murió en 1860, o algo así, a la edad de ochenta años.
- Y probablemente convencido de que sería recompensado en el cielo -dijo Lev Ruach-. Naturalmente, nunca se le ocurrió que era el asesino de mucha gente.
- Si no hubiera explotado a los pobres, hubiera sido otro el que lo hubiera hecho.

- Esa es una excusa usada por muchos a lo largo de la historia de la humanidad -dijo Lev-. Además, hubo industriales en su país que procuraron que las condiciones y los salarios de sus fábricas mejorasen. Según creo, Robert Owen fue uno de ellos.

CAPITULO X

-No creo que tenga mucho sentido el discutir sobre lo que ocurrió en el pasado -dijo Frigate-. Creo que deberíamos hacer algo acerca de nuestra situación actual.
Burton se puso en pie.
- ¡Tienes razón, yanki! Necesitamos techo sobre nuestras cabezas, herramientas, ¡y Dios sabe cuántas otras cosas! Pero primero creo que deberíamos dar una buena ojeada a las ciudades de las llanuras y ver lo que están haciendo los ciudadanos.
En aquel momento, Alice salió de entre los árboles de la colina situada sobre ellos. Frigate fue el primero en verla. Se echó a reír.
- ¡Lo último en la moda femenina!
Ella había cortado hojas largas de hierba con sus tijeras, entretejiéndolas hasta formar un conjunto de dos piezas. Una era una especie de poncho que le cubría los senos, y la otra una falda que le caía hasta las pantorrillas.
El efecto era extraño, aunque podría haberse esperado. Cuando estaba desnuda, la cabeza sin cabello no le restaba mucho de su feminidad y belleza, pero con la vestimenta verde, abultada e informe, su rostro se había convertido en masculino y feo.
Las otras mujeres se agruparon a su alrededor y examinaron el entretejido de la hierba y el cinturón, también de hierbas, que aseguraba la falda.
- Pica mucho y es muy poco cómodo -dijo Alice-, pero es decente. Es lo único que puedo decir en su favor.
- Aparentemente, no eras sincera cuando hablabas de que no te importaba la desnudez en un lugar en el que todos iban desnudos -indicó Burton.
Alice lo miró fríamente y contestó:
- Espero que todo el mundo use algo así. Es decir, todo hombre y mujer decentes.
- Ya me imaginaba que la señora Grundy sacaría su fea cabeza por aquí -le replicó Burton.
- Fue un shock el encontrarse entre tanta gente desnuda -intervino Frigate-. Eso a pesar de que el ir desnudos por la playa y en la casa de uno se convirtió en cosa común a finales de la década de los ochenta. Pero no pasó mucho antes de que todo el mundo se hubiera acostumbrado a ello. Todo el mundo excepto los incurablemente neuróticos, supongo.
Burton se volvió y habló con las otras mujeres.
- ¿Qué es lo que dicen ustedes, señoras? ¿Van a llevar ustedes esos montones de heno feos y picantes sólo porque un miembro de su sexo ha decidido repentinamente que vuelve a tener partes íntimas? ¿Puede convertirse en íntimo algo que ya ha sido tan público?
Loghu, Tanya y Alice no le comprendieron porque hablaba en italiano. Lo repitió en inglés, a beneficio de estas dos últimas. Alice se ruborizó y exclamó:
- Lo que lleve puesto es asunto mío. ¡Si alguien desea ir desnudo cuando yo vaya decentemente cubierta, bueno...!
Loghu no había comprendido una sola palabra, pero se daba cuenta de lo que estaba sucediendo. Se echó a reír, y se marchó. Las otras mujeres parecían estar tratando de imaginar lo que harían las demás. La fealdad y lo poco confortable de la ropa no era lo que estaba en juego.
- Mientras ustedes, señoras, están tratando de decidirse -dijo Burton-, sería muy bueno si tomasen un cubo de bambú y vinieran con nosotros al río. Podemos bañarnos, llenar los cubos de agua, averiguar cuál es la situación en las llanuras, y regresar aquí. Quizá podamos construir varias casas, o abrigos temporales, antes de que caiga la noche.
Iniciaron el camino colina abajo, abriéndose paso entre la hierba y llevando con ellos sus cilindros, armas de calcedonia, lanzas de bambú y cubos. No habían ido muy lejos cuando se encontraron con un cierto número de personas. Aparentemente, muchos habitantes de la llanura habían decidido trasladarse. Y no sólo esto, sino que algunos habían encontrado también calcedonia y se habían hecho armas y herramientas. Habían aprendido la técnica de trabajar la piedra de alguien, posiblemente otros primitivos de la zona. Hasta el momento, Burton solo había visto a dos especimenes que no fueran homo sapiens, y ambos estaban con

él. Pero, fuera donde fuese que se hubiesen aprendido esas técnicas. habían sido bien utilizadas. Pasaron junto a dos cabañas de bambú a medio completar. Eran redondas, de una sola habitación, y tendrían techos cónicos cubiertos con las grandes hojas triangulares de los árboles de hierro y con la alta hierba de las colinas. Un hombre, usando un azadón y un hacha de calcedonia, estaba haciendo una cama de bambú de cortas patas.

Excepto por un cierto número de personas que estaban erigiendo burdas chozas o abrigos sin utilizar herramientas de piedra, al borde de las llanuras, y otras cuantas que nadaban en el río, la llanura estaba desierta. Los cadáveres de la locura de la noche anterior habían sido retirados. Hasta ahora, nadie se había hecho una falda de hierba, y muchos miraron a Alice o incluso se rieron de ella e hicieron comentarios obscenos. Alice se ruborizó, pero no hizo ningún intento de deshacerse de su atavío. No obstante, el sol estaba calentando, y ella se rascaba bajo el cubresenos y la falda. Era buena medida de la intensidad de sus picores el que ella, criada según las estrictas normas de la clase superior victoriana, se rascase en público.

No obstante, cuando llegaron al río, vieron una docena de montones de hierba que resultaron ser vestidos. Habían sido dejados al borde del río por los hombres y mujeres que ahora reían, chapoteaban y nadaban en la corriente.

Era ciertamente un buen contraste con las playas que él conocía. Aquellas eran las mismas gentes que habían aceptado las máquinas de baño, los trajes que cubrían desde el tobillo hasta el cuello, y todos aquellos otros artilugios de la modestia, como absolutamente morales y vitales para la continuidad de la sociedad adecuada: la de ellos. No obstante, tan solo un día después de hallarse allí, ya estaban nadando desnudos, y disfrutando con ello.

Parte de la aceptación de su estado de desnudez surgía del shock de la resurrección. Adicionalmente, no había mucho que pudieran hacer acerca de aquel primer día. Y además, se había sazonado a los civilizados con algunos salvajes, o habitantes de los trópicos, que no se sentían particularmente molestos por la desnudez.

Llamó a una mujer que estaba metida en el agua hasta la cintura. Tenía un rostro vulgar pero hermoso, y ojos azules chisporroteantes.

- Esa es la mujer que atacó a Sir Robert Smithson -dijo Lev Ruach-. Creo que su nombre es Wilfreda Ahport.

Burton la miró con curiosidad, apreciando su espléndido busto. Le preguntó:

- ¿Cómo está el agua?

- ¡Muy buena! -respondió ella, sonriendo.

Se quitó el cilindro que contenía su hacha de mano y su cuchillo de piedra, lo dejó en el suelo, y se metió en el agua con su pastilla de jabón verde. Parecía como si el agua estuviera a unos diez grados por debajo de la temperatura de su cuerpo. Se enjabonó, mientras iniciaba una conversación con Wilfreda. Si ésta aún tenía algún resentimiento hacia Smithson, no lo demostró. Su acento era muy cerrado y de los condados del norte, probablemente de Cumberland.

- He oído hablar de su pequeña discusión con ese gran hipócrita, el baronet -le dijo Burton-. No obstante, ahora debería estar usted contenta. Está saludable y es joven y hermosa de nuevo, y no tiene que trabajar para ganarse el sustento. Además, puede hacer por amor lo que antes hacía por dinero.

No valía la pena andarse con rodeos con una chica de fábrica.

Wilfreda le lanzó una mirada tan fría como cualquiera que hubiera recibido de Alice Hargreaves.

- ¡Menudo cara dura! -dijo-. Inglés, ¿no? Aunque no puedo localizar su acento. Diría que de Londres, con un toque de algo extranjero.

- Se acerca bastante -dijo él, riendo-. Por cierto, soy Richard Burton. ¿Querría unirse a nuestro grupo? Nos hemos reunido para protegernos, y vamos a construir algunas casas esta tarde. Tenemos una piedra de cilindros para nosotros solos allá en las colinas.

Wilfreda miró al taucetano y al neanderthal.

- ¿Son parte de su grupo? He oído hablar de ellos; dicen que el monstruo es un hombre de las estrellas, y que llegó hacia el año 2000.

- No le hará ningún daño -dijo Burton-. Ni tampoco el subhumano. ¿Qué es lo que me contesta?
- Soy solo una mujer -dijo ella-. ¿Qué es lo que puedo ofrecer?
- Todo lo que una mujer puede ofrecer -dijo Burton, sonriendo.
Sorprendentemente, ella se echó a reír. Le tocó el pecho y dijo:
- ¡Menudo frescales está usted hecho! ¿Qué es lo que pasa, no puede conseguirse una chica?
- Tenía una, y la perdí -dijo Burton. Eso no era totalmente cierto; no estaba seguro de lo que pensaba hacer Alice. No podía comprender por qué continuaba con su grupo si estaba tan horrorizada y disgustada. Quizá porque prefería lo malo conocido a lo bueno por conocer. Por el momento, solo sentía disgusto por su estupidez, pero no deseaba que se fuera. Aquel amor que había experimentado la pasada noche podía haber sido causado por la droga, pero aún seguía sintiendo un residuo del mismo. Entonces, ¿por qué estaba pidiéndole a aquella mujer que se uniese a ellos? Quizá fuera para hacer que Alice se sintiera celosa. Quizá para tener una mujer, si Alice le rehusaba aquella noche. Quizá... No sabía el porqué.
Alice se quedó de pie junto a la orilla, con los dedos de sus pies casi tocando el agua. La hierba corta continuaba desde la llanura para formar una sólida alfombra que seguía en el cauce del río. Burton podía notar la hierba bajo sus pies hasta el punto en donde perdía pie. Tiró su jabón hacia la ribera y nadó unos doce metros, buceando entonces. Allí la corriente se hacía, repentinamente, mucho más fuerte, y la profundidad mucho más grande. Nadó hacia abajo, con los ojos abiertos, hasta que faltó la luz y le hicieron daño los oídos. Continuó descendiendo, y entonces sus dedos tocaron fondo. También había hierba allí.
Cuando nadó de vuelta al lugar en que el agua le llegaba a la cintura, vio que Alice se había quitado la ropa. Estaba más cerca de la orilla que él, pero acurrucada de forma que el agua le llegaba al cuello. Estaba enjabonando su cabeza y su rostro.
- ¿Por qué no entras? -le gritó a Frigate.
- Estoy guardando los cilindros -le respondió Frigate.
- ¡Muy bien!
Burton maldijo entre dientes. Debería haber pensado en aquello y nombrado un centinela. En realidad, no era un buen líder; tendía a dejar que las cosas se fueran al diablo, a desintegrarse. Admitido. En la Tierra había sido el jefe de muchas expediciones, ninguna de las cuales se había distinguido por su eficiencia o por estar bien dirigida. Sin embargo, durante la guerra de Crimea, cuando era jefe de los Irregulares de Beatson, entrenando a la salvaje caballería turca, los bachi-bazuks, las cosas le habían ido bastante bien, mucho mejor que a la mayoría, así que no debería estar dándose una reprimenda a sí mismo.
Lev Ruach salió del agua y se pasó las manos sobre su delgado cuerpo para secarse las gotas. Burton también salió, y se sentó junto a él. Alice le dio la espalda, aunque naturalmente no pudo saber si lo hacía a propósito o no.
- Lo que me encanta -dijo Lev en su inglés con tanto acento -no es únicamente el ser joven, sino también el volver a tener esta pierna -se palmeaba la rodilla derecha-. La perdí en un accidente de tráfico en el trébol de New Jersey, cuando tenía cincuenta años de edad. -Se echó a reír y añadió-: Había una cierta ironía en la situación, que algunos podrían llamar destino. Dos años antes había sido capturado por los árabes cuando estaba buscando minerales en el desierto, en el estado de Israel...
- ¿No querrá decir Palestina? -intervino Burton.
- Los judíos fundaron un estado independiente en 1948 -le explicó Lev-. Naturalmente, usted no sabe nada de eso; ya se lo contaré en algún momento. De cualquier forma, el caso es que fui capturado y torturado por guerrilleros árabes. No entraré en detalles; me pone enfermo el recordarlo. Pero logré escapar por la noche, aunque no sin antes abrirle la cabeza a un par de ellos con una roca y matar a otros dos con un rifle. Los demás huyeron, y escapé. Tuve suerte. Una patrulla del ejército me recogió. No obstante, dos años después, cuando estaba en los Estados Unidos, saliendo del trébol, un camión, un enorme semiremolque, ya le explicaré lo que es eso en otro momento, me cortó el paso, y choqué con él. Quedé malherido, y tuvieron que amputarme la pierna derecha por debajo de la rodilla. Pero lo importante de esta historia

es que el camionero había nacido en Siria. Así que, como puede ver, los árabes iban detrás de mí, y me atraparon, aunque no pudieron matarme. Eso lo hizo el amigo de Tau Ceti. Aunque no me atrevería a decir que hiciera más que apresurar el destino marcado para la humanidad.
- ¿Qué quiere decir con eso? -le preguntó Burton.
- Había millones de personas muriéndose de hambre, incluso los Estados Unidos tenían una dieta estrictamente racionada, y la polución de nuestra agua, tierra y aire estaba matando a otros millones. Los científicos decían que la mitad del suministro de oxígeno de la Tierra desaparecería en diez años a causa de que el fitoplancton de los océanos, que por si no lo sabe suministraba la mitad del oxígeno de la atmósfera, estaba muriendo. Los océanos estaban polucionados.
- ¿Los océanos?
- ¿No se lo cree? Bueno, usted murió en 1890, así que le debe resultar difícil creerlo. Pero alguna gente estaba prediciendo ya en 1968 lo que iba a pasar exactamente en el 2008. Yo lo creí, era bioquímico. Pero la mayor parte de la población, especialmente los que contaban, las masas y los políticos, rehusaron creerlo hasta que fue demasiado tarde. Al ir empeorando la situación se tomaron medidas, pero siempre eran demasiado suaves y llegaban demasiado tarde, y eran combatidas por los grupos que perderían dinero si se tomaban medidas efectivas. Pero esa es una historia larga y triste, y, si tenemos que construir casas, será mejor que empecemos inmediatamente después de haber comido.
Alice salió del río y se pasó las manos sobre el cuerpo. El sol y la brisa la secaron rápidamente. Recogió sus ropas de hierba, pero no se las puso. Wilfreda le interrogó acerca de ellas. Alice le replicó que le picaban, pero que las conservaría para usarlas de noche si el tiempo enfriaba mucho.
Alice se comportaba educadamente con Wilfreda, pero evidentemente se sentía superior. Había oído mucho de la conversación, y por consiguiente sabía que Wilfreda había sido obrera de una fábrica, que se había convertido en prostituta y luego había muerto de sífilis. O, al menos, Wilfreda creía que era esa enfermedad la que la había matado. No recordaba su muerte. Indudablemente, había dicho alegremente, debió de enloquecer antes.
Alice, al oír eso, aún se apartó más de ella. Burton sonrió, preguntándose qué haría ella si supiese que también él había sufrido esa misma enfermedad, contagiada de una muchacha esclava en El Cairo cuando iba disfrazado como musulmán durante su viaje a La Meca en 1853. Se había «curado», y su cerebro no había sido afectado físicamente, aunque su sufrimiento mental había sido intenso. Pero lo importante era que la resurrección le había dado a todo el mundo un cuerpo joven, sano y sin enfermedad alguna, y que lo que una persona había sido en la Tierra no debería influir en la actitud de las otras hacia ella.
Sin embargo, el que no debiera no significaba que no fuera.
Realmente, no podía culpar a Alice Hargreaves. Era un producto de su sociedad. Como todas las mujeres, era lo que los hombres la habían hecho, y al menos tenía fuerza de carácter y flexibilidad de mente para alzarse por encima de algunos de los prejuicios de su clase y época. Se había adaptado bastante bien a la desnudez, y no era abiertamente hostil o despectiva con la muchacha. Había realizado con Burton un acto que iba contra toda una vida de indoctrinamiento abierto y encubierto. Y eso en la noche del primer día de su vida tras la muerte, cuando debiera haber estado de rodillas cantando Hossanna, porque había «pecado», y prometiendo que no volvería a «pecar» de nuevo con tal de no ser lanzada al fuego del infierno.
Mientras caminaban a lo ancho de la llanura, pensó en ella, volviendo de vez en cuando la cabeza para mirarla. Su cabeza sin cabello hacía que su rostro pareciera mucho más viejo, pero en cambio la falta de pelo hacía que pareciese infantil por debajo del ombligo. Todos ellos mostraban esa contradicción, viejos sobre el cuello, niños bajo la cintura.
Fue retrasándose hasta estar a su lado. Eso lo colocó tras Frigate y Loghu. La visión de Loghu le sería algo provechosa si su intento de hablar con Alice no daba resultado: Loghu tenía un posterior bellamente redondeado, sus posaderas eran como dos melones. Y se contoneaba tan encantadoramente como Alice.

- Si lo de la noche pasada te molestó tanto -le dijo en voz baja-, ¿por qué te quedas conmigo?
El bello rostro de ella se contorsionó y se tornó feo.
- ¡No me estoy quedando contigo! ¡Me estoy quedando con el grupo! Lo que es más, he estado pensando en lo de la noche pasada, aunque me duela hacerlo. Debo ser justa: fue el narcótico en esa repugnante goma de mascar lo que nos hizo a ambos comportarnos en la forma... en que lo hicimos. Al menos sé que fue responsable de mi comportamiento. Y te estoy concediendo el beneficio de la duda.
- Entonces, ¿no hay esperanza alguna de repetirlo?
- ¿Cómo puedes preguntar eso? ¡Claro que no! ¿Cómo te atreves?
- No te forcé -le dijo él-. Como te he señalado ya, hiciste lo que hubieras hecho si no estuvieras condicionada por tus inhibiciones. Esas inhibiciones eran buenas, bajo ciertas circunstancias, tales como el ser la esposa casada según la ley con un hombre al que amabas en la Inglaterra de la Tierra. Pero la Tierra ya no existe, al menos como la conocimos, ni tampoco Inglaterra. Ni siquiera la sociedad inglesa. Y, aunque toda la humanidad haya sido resucitada y esté desparramada a lo largo de este río, quizá nunca vuelvas a ver a tu esposo. Ya no estás casada. ¿Recuerdas... hasta que la muerte os separe? Has muerto, y por consiguiente has sido separada. Además, en el cielo no se casa nadie.
- Eres un blasfemo, señor Burton. Leí acerca de ti en los periódicos, y leí alguno de tus libros sobre Africa y la India, y ese sobre los mormones en los Estados Unidos. También oí hablar de ti, aunque me costó creer algunas de las historias, por lo malvado que te presentaban. Reginald se sintió muy indignado cuando leyó tu Kasidah. Dijo que no iba a tener una literatura atea tan sucia en la casa, y tiró todos tus libros a la chimenea.
- Si soy tan malvado, y te sientes como una perdida, ¿por qué no te vas?
- ¿Tengo que repetirlo todo? El siguiente grupo en el que caiga puede contener hombres aún peores y, como muy bien has señalado, no me forzaste. De todos modos, estoy segura de que tienes algún tipo de corazón bajo ese aire cínico y burlón. Te vi llorar cuando llevabas en brazos a Gwenafra.
- Así que me has atrapado -le dijo, sonriendo. Muy bien. Así sea. Seré caballeroso, no intentaré seducirte o molestarte en forma alguna. Pero la próxima vez que me veas mascar goma, será mejor que te ocultes. Mientras tanto, te doy mi palabra de honor: no tienes nada que temer de mí mientras no esté bajo la influencia de la droga.
Los ojos de ella se agrandaron, y se detuvo.
- ¿Planeas usarla de nuevo?
- ¿Por qué no? Aparentemente, convirtió a algunas personas en bestias violentas, pero no tuvo tal efecto en mí. No siento una necesidad irresistible de usarla, así que dudo que cree hábito. ¿Sabes?, de vez en cuando me fumaba una pipa de opio, y no me habitué a él, así que no creo tener una debilidad psicológica por las drogas.
- Tengo entendido que a menudo te emborrachabas hasta el límite, señor Burton. Tú y esa otra persona repugnante, el señor Swinburne...
Dejó de hablar. Un hombre le había gritado algo. Y, aunque no entendía italiano, comprendió su gesto obsceno. Se ruborizó totalmente y siguió caminando con rapidez. Burton lanzó una mirada fulminante al hombre. Era un joven de buen aspecto, tez morena y una gran nariz, una barbilla débil y ojos muy juntos. Su forma de hablar era la de los criminales de la ciudad de Bolonia, en donde Burton había pasado mucho tiempo estudiando enterramientos y reliquias etruscos. Tras él había diez hombres, muchos de ellos de un aspecto tan malvado pero tan poco formidable como su líder, y cinco mujeres. Era evidente que los hombres deseaban añadir más mujeres a su grupo. También era evidente que les hubiera gustado hacerse con las armas de piedra del grupo de Burton. Únicamente iban armados con sus cilindros y con cañas de bambú.

CAPITULO XI

Burton habló secamente, y su gente se agrupó. Kazz no comprendía sus palabras, pero se dio cuenta en seguida de lo que estaba sucediendo. Fue hacia atrás para formar una retaguardia con Burton. Su aspecto bestial y el hacha de mano en su enorme puño contuvieron un tanto a los boloñeses. Estos siguieron al grupo, haciendo comentarios y amenazas en voz alta, pero no se acercaron mucho más. No obstante, cuando llegaron a las colinas, el líder de la banda lanzó una orden, y atacaron.

El joven con los ojos muy juntos, aullando y haciendo girar el cilindro al extremo de su sujeción, corrió hacia Burton. Burton calculó la trayectoria del cilindro y entonces arrojó su lanza de bambú justo cuando la cornucopia estaba cayendo en arco. La punta de piedra se clavó en el plexo solar del hombre, que cayó sobre su costado ensartado por la lanza. El subhumano recibió un bastonazo que le arrancó su cilindro de la mano. Saltó hacia atrás y golpeó con el borde de su hacha la nuca de su atacante, y el hombre se desplomó con el cráneo ensangrentado.

El pequeño Lev Ruach lanzó su cuerno de la abundancia contra el pecho de un hombre, se abalanzó, y saltó sobre él. Sus pies chocaron contra el rostro del tipo, que estaba tratando de levantarse. Cayó hacia atrás; Ruach se irguió y abrió el hombro de su oponente con el cuchillo de piedra. El hombre, aullando, se puso en pie y escapó corriendo.

Frigate se comportó mejor de lo que Burton esperaba, visto que se había puesto pálido y comenzado a temblar cuando la banda les había plantado cara. Llevaba el cilindro atado a su muñeca izquierda mientras que en su mano derecha blandía un hacha. Cargó contra el grupo, recibió en el hombro el golpe de un cilindro, cuyo impacto mitigó un tanto al bloquearlo parcialmente con el suyo, y cayó de costado. Un hombre alzó un palo de bambú con ambas manos para dejarlo caer sobre Frigate, pero éste rodó apartándose, alzando su cornucopia y bloqueando el palo cuando descendía. Entonces se puso en pie, golpeando con su cabeza el vientre de un hombre y echándolo hacia atrás. Ambos cayeron al suelo, Frigate encima, y su hacha de piedra golpeó por dos veces al hombre en la sien.

Alice había lanzado su cilindro contra el rostro de un hombre, y luego le había clavado la punta endurecida al fuego de su lanza de bambú. Loghu corrió al costado del hombre y le golpeó el lado de la cabeza con su palo, tan fuerte que cayó de rodillas.

La lucha terminó en sesenta segundos. Los otros hombres huyeron, con sus mujeres detrás. Burton puso de espaldas al aullante líder y le arrancó la lanza. La punta no había entrado más que un centímetro.

El hombre se puso en pie y, agarrándose la sangrante herida, se tambaleó camino de las llanuras. Dos de su banda estaban inconscientes, y probablemente sobrevivirían. El hombre al que Frigate había atacado estaba muerto.

El americano había pasado de la palidez al enrojecimiento, y luego había vuelto a palidecer. Pero no parecía ni contrito ni mareado. Si tenía alguna expresión, era de alegría. Y de descanso.

- ¡Ese ha sido el primer hombre que jamás he matado! -dijo-. ¡El primero!

- Dudo que sea el último -dijo Burton-, a menos que te maten a ti antes.

Ruach, mirando al cadáver, dijo:

- Un hombre muerto se ve tan muerto aquí como en la Tierra. Me pregunto dónde irán los que son muertos en esta vida tras la muerte.

- Quizá lo averigüemos si vivimos lo bastante. Vosotras dos, os habéis comportado muy bien.

- Hice lo que se debía hacer -dijo Alice, y se marchó. Estaba pálida y temblorosa. Por su parte, Loghu parecía alegre.

Llegaron a la piedra de cilindros una media hora antes del mediodía. Las cosas habían cambiado. En su pequeña y tranquila cavidad se congregaban unas sesenta personas, muchas de las cuales trabajaban trozos de calcedonia. Un hombre se estaba cuidando un sangrante ojo en el que se le había clavado una astilla de piedra. A otros les sangraba la cara o tenían dedos aplastados.

Burton se sintió molesto, pero no pudo hacer nada al respecto. La única esperanza de recuperar su tranquilidad era que la falta de agua hiciera que los intrusos se marchasen. Esa esperanza desapareció pronto. Una mujer le dijo que había una pequeña catarata a unos dos kilómetros y medio hacia el oeste. Caía desde lo alto de la montaña hasta la entrada de un cañón con forma de punta de flecha, yendo a parar a un gran agujero que estaba solamente lleno a medias. Finalmente, se derramaría e iniciaría un curso por entre las colinas hasta llegar a la llanura, a menos, claro está, que se trajese piedra de la base de la montaña para hacer un canal y para el arroyo.

- O hagamos conducciones de agua con el bambú más grande -dijo Frigate.

Colocaron sus cilindros en la roca, fijándose cada uno de ellos en el lugar exacto del suyo, y esperaron. Burton pensaba irse de allí después de que los cilindros estuviesen llenos. Un lugar situado a media distancia entre la catarata y la piedra de los cilindros sería ventajoso, y quizá no estuviese tan atestado.

Las llamas azules rugieron por encima de la piedra justo cuando el sol alcanzaba su cenit. Esta vez los cuernos de la abundancia les facilitaron una ensalada con variantes de pescado, pan negro italiano con mantequilla y ajo, spaghetti con albóndigas, un vaso de vino negro seco, uvas, más cristales de café, diez cigarrillos, un liado de marijuana, un cigarro, más papel higiénico, y una pastilla de jabón. Y cuatro bombones de chocolate.

Algunas personas se quejaron de que no les gustaba la comida italiana, pero nadie rehusó comerla.

El grupo, fumando sus cigarrillos, caminó a lo largo de la base de la montaña hasta la catarata. Estaba al extremo del cañón triangular, y un grupo de hombres y mujeres hablan acampado alrededor del agujero. El agua estaba fría como el hielo. Tras lavar sus recipientes, secarlos, y volver a llenar los cubos, regresaron en dirección a la piedra de cilindros. Tras un kilómetro, eligieron una colina cubierta por pinos excepto en su cúspide, sobre la que crecía un gran árbol de hierro. A su alrededor crecían muchos bambúes de todos los tamaños.

Bajo la dirección de Kazz y Frigate, que había pasado algunos años en Malasia, cortaron bambú y construyeron sus cabañas. Eran edificios circulares, con una única puerta y una ventana en la parte trasera, y un techo cónico de hojas. Trabajaron rápidamente, y no buscaron que fueran elegantes, así que, para la hora de cenar, todo, excepto los techos, estaba acabado. Frigate y Monat fueron elegidos para quedarse atrás como guardianes mientras los otros llevaban los cilindros a la piedra. Allí encontraron a unas trescientas personas construyendo cabañas y abrigos. Burton había esperado aquello. La mayor parte de las personas no desearían caminar un kilómetro tres veces al día para buscar sus comidas. Preferirían agruparse alrededor de las piedras. Las cabañas estaban dispuestas al azar y más juntas de lo necesario. Aún seguía existiendo el problema del agua, y por eso le sorprendió que hubiera tanta gente allí. Pero fue informado por una hermosa eslovena de que aquella misma tarde había sido hallada una fuente de agua cercana. Dicha fuente se hallaba en una caverna casi en línea recta con la roca. Burton investigó. De una caverna había surgido agua, y estaba goteando por la pared de una roca hasta un recipiente natural de unos quince metros de ancho y dos y medio de profundidad.

Se preguntó si aquélla era una idea de última hora de quienquiera que hubiese creado aquel lugar.

Regresó justo cuando retumbaron las llamas azules. De repente, Kazz se detuvo para vaciar sus intestinos. No se molestó en apartarse; Loghu se echó a reír; Tanya enrojeció; las mujeres italianas estaban acostumbradas a ver a los hombres hacerlo junto a los edificios cuando les entraban ganas; Wilfreda estaba acostumbrada a todo; Alice, sorprendentemente, lo ignoró como si hubiera sido un perro. Y esto podría explicar su actitud: para ella, Kazz no era humano, así que no se podía esperar de él que actuase como tal.

No había razón alguna para recriminarle a Kazz aquello en aquel momento, especialmente dado que Kazz no comprendía su idioma. Pero la próxima vez que lo hiciera usaría el lenguaje de los signos para indicarle que no lo hiciese nunca mientras estuviesen sentados por allí y comiendo. Todo el mundo tenía que comportarse dentro de ciertos límites, y debería

prohibirse todo aquello que molestase a los demás mientras estaban comiendo. Y aquello, pensó, incluía el discutir durante las comidas. Para ser honesto, debía admitir que había participado en una buena cantidad de disputas de sobremesa durante su vida.
Dio unas palmadas a Kazz en la coronilla de su cráneo en forma de pan mientras pasaba junto a él. Kazz lo miró, y Burton agitó la cabeza, imaginándose que ya averiguaría el porqué cuando aprendiese a hablar inglés. Pero se olvidó de su intención y se detuvo para frotarse su propia coronilla. Sí, notaba una pelusilla muy fina allí.
Se palpó el rostro, que seguía tan liso como siempre. Pero sus sobacos también presentaban la misma pelusilla. Por el contrario, el área del pubis no. No obstante, quizá allí el pelo creciese más lentamente que en el cráneo. Se lo dijo a los demás, que se inspeccionaron a sí mismos y entre sí. Era cierto. Les estaba volviendo a crecer el pelo, al menos en la cabeza y en los sobacos. Kazz era la excepción. Su cabello estaba creciéndole por todo el cuerpo, excepto en el rostro.
El descubrimiento les alegró. Riendo y haciendo chistes, caminaron a lo largo de la base de la montaña, a su sombra. Luego giraron hacia el este y atravesaron la hierba de cuatro colinas antes de llegar a la ladera que ya estaban comenzando a considerar como su casa. A mitad de camino de la misma, se detuvieron, en silencio. Frigate y Monat no habían contestado a sus llamadas.
Tras decir al grupo que se desplegara y avanzase lentamente, Burton los condujo colina arriba. Las cabañas estaban desiertas, y algunas de las más pequeñas habían sido pateadas o derribadas. Notó un escalofrío, como si un viento helado soplase sobre él. El silencio, las chozas dañadas, la total ausencia de los dos compañeros, era un mal presagio.
Un minuto más tarde, oyeron una llamada y se volvieron para mirar colina abajo. Entre la hierba aparecieron las cabezas peladas de Monat y Frigate que subían por la ladera. Monat parecía serio, pero el americano estaba sonriendo. Tenía un hematoma en la mejilla y los nudillos de ambas manos despellejados y sangrantes.
- Acabamos de regresar de perseguir a cuatro hombres y tres mujeres que querían hacerse con nuestras chozas -dijo-. Les dije que podían construirse las suyas propias, y que ibais a regresar y les daríamos una buena paliza si no se largaban. Me comprendían perfectamente, pues hablaban inglés. Habían resucitado en la piedra de cilindros situada a un kilómetro y medio al norte de la nuestra, en la orilla del río. La mayor parte de la gente de allí eran triestinos de tu tiempo, pero unos diez, todos situados juntos, eran de Chicago y habían muerto hacia 1985. La distribución de los muertos es realmente rara, ¿no crees? Diría que hay una forma de selección al azar funcionando aquí.
»De todos modos, les dije lo que Mark Twain escribió que había dicho el diablo: ustedes los de Chicago creen que son la mejor gente de por aquí, mientras que Lo cierto es que son únicamente los más numerosos. Eso no les sentó muy bien, pues parecían pensar que debería ser amistoso con ellos por ser estadounidense. Una de las mujeres se me ofreció si cambiaba de bando y me pasaba al de ellos para apropiarnos de las chozas. Era la que estaba viviendo con dos de los hombres que de todos modos se quedarían con las cabañas, aunque tuvieran que pasar por encima de mi cadáver.
»Pero eran mucho más valientes hablando que actuando. Monat los aterrorizaba solo con mirarlos. Y teníamos las hachas y lanzas de piedra. Sin embargo, su líder estaba animándolos para lanzarlos contra nosotros cuando le di una buena ojeada a uno de ellos.

»Su cabeza estaba pelada, así que no tenía su antiguo cabello oscuro y lacio, y tenía unos treinta y cinco años de edad cuando lo conocí, y entonces llevaba gruesas gafas de concha. Además, no lo había visto desde hacía cincuenta y cuatro años, pero me acerqué más y le miré directamente al rostro, que estaba sonriendo, tal como lo recordaba, como un zorrino, y dije: «¿Lem? ¡Lem Sharkko! Eres Lem Sharkko, ¿no?»
»Entonces se agrandaron sus ojos y sonrió aún más, y tomó mi mano, después de todo lo que me había hecho, y lloró como si fuéramos hermanos que no nos veíamos desde hacía mucho... «¡Lo soy, lo soy! ¡Y tú eres Pete Frigate! ¡Dios mío, Pete Frigate!»

»Casi me alegró verle, por la misma razón que él decía que le alegraba verme. Pero luego me dije a mi mismo: éste es el editor tramposo que te timó cuatro mil dólares cuando estabas comenzando como escritor, y que te arruinó la carrera para muchos años. Este es el sucio negociante que te timó a ti y al menos a otros cuatro escritores un montón de dinero, y entonces hizo suspensión de pagos y liquidó la empresa. Y que luego heredó un montón de dinero de un tío, vivió como un pachá, probando así que el crimen sí es rentable. Este es el hombre al que no has olvidado, no solo por lo que te hizo a ti y a otros, sino por los muchos editores tramposos con los que luego te encontraste.
Burton sonrió y dijo:
- En una ocasión escribí que los sacerdotes, políticos y editores jamás serían admitidos en el reino de los cielos. Pero estaba equivocado, es decir, si esto es el cielo.
- Sí, lo sé -dijo Frigate-. No he olvidado esa frase tuya. De todos modos, reprimí mi alegría natural al ver de nuevo un rostro familiar, y le dije: «Sharkko... »
- ¿Cómo pudiste fiarte de él, con un nombre así? -le dijo Alice.
- Me había dicho que era un apellido checo que significaba fiable. Pero como todo en él, era mentira. De todos modos, ya casi había llegado a la conclusión de que Monat y yo debíamos dejarles hacerse con las chozas. Nos retiraríamos, y luego los echaríamos de aquí cuando regresaseis de la piedra de cilindros. Era la solución más astuta. ¡Pero cuando reconocí a Sharkko, me salí de mis casillas! Le dije, sonriendo: «Oye, es realmente una gran cosa el volver a ver tu cara después de todos esos años. ¡Especialmente aquí, donde no hay ni policías ni tribunales!»
»¡Y le di un puñetazo en la nariz! Se derrumbó de espaldas, sin sentido, con la nariz sangrándole. Monat y yo caímos sobre los otros, y le di una patada a uno, pero entonces otro me dio en la mejilla con su cilindro. Me dejaron atontado, pero Monat derribó a uno con el asta de su lanza y le rompió las costillas a otro. Es delgado, pero es tremendamente rápido, y lo que no sepa él de autodefensa... o de ataque... Sharkko se había alzado por aquel entonces, y le golpeé con el otro puño. Pero sólo logré rozarle la mandíbula. Me hice más daño yo que él. Dio la vuelta y salió a escape, y yo tras él. Los otros también huyeron, con Monat dándoles en el trasero con su lanza. Corrí a Sharkko hasta la siguiente colina, y lo atrapé cuando bajaba de ella, dándole un buen puñetazo. Se arrastró, suplicándome piedad, por lo que le di una buena patada en el culo que lo hizo rodar aullando colina abajo.
Frigate aún temblaba por la reacción, pero estaba complacido.
- Durante un instante, pensé que me iba a acobardar -dijo-. Al fin y al cabo, todo esto había sucedido hacía mucho, y en otro mundo, y quizá estuviéramos aquí para perdonar a nuestros enemigos... y a algunos de nuestros amigos, y para ser perdonados. Pero por otra parte; pensé, quizá estuviésemos aquí para poder devolver algo de lo que habíamos tenido que tragar en la Tierra. ¿Qué opinas de eso, Lev? ¿No te gustaría tener una oportunidad de asar a Hitler al ast? ¿Dándole vueltas muy lentamente sobre el fuego?
- No creo que debieras comparar a Hitler con un editor tramposo -dijo Ruach-. No querría darle vueltas sobre un fuego. Quizá preferiría hacerlo morir de hambre, o darle solo lo suficiente para mantenerlo con vida. Pero no lo haría. ¿De que iba a servir? ¿Le haría cambiar de mente, le haría creer que los judíos éramos seres humanos? No, si lo tuviera en mi poder, no haría otra cosa más que matarlo para que no pudiera hacer daño a otros. Pero no estoy tan seguro de que el matarlo significase que iba a permanecer muerto. No aquí.
- Eres un buen creyente -dijo Frigate sonriendo.
- ¡Pensé que eras amigo mío! -exclamó Ruach.

CAPITULO XII

Aquella era la segunda vez que Burton había oído mencionar el nombre de Hitler. Pretendía averiguar todo lo que pudiera acerca de aquel hombre, pero por el momento tenían que dejar de charlar para acabar de poner los techos sobre las chozas. Todos se pusieron a ello, cortando hierba con las tijeritas que habían encontrado en sus cilindros, o subiendo a los árboles de hierro y arrancando las grandes hojas triangulares verdes con nervios escarlata. Los techos dejaban mucho que desear. Burton pensaba buscar a un profesional en la materia y aprender las técnicas adecuadas. Por el momento tendrían que contentarse con montones de hierba como cama, sobre las cuales colocarían puñados de hojas del árbol de hierro, que eran más blandas. Como mantas usarían otro montón de las mismas hojas.

- Gracias a Dios, o a quien sea, no hay insectos -dijo Burton.

Alzó la taza de metal gris que contenía el mejor escocés que jamás hubiera probado.

- Brindo por quien sea. Si nos hubiera resucitado para volver a vivir un duplicado exacto de la vida en la Tierra, estaríamos compartiendo nuestras camas con diez millares de especies de insectos dañinos, mordedores, arañadores, chupadores, picadores, rascadores y aradores, todos ellos tras nuestra sangre.

Bebieron, y luego se sentaron alrededor de la fogata por un rato, fumando y hablando. Las sombras fueron creciendo, el cielo perdió su azul, y las gigantescas estrellas y grandes nebulosas que habían sido fantasmas apenas visibles antes del anochecer aparecieron. Desde luego, el cielo era una visión maravillosa.

- Es como una ilustración de Sime -dijo Frigate.

Burton no sabía qué era Sime. La mitad de la conversación con los que no provenían del Siglo XX consistía en explicaciones de unos y otros sobre referencias que utilizaban.

Se alzó, fue al otro lado de la fogata, y se puso en cuclillas junto a Alice. Ella acababa de regresar de hacer acostarse a la niña, Gwenafra, en una de las cabañas.

Burton tendió una barrita de goma a Alice y le dijo:

- Acabo de tomarme la mitad. ¿Quieres la otra mitad?

Ella le miró sin expresión y dijo:

- No, gracias.

- Hay ocho cabañas, siguió él-. No hay duda alguna acerca de quién va a compartir con quién cada cabaña, exceptuando a Wilfreda, a ti y a mí.

- No creo que haya ninguna duda acerca de eso -le contestó ella.

- ¿Así es que vas a dormir con Gwenafra?

Ella siguió manteniendo la cara hacia el otro lado. Permaneció acuclillado algunos segundos más, y luego se alzó y regresó al otro lado, sentándose junto a Wilfreda.

- Puedes seguir buscando, Sir Richard -le dijo ella. Sus labios estaban curvados en una mueca-. Por todos los cielos, no me gusta ser la pieza de repuesto. Podrías habérselo preguntado donde nadie se enterase. También yo tengo mi orgullo.

Permaneció en silencio por un minuto. Su primer impulso había sido fustigarla con un insulto aguzado, pero tenía razón. Se había mostrado demasiado despectivo hacia ella. Aún cuando hubiera sido una prostituta, tenía derecho a ser tratada como un ser humano. Especialmente dado que afirmaba que era el hambre lo que la había llevado a la prostitución, aunque se mostrase algo escéptico al respecto. Demasiadas prostitutas tenían que racionalizar su profesión; demasiadas tenían fantasías justificadoras acerca de su entrada en el negocio. Sin embargo, su ira hacia Smithson y su comportamiento hacia él indicaban que era sincera.

- No quería herir tus sentimientos -dijo, irguiéndose.

- ¿La amas? -le dijo Wilfreda, alzando la vista hacia él.

- Solo hubo una vez en que le dijera a una mujer que la amaba -contestó.

- ¿Tu esposa?

- No. La muchacha murió antes de que pudiera casarme con ella.

- ¿Y cuánto tiempo estuviste casado?

- Veintinueve años, aunque eso no te importe.

- ¡Que se me lleve el diablo! Todo ese tiempo, y jamás le dijiste que la amabas.
- No era necesario -dijo, y se marchó. La cabaña que escogió estaba ocupada por Monat y Kazz. Kazz estaba ya roncando; Monat estaba recostado sobre un codo y fumando un cigarrillo de marijuana. Monat lo prefería al tabaco, pues se parecía más al tabaco de su planeta. Sin embargo, no le producía ningún efecto. Por el contrario, el tabaco le causaba a veces fugaces pero muy vívidas visiones.
Burton decidió guardar el resto de su goma de los sueños, como la llamaba. Encendió un cigarrillo, aunque sabía que la marijuana posiblemente haría que su rabia y frustración se incrementasen. Hizo preguntas a Monat acerca de su planeta, Ghuurrkh. Estaba muy interesado, pero la marijuana lo traicionó, y su mente vagó mientras la voz del taucetano se hacía más y más débil.

¡cubrid ahora vuestros ojos, niños! -dijo Gilchrist con su cerrado acento escocés.
Richard miró a Edward; Edward sonrió y puso sus manos sobre sus ojos, pero no cabía duda de que estaba atisbando por las aberturas entre los dedos. Richard colocó sus propias manos sobre sus ojos, y continuó de puntillas. Aunque él y su hermano estaban sobre cajas, seguían teniendo que estirarse para ver sobre las cabezas de los adultos situados frente a ellos.
La cabeza de la mujer estaba ahora sobre el tajo; su largo cabello marrón le había caído sobre el rostro. Le hubiera gustado haber podido ver su expresión mientras miraba la cesta que la esperaba, o mejor dicho que esperaba a su cabeza.
- ¡No miréis ahora, niños! -dijo de nuevo Gilchrist.
Hubo un redoble de tambor, un único grito, y la hoja cayó, y luego un grito general de la multitud, mezclado con algunos gemidos y alaridos, y la cabeza se desplomó. El cuello escupió sangre que parecía no acabar nunca. Siguió brotando y cubrió a la multitud y, aunque estaba al menos a cincuenta metros de ella, la sangre le golpeó en las manos y se filtró entre sus dedos y sobre su cara, llenando sus ojos y cegándole y haciendo que sus labios le parecieran pegajosos y salados. Chilló...

- ¡Despierta, Dick! -estaba diciendo Monat. Le zarandeaba por el hombro- ¡Despierta! Debes de haber tenido una pesadilla.
Burton, sollozando y estremeciéndose, se sentó. Se frotó las manos y luego se palpó la cara. Estaban húmedas. Pero con sudor y no con sangre.
- Estaba soñando -explicó-. Tenía seis años de edad, y me hallaba viviendo entonces en la ciudad de Tours, en Francia. Mi tutor, John Gilchrist, nos llevó a mí y a mi hermano Edward a ver la ejecución de una mujer que había envenenado a su familia. Nos dijo que era como un premio.
»Yo estaba excitado, así que atisbé entre mis dedos cuando nos dijo que no contemplásemos los últimos segundos, al caer la hoja de la guillotina. Pero lo hice; tenía que hacerlo. Recuerdo haberme sentido un tanto mareado, pero fue el único efecto que me produjo la sangrienta escena. Mientras la contemplaba, parecí haberme dislocado: era como si viera todo aquello a través de un grueso cristal, como si fuera irreal, o como si yo fuera irreal, así que no me sentí realmente horrorizado.
Monat encendió otro cigarrillo de marijuana. La luz fue bastante como para que Burton pudiera ver que estaba agitando la cabeza.
- ¡Qué salvajada! ¿Así que no solo mataban a los criminales, sino que les cortaban la cabeza? ¡Y en público! ¡Y dejaban que los niños lo viesen!
- En Inglaterra eran algo más humanitarios -dijo Burton-. Colgaban a los criminales.
- Al menos los franceses permitían que el pueblo fuese plenamente consciente de que derramaban la sangre de sus criminales -dijo Monat-. La sangre estaba en sus manos. Pero, aparentemente, este aspecto no se le ocurrió a nadie. Al menos conscientemente. Así que ahora, después de ¿cuántos años?... sesenta y tres, fumas algo de marijuana y revives un accidente que siempre creíste que no te había hecho daño alguno. Pero, esta vez, retrocedes horrorizado. Gritabas como un niño aterrorizado. Reaccionaste como deberías haber

reaccionado cuando eras niño. Yo diría que la marijuana perforó algunas profundas capas de represión y desenterró el horror que había estado enterrado allí durante sesenta y tres años.
- Quizá -dijo Burton.
Se calló. Hubo truenos y relámpagos en la lejanía. Un minuto más tarde llegó el sonido del viento, y luego un tamborileo de gotas en el techo. Había llovido más o menos a la misma hora la pasada noche, hacia las tres de la mañana, diría. Y esta segunda noche estaba lloviendo aproximadamente a la misma hora. La lluvia fue creciendo en intensidad, pero el techo había sido hecho con cuidado, y no aparecieron goteras. Sin embargo, algo de agua llegó por debajo de la pared trasera, que estaba más alta por la pendiente de la colina. Se extendió por el suelo, pero no los mojó, pues la hierba y hojas bajo ellos formaban una alfombra de unos veinticinco centímetros de grueso.
Burton charló con Monat hasta que cesó la lluvia, aproximadamente una media hora más tarde. Monat se quedó dormido; Kazz no se había despertado. Burton trató de volver a dormir, pero sin lograrlo. Nunca se había sentido tan solo, y temía volver a caer en la pesadilla. Al cabo de un tiempo salió de la cabaña y caminó hacia la que había elegido Wilfreda. Antes de llegar a la puerta olió a tabaco. La punta de su cigarrillo brillaba en la oscuridad. Era una débil figura sentada erguida sobre su montón de hierba y hojas secas.
- Hola -dijo-. Esparaba que vinieses.
- El poseer propiedades es algo instintivo -dijo Burton.
- Dudo que sea instintivo en el hombre -dijo Frigate-. Alguna gente en los años sesenta, es decir, hacia 1960, trató de demostrar que el hombre tenía un instinto al que llamaron el imperativo territorial. Pero...
- Me gusta esa frase... suena bien -dijo Burton.
- Sabía que te gustaría -dijo Frigate-. Pero Ardrey y otros trataron de probar que el hombre no solo tenía un instinto de reclamar como suya una cierta área de terreno, sino que además descendía de un mono asesino. Y que el instinto de matar seguía siendo aún fuerte en su herencia de ese mono asesino. Lo que explicaba las fronteras nacionales, el patriotismo tanto local como nacional, el capitalismo, la guerra, el asesinato, el crimen, y lo demás. Pero la otra escuela de pensadores, la de la inclinación temperamental, mantenía que todo aquello era resultado de la cultura, o de la continuidad cultural de las sociedades dedicadas desde el principio de los tiempos a hostilidades tribales, a la guerra, a asesinatos, al crimen, etc. Se cambiaba la cultura, y desaparecía el mono asesino. Desaparecía porque nunca estuvo allí, como el negrito de la habitación oscura. El verdadero asesino era la sociedad, y la sociedad crió nuevos asesinos de cada serie de niños. Pero había algunas sociedades, ciertamente compuestas de primitivos, pero a pesar de todo sociedades, que no criaban asesinos. Eran prueba de que el hombre no descendía de un mono asesino. O, si queremos decirlo así, que quizá descendía de ese mono, pero que ya no seguía teniendo sus genes asesinos, al igual que ya no llevaba los genes de los huesos supraorbitales prominentes, o de una piel peluda, o de sus gruesos huesos, o de un cráneo con una capacidad de únicamente seiscientos cincuenta centímetros cúbicos.
- Todo esto es muy interesante -le dijo Burton-. En otro momento estudiaremos más profundamente esa teoría. Sin embargo, déjame señalarte que casi cada miembro de la humanidad resucitada proviene de una cultura que promovía la guerra, el asesinato, la violación, el robo y la locura. Estamos viviendo entre esas gentes, y con ellas tenemos que tratar. Quizá haya algún día una nueva generación. No lo sé. Es demasiado pronto para decirlo, ya que solo llevamos aquí siete días. Pero, nos guste o no, estamos en un mundo poblado por seres que bastante a menudo actúan como si fueran monos asesinos. Mientras tanto, volvamos a nuestro modelo.
Estaban sentados en taburetes de bambú, delante de la cabaña de Burton. En una pequeña mesa de bambú situada frente a ellos había el modelo de un barco hecho con pino y bambú. Tenía un doble casco sobre cuya parte superior había una plataforma con una barandilla baja en el centro. Tenía un único mástil, muy alto, con jarcias hacia adelante y hacia atrás, una vela en forma de globo, y un puente ligeramente elevado, con un timón. Burton y Frigate habían

usado los cuchillos de calcedonia y la hoja de sus tijeras para construir el modelo del catamarán. Burton había decidido llamar al barco, cuando estuviese construido, El Hadji. Iría en un peregrinaje, aunque su meta no fuera la Meca. Intentaba navegar con él por el Río tan lejos como le fuera posible. Por aquel entonces, el río había pasado a ser el Río. Los dos habían estado hablando acerca del imperativo territorial a causa de que anticipaban algunas dificultades en lograr construir el barco. Por aquel entonces, la gente de aquella zona ya estaba algo aposentada. Habían delimitado sus propiedades y construido sus alojamientos, o estaban en trance de hacerlo. Estos iban desde simples refugios hasta edificios relativamente grandiosos que estarían hechos con troncos de bambú y piedras, tendrían cuatro habitaciones y dos pisos de alto. La mayor parte de ellos estaban cerca de las piedras de cilindros a lo largo del Río, y en la base de la montaña. La exploración de Burton, completada dos días antes, resultaba en un cálculo de unas ciento cuatro a ciento cinco personas por kilómetro cuadrado. Por cada kilómetro cuadrado de llanura a cada lado del Río, había aproximadamente 2,4 kilómetros de colinas. Pero las colinas eran tan altas e irregulares que su verdadera área habitable era más o menos de unos nueve kilómetros cuadrados. En las tres áreas que había estudiado halló que aproximadamente un tercio de las personas habían construido sus viviendas cerca de las piedras de cilindros ribereñas, y otro tercio alrededor de las piedras de cilindros del interior. Ciento cinco personas por kilómetro cuadrado parecía una población bastante densa, pero las colinas eran tan boscosas y su topografía tan irregular que un pequeño grupo viviendo en ellas podía sentirse aislado. Y la llanura estaba pocas veces atestada excepto a las horas de comer, dado que la gente de las llanuras estaba en los bosques o pescando al borde del río. Muchos trabajaban en canoas o botes de bambú con la idea de pescar en el centro del río o, como Burton, ir de exploración.

Las plantas de bambú habían desaparecido, aunque resultaba evidente que pronto serían reemplazadas. El bambú tenía un crecimiento rapidísimo. Burton estimaba que una planta de quince metros de alto podía crecer totalmente en unos diez días.

Su equipo había trabajado duro y cortado todo el bambú que creían poder necesitar para el barco. Pero deseaban mantener alejados a los ladrones, así que usaron una parte para erigir una alta empalizada. Esto fue terminado el mismo día en que completaron el modelo. El problema era que tendrían que construir el barco en la llanura. Nunca podrían llevarlo al través de los bosque y por encima de las diversas colinas si lo construyeran en aquel lugar.

- Ajá, pero si nos trasladamos y organizamos una nueva base, nos encontraremos con oposición -había dicho Frigate-. No hay un centímetro cuadrado del borde de la hierba alta que no sea reclamado por alguien. Tal como están las cosas, uno tiene que pasar por terreno ajeno para llegar a la llanura. Hasta ahora, nadie ha tratado de mantener una posición dura acerca de su derecho de propiedad, pero esto puede cambiar en cualquier momento. Y si se construye el barco un poco más atrás del borde de la hierba alta, se podrá sacarlo con facilidad de entre los bosques y por entre las cabañas. Pero entonces se tendrá que montar guardia día y noche, de lo contrario será robado. O destruido. Ya conoces a estos bárbaros.

Estaba refiriéndose a las cabañas destruidas mientras sus propietarios estaban ausentes, y al emponzoñamiento de los estanques bajo la catarata y la fuente. También se estaba refiriendo a los hábitos, nada saludables, de muchos de los habitantes locales. Estos no usaban los pequeños sanitarios públicos construidos por diversas personas para el uso común.

- Erigiremos nuevas casas y un astillero tan cerca del borde como podamos -dijo Burton-. Luego talaremos cualquier árbol que se ponga en nuestro camino, y nos abriremos paso sobre cualquiera que nos rehúse el derecho de tránsito.

Fue Alice la que bajó a ver a algunas personas que tenían cabañas en el borde entre la llanura y las colinas y las convenció de que hicieran un cambio. No le dijo a todo el mundo lo que intentaban. Sabía de tres parejas que no estaban satisfechas con sus hogares a causa de la falta de intimidad. Estas llegaron a un acuerdo y se trasladaron a las cabañas del grupo de Burton al doceavo día de la resurrección, un jueves. Por un convencionalismo generalmente aceptado, el domingo, día uno, era el Día de la Resurrección. Ruach había dicho que le hubiera gustado más que el primer día fuera considerado sábado, o aún mejor simplemente

Primer Día. Pero aquella era una zona predominante gentil, o ex-gentil, y ya se sabe que quien ha sido una vez gentil lo es siempre... por lo que tuvo que aceptar la voluntad de los otros. Ruach tenía una caña de bambú en la que contaba los días haciendo una muesca cada mañana. La caña estaba clavada en el suelo, ante su cabaña.

El transferir la madera para el barco les llevó cuatro días de pesado trabajo. Para entonces, las parejas italianas decidieron que ya tenían bastante de trabajar hasta partirse la espalda. Después de todo, ¿para qué meterse en un barco e ir a otro lugar, cuando probablemente cualquier lugar sería como aquél? Obviamente habían sido alzados de entre los muertos para poder disfrutar. De lo contrario, ¿para qué estaban el licor, los cigarrillos, la marijuana, la goma de los sueños y la desnudez?

Se marcharon sin animosidad por ninguna de las dos partes; de hecho, hasta se les dio una fiesta de despedida. Al día siguiente, el vigésimo del Año Uno, D. R., ocurrieron dos acontecimientos, uno de los cuales resolvió un enigma, y el otro añadió uno nuevo, aunque no fuera muy importante.

El grupo atravesó la llanura para ir a la piedra de cilindros por la madrugada. Se encontraron cerca de ella a dos hombres, ambos durmiendo. Los despertaron, y parecieron alarmados y confusos. Uno era alto y de cutis oscuro, y hablaba un lenguaje desconocido. El otro era también alto, bien parecido, muy musculoso, con ojos grises y cabello negro. Su forma de hablar resultaba ininteligible, hasta que de pronto Burton se dio cuenta de que estaban hablando en inglés. Era el dialecto de Cumberland hablado durante el reinado de Eduardo I, a veces llamado Piernilargo. Una vez Burton y Frigate lograron comprender el acento y efectuado ciertas transposiciones, fueron capaces de mantener una conversación balbuceante con él. Frigate era muy versado en el inglés primitivo leído, pero jamás había encontrado muchas de las palabras o ciertos giros gramaticales.

John de Greystok había nacido en las propiedades de los Greystok en Cumberland. Había acompañado a Eduardo I en la campaña de Francia, cuando el rey invadió la Gascuña. Allí se había distinguido con las armas, si es que se le podía creer. Luego, fue llamado al Parlamento como Barón Greystoke, y de nuevo vuelto a la guerra en Gascuña. Estaba en el séquito del obispo Anthony Beck, Patriarca de Jerusalén. En los años 28 y 29 del reino de Eduardo, luchó contra los escoceses. Murió en 1305, sin hijos, pero legó sus tierras y su título a su sobrino, Ralph, hijo de Lord Grimthorpe de Yorkshire.

Había sido resucitado en algún lugar a lo largo del río, entre unas gentes compuestas por un noventa por ciento de ingleses y escoceses de principios del siglo XIV y un diez por ciento de antiguos habitantes de Siberia. La gente al otro lado del río era una mezcla de mongoles del tiempo de Kublai Kan y algunas gentes de tez oscura cuya identidad desconocía Greystock. Su descripción se adecuaba a los indios norteamericanos.

Al décimonono día después de la resurrección, atacaron los salvajes del otro lado del río. Aparentemente, no tenían otro motivo más que el deseo de una buena lucha, cosa que consiguieron. Las armas eran principalmente palos y cilindros, debido a que había poca piedra en aquella zona. John de Greystock puso fuera de combate a diez mongoles con su cilindro, y luego fue golpeado en la cabeza con una roca y atravesado con la punta endurecida al fuego de una lanza de bambú. Se despertó, desnudo, con únicamente su cilindro, o un cilindro cualquiera, junto a aquella piedra de cilindros.

El otro hombre contó su historia con signos y pantomima. Había estado pescando cuando su anzuelo fue tragado por algo tan poderoso que lo arrastró al agua. Volviendo a la superficie, se había golpeado la cabeza contra el fondo de su bote y ahogado.

Quedaba contestada la pregunta de lo que les sucedía a los muertos en la otra vida. El por qué no eran resucitados en la misma zona en que habían muerto era ya otra pregunta.

El segundo acontecimiento fue el que los cuernos de la abundancia no les entregasen la comida del mediodía. En lugar de ello, dentro de los cilindros hallaron, apelotonados, seis trozos de ropa. Tenían diversos tamaños y colores, tonalidades y dibujos diferentes. Obviamente, cuatro de ellos estaban diseñados para ser usados como faldellines. Podían ser usados alrededor del cuerpo y sujetados con cierres magnéticos colocados dentro de la ropa.

Dos eran de un tejido más delgado y casi transparentes, y que obviamente serían como sujetadores, aunque podían utilizarse para otros usos. Aunque la tela era suave y absorbente, podía soportar el tratamiento más duro y no podía ser cortada ni por los más aguzados cuchillos de calcedonia o bambú.

La humanidad lanzó una exclamación colectiva de alegría al hallar aquellas «toallas». Aunque los hombres y mujeres se habían acostumbrado ya, o al menos resignado, a la desnudez, los más estetas y los menos adaptables habían encontrado que la visión generalizada de los órganos genitales humanos era poco agradable e incluso repulsiva. Ahora tenían faldellines, sujetadores y turbantes. Estos últimos fueron usados para cubrir las cabezas mientras les volvía a crecer el cabello. Luego, los turbantes se convirtieron en la prenda habitual de la cabeza.

El pelo volvía a todo su cuerpo, excepto a sus rostros.

Burton estaba amargado por esto. Siempre se había sentido orgulloso de sus largos bigotes y su barba hendida. Y ahora decía que su ausencia le hacía sentirse más desnudo que su falta de pantalones.

Wilfreda se había echado a reír y había exclamado:

- Me alegra que hayan desaparecido. Siempre he odiado el pelo en el rostro de los hombres. El besar a un hombre con barba era como meter la cara en un colchón desgarrado.

CAPITULO XIII

Habían pasado sesenta días. El barco había sido empujado a través de la llanura sobre grandes rodillos de bambú. Había llegado el día de la botadura. El Hadji tenía unos doce metros de largo y consistía esencialmente en dos cascos de bambú de puntas aguzadas unidos por una plataforma, un bauprés con una vela de globo y un único mástil, con jarcias hacia adelante y hacia atrás que tenían velas de fibras de bambú entretejidas. Era gobernado por un gran remo de pino, dado que no les había resultado posible hacer un timón y un gobernalle. Su único material, en aquel momento, de atadura, era la hierba, aunque no pasaría mucho antes de que pudieran hacerse cuerdas con la piel curtida y las entrañas de algunos de los mayores peces del río. A proa llevaba atada una canoa construida por Kazz a partir del tronco de un pino.

Antes de que pudieran realizar la botadura, Kazz puso algunas dificultades. Por aquel entonces podía hablar un inglés muy limitado y entrecortado, y proferir algunas maldiciones en árabe, baluchi, swahili e italiano, todo ello aprendido de Burton.

- Necesitar... ¿cómo llamar?... wllah!... ¿cuál palabra?... matar alguien antes echar barco a río... ¿sabes?... merda... necesito palabra, Burton-naq... darme, Burtonnaq.. palabra... palabra... matar hombre para que dios Kabburkanakruebemss... dios aguas... no hundir barco... irritado... ahogarnos... comernos.

- ¿Sacrificio? -ofreció Burton.

- Muchas malditas gracias, Burton-naq. ¡Sacrificio! Cortar cuello... poner barco... frotar en madera... entonces, dios aguas no irritado con nosotros.

- No haremos eso -dijo Burton.

Kazz discutió, pero finalmente aceptó subirse al barco. Su rostro estaba conturbado, y parecía muy nervioso. Burton, para tranquilizarlo, le dijo que aquello no era la Tierra. Era otro mundo, como podía ver rápidamente dando una ojeada a su alrededor, y especialmente a las estrellas. Los dioses no vivían en aquel valle. Kazz escuchó y sonrió, pero aún pareció como si esperase ver surgir de las profundidades al repugnante rostro de barba verde y abultados ojos de pescado de Kabburkanakruebemss.

Aquella mañana, la llanura estaba atestada alrededor del barco. Todo el mundo de muchos kilómetros alrededor estaba allí, ya que cualquier cosa fuera de lo usual era divertida. Gritaban, reían y hacían bromas. Y, aunque algunos de los comentarios eran derogatorios, todos ellos se hacían con buen humor. Antes de que el barco fuera rodado de la orilla al Río, Burton se subió a su «puente», una plataforma algo más elevada, y alzó su mano pidiendo silencio. El charloteo de la multitud cesó, y Burton habló en italiano:

- Compañeros, lazari, amigos, habitantes del valle de la Tierra Prometida. Os abandonaremos dentro de unos minutos...

- ¡Si el barco no se hunde! -murmuró Frigate.

- ... para ir Río arriba, contra el viento y la corriente. Tomamos el camino más difícil, porque lo difícil siempre da la mayor recompensa, si es que hemos de creer lo que nos decían los moralistas de la Tierra, y ya sabéis todos la razón que tenían.

Risas. Con resoplidos aquí y allá, por los creyentes empecinados.

- En la Tierra, como quizá sepáis alguno de vosotros, guié en una ocasión una expedición a lo más profundo y oscuro de Africa, para hallar las fuentes del Nilo. No las encontré, aunque me acerqué mucho, y me robó las recompensas un hombre que me lo debía todo, un tal señor John Hanning Speke. Si lo encuentro en mi viaje Río arriba, sabré cómo tratarlo...

- ¡Buen Dios! -exclamó Frigate-. ¿Lo harás suicidarse de nuevo por la vergüenza y el remordimiento?

- ... pero lo importante es que quizá este Río sea mucho mayor que cualquier Nilo que, como quizá sepáis, o no, era el más largo de la Tierra, a pesar de las equivocadas afirmaciones de los americanos acerca de sus complejos del Amazonas y del Missouri-Mississippi. Algunos de vosotros os habréis preguntado por qué tenemos que partir para una meta que se halla quién sabe a qué distancia, o que quizá ni siquiera exista. Y yo os diré que largamos velas porque lo Desconocido existe, y queremos convertirlo en Conocido. ¡Eso es todo! Y aquí, a

diferencia de nuestras tristes y frustrantes experiencias de la Tierra, no se necesita dinero para equiparnos y para mantenernos en camino. El Poderoso Caballero Don Dinero ha muerto, y que descanse en paz. Ni tampoco tenemos que llenar centenares de instancias e impresos, ni solicitar audiencias a gente influyente y deleznables burócratas para obtener permiso para recorrer el río. No hay fronteras nacionales...
- ... aun -murmuró Frigate.
- ... ni se requieren pasaportes, ni hay que sobornar a funcionarios del gobierno. Acabamos de construir un barco sin tener que obtener un permiso, y emprenderemos nuestra singladura sin ninguna «por autorización» de ningún burócrata, excelentísimo, ilustrísimo, o del montón. Por primera vez en la historia del hombre, somos libres. ¡Libres! Y, así, para despedirnos, no os diré adiós...
- ... eso sería pedirte mucho -murmuró Frigate.
- ... ¡porque quizá regresemos dentro de un millar de años! Así que digo hasta siempre, la tripulación dice hasta siempre, os agradecemos vuestra ayuda en la construcción del barco y vuestra ayuda en su botadura. Y en este momento hago cesión de mi cargo como Cónsul de Su Majestad Británica en Trieste a quien quiera aceptarlo, y me declaro ciudadano del Mundo del Río. ¡No pagaré tributo a nadie, no juraré fidelidad a nadie, y sólo seré responsable ante mí mismo!
- Haz lo que tu naturaleza humana te impulsa a hacer, y no esperes el aplauso de nadie más que de ti mismo; vive más noblemente, y muere más noblemente, quien dicta y cumple sus propias leyes -canturreó Frigate.
Burton miró al americano, pero no interrumpió su parlamento. Frigate estaba citando unos versos del poema de Burton: La Kasidah de Haji Abdu Al-Yazdi. No era la primera vez que había citado la prosa o poesía de Burton. Y, aunque a veces Burton encontraba irritante al estadounidense, no podía sentirse muy molesto con un hombre que lo había admirado lo bastante como para memorizar sus palabras.
Unos minutos más tarde, cuando el barco fue empujado al río por algunos hombres y mujeres, y la multitud estuvo dando vivas, Frigate lo citó de nuevo. Miró a los millares de hermosos jóvenes en la orilla, con sus pieles bronceadas por el sol, con sus faldellines, sujetadores y turbantes multicolores agitados por el viento, y dijo:
- ¡Ah!, alegre día con el brillo del sol, fuerte la brisa, contenta la multitud. Reunida a orillas del Río para jugar, cuando era joven, cuando era joven.
El barco se deslizó, y su proa fue girada por el viento y la corriente, río abajo, pero Burton gritó órdenes, se alzaron las velas, y giró la gran caña del remo de forma que la proa viró y se encontraron enfrentados con el viento. El Hadji se alzó y cayó en las olas, con el agua siseando al ser hendida por las proas gemelas. El sol era cálido y brillante, la brisa los enfriaba, y se sentían felices, pero también algo ansiosos al ir desapareciendo en la lejanía los rostros y paisajes familiares. No tenían ni mapas ni guías de viajeros que consultar; el mundo sería creado con cada kilómetro hacia adelante.
Aquella tarde, al hacer su primer atraque en una playa, ocurrió un incidente que asombró a Burton. Kazz acababa de bajar a tierra entre un grupo de gente curiosa, cuando se excitó mucho. Comenzó a charlotear en su lengua nativa,
y trató de agarrar a un hombre que se hallaba cerca. El hombre huyó y se perdió rápidamente en la multitud. Cuando Burton le preguntó lo que hacia, Kazz le explicó:
- No tenía... uh... ¿cómo llamar?... eso... eso... -y se señaló la frente. Luego trazó varios símbolos desconocidos en el aire. Burton pensaba proseguir investigando el asunto, pero Alice, gimiendo repentinamente, corrió hacia un hombre. Evidentemente, había pensado que se trataba de un hijo que le habían matado en la primera guerra mundial. Hubo alguna confusión. Alice admitió que había cometido un error. Para entonces, surgieron otras cuestiones. Kazz ya no volvió a mencionar el asunto, y Burton se olvidó de ello. Pero volvería a recordarlo.
Exactamente cuatrocientos quince días más tarde, habían pasado veinticuatro mil novecientas piedras de cilindros en la orilla derecha del río. Dando viradas, navegando contra viento y

corriente, logrando una media de cerca de cien kilómetros por día, deteniéndose durante el día para cargar sus cilindros y por la noche para dormir, haciendo a veces altos de un día para poder estirar sus piernas y hablar con otras personas que no fueran de la tripulación, habían viajado treinta y seis mil trescientos cincuenta kilómetros. En la Tierra, esta distancia habría sido casi una circunvalación al ecuador. Si los ríos Mississippi-Missouri, Nilo, Congo, Amazonas, Yang-Tsé, Volga, Amur, Huang, Lena y Zambesi hubieran sido puestos uno tras otro para formar un único gran río, aún no hubieran logrado ser tan largos como la extensión del Río que habían recorrido. Y no obstante, el Río seguía y seguía más allá, haciendo grandes meandros, serpenteando hacia adelante y hacia atrás. Y por todas partes había las llanuras a lo largo del Río, detrás las colinas cubiertas de árboles y, altísimas, infranqueables, continuas, las montañas.

Ocasionalmente, las llanuras se estrechaban, y las colinas avanzaban hasta el borde del río. A veces, el río se ensanchaba y se convertía en un lago, de cinco, diez o doce kilómetros de ancho. De vez en cuando, la cordillera montañosa se curvaba a ambos lados, una hacia la otra, y el barco atravesaba cañones en los que el estrecho cauce obligaba a la corriente a pasar rugiendo, y el cielo era una cinta azul muy por encima de las negras paredes que parecían caer sobre ellos.

Y, siempre, estaba la humanidad. Día y noche, los hombres, mujeres y niños se acumulaban en las orillas del río, y aún más en las colinas.

Por aquel entonces, los navegantes habían discernido un esquema. La humanidad había sido resucitada a lo largo del Río en burdas secuencias cronológicas y nacionales. El barco había pasado por el área que contenía a los eslovenos, italianos y austríacos que habían muerto en la última década del Siglo XIX, y luego, junto a los húngaros, noruegos, finlandeses, griegos, albaneses e irlandeses. Ocasionalmente, llegaban a áreas que contenían gentes de otros tiempos y lugares. Una era una extensión de unos treinta kilómetros que contenía aborígenes australianos que jamás habían visto a un europeo mientras vivían en la Tierra. Otra extensión de un centenar y medio de kilómetros estaba poblada por tocarianos, la gente de Loghu. Estos habían vivido hacia los tiempos de Cristo, en lo que luego se convirtió en el Turquestán chino. Representaban a la rama llegada más al este de los pueblos de lenguaje indoeuropeo de la antigüedad; su cultura había florecido durante un tiempo, y luego muerto ante el cerco del desierto y las invasiones de los bárbaros.

A través de investigaciones que él mismo admitía que eran apresuradas e inciertas, Burton había determinado que cada área estaba, en general, compuesta por aproximadamente un sesenta por ciento de gentes de un siglo y nacionalidad particulares, un treinta por ciento pertenecientes a otro pueblo, habitualmente de un tiempo distinto, y un diez por ciento de cualquier tiempo y lugar.

Todos los hombres habían despertado de la muerte circuncidados. Todas las mujeres habían resucitado vírgenes. Para la mayor parte de ellas, comentó Burton, este estado no había durado más allá de la primera noche en aquel planeta.

Hasta ahora, no había visto ni oído hablar de ninguna mujer preñada. Quien los hubiera colocado allí, debía de haberlos esterilizado, y con buena razón. Si la humanidad pudiera reproducirse, el valle del Río estaría totalmente cubierto por cuerpos humanos en un solo siglo.

Al principio, no parecía haber ninguna otra vida animal excepto el hombre. Luego, se había visto que, durante la noche, diversas especies de gusanos emergían del suelo. Y el Río contenía al menos un centenar de especies de peces, que iban de animales de quince centímetros de largo hasta un pez del tamaño de las ballenas azules, los «dragones de río», que vivían en el fondo del mismo, a trescientos metros de profundidad. Frigate dijo que los animales estaban allí con un propósito determinado. Los peces comían lo que caía en el Río, manteniendo sus aguas limpias. Algunos tipos de gusanos se comían los materiales de desecho y los cadáveres, otros servían en su función normal como gusanos.

Gwenafra era un poco más alta. Todos los niños estaban creciendo. Dentro de doce años, no habría un niño o adolescente en el valle, si las condiciones de todas partes se conformaban a lo visto hasta el momento por los viajeros.
Burton, pensando en ello, le dijo a Alice:
- Ese reverendo Dodgson, que era amigo tuyo, el tipo al que solo le gustaban las niñitas. Se va a encontrar con una situación frustrante, ¿no?
- Dodgson no era ningún pervertido -intervino Frigate-. Pero, ¿qué sucederá con aquellos cuyo único objeto sexual eran los niños? ¿Qué harán cuando no haya más niños? ¿Y qué harán aquellos que obtuvieron su placer maltratando o torturando a los animales? Mira, lamento la ausencia de los animales. Amo a los gatos y a los perros, a los osos, a los elefantes, a la mayor parte de los animales. A los monos no, pues se parecen a la mayor parte de los hombres. Pero me alegro de que no estén aquí. Ahora no pueden ser maltratados. Todos los pobres animales indefensos, que sufrían, pasaban hambre o sed a causa de algún ser humano olvidadizo o maligno.
Palmeó el cabello rubio de Gwenafra, que ya casi tenía quince centímetros de largo.
- También pienso lo mismo de todos los pequeñines indefensos y maltratados.
- ¿Qué tipo de mundo es éste en el que no hay niños? -dijo Alice-. Y ya que hablamos de ello, que tampoco tiene animales, que si bien ya no pueden ser maltratados o torturados, tampoco pueden ser amados y cuidados.
- Una cosa equilibra a la otra en este mundo -le respondió Burton-. Uno no puede tener amor sin odio, cariño sin malicia, paz sin guerra. En cualquier caso, no tenemos elección en el asunto. Los gobernantes invisibles de este mundo han decretado que no tendremos animales, y que las mujeres ya no engendrarán hijos. Que así sea.
La mañana del cuatrocientos dieciseisavo día de su viaje fue como cada mañana. El sol se había alzado sobre las cimas de la cordillera de su izquierda. El viento de Río arriba corría con una velocidad estimada en veinticuatro kilómetros por hora, como siempre. El calor fue incrementándose a medida que se alzaba el sol, y alcanzaría los veintinueve grados aproximadamente a las dos de la tarde. El catamarán, el Hadji, daba viradas de un lado a otro. Burton estaba en el «puente», con ambas manos en el largo y grueso madero de pino, mientras el viento y el sol golpeaban su piel muy tostada. Llevaba un faldellín a cuadros escarlata y negro, que le llegaba casi hasta las rodillas, y un collar hecho con las negras y brillantes vértebras del pez cornudo. Era éste un pez de metro ochenta de largo, con un cuerno de quince centímetros que salía de su frente como el de un unicornio. El pez cornudo vivía a unos treinta metros por debajo de la superficie, y era pescado con sedal, dificultosamente. Pero sus vértebras servían para hacer bellos collares, y su piel, propiamente curtida, servia para manufacturar sandalias, armaduras y escudos, o podía ser trabajada en resistentes y flexibles cuerdas y cinturones. Su carne era deliciosa. Pero el cuerno era lo más valioso. Servía como punta de flecha o lanza, o, con un mango de madera, era un buen estilete.
En un armero junto a él, dentro de la vejiga transparente de un pez, había un arco. Estaba hecho con los huesos curvados que surgían de los costados de la boca del pez dragón, que tenía el tamaño de una ballena. Cuando los extremos de cada uno habían sido cortados de tal forma que se pudiesen acoplar, resultaba un arco de doble curvatura.
Montándolo con una cuerda hecha con la tripa del pez dragón, se obtenía un arco que solo podía tender totalmente un hombre muy fuerte. Burton había topado con uno hacía unos cuarenta días, y ofrecido a su propietario cuarenta cigarrillos, diez cigarros y diez litros de whisky por él. La oferta fue rechazada, así que Burton y Kazz volvieron bien entrada la noche, y robaron el arco. O, más bien, hicieron un cambio, pues Burton se sintió impulsado a dejar su arco de tejo a cambio.
Desde entonces, había racionalizado que tenía todos los derechos a robar el arco. El propietario se había vanagloriado de haber matado a un hombre para obtener el arco. Así que, al quitárselo, lo había tomado de un ladrón y un asesino. No obstante, Burton tenía remordimientos de conciencia cuando pensaba en ello, lo cual no era muy a menudo.

Burton llevó el Hadji hacia adelante y hacia atrás a lo largo del canal que se estrechaba. Durante unos ocho kilómetros, el río se había ensanchado hasta formar un lago de unos seis kilómetros de ancho, y ahora estaba convirtiéndose en un estrecho canal de menos de ochocientos metros. El canal se curvaba y desaparecía entre las paredes de un cañón.
Allí, el barco iría lentamente, porque estaría luchando contra una corriente acelerada y el espacio apto para las viradas sería muy limitado. Pero había pasado por estrechos muy similares en varias ocasiones, y no se sentía aprensivo por ello. No obstante, cada vez que sucedía, no podía dejar de pensar en que la nave estaba renaciendo. Pasaba de un lago, la matriz, a través de una abertura estrecha, para ir a otro lago. En cierto modo era como un parto, y siempre había la posibilidad de que al otro lado los esperase una fabulosa aventura, una revelación.
El catamarán se apartó de una piedra de cilindros, que solo estaba a veinte metros de distancia. Había mucha gente en la llanura del lado derecho, que allí sólo tenía un kilómetro de ancho. Gritaban en dirección a la nave, agitaban la mano o le enseñaban los puños, gritando obscenidades que Burton no podía oír, pero que comprendía a causa de sus muchas experiencias. Pero no parecían hostiles. Era simplemente que los extranjeros siempre eran saludados de diversas maneras por los habitantes locales. Los de allí eran una gente baja, de cabello y piel oscuros. Hablaban un lenguaje que Ruach dijo que probablemente sería semita protohamita. Habrían vivido en la Tierra en algún lugar del Africa del norte o Mesopotamia cuando aquellas regiones eran mucho más fértiles. Usaban las toallas como faldellines, pero las mujeres iban con los senos al aire y usaban sus «sujetadores» como turbantes o pañuelos de cuello. Ocupaban la orilla derecha durante sesenta piedras, es decir, noventa kilómetros. La gente que se hallaba frente a ellos se extendía durante ochenta piedras, y habían sido cingaleses del Siglo XX antes de Cristo, con una minoría de mayas precolombinos.
- El crisol del tiempo -era como llamaba Frigate a la distribución de la humanidad-. El experimento antropológico y social más grande jamás llevado a cabo.
Sus afirmaciones no eran nada exageradas. Parecía como si los diversos pueblos hubieran sido mezclados de tal forma que pudieran aprender algo los unos de los otros. En algunos casos, los diferentes grupos habían logrado crear diversos lubricantes sociales y vivían en relativa amistad. En otros casos, había la matanza de un lado u otro, O un casi exterminio mutuo, o la esclavitud de los derrotados.
Por algún tiempo tras la resurrección, la anarquía había sido lo habitual. La gente había ido vagando de un lado a otro, formando grupitos con propósitos defensivos en pequeñas áreas. Luego, los líderes naturales y los buscadores de poder habían aparecido, y los seguidores por naturaleza se habían alineado tras los jefes elegidos... Aunque a veces la elección la realizaban esos mismos jefes.
Uno de los diversos sistemas políticos resultantes era el de la «esclavitud del cilindro». Un grupo dominante en una zona tenía prisioneros a los más débiles. Le daban al esclavo lo bastante que comer, porque el cilindro de un esclavo muerto no servía para nada. Pero le arrebataban los cigarrillos, los cigarros, la marijuana, la goma de los sueños, el licor, y los alimentos más exquisitos.
Al menos en treinta ocasiones, el Hadji había comenzado a acercarse a una piedra de cilindros y estado a punto de ser asaltado por esclavistas de cilindros. Pero Burton y los demás estaban ojo avizor para descubrir los estados esclavistas. A menudo, los estados vecinos les avisaban. En una veintena de ocasiones habían salido lanchas a interceptarles, en lugar de intentar que se acercasen a la costa, y el Hadji había escapado por los pelos de ser abordado o destruido. En cinco ocasiones, Burton se había visto obligado a dar media vuelta y navegar río abajo. El catamarán siempre había ido más deprisa que los perseguidores, que no tenían ningún interés por capturarlos más allá de sus fronteras. Luego, el Hadji había regresado furtivamente por la noche, navegando hasta más allá de donde habitaban los esclavistas.
Un cierto número de veces, el Hadji no había podido tomar tierra debido a que los estados esclavistas ocupaban ambas orillas durante largos trechos. Entonces, la tripulación racionaba sus alimentos o, si tenían suerte, pescaban lo bastante como para contentar sus estómagos.

Los semitas protohamitas de aquella zona se habían mostrado bastante amistosos después de que estuvieron seguros de que la tripulación del Hadji no tenía intenciones malévolas. Un moscovita del Siglo XVIII les había advertido que había estados esclavistas al otro lado del canal. No sabía mucho de los mismos debido a la barrera que representaban las empinadas montañas. Algunos botes habían atravesado el canal, y casi ninguno había regresado. Los que lo habían hecho trajeron noticias de hombres malvados en la otra orilla.

Así que el Hadjí fue cargado de puntas de bambú, pescado seco y suministros economizados durante un período de dos semanas de lo que proporcionaban los cilindros.

Aún pasaría media hora antes de que entrasen en el estrecho. Burton pensaba a medias en la navegación y a medias en su tripulación. Esta se encontraba tendida por la cubierta de proa, tomando el sol, o bien sentada con las espaldas apoyadas en la pequeña camareta delantera.

John de Greystock estaba fijando las delgadas espinas planas de un pez cornudo a la cola de una flecha. Aquellas espinas servían bastante bien en lugar de plumas en un mundo en el que los pájaros no existían. Greystock, o Lord Greystoke, como insistía en llamarle Frigate por alguna divertida razón que solo él conocía, era una buena baza en una lucha o cuando se necesitaba trabajar duro. Era un conversador muy interesante, aunque casi increíblemente obsceno, repleto de anécdotas sobre las campañas en Gascuña y en la frontera, sobre sus conquistas femeninas, o de murmuraciones acerca de Eduardo el Larguirucho, y, naturalmente, de información acerca de su tiempo. Pero también era un individuo muy testarudo y de mente estrecha en muchas cosas, desde el punto de vista de una era posterior, y no demasiado limpio. Aseguraba haber sido muy devoto en la otra vida, y probablemente decía la verdad, pues de lo contrario no habría sido honrado con la distinción de pertenecer a la corte del Patriarca de Jerusalén. Pero ahora que había perdido la fe, odiaba a los sacerdotes. Y acostumbraba a irritar a todos con quienes se encontraban, esperando que lo atacasen. Algunos lo hicieron, y casi estuvo a punto de matarlos. Burton lo había regañado con cautela acerca de esto (uno no le hablaba de mal modo a de Greystock a menos que desease luchar a muerte con él), señalando que dado que eran visitantes en una tierra extraña, y estaban superados inmensamente en numero por sus anfitriones, debían actuar como buenos huéspedes. De Greystock admitió que Burton tenía razón, pero no podía dejar de azuzar a todo sacerdote con el que se encontrase. Afortunadamente, no se hallaban muy a menudo en zonas de creyentes. Además, aún en éstas, había pocas personas que admitiesen haber sido sacerdotes.

Junto a él, hablando por los codos, estaba su actual mujer, Mary Rutherford, nacida en 1637, y fallecida como Lady Warwickshire en 1674. Era también inglesa, pero de una época trescientos años posterior a la de él, así que había muchas diferencias en sus actitudes y comportamiento. Burton no esperaba que permaneciesen juntos mucho tiempo.

Kazz estaba tendido sobre cubierta con su cabeza sobre el regazo de Fátima, una mujer turca con la que el hombre de neanderthal se había encontrado hacía cuarenta días, durante una de las paradas para comer. Fátima, tal como Frigate había dicho, parecía tener una «gran afición por el pelo». Aquella era su explicación para la obsesión que sentía la que había sido esposa de un panadero de Ankara en el Siglo XVII por Kazz. A ella le parecía estimulante todo lo de él, pero era su pelo lo que la hacía entrar en éxtasis. Todo el mundo se sentía complacido por ello, pero sobre todo Kazz. No había visto a una sola hembra de su propia especie durante su largo viaje, aunque había oído hablar de algunas. La mayor parte de las mujeres se apartaban de él a causa de su aspecto bestial y peludo. No había encontrado a una compañera permanente hasta hallar a Fátima.

El pequeño Lev Ruach estaba apoyado contra la pared del castillete de proa, donde estaba fabricando una honda con la piel de un pez cornudo. Una bolsa que llevaba al costado contenía unas treinta piedras recogidas durante los últimos veinte días. A su lado, hablando con rapidez y mostrando incesantemente sus largos y blancos dientes, se hallaba Esther Rodríguez. Esta había reemplazado a Tanya, quien había estado importunando a Lev antes de que el Hadji partiese. Tanya era una mujer diminuta y muy atractiva, pero que parecía incapaz de evitar el estar «remodelando» a sus hombres. Lev se enteró de que había «remodelado» a

su padre y a su tío, y a dos hermanos y dos esposos. Trató de hacer lo mismo con Lev, habitualmente en voz muy alta para que los otros hombres de la vecindad pudieran beneficiarse de sus consejos. Un día, justo cuando el Hadji estaba a punto de alzar velas, Lev había saltado a bordo, se había vuelto y había dicho:

- Adiós, Tanya. No puedo soportar más intentos de reforma de la Bocazas del Bronx. Búscate a alguien, a alguien que sea perfecto.

Tanya había tragado saliva, se había puesto pálida, y luego comenzó a chillarle a Lev. Seguía chillándole, a juzgar por su boca muy abierta, mucho después de que el Hadji hubiera salido del alcance de su voz. Los otros rieron y felicitaron a Lev, pero él sólo sonrió amargamente. Dos semanas más tarde, en una zona habitada predominantemente por antiguos libios, se encontró con Esther, una judía sefardí del Siglo XV.

- ¿Por qué no pruebas fortuna con una gentil? -le había dicho Frigate.

Lev había alzado sus estrechos hombros.

- Ya lo he hecho. Pero, más pronto o más tarde, te ves envuelto en una gran pelea, y ellas pierden el control y te llaman perro judío. Lo mismo sucede con mis compañeras hebreas, pero a ellas puedo soportárselo.

- Escucha, amigo -le había dicho el estadounidense-, hay miles de millones de gentiles a lo largo de este río que jamás han oído hablar de un judío. No pueden tener prejuicios. Prueba con una de ellas.

- Prefiero lo malo conocido.

- Quieres decir que no puedes evitarlo -le replicó Frigate.

A veces, Burton se preguntaba por qué Ruach seguía en el barco. Nunca había vuelto a hacer otra referencia a El judío, el gitano y el Islam, aunque a menudo interrogaba a Burton acerca de otros aspectos de su pasado. Era bastante amistoso, pero mantenía una cierta reserva indefinible. Aunque era pequeño, era bueno en una lucha, y se había mostrado muy valioso al enseñarle a Burton judo, karate y jukado. Su tristeza, que colgaba a su alrededor como una tenue niebla, aún cuando estaba riendo, o haciendo el amor, según Tanya, provenía de sus cicatrices mentales, resultantes de las terribles experiencias de los campos de concentración en Alemania y Rusia, según decía él. Tanya, por el contrario, afirmó que Lev había nacido triste: que había heredado todos los genes de tristeza desde el tiempo en que sus antepasados se hallaban cautivos en Babilonia.

Monat era otro caso de tristeza, aunque podía olvidarse de ella completamente en muchas ocasiones. El taucetano no dejaba de buscar a uno de su propia especie, uno de los treinta machos y hembras que habían sido despedazados por la multitud linchadora. Pero no tenía mucha confianza. Treinta de un total estimado de treinta y cinco a treinta y seis mil millones de personas esparcidas a lo largo de un río que podía tener quince millones de kilómetros de largo hacía muy poco probable que se encontrara jamás con ninguno. Pero siempre cabía tener esperanza.

Alice Hargreaves estaba sentada muy a proa, viéndosele últimamente la coronilla, y mirando a la gente de las riberas cada vez que el barco se acercaba lo bastante a éstas como para permitirle reconocer los rostros. Estaba buscando a su esposo, Reginald, y también a sus tres hijos y a su madre, padre, hermanas y hermanos. Buscando cualquier rostro familiar. Aquello implicaba que abandonaría la nave en cuanto esto sucediera. Burton no había comentado el asunto, pero sentía un dolor en su pecho cuando pensaba en ello. Deseaba que se fuera, y al mismo tiempo no podía soportar la sola idea de ello. El que desapareciera de su vista representaría que finalmente se la sacaría de su mente. Era inevitable. Pero no quería que fuera inevitable. Sentía por ella lo que había sentido por su amor persa, y el perderla a ella representaría también la misma tortura interminable.

Sin embargo, nunca le había dicho una sola palabra de lo que sentía. Hablaba con ella, bromeando, mostraba un afecto que le resultaba un tanto incómodo, pues ella no le correspondía, y, al fin, logró que estuviera relajada con él. Es decir, lo estaba si había alguien más a su alrededor. Cuando estaban solos, se envaraba.

Ella jamás había vuelto a usar la goma de los sueños desde aquella primera noche. El la había usado por tercera vez, y luego había acumulado su suministro para intercambiarlo por otros artículos. La última vez que la había mascado, con la esperanza de lograr una noche de amor extasiante con Wilfreda, había vuelto a hundirse en la horrible enfermedad de los «hierrecillos», la enfermedad que casi lo había matado durante su expedición al lago Tanganika. Speke había estado en la pesadilla, y él había matado a Speke. Speke había muerto en un «accidente» de caza que todo el mundo había creído que era un suicidio, aunque no lo hubieran dicho. Speke, atormentado por los remordimientos porque había traicionado a Burton, se había pegado un tiro. Pero en la pesadilla él había estrangulado a Speke cuando éste se había inclinado sobre él para preguntarle cómo estaba. Luego, justo cuando se desvanecía la visión, había besado los labios inertes de Speke.

CAPITULO XIV

Bueno, ya sabía que había sentido un gran afecto por Speke al mismo tiempo que lo odiaba, que lo odiaba justificadamente. Pero el conocimiento de este afecto había sido muy infrecuente y fugaz, y no le había afectado. Durante la pesadilla de la goma de los sueños, se había sentido tan horrorizado al darse cuenta de que bajo su odio se encontraba un afecto, que había empezado a chillar. Se despertó para encontrarse con Wilfreda zarandeándole, preguntándole qué había sucedido. Wilfreda había fumado opio, o lo había tomado mezclado con cerveza, en su vida de la Tierra, pero aquí, tras una sesión con la goma, había temido volverla a mascar. Su horror provenía del volver a ver la muerte por tuberculosis de una hermana menor y, al mismo tiempo, de volver a revivir su primera experiencia como prostituta.

- Es un extraño producto psicodélico -le dijo Ruach a Burton. Le había explicado lo que significaba la palabra, y la discusión acerca del tema se había prolongado durante mucho tiempo-. Parece desenterrar incidentes traumáticos en una mezcla de realidad y simbolismo. Aunque no siempre. A veces es afrodisíaco. A veces, según dicen, le hace dar a uno un hermoso viaje. Pero me atrevería a decir que la goma de los sueños nos ha sido suministrada por razones terapéuticas, si no catárticas. Somos nosotros los que debemos averiguar cómo utilizarla.

- Entonces, ¿por qué no la masticas más a menudo? -había preguntado Frigate.

- Por la misma razón que algunas personas rehusaban la psicoterapia o la abandonaban antes de completarla: porque tengo miedo.

- Ajá. Yo también -aceptó Frigate-. Pero algún día, cuando nos detengamos en algún lugar por mucho tiempo, voy a masticar una barrita cada noche, os lo aseguro. Aunque me muera de miedo. Claro que eso es fácil decirlo.

Peter Jairus Frigate había nacido únicamente veintiocho años después de que Burton muriera, y sin embargo existía un gran abismo entre ellos. Veían demasiadas cosas de forma distinta; y hubieran discutido violentamente si Frigate fuera capaz de discutir violentamente. No acerca de asuntos de disciplina en el grupo o sobre cómo capitanear la nave. Sino en muchas formas de contemplar el mundo. Y sin embargo, Frigate se parecía en muchas cosas a Burton, y quizá fuera por esto por lo que había estado tan fascinado por él en su vida terrena. Frigate había encontrado en 1938 un libro de bolsillo escrito por Fairfax Downey titulado Burton: aventurero de las mil y una noches. La ilustración de la portada mostraba a Burton a la edad de cincuenta años. El salvaje rostro, la alta frente y los prominentes arcos supraorbitales, las gruesas y negras cejas, la recta y agresiva nariz, la gran cicatriz en su mejilla, los gruesos labios «sensuales», el espeso y caído bigote, la gran barba bifurcada, la agresividad y concentración del rostro, le habían hecho comprar el libro.

- Jamás había oído hablar antes de ti -le explicó Frigate-. Pero leí en seguida el libro, y quedé fascinado. Había algo en ti, aparte de la obvia bravuconería de tu vida, tu habilidad con la espada, tu dominio de muchos lenguajes, tus disfraces como doctor nativo, mercader y peregrino a la Meca, el primer europeo que logró salir con vida de la ciudad sagrada de Harar, descubridor del lago Tanganika y casi descubridor de las fuentes del Nilo, fundador de la Sociedad Antropológica Real, inventor del término Percepción Extransensorial, traductor de Las mil y una noches, estudioso de las prácticas sexuales del Oriente, y todo lo demás...

»Pero aparte de todo esto, por muy fascinante que fuera, sentía una especial afinidad hacia ti. Fui a la biblioteca pública, Peoria era una pequeña ciudad pero tenía muchos libros tuyos y acerca de ti, donados por algún admirador tuyo fallecido, y me los leí todos. Luego, comencé a coleccionar primeras ediciones tuyas y sobre ti. Al fin, me convertí en un escritor de novelas, pero planeaba escribir una gran y definitiva biografía tuya, viajar a todas partes donde tú habías estado, tomar fotografías y notas de esos lugares, fundar una sociedad para recolectar fondos con los que preservar tu tumba...

Aquella era la primera vez que Frigate había mencionado su tumba. Burton, sobresaltado, preguntó:

- ¿Dónde? -Y luego había respondido él mismo-: Oh, claro está: Morlake! ¡Me había olvidado! ¿Se construyó realmente la tumba en forma de tienda árabe, tal y como Isabel y yo habíamos planeado?
- Por supuesto. Pero el cementerio fue tragado por una barriada pobre, la tumba fue mutilada por gamberros, y crecieron hierbas por encima de ella, y se hablaba de trasladar los cadáveres a una parte más remota de Inglaterra, aunque por aquel entonces resultaba difícil encontrar algún lugar remoto.
- ¿Llegaste a fundar tu sociedad para preservar mi tumba? -le preguntó Burton.
Se había acostumbrado a la idea de haber estado muerto, pero el hablar con alguien que había visto su tumba hacía que por un momento se le pusiera la piel de gallina.
Frigate inspiró profundamente. Como disculpándose, dijo:
- No. Para cuando estuve en posición de poder hacerlo, me hubiera sentido culpable de haber gastado tiempo y dinero en los muertos. El mundo era un verdadero desastre. Los vivos necesitaban toda la ayuda que se les pudiese dar: polución, pobreza, opresión, etc, etc. Esas eran las cosas importantes.
- ¿Y esa gigantesca y definitiva biografía?
De nuevo, Frigate habló excusándose:
- Cuando leí por primera vez acerca de ti, pensé que era el único verdaderamente interesado en ti o incluso el único que te apreciaba. Pero hubo un brote de interés por ti hacia los años sesenta. Se escribieron bastantes libros acerca de tu persona, e incluso uno acerca de tu esposa.
- ¿Isabel? ¿Alguien escribió un libro sobre ella? ¿Por qué?
Frigate había sonreído.
- Era una mujer bastante interesante. Admito que muy pesada, francamente supersticiosa, esquizofrénica y que se engañaba a sí misma. Muy pocas personas podían perdonarle el que hubiera quemado tus manuscritos y tus diarios...
- ¿Cómo? -había rugido Burton-. ¿Quemado...?
Frigate había asentido con la cabeza y dicho:
- Lo que tu doctor, Grenfelí Baker, describió como «El implacable holocausto que siguió a su lamentada muerte». Quemó tu traducción de El jardín perfumado, afirmando que no hubieras querido que se publicase a menos que hubieras necesitado el dinero, y que ahora ya no lo necesitabas porque estabas muerto.
Aquella fue una de las pocas veces en su vida en que Burton se quedó sin habla.
Frigate miró con el rabillo del ojo a Burton y sonrió. Parecía estar disfrutando con el desconcierto de aquél.
- El quemar El jardín perfumado fue malo, pero no tanto como el quemar ambos grupos de tus diarios, los privados, en los que, según se dice, habías dejado sueltos tus más íntimos pensamientos y más ardientes iras, e incluso los públicos, en los que narrabas los acontecimientos de cada día... ¡Bueno, yo nunca se lo perdoné! Ni tampoco muchas personas. Eso fue una gran pérdida; sólo uno de tus diarios, uno pequeñito, escapó a este destino, y ese resultó quemado durante el bombardeo de Londres, en la segunda guerra mundial.
Hizo una pausa, y luego preguntó:
- ¿Es cierto que te convertiste en tu lecho de muerte, como afirmó tu esposa?
- Quizá si -le contestó Burton-. Isabel llevaba muchos años tratando de lograr mi conversión, aunque jamás se había atrevido a urgirme en forma directa. Pero al fin, cuando estaba tan enfermo, quizá le dijese que lo haría con el fin de hacerla feliz. Estaba tan dolorida, tan ansiosa, tan temerosa de que mi alma ardería en el infierno...
- Entonces, ¿la amabas? -le preguntó Frigate.
- Hubiera hecho lo mismo por un perro -replicó Burton.
- Para alguien que puede ser tan molestamente franco y directo, a veces te muestras muy ambiguo.

Esta conversación había tenido lugar unos dos meses después del Primer Día, A.R.l. El resultado había sido parecido al que hubiera sentido el doctor Johnson de encontrarse con otro Boswell.

Este había sido el segundo estadio de su curiosa relación. Sintió a Frigate más cercano; pero al mismo tiempo resultó una molestia mayor. El estadounidense se había mostrado siempre muy comedido en sus comentarios sobre las aptitudes de Burton, indudablemente porque no deseaba irritarlo. Frigate llevaba a cabo unos esfuerzos muy conscientes para no antagonizar con nadie. Pero también hacía muchos esfuerzos inconscientes por irritar a todo el mundo. Sus hostilidades surgían en muchas acciones y palabras sutiles, o no tan sutiles. A Burton no le gustaba esto. El era directo, y no temía a la ira. Quizá, como señaló Frigate, se mostraba demasiado ansioso por llegar a confrontaciones violentas.

Una tarde, mientras estaban sentados alrededor de una fogata, Frigate había hablado de Karachi. Este poblado, que luego se había convertido en la capital de Pakistán, una nación creada en 1947, tenía únicamente dos mil habitantes en el tiempo de Burton. Hacia 1970, su población era aproximadamente de dos millones. Esto llevó a Frigate a preguntar, de una manera bastante indirecta, sobre el informe que Burton había enviado a su general, Sir Robert Napier, sobre las casas de prostitución masculina en Karachi. Se suponía que el informe se hallaba guardado en los archivos secretos del Ejército del Este de la India, aunque fue hallado por uno de los muchos enemigos de Burton. A pesar de que aquel informe jamás fue mencionado públicamente, había sido usado en su contra a lo largo de toda su vida. Burton se había disfrazado como un nativo, con el fin de entrar en las casas y hacer observaciones que a ningún europeo se le hubiera permitido hacer. Se había mostrado orgulloso de haber evitado el ser descubierto, y había aceptado aquel trabajo tan poco agradable porque era el único que podía hacerlo y porque su amado líder, Napier, se lo había pedido.

Burton había replicado de una forma bastante hosca a las preguntas de Frigate. Alice lo había irritado antes durante aquel día (últimamente parecía ser capaz de hacerlo con mucha facilidad), y él estaba pensando en una forma en que devolverle la pelota. Así que aprovechó la oportunidad que le daba Frigate. Se lanzó a una narración desinhibida sobre lo que tenía lugar en las casas de Karachi. Al fin, Ruacli se había alzado y marchado. Frigate tenía una expresión enfermiza, pero permaneció allí. Wilfreda se rió hasta rodar por el suelo. Kazz y Monat mantuvieron expresiones imperturbables. Gwenafra estaba durmiendo en el barco, así que Burton no tuvo que tenerla en cuenta. Loghu parecía estar fascinada, pero también algo repelida.

Alice, su principal objetivo, se puso pálida, y más tarde roja. Por fin, se había alzado y dicho:

- Realmente, señor Burton, había pensado que eras muy rastrero. Pero el fanfarronear acerca de eso.. - de eso... de eso... eres totalmente repugnante, degenerado y digno de lástima. No es que me crea una sola palabra de lo que has estado contando. No puedo creer que nadie se comportase como tú afirmas que hiciste y luego fuera fanfarroneando de ello. Estás manteniendo tu reputación como un hombre al que le gusta escandalizar a otros sin importarle el daño que esto cause a su propia reputación.

Había desaparecido entre las tinieblas.

- Algún día, quizá, me dirás cuánto de todo esto es cierto -le había dicho Frigate-. Antes yo pensaba como ella, pero a medida que me fui haciendo viejo fue apareciendo nueva información acerca de ti, y un biógrafo hizo un psicoanálisis tuyo basándose en tus propios escritos y en diversas fuentes documentales.

- ¿Y cuáles fueron las conclusiones? -preguntó Burton.

- Te las diré más tarde, Dick -le respondió Frigate-. Dick el rufián -añadió, y también se fue.

Ahora, junto al timón, contemplando cómo el sol caía sobre el grupo, escuchando el siseo del agua cortada por las dos agudas proas y los chasquidos del velamen, se preguntó lo que habría al otro lado del canal del cañón. Con toda seguridad no sería el fin del Río. Este, probablemente, continuaría por siempre. Pero quizá se aproximase el fin del grupo. Llevaban demasiado tiempo juntos en un espacio reducido. Habían pasado demasiados días en una estrecha cubierta, sin mucho más que hacer, salvo hablar y ayudar a gobernar la nave. Estaban

rozando unos con otros hasta despellejarse, y llevaban ya mucho tiempo haciéndolo. Incluso Wilfreda se había mostrado demasiado hosca y fría últimamente. Y no es que él se hubiera mostrado demasiado estimulante. Francamente, estaba harto de ella. No la odiaba, ni le deseaba daño alguno. Simplemente, estaba cansado de ella, y el hecho de que pudiera tenerla a ella y no a Alice Hargreaves le hacía sentirse aún más cansado.

Lev Ruach se mantenía apartado de él, y le hablaba lo menos posible, y Lev estaba discutiendo más que nunca con Esther acerca de los hábitos de su dieta habitual, de sus sueños despierto y de que jamás hablaba con ella.

Frigate estaba enfadado con él por algo, pero el cobarde nunca se atrevía a plantar cara y decir algo hasta que se le acorralaba contra un rincón y se le atormentaba llevándole a una ira ciega.

Loghu estaba airada y despreciativa con Frigate debido a que se mostraba tan hosco con ella como con los otros. Y Loghu estaba también irritada con él, Burton, porque la había rechazado cuando estaban solos recogiendo bambú en las colinas, hacía algunas semanas. Le había dicho que no, añadiendo que no tenía ningún escrúpulo moral que le impidiese el hacer el amor con ella, pero que no traicionaría a Frigate ni a ningún otro miembro de su tripulación. Loghu le explicó que no era que no quisiese a Frigate; era simplemente que necesitaba un cambio de vez en cuando, tal como Frigate.

Alice había dicho que estaba a punto de dejar de tener cualquier esperanza de encontrarse nunca con alguien que hubiese conocido. Debían de haber pasado al menos junto a unos cuarenta y cuatro millones de personas, y no había visto a nadie que hubiera conocido en la Tierra. Había visto algunas personas a las que equivocadamente había tomado por viejos conocidos, y debía admitir que solo había visto de cerca o incluso de lejos a un pequeño porcentaje de esos cuarenta y cuatro millones. Pero eso no importaba; estaba cayendo en una depresión abismal, y se sentía harta de estar sentada en aquella atestada cubierta todo el día, teniendo como único ejercicio el manejar el timón o maniobrar las velas, o abrir y cerrar sus labios en una conversación que la mayor parte de los casos era vacía.

Burton no deseaba admitirlo, pero temía que ella los dejase. Podía descender en la siguiente parada, bajar a la orilla con su cilindro y unas pocas pertenencias, y decir adiós. Les veré dentro de un centenar de años o así. Quizá. El principal motivo que la había estado reteniendo en el barco hasta ahora había sido Gwenafra. Estaba criando a la pequeña británica antigua como una damisela victoriana, con la adición de las costumbres postresurreccionales. Era una mezcla bien curiosa, pero no más que cualquier otra cosa a lo largo del Río.

El mismo Burton estaba cansado del eterno viajar en el pequeño navío. Deseaba hallar algún área hospitalaria para afincarse allí y descansar, luego estudiar, dedicarse a las actividades locales, volver a recuperar sus hábitos de hombre de tierra, y dejar que fuese creciendo de nuevo su ímpetu exploratorio. Pero deseaba hacer esto con Alice como compañera.

- La fortuna de un hombre que se sienta también permanece sentada -murmuró. Tendría que emprender alguna acción con respecto a Alice; se había mostrado durante demasiado tiempo como un perfecto caballero. Dejaría de cortejarla; la avasallaría con un asalto en toda regla. De joven, había sido un amante agresivo, y luego se había acostumbrado a dejarse amar, y no amar, tras casarse. Y sus viejos comportamientos habituales, sus antiguos circuitos neurales, seguían con él. Era un viejo en un cuerpo joven.

El Hadji entró en el oscuro y turbulento canal. Las paredes de roca negroazulada se alzaban a ambos costados, y la nave entró en un meandro y desapareció de la vista el amplio lago que dejaban atrás. En aquel momento todo el mundo estaba ocupado, saltando a manejar las velas, cuando Burton llevaba al Hadji de un lado a otro en la corriente, de medio kilómetro de ancho, y en contra de la misma, lo que hacía levantarse altas olas. La nave se alzaba y caía bruscamente, y se balanceaba mucho cuando cambiaban repentinamente de curso. A menudo se acercaba a muy corta distancia de las paredes del cañón, donde las olas golpeaban con fuerza las rocas. Pero Burton llevaba tanto tiempo navegando con aquel barco que se había convertido en parte del mismo, y su tripulación había trabajado tanto tiempo con él que podían anticipar sus órdenes, aunque jamás se adelantasen a ellas.

El paso les llevó unos treinta minutos. Causó ansiedad a algunos, no cabía duda de que Frigate y Ruach estaban preocupados, pero también les exaltó a todos. El aburrimiento y la melancolía habían desaparecido, al menos temporalmente.
El Hadji surgió al sol en otro lago. Este tenía unos siete kilómetros de ancho y se extendía hacia el norte a tanta distancia como podía abarcar la vista. Bruscamente, las montañas se apartaban, y volvían a adquirir su habitual anchura de un kilómetro y medio.
Se veían unos cincuenta navíos, que iban desde piraguas hechas con un tronco de pino hasta barcas de bambú con dos mástiles. La mayor parte de ellas parecían estar dedicándose a la pesca. A la izquierda, a menos de dos kilómetros, se hallaba la sempiterna piedra de cilindros, y a lo largo de la costa se veían figuras oscuras. Tras ellas, en la llanura y en las colinas, se divisaban cabañas de bambú del estilo habitual al que Frigate llamaba neopolinesio o, a veces, arquitectura fluvial post mortuoria.
A la derecha, a un kilómetro de la salida del cañón, había un gran fuerte de troncos. Ante él se veían diez grandes embarcaderos de madera con una gran variedad de botes grandes y pequeños. Pocos minutos después de que apareciese el Hadji, comenzaron a sonar tambores. Podían ser troncos vacíos o tambores hechos con piel de pez o humana curtida. Frente al fuerte ya se veía una buena multitud, pero un número aún mayor de personas hormigueó saliendo de él y de una serie de cabañas situadas detrás del mismo. Se amontonaron en los botes, y éstos largaron amarras.
En la orilla izquierda, las figuras oscuras estaban lanzando al río canoas, botes y lanchas de un solo mástil.
Parecía como si ambas costas estuviesen enviando embarcaciones en una competición para ver quién capturaba antes al Hadjí.
Burton llevó el navío de un lado a otro, tal como era necesario, atravesando por en medio de los otros botes en diversas ocasiones. Los hombres de la derecha estaban más cercanos; eran blancos e iban bien armados, pero no hicieron ningún esfuerzo por usar sus arcos. Un hombre de pie en la proa de una canoa de guerra de treinta remeros les gritó en alemán que se rindieran.
- ¡No se les hará daño!
- ¡Venimos en son de paz! -le aulló en respuesta Frigate.
- Eso ya lo sabe -le indicó Burton-. Es evidente que, siendo tan pocos, no vamos a atacarles.
Ahora, a ambos lados del Río sonaban tambores. Parecía como si las orillas del lago estuviesen repletas de tambores. Y desde luego las costas estaban llenas de hombres, todos ellos armados. Otras embarcaciones estaban siendo botadas para interceptarlos. Tras ellos, los botes que habían salido primero les perseguían, pero perdiendo distancia.
Burton dudó. ¿Debía volver hacia atrás con el Hadji, atravesando el canal y regresando de noche? Seria una maniobra peligrosa, pues las altas paredes del estrecho, de seis mil metros de altura, cortarían la luz de las estrellas y las nubes luminosas. Irían casi a ciegas.
Y su barco parecía ser más rápido que cualquiera de los del enemigo, al menos hasta el momento. A lo lejos, en la distancia, unas altas velas se acercaban rápidamente hacia ellos. No obstante, seguían teniendo a su favor el viento y la corriente, y, si los evitaba, ¿podrían ganarle cuando también tuvieran que dar viradas?
Todos los navíos que había visto hasta el momento estaban cargados de hombres, lo cual los retardaba. Incluso el buque que tuviera la misma navegabilidad que el Hadji no podría competir con él si estaba atestado de guerreros.
Decidió seguir navegando Río arriba.
Diez minutos más tarde, otra gran canoa de guerra se atravesó en su camino. Esta tenía dieciséis remeros por banda, y llevaba una pequeña cubierta a proa y otra a popa. En cada una de ellas había dos hombres tras una catapulta montada sobre un pedestal de madera. Los dos de proa colocaron un objeto que humeaba en la cazoleta de la catapulta. Uno tiró de la palanca, y el brazo de la máquina golpeó contra el travesaño. La canoa se estremeció y hubo una leve pausa en el profundo y rítmico gruñir de los remeros. El objeto humeante voló en un alto arco hasta que estuvo a unos seis metros por delante del Hadji y a unos tres por encima

del agua. Estalló con gran ruido y mucho humo negro, que rápidamente fue disipado por la brisa.
Algunas de las mujeres chillaron, y un hombre gritó. Burton pensó que había azufre en aquella zona. De otro modo, no habrían sido capaces de fabricar pólvora.
Llamó a Loghu y a Esther Rodríguez para que se ocupasen del timón. Ambas estaban pálidas, pero parecían bastante calmadas, aunque ninguna de ellas tuviera experiencia con explosivos.
Gwenafra había sido metida en el castillete. Alice tenía un arco de tejo en la mano, y un carcaj de flechas a la espalda. Su piel pálida contrastaba fuertemente con el rojo lápiz de labios y el maquillaje verde de sus párpados. Pero había participado en al menos diez batallas sobre el agua, y sus nervios eran tan firmes como las rocas blancas de Dover. Además, era el mejor arquero de la tripulación. Burton era un excelente tirador con un arma de fuego, pero le faltaba práctica con el arco. Kazz podía tender el arco de cuernos de dragón de río aún más que Burton, pero su puntería era abominable, Frigate afirmaba que jamás sería muy buena: como casi todos los preliteratos, adolecía de falta de desarrollo del sentido de la perspectiva.
Los servidores de la catapulta no colocaron otra bomba en la máquina. Evidentemente, la bomba había sido una advertencia para que se detuviese. Burton no pensaba hacerlo. Sus perseguidores podían haberlos atravesado a flechazos en más de una ocasión. El que se hubieran contenido indicaba que deseaban atrapar con vida a la tripulación del Hadji.
La canoa, con el agua espumando en su proa, con los remos brillando al sol, y los remeros gruñendo al unísono, pasó junto a la popa del Hadji. Los dos hombres de proa saltaron hacia ellos, y la canoa se balanceó. Uno de ellos cayó chapoteando al agua, con sus dedos resbalando por el borde de la cubierta. El otro cayó sobre sus rodillas sobre la misma. Llevaba un cuchillo de bambú apretado entre los dientes; su cinturón tenía dos fundas, una con una pequeña hacha de piedra y la otra con un estilete de pez cornudo. Por un segundo, mientras trataba de aferrarse a las mojadas maderas y ponerse en pie, miró hacia arriba, a los ojos de Burton. Su cabello era muy amarillo, sus ojos azul pálido, y su rostro de una hermosura clásica. Probablemente su intención era herir a uno o dos de los tripulantes y luego echarse de nuevo al agua, probablemente con una mujer en sus brazos. Mientras mantenía ocupada a la tripulación del Hadji, sus compañeros llegarían hasta la embarcación, y subirían a bordo, y aquello sería el fin.
No tenía muchas posibilidades de llevar a cabo su plan, probablemente lo sabía, y no le importaba. La mayor parte de los hombres aún temían a la muerte, porque aquel miedo estaba en las células de sus cuerpos, y reaccionaban instintivamente. Unos pocos habían superado aquella sensación, y otros jamás la habían sentido.
Burton dio un paso y golpeó al hombre en la cabeza con su hacha. Este abrió la boca, soltó su cuchillo de bambú, y se desplomó boca abajo sobre cubierta. Burton tomó el cuchillo, le quitó el cinturón al hombre, y lo echó al agua con el pie. Al ver eso, los otros de la canoa de guerra, que estaba girando sobre sí misma, lanzaron un rugido. Burton vio que la costa se estaba acercando muy deprisa, y dio órdenes de guiñar. El navío giró, y la vela cambió de posición. Luego, estuvieron yendo hacia la otra orilla del Río, con una docena de embarcaciones acercándoseles. Tres eran canoas hechas con un tronco, que llevaban a cuatro hombres; cuatro eran grandes canoas de guerra, y cinco eran goletas de dos palos. Estas últimas llevaban un cierto número de catapultas y muchos hombres en sus cubiertas.
A media distancia en el río, Burton ordenó que el Hadji virase de nuevo. La maniobra permitió que los veleros se acercasen mucho, pero ya había calculado eso. Ahora, navegando de nuevo a todo ceñir, el Hadji cortó el agua entre las dos goletas. Estaban tan cercanas que podían ver claramente los rostros de todos los que se hallaban a bordo de las mismas. Principalmente eran caucásicos, aunque iban desde las teces muy oscuras hasta la palidez nórdica. El capitán de la embarcación de babor gritó en alemán a Burton pidiéndole que se rindiese.
- ¡No les haremos daño si se rinden, pero les torturaremos si continúan luchando!
Hablaba alemán con un acento que sonaba a húngaro.

Como réplica, Burton y Alice dispararon flechas. La de Alice no acertó al capitán, pero le dio al timonel, que se desplomó hacia atrás, cayendo sobre la borda. Inmediatamente, el navío viró. El capitán saltó a la rueda, y la segunda flecha de Burton le atravesó la parte posterior de la rodilla.

Ambas goletas chocaron de costado con un gran estrépito y se separaron con grandes desgarrones en sus maderas, mientras los tripulantes gritaban, caían sobre cubierta o al río. Aunque las embarcaciones no se hundieran, quedarían fuera de combate.

Pero justo antes de que chocasen, sus arqueros habían clavado una docena de flechas encendidas en las velas de bambú del Hadji. Estas llevaban hierba seca que había sido empapada en trementina hecha de resma de pino y, avivadas por el viento, extendieron rápidamente sus llamas.

Burton volvió a tomar el timón de manos de las mujeres y gritó órdenes. La tripulación hundió potes de cerámica y sus cilindros en el Río, y luego lanzaron el agua a las llamas. Loghu, que podía trepar como un mono, subió al mástil con una cuerda arrollada a su brazo. Dejó caer un extremo y comenzó a subir recipientes con agua.

Esto permitió a las otras goletas y a varias canoas acercarse. Una estaba en un curso que la pondría directamente en el camino del Hadji. Burton hizo girar de nuevo el navío, pero éste evolucionaba torpemente debido al peso de Loghu en el mástil. Viró, la botavara hizo un loco arco cuando los hombres no lograron controlar sus cuerdas, y nuevas flechas se clavaron en la vela, extendiendo aún más el fuego. Varias de ellas golpearon la cubierta. Por un momento, Burton pensó que el enemigo había cambiado de idea y estaba tratando de matarles, pero simplemente era que las flechas habían sido mal dirigidas.

De nuevo, el Hadji pasó por entre dos goletas. Los tripulantes y capitanes de ambas estaban sonriendo. Quizá llevaban mucho tiempo aburridos, y ahora disfrutaban de la persecución. Aún así, los tripulantes se acurrucaron tras los costados, dejando que los oficiales, timoneles y arqueros recibieran los disparos del Hadji. Se oyó una serie de chasquidos, y unas flechas negras con cabezas rojas y colas azules atravesaron las velas en dos docenas de lugares, un cierto número se clavaron en el mástil, en la botavara, una docena siseó cayendo al agua, y una le pasó a Burton a pocos centímetros de la cara.

Alice, Ruach, Kazz, de Greystock, Wilfreda y él habían disparado, mientras Esther se cuidaba del timón. Loghu estaba quieta a media distancia mástil arriba, esperando que pasase la lluvia de flechas. Las cinco lanzadas por ellos hallaron tres blancos de carne: un capitán, un timonel, y un marino que sacó la cabeza en un mal momento para él.

Esther gritó, y Burton se volvió. La canoa de guerra había salido de detrás de la goleta, y se hallaba a pocos metros frente a la proa del Hadji. No había forma de evitar una colisión. Los dos hombres de la plataforma se estaban echando por la borda, y los remeros se ponían en pie, o lo intentaban, para poder saltar al agua. Luego, el Hadji chocó contra su lado de babor cerca de la proa, partiéndola en dos, dándole la vuelta y tirando a su tripulación al río. La del Hadji fue lanzada hacia adelante, y de Greystock cayó al agua. Burton se deslizó sobre su rostro, pecho y rodillas, desollándose la piel.

Esther había sido arrancada del timón, y rodó sobre la cubierta hasta que se golpeó contra el borde de una escotilla. Se quedó allí, inerte.

Burton miró hacia arriba. La vela estaba ardiendo sin que hubiera esperanzas de salvarla. Loghu había desaparecido, así que debía de haber sido lanzada al agua en el momento del impacto. Entonces, alzándose, la vio a ella y a de Greystock nadando de regreso al Hadji. El agua, a su alrededor, hervía con el chapoteo de los que habían perdido su canoa, muchos de los cuales, a juzgar por sus gritos, no sabían nadar.

Burton gritó a su tripulación que ayudasen a aquel para subir a bordo mientras inspeccionaba los daños. Ambas proas de los muy delgados cascos gemelos habían sido abiertas por el choque. Estaba entrando agua por ellas.

Y el humo de la vela y el mástil en llamas giraba a su alrededor, haciendo que Alice y Gwenafra tosiesen.

Otra canoa de guerra se aproximaba rápidamente desde el norte. Las dos goletas estaban ya junto a ellos.
Podían luchar y verter alguna sangre de sus enemigos, que estarían conteniéndose para no matarlos. O podían echarse a nadar. De cualquier forma, serían capturados.
Loghu y de Greystock fueron izados a bordo. Frigate informó que no podía reanimarse a Esther. Ruach le tomó el pulso, le abrió los ojos, y luego caminó hasta Burton.
- No está muerta, pero está totalmente sin sentido.
- Las mujeres sabéis lo que os sucederá -dijo Burton-. Naturalmente, vosotras tenéis la decisión, pero yo sugiero que nadéis hacia el fondo tan profundamente como podías, y entonces abráis la boca tragando toda el agua que os sea posible. Os despertaréis mañana, como nuevas.
Gwenafra había surgido del castillete. Se agarraba la cintura con los brazos y levantaba la vista, con los ojos secos pero aterrorizados. La protegió con uno de sus brazos, y luego dijo:
- Alice, llévatela contigo.
- ¿Adónde? -preguntó Alice. Miró a la canoa, y de nuevo a él. Tosió una vez más cuando el humo la envolvió, y luego se dirigió adelante, contra el viento.
- Cuando vayas abajo -hizo un gesto hacia el río.
- No puedo hacer eso -contestó ella.
- No querrás que esos hombres la capturen. Es solo una niñita, pero eso no los va a detener.
Parecía como si el rostro de Alice se fuera a hacer pedazos e inundarse con lágrimas. Pero no lloró.
- Muy bien -dijo-. Ahora ya no es pecado suicidarse. Espero...
- Sí -contestó él. No dijo más. No había tiempo para mas. La canoa estaba a doce metros de distancia.
- El siguiente lugar puede ser tan malo o peor que éste -dijo Alice-. Y quizá Gwenafra se despierte sola. Ya sabes que las posibilidades de que resucitemos en el mismo lugar son muy escasas.
- Eso es algo que no tiene remedio -dijo él.
Ella apretó los labios, luego los abrió y dijo:
- Lucharé hasta el último momento. Luego...
- Quizá sea demasiado tarde -indicó él. Tomó su arco, y sacó una flecha de su carcaj. De Greystock había perdido su arco, así que tomó el de Kazz. El neanderthal colocó una piedra en una honda y comenzó a hacerla girar. Lev tomó la suya y eligió una piedra de su bolsillo. Monat usó el arco de Esther, pues también había perdido el suyo.
El capitán de la canoa les gritó en alemán:
- ¡Depongan las armas! ¡No se les hará daño!
Cayó de su plataforma sobre un remero un segundo más tarde, cuando la flecha de Alice le atravesó el pecho. Otra flecha, probablemente de Greystock, hizo caer al segundo hombre de la plataforma al agua. Una piedra golpeó a un remero en el hombro, y se desplomó con un grito. Otra le dio un golpe de refilón a la cabeza de otro remero, que perdió su remo.
La canoa siguió acercándose. Los dos hombres de la plataforma trasera urgían a la tripulación a continuar hacia el Hadji. Luego, cayeron alcanzados por flechas.
Burton miró tras él. Las dos goletas estaban ahora dejando caer sus velas. Evidentemente se deslizarían junto al Hadji, donde sus marineros podrían lanzar los garfios de abordaje. Pero, si se acercaban mucho, las llamas podrían extenderse hasta ellas.
La canoa chocó contra el Hadji con catorce de los miembros originales de la tripulación muertos o demasiado heridos para luchar. Justo antes de que la proa de la canoa entrara en colisión, los supervivientes dejaron caer sus remos y alzaron pequeños escudos redondos de cuero. Aún así, dos flechas atravesaron dos escudos y se clavaron en los brazos de los hombres que los sostenían. Esto aún dejaba a veinte hombres contra seis hombres, cinco mujeres y una niña.
Pero uno de estos era un hombre peludo de metro y medio de alto con una fuerza tremenda y una gran hacha de piedra. Kazz saltó por el aire justo antes de que la canoa se clavase contra

el casco de estribor, y cayó en ella un segundo después de que se hubiese detenido. Su hacha aplastó dos cráneos, y luego desfondó la canoa. El agua comenzó a entrar en ella y de Greystock, gritando algo en su inglés medieval de Cumberland, saltó junto a Kazz. Tenía un estilete en una mano, y una gran porra de cedro con puntas de sílex en la otra.

Los demás del Hadji continuaron disparando sus flechas. De pronto, Kazz y de Greystock subieron de nuevo al catamarán, y la canoa se hundió con sus muertos, moribundos y aterrorizados supervivientes. Cierto número de ellos se ahogaron. Los otros, o bien nadaron alejándose, o trataron de subir a bordo del Hadji. Estos volvieron a caer al agua con sus dedos cortados o aplastados.

Algo golpeó la cubierta junto a Burton, y luego otra cosa se le enredó. Se volvió y dio un tajo a la cuerda de piel que se le había agarrado al cuello. Saltó a un costado para evitar otra, y dio un salvaje tirón a una tercera, arrastrando al hombre del otro extremo sobre la borda. El hombre, aullando, cayó y golpeó la cubierta del Hadji con su hombro. Burton le hundió el rostro con el hacha.

Por aquel entonces, saltaban sobre ellos hombres desde las cubiertas de ambas goletas, y por todas partes caían cuerdas. El humo y las llamas se unían a la confusión, aunque quizá ayudasen más a los tripulantes del Hadji que a los que lo abordaban.

Burton gritó a Alice que tomara a Gwenafra y saltasen al Río. No pudo hallarla, y después tuvo que parar el golpe de un enorme negro que llevaba una lanza. El hombre parecía haber olvidado cualquier orden que tuviera de capturarlo con vida. Parecía querer matarlo. Burton apartó de un golpe la corta lanza y giró, golpeando el cuello del negro. Continuó su giro, notó un agudo dolor en sus costillas y otro en el hombro, pero derribó a dos hombres más, y luego cayó al agua. Se hundió entre la goleta y el Hadji. Descendió profundamente, soltó el hacha, y se sacó el estilete de la funda. Cuando emergió de nuevo, vio que un hombre alto, de mejillas prominentes y pelirrojo, estaba alzando a la ululante Gwenafra por encima de él con ambas manos. Luego la lanzó muy lejos, al agua.

Burton se zambulló de nuevo y, al salir, vio el rostro de Gwenafra a poca distancia del suyo. Estaba gris, y sus ojos apagados. Luego vio como la sangre oscurecía el agua alrededor de ella. Desapareció antes de que pudiese llegar a su lado. Buceó para buscarla, la asió, y la llevó de nuevo a la superficie. Tenía clavada en la espalda una punta de pez cornudo.

Soltó su cuerpo. No sabía por qué el hombre la había matado, cuando podría haberla aprisionado con facilidad. Quizá Alice la había acuchillado, y el hombre había pensado que ya no servía para nada, así que la había lanzado por la borda, a los peces.

Un cuerpo emergió del humo, seguido de otro. Un hombre estaba muerto con el cuello roto, el otro vivo. Burton rodeó con su brazo el cuello del hombre y le clavó el estilete en la juntura entre la mandíbula y la oreja. El hombre dejó de luchar y se hundió en las profundidades.

Frigate saltó fuera del humo, con su rostro y hombros ensangrentados, golpeó el agua en un ángulo, y se hundió profundamente. Burton nadó hacia él para ayudarlo. No tenía utilidad el regresar a la embarcación. Estaba repleta de cuerpos en lucha, y las otras canoas y botes se aproximaban.

La cabeza de Frigate se alzó sobre el agua. Su piel estaba blanca allá donde la sangre no la cubría. Burton nadó hacia él y le preguntó:

- ¿Escaparon las mujeres?

Frigate agitó la cabeza y luego dijo:

- ¡Cuidado!

Burton se inclinó para zambullirse. Algo le golpeó en las piernas. Siguió bajando, pero no pudo llevar a cabo su intención de ahogarse. Lucharía hasta que tuvieran que matarlo.

Al subir, vio que el agua estaba repleta de hombres que habían saltado tras él y Frigate. El estadounidense, semiinconsciente, estaba siendo remolcado a una canoa. Tres hombres se acercaron a Burton; golpeó a dos, pero entonces un hombre de un bote se inclinó con un palo y le golpeó en la cabeza.

CAPITULO XV

Fueron llevados a tierra cerca de un gran edificio tras una tapia de troncos de pino. A Burton le palpitaba la cabeza de dolor a cada paso. Le dolían las heridas en su hombro y costillas, pero ya habían dejado de sangrar. La fortaleza estaba construida con troncos de pino, tenía un segundo piso que sobresalía, y muchos centinelas. Los cautivos fueron llevados a través de una puerta que podía ser cerrada con una enorme empalizada de troncos. Caminaron por unos veinte metros de patio cubierto de hierba y a través de otra gran puerta, hasta una sala de unos quince metros de largo y nueve de ancho. Exceptuando a Frigate, que estaba muy débil, se quedaron en pie frente a una gran mesa redonda de cedro. Parpadearon en el oscuro y frío interior antes de poder ver con claridad a los dos hombres sentados tras la mesa.

Por todas partes había hombres con lanzas, mazas y hachas de piedra. En un extremo de la sala, una escalera de madera llevaba a una pasarela con altas barandillas. Desde ella les miraban mujeres.

Uno de los hombres de la mesa era bajo y musculoso. Tenía un cuerpo peludo, cabello negro y rizado, la nariz de un halcón, y los ojos marrones tan feroces como los de dicha ave. El segundo hombre era más alto, tenía el cabello rubio, ojos cuyo color exacto era difícil de ver en la luz de la penumbra, pero que probablemente eran azules, y un ancho rostro teutón. Su panza y el inicio de una papada hablaban del alimento y licor que había tomado de los cilindros de los esclavos.

Frigate se había sentado sobre la hierba, pero fue puesto en pie de un tirón cuando el rubio hizo una señal. Frigate miró al rubio y comentó:

- Se parece usted a Hermann Goering cuando era joven. Luego cayó de rodillas, aullando de dolor por el impacto del mango de una lanza en los riñones.

El rubio habló en un inglés con mucho acento alemán:

- Basta de eso a menos que lo ordene. Dejadles hablar.

Los contempló durante varios minutos, y luego dijo:

- Sí, soy Hermann Goering.

- ¿Y quién es Goering? -dijo Burton.

- Tu amigo te lo puede explicar luego -dijo el alemán-. Si es que hay un luego para vosotros. No estoy irritado por la espléndida lucha que habéis llevado a cabo. Admiro a los hombres que pueden luchar bien. Siempre puedo usar más lanzas, especialmente dado que habéis matado a tantos de mis hombres. Os ofrezco una oportunidad. Es decir, a los hombres: uníos a mí y viviréis bien, con todo el alimento, licor, tabaco y mujeres que podáis desear. O trabajad para mí, como esclavos.

- Para nosotros -dijo el otro hombre en inglés-. Te olvidas, Hermann, que tengo tanto que decir en esto como tú.

Goering sonrió, cloqueó y dijo:

- Naturalmente. Hablaba por los dos. Bueno, por nosotros. Si juráis servirnos, y sería lo mejor para vosotros, deberéis sernos leales a mí, Hermann Goering, y al otrora rey de la antigua Roma, Tulio Hostilio.

Burton miró fijamente a aquel hombre. ¿Podía ser en realidad el legendario rey de la antigua Roma? ¿De Roma cuando era un pequeño poblado amenazado por las otras tribus itálicas, los sabinos, los aecios y los volsios? ¿aquellos que a su vez estaban siendo acosados por los umbrios, quienes por su parte eran hostigados por los poderosos etruscos? ¿Era realmente aquel Tulio Hostilio, el belicoso sucesor del pacífico Numa Pompilio? No había nada que lo distinguiese de un millar de personas a las que Burton había visto en las calles de Siena. Sin embargo, si era quien decía ser, podía convertirse en un verdadero tesoro, histórica y lingüísticamente hablando. Dado que posiblemente fuera etrusco, conocería este lenguaje, además del latín preclásico y el sabino, y quizá el griego de la Campania. Incluso tal vez hubiera conocido a Rómulo, el supuesto fundador de Roma. ¡La de historias que podría contar aquel hombre!

- ¿Y bien? -preguntó Goering.

- ¿Qué es lo que tenemos que hacer si nos unimos a vosotros? -preguntó Burton.
- En primer lugar, quier... queremos estar seguros de que sois hombres del temple que deseamos. En otras palabras, hombres que obedezcan inmediatamente y sin dudarlo cualquier cosa que les ordenemos. Tendréis que pasar por una pequeña prueba.
Dio una orden, y un minuto más tarde fue traído un grupo de hombres. Todos ellos estaban muy delgados, y todos con mutilaciones.
- Les ocurrió mientras picaban piedra y construían nuestras murallas -dijo Goering-, excepto un par que fueron atrapados mientras intentaban escapar. Tendrán que sufrir el castigo. Los demás morirán porque ahora no nos sirven de nada. Así que no debéis dudar en matarlos para demostrar vuestra determinación en servirnos.
Luego añadió:
- Además, todos son judíos. ¿Por qué preocuparse por ellos?
Campbell, el pelirrojo que había echado a Gwenafra al Río, tendió hacia Burton una gran clava cubierta de hojas de calcedonia. Los guardias tomaron a un esclavo y lo obligaron a arrodillarse. Era un rubio enorme con ojos azules y perfil griego; lanzó una mirada de odio a Goering, y luego le escupió.
Goering se echó a reír.
- Tiene toda la arrogancia de su raza. Podría reducirlo a una masa informe que suplicase su muerte, si lo desease.
Pero realmente no me gustan las torturas. Mi compatriota le haría probar el fuego pero yo soy, básicamente, humanitario.
- Mataré en defensa de mi vida, y en defensa de aquelíos que necesiten protección -dijo Burton-. Pero no soy un asesino.
- El matar a este judío sería un acto de defensa de tu vida -le replicó Goering-. Si no lo haces, de todas maneras morirás, sólo que te costará mucho tiempo.
- No lo haré -replicó Burton.
Goering suspiró.
- ¡Estos ingleses! Bueno, preferiría tenerte a mi lado, pero si no quieres hacer lo racional, que así sea. ¿Qué hay acerca de ti? -le preguntó a Frigate.
Frigate, que aún seguía muy dolorido, le dijo:
- Tus cenizas acabaron en un basurero de Dachau por lo que hiciste y por lo que eras. ¿Vas a repetir los mismos actos criminales en este mundo?
Goering se echó a reír y le contestó:
- Ya sé lo que me pasó. Bastantes de mis esclavos judíos me lo han explicado. -Señaló a Monat-. ¿Qué clase de monstruo es ese?
Burton se lo explicó. Goering adoptó un aire grave, y luego dijo:
- No me podría fiar de él. Irá al campo de los esclavos. Tú, hombre mono, ¿qué es lo que dices?
Kazz, para sorpresa de Burton, dio un paso hacia adelante.
- Mataré por ti. No quiero ser esclavo.
Tomó la clava mientras los guardias alzaban sus lanzas, dispuestos a atravesarle con ellas si tenía alguna idea rara sobre su uso. Los miró con odio bajo sus pobladas cejas, y luego alzó el arma. Se oyó un crac, y el esclavo cayó de bruces sobre el polvo. Kazz le devolvió la clava a Campbell, y dio un paso hacia un lado. No miró a Burton.
- Todos los esclavos serán reunidos esta noche, y verán lo que les sucederá si intentan escapar -dijo Goering-. Los que quisieron fugarse serán asados por un tiempo, y luego se acabarán sus penas. Mi distinguido colega utilizará personalmente la maza. Le gustan esas cosas.
Señaló a Alice.
- Esa, me la quedo yo.
Tulio se puso en pie.
- No, no. Me gusta. Quédate con las otras, Hermann. Te doy las dos. Pero ésa la deseo mucho. Tiene aspecto, ¿cómo se dice?, aristócrata. ¿Es una... reina?

Burton rugió, arrancó la clava de las manos de Campbell, y saltó sobre la mesa. Goering cayó hacia atrás, con la punta del arma fallando por escasa distancia su nariz. Al mismo tiempo, el romano le dio un lanzazo a Burton, hiriéndolo en el hombro. Burton siguió aferrando la clava, se volvió, y arrancó el arma de las manos de Tulio de un golpe.
Los esclavos, gritando, se abalanzaron sobre los guardias. Frigate arrebató una lanza y dio con el mango de la misma en la cabeza de Kazz. Este se desplomó. Monat pateó a un guardia en el bajo vientre y recogió su lanza.
Después de eso Burton no recordó nada más. Se despertó varias horas después del anochecer. Le dolía la cabeza aún más que antes. Tenía las costillas y ambos hombros rígidos de dolor. Yacía sobre la hierba en un recinto de paredes de troncos de pino con un diámetro de unos cincuenta metros. A unos cinco metros sobre la hierba, rodeando el interior de la cerca, había una pasarela de madera por la que hacían su ronda guardias armados.
Gruñó al levantarse. Frigate, acurrucado junto a él, dijo:
- Me temía que nunca despertases.
- ¿Dónde están las mujeres? -preguntó Burton.
Frigate comenzó a llorar. Burton agitó la cabeza y dijo:
- Deja de gimotear. ¿Dónde están?
- ¿Dónde infiernos crees que pueden estar? -le contestó Frigate-. Oh, Dios mío.
- No pienses en las mujeres. No hay nada que se pueda hacer por ellas. Al menos por ahora. ¿Por qué no me mataron después de que ataqué a Goering?
Frigate se secó las lágrimas y dijo:
- Es algo que no entiendo. Quizá te estén guardando, y a mí también, para el fuego. Como ejemplo. Me gustaría que nos hubieran matado.
- ¿Cómo es eso? ¿Hace tan poco que has ganado el paraíso, y quieres perderlo tan pronto? -dijo Burton. Comenzó a reírse, pero lo dejó, porque sentía punzadas en la cabeza.
Habló con Robert Spruce, un inglés nacido en 1945 en Kensington. Este le dijo que hacía menos de un mes desde que Goering y Tulio se habían hecho con el poder. Por el momento, estaban dejando en paz a sus vecinos. Claro que, más tarde, intentarían conquistar los territorios adyacentes, incluido el de los indios onondaga al otro lado del río. Pero hasta el momento ningún esclavo había escapado para correr la voz acerca de las intenciones de Goering.
- Pero la gente de las fronteras puede ver por sí misma que los muros están siendo construidos por esclavos -indicó Burton.
Spruce sonrió tristemente y dijo:
- Goering ha hecho correr la voz de que son todos judíos, y que solo está interesado en esclavizar a los judíos, así que ¿a quién le importa? Pero, como podéis haber visto por vosotros mismos, no es cierto. La mitad de los esclavos son gentiles.
Al anochecer, Burton, Frigate, Ruach, de Greystock y Monat fueron sacados de la empalizada y llevados a una piedra de cilindros. Allí había unos doscientos esclavos custodiados por unos doscientos goeringuistas. Sus cilindros fueron colocados en la roca, y esperaron. Después de que las llamas azules rugieron, fueron bajados los recipientes. Cada esclavo abrió el suyo, y los guardias les quitaron el tabaco, el licor, y la mitad de la comida.
Frigate tenía heridas en la cabeza y hombros que necesitaban ser cosidas, aunque habían cesado de sangrar. Había mejorado mucho de color, aunque le dolían la espalda y los riñones.
- Así que ahora somos esclavos -dijo Frigate-. Dick, tú tenias una gran opinión acerca de la institución de la esclavitud. ¿Qué piensas de ella ahora?
- Aquello era la esclavitud oriental -dijo Burton-. En este tipo de esclavitud, no hay oportunidad alguna de que un esclavo gane su libertad, ni tampoco hay ningún sentimiento personal entre el esclavo y su propietario, excepto el odio. En el oriente, la situación era distinta. Claro que, como cualquier institución humana, tenía sus abusos.
- Eres un hombre testarudo -exclamó Frigate-. ¿Te has dado cuenta de que al menos la mitad de los esclavos son judíos? Israelitas de finales del siglo XX en su mayor parte. Aquella muchacha de allí me explicó que Goering logró iniciar la esclavitud de los cilindros en esta

área fomentando el antisemitismo. Pero, naturalmente, tenía que existir antes de que pudiera ser fomentado. Luego, cuando hubo llegado al poder con ayuda de Tulio, esclavizó a muchos de sus antiguos partidarios.
Luego prosiguió su discurso:
- Lo verdaderamente infernal del asunto es que, relativamente hablando, Goering no es un genuino antisemita. Intervino personalmente ante Himmler y otros para salvar a algunos judíos. Pero es algo aún peor que un genuino enemigo de los judíos. Es un oportunista. El antisemitismo era una enorme fuerza en Alemania, y para llegar a algún lugar uno ha de apoyarse en esas fuerzas. Así que Goering fue con los antisemitas, tal como ha utilizado ese odio aquí. Un antisemita como Goebbels o Frank creía en los principios que profesaba. Unos principios perversos y odiosos, cierto, pero de todas maneras eran principios. Mientras que al gordinflón jovial de Goering no le importaban en lo más mínimo los judíos. Simplemente, quería usarlos.
- Todo esto me parece muy bien -dijo Burton-, pero ¿qué tiene que ver conmigo? ¡Oh, ya veo! ¡Esa mirada! Estás a punto de sermonearme.
- Dick, te admiro como a pocos hombres. Incluso siento por ti todo el afecto que un hombre puede sentir por otro. Soy feliz y me siento dichoso por haber tenido la rara suerte de encontrarme contigo tal como, digamos, hubiera tenido Plutarco de haberse encontrado con Alcibíades o Teseo. Pero no estoy ciego. Conozco tus faltas, que son muchas, y las lamento.
- ¿De cuál me vas a hablar esta vez?
- De ese libro: El judío, el gitano y el Islam. ¿Cómo pudiste escribirlo? Un documento de odio repleto de tonterías, estupideces, cuentos y supersticiones. ¡Mira que hablar de asesinatos rituales! - Yo seguía irritado a causa de las injusticias que había sufrido en Damasco. El ser expulsado del consulado a causa de las mentiras de mis enemigos, entre los cuales...
- Eso no excusa que escribieses mentiras acerca de todo un grupo de personas -replicó Frigate.
- ¡Mentiras! Escribí la pura verdad.
- Quizá tú creyeses que eran verdades. Pero yo provengo de una época en la que se sabía definitivamente que no lo eran. De hecho, ni siquiera nadie que estuviera lo bastante cuerdo en tu propia época se hubiera creído todas esas memeces.
- Los hechos son -le contestó Burton- que los prestamistas judíos de Damasco estaban cobrando a los pobres un interés del mil por ciento en sus préstamos. Los hechos son que estaban infligiendo esta monstruosa usura no sólo a la población musulmana y cristiana, sino a su propio pueblo. Los hechos son que, cuando mis enemigos de Inglaterra me acusaron de antisemitismo, muchos judíos de Damasco surgieron en mi defensa, y es un hecho que protesté ante los turcos cuando vendieron la sinagoga de los judíos de Damasco al obispo griego ortodoxo para que pudiera convertirla en una gran iglesia. Y también es un hecho que logré encontrar a dieciocho musulmanes para que testificasen en pro de los judíos, y es un hecho que protegí a los misioneros cristianos de los drusos. Y es un hecho que advertí a los drusos que aquel grueso y seboso cerdo turco, Rachid Pachá, estaba tratando de incitarlos a la revuelta para poder hacer una matanza entre ellos. Y es un hecho que cuando fui llamado de mi puesto consular, debido a las calumnias de los sacerdotes y misioneros cristianos, de Rachid Pachá y de los usureros judíos, millares de cristianos, musulmanes y judíos corrieron en mi ayuda, aunque ya por aquel entonces fuera demasiado tarde.
»¡Y también es un hecho que no tengo que responder ni ante ti ni ante nadie por mis acciones!
Era muy propio de Frigate el sacar a colación un tema tan irrelevante en un momento tan poco apropiado. Quizá estuviera tratando de evitar culparse a sí mismo a base de dirigir todo su miedo e ira contra Burton. O tal vez creyese realmente que su héroe le había fallado.
Lev Ruach había estado sentado, con la cabeza entre las manos. La alzó y dijo con voz hueca:
- ¡Bienvenido al campo de concentración, Burton! Lo conoces por primera vez. Pero para mí es un viejo amigo, y estoy ya harto de verlo. Estuve en un campo nazi, y escapé. Estuve en un campo ruso, y escapé. En Israel fui capturado por los árabes, y escapé. Así que quizá ahora pueda escapar de nuevo. Pero ¿adónde? ¿A otro campo? No parece que vayan a acabarse. El

hombre está siempre construyéndolos y metiendo en ellos al prisionero perenne, al judío, o a quienquiera que se le ocurra. Incluso aquí, que hemos tenido un nuevo comienzo, donde todas las religiones, todos los prejuicios, debieran haber sido resquebrajados en el yunque de la resurrección, no ha cambiado casi nada.

- Cierra la boca -dijo el hombre cerca de Ruach. Tenía un cabello rojo tan rizado que casi parecía el de un negro, ojos azules, y un rostro que podría haber sido elegante de no ser por su nariz rota. Tenía un metro ochenta de alto, y el cuerpo de un luchador-. Soy Dov Targoff -dijo con un claro acento de Oxford-. Ex comandante del Ejército Israelí. No presten atención a ese hombre. Es uno de los judíos antiguos. Un pesimista, un quejica. Prefiere lamentarse contra la pared en lugar de plantar cara y luchar como un hombre.

Ruach se atragantó y luego dijo:

- ¡Sabra arrogante! ¡Luché y maté! ¡Y no soy un quejica! ¿Qué es lo que estás haciendo tú, bravo guerrero? ¿Acaso no eres tan esclavo como nosotros?

- Es la vieja historia -dijo una mujer. Era alta, de cabello oscuro, y probablemente hubiera sido una belleza de no haber estado tan delgada-. La vieja historia. Luchamos entre nosotros mientras nuestros enemigos nos derrotan. Tal como luchamos cuando Tito sitió Jerusalén y nosotros mismos matamos a más de nuestra gente que lo que hicieron los romanos. Tal como...

Los dos hombres se volvieron contra ella, y los tres discutieron a gritos hasta que un guardia comenzó a pegarles con un palo.

Después, con los labios hinchados, Targoff dijo:

- No puedo soportar esto por mucho más tiempo. Pronto... Bueno, a ese guardia lo mato yo.

- ¿Tienes un plan? -le preguntó Frigate ansiosamente. Pero Targoff no le contestó.

Poco después del amanecer, los esclavos fueron despertados y llevados a la piedra de cilindros. De nuevo se les dio una cantidad módica de comida. Tras haber comido, fueron divididos en grupos y llevados a sus respectivas tareas. Burton y Frigate fueron conducidos a la frontera norte. Allí, se les puso a trabajar con otro millar de esclavos, y se atarearon desnudos todo el día, bajo el sol. Su único descanso fue cuando llevaron los cilindros a la roca, al mediodía, y se les dejó comer.

Goering quería construir un muro entre la montaña y el río; también pensaba erigir una segunda muralla que se extendiese a lo largo de los quince kilómetros de orilla del lago que dominaba, y una tercera pared en el extremo sur.

Burton y los otros tenían que cavar una profunda trinchera y luego amontonar la tierra sacada del agujero formando una pared. Era una tarea dura, dado que solo tenían azadas de piedra con las que cavar el suelo. Y dado que las raíces de la hierba formaban una maraña muy tupida de material muy duro, que solo podía ser cortada con golpes repetidos. La tierra y las raíces eran arrancadas con palas de madera y apiladas en grandes trineos de bambú. Estos eran arrastrados por equipos hasta la parte superior de la pared, en donde la tierra era amontonada para hacer que la pared aún fuera más alta y gruesa.

Por la noche, los esclavos fueron conducidos de nuevo a la empalizada. Allí, la mayor parte de ellos cayeron dormidos casi en seguida. Pero Targoff, el israelita pelirrojo, se puso en cuclillas junto a Burton.

- De vez en cuando, corren algunas noticias -dijo-. He oído hablar de la lucha que sostuvisteis tú y tu tripulación. También he oído que rehusasteis uniros a Goering y su piara.

- ¿Has oído hablar también de mi infame libro? -preguntó Burton.

Targoff sonrió y le contestó:

- Jamás había oído hablar de él hasta que Ruach me lo contó. Pero tus acciones hablan por sí mismas. Además, Ruach es muy estricto para estas cosas; y no es que uno pueda culparle después de lo que tuvo que soportar. Pero no creo que te hubieras comportado como lo hiciste si fueras lo que él dice que eres. Creo que eres un buen hombre, del tipo que necesitamos. Así que...

Siguieron días y noches de duro trabajo y pequeñas raciones. Burton se enteró, por los rumores, de lo que sucedió a las mujeres. Wilfreda y Fátima estaban en el apartamento de

Campbell. Loghu estaba con Tulio. Alice había sido guardada por Goering durante una semana, y luego se la había entregado a un lugarteniente, un tal Manfred von Kreyscharft. Los rumores decían que Goering se había quejado de su frialdad, y había pensado entregársela a sus guardaespaldas para que hicieran con ella lo que quisiesen. Pero von Kreyscharft se la había pedido.

Burton vivía en una agonía. No podía soportar la imagen mental de ella con Goering y von Kreyscharft. Tenía que detener a aquellas bestias o, al menos, morir en el intento. A última hora de aquella noche, reptó desde la gran cabaña que ocupaba con otros veinticinco esclavos, se dirigió a la de Targoff, y lo despertó.

- Me dijiste que sabías que yo estaría a tu favor -susurró- ¿Cuándo vas a darme tu confianza? Te advierto que si no lo haces en seguida, pienso preparar una fuga para mi propio grupo y cualquiera que quiera unírsenos.

- Ruach me ha hablado más acerca de ti -le contestó Targoff-. En realidad, no había comprendido de lo que estaba hablando. ¿Podría un judío fiarse de alguien que escribió un libro así? O ¿quién nos asegura que, de fiarnos de un hombre así, no se iba a volver en nuestra contra después de que el enemigo común hubiera sido derrotado?

Burton abrió la boca para hablar irritadamente, luego la cerró. Durante un momento quedó en silencio. Cuando habló, fue con calma:

- En primer lugar, mis acciones en la Tierra hablan más fuerte que cualquiera de mis palabras impresas. Fui amigo y protector de muchos judíos, tuve muchos amigos judíos.

- Esta última afirmación es siempre el prefacio a un ataque a los judíos -indicó Targoff.

- Quizá. No obstante, incluso si lo que Ruach afirma fuese cierto, el Richard Burton que tienes ante ti en este valle no es el Burton que vivió en la Tierra. Creo que cada hombre ha sido algo cambiado por sus experiencias de aquí. Si no ha sido así, es que le es imposible cambiar. Sería mejor que hubiese permanecido muerto.

»Durante los cuatrocientos setenta y seis días que he vivido en este Río, he aprendido muchas cosas. No soy incapaz de cambiar mi mente. He escuchado a Ruach y a Frigate. He discutido frecuentemente y apasionadamente con ellos. Y, aunque no quería admitirlo en aquel momento, pensé mucho en lo que me dijeron.

- El odio a los judíos es algo que crece con los niños -dijo Targoff-. Se convierte en parte de sus personas. Ningún acto de voluntad puede eliminarlo, a menos que no esté muy profundamente embebido, o que la voluntad sea extraordinariamente fuerte. Suena la campana, y el perro de Pavlov insaliva. Se menciona la palabra judío, y el sistema nervioso asalta la ciudadela de la mente del gentil. Tal como la palabra árabe asalta la mía. Pero yo tengo una base realista para mi odio a todos los árabes.

- Ya he suplicado bastante -dijo Burton-. O me aceptas, o me rechazas. En cualquier caso, ya sabes lo que haré.

- Te acepto -dijo Targoff-. Si tú puedes cambiar tu mente, también puedo hacerlo yo. He trabajado contigo, compartido el pan contigo. Me gusta creer que soy un buen juez de los caracteres. Dime, si fueses tú el que planeases la acción ¿qué es lo que harías?

Targoff escuchó pacientemente. Al final de la explicación de Burton, asintió:

- Se parece mucho a mi plan. Ahora...

CAPITULO XVI

Al día siguiente, poco después del desayuno, varios guardias vinieron a por Burton y Frigate. Targoff miró con dureza a Burton, que sabía lo que estaba pensando. Pero no podía hacer nada excepto marchar al «palacio» de Goering. Este estaba sentado en un gran sillón de madera fumando una pipa. Les pidió que se sentasen, y les ofreció cigarros y vino.

- De vez en cuando -dijo-, me gusta relajarme y hablar con alguien que no sean mis colegas, que por cierto no son extremadamente brillantes. Sobre todo, me gusta hablar con alguien que haya vivido después de que yo muriese, y con hombres que fueran famosos en su tiempo. Aunque hasta ahora dispongo de pocos de ambos tipos.

- Muchos de tus prisioneros israelíes vivieron después de ti -dijo Frigate.

- ¡Ah, los judíos! -Goering agitó su pipa al aire-. Ese es el problema. Me conocen demasiado bien. Se muestran hoscos cuando trato de hablar con ellos, y muchos han intentado matarme, así que no me siento muy a gusto entre ellos. No es que tenga nada en su contra. No me gustan especialmente los judíos, pero tuve muchos amigos judíos... Burton enrojeció.

Goering, tras chupar su pipa, continuó:

- El Führer era un gran hombre, pero tenía algunos fallos. Uno de ellos era su actitud hacia los judíos. Por mi parte, me importaban mucho menos. Pero la Alemania de mi tiempo era antijudía, y un hombre debe ir a favor del Zeitgeist sí es que quiere llegar a algún lugar en la vida. Pero ya basta de esto. Aún aquí, un hombre no puede librarse de ellos.

Charló un rato, luego hizo a Frigate muchas preguntas acerca del destino de sus contemporáneos y de la historia de la Alemania de la postguerra.

- Si los estadounidenses hubiérais tenido algún sentido político, hubiérais declarado la guerra a Rusia tan pronto como nos rendimos. Hubiéramos luchado con vosotros en contra de los bolcheviques, y los hubiéramos aplastado.

Fricate no replicó. Goering les contó entonces diversas historias «jocosas», muy obscenas. Le pidió a Burton que le contase la experiencia que había tenido antes de ser resucitado en el valle.

Borton estaba sorprendido. ¿Habría oído hablar de aquello Goering por boca de Kazz, o es que habría un informador entre los esclavos?

Conto con todo detalle lo que había sucedido desde el momento en que había abierto los ojos para encontrarse en el lugar de los cadáveres flotantes hasta el instante en que el hombre de la canoa aérea le había apuntado con el tubo metálico.

- El extraterrestre, Monat, tiene la teoría de que algunos seres, llámeseles Ellos, o X, han estado observando a la humanidad desde que dejamos de ser monos. Al menos durante dos millones de años. Estos superseres han grabado, de alguna forma; cada célula de todo ser humano que haya vivido desde el momento de la concepción, probablemente, hasta el momento de la muerte. Esto parece un concepto asombroso, pero no es menos asombroso que la resurrección de la humanidad y el remodelado de este planeta para convertirlo en un gran valle fluvial. Las grabaciones pudieron haber sido hechas cuando los sujetos
vivían, o quizá fuera que esos superseres detectasen las vibraciones del pasado, tal como nosotros en la Tierra vemos la luz de las estrellas como fueron hace millones de años.

»Sin embargo, Monat se inclina por la primera teoría. No cree en los viajes temporales, ni en sentido limitado.

»Monat cree que los X almacenaron esas grabaciones. No sabe cómo pudieron hacerlo. Pero este planeta ha sido remodelado para nosotros. Obviamente, es un gran mundo-Río. Durante nuestro viaje Río arriba, hemos hablado con docenas de personas cuyas descripciones no dejan lugar a dudas de que han venido de puntos muy dispersos, por todo este planeta. Uno era de muy arriba en el hemisferio norte; otro de muy abajo en el hemisferio sur. Todas las descripciones se combinan para darnos la imagen de un mundo que ha sido reconstruido en un valle fluvial zigzagueante.

»La gente con quien hablamos fueron asesinados o murieron accidentalmente allí, y resucitaron de nuevo en las áreas por las que estábamos viajando en aquel momento. Monat

dice que los resucitados siguen siendo grabados, y que cuando uno de nosotros muere de nuevo, las grabaciones hasta aquel minuto son colocadas en algún lugar, quizá bajo la superficie de este planeta, y alimentadas a unos convertidores de energía en materia. Los cuerpos fueron reproducidos tal como eran en el momento de la muerte, y entonces los aparatos rejuvenecedores restauraron los cuerpos dormidos. Probablemente en la misma cámara en la que me desperté. Después, los cuerpos, de nuevo jóvenes y completos, fueron grabados y luego destruidos. Y las grabaciones fueron alimentadas de nuevo, esta vez mediante aparatos situados bajo el suelo. Una vez mas, los convertidores de energía en materia, probablemente usando el calor del núcleo fundido de este planeta como energía, nos reprodujeron sobre el terreno, cerca de las piedras de cilindros. No sé por qué no son resucitados la segunda vez en el mismo sitio en que murieron, pero tampoco sé por qué desapareció todo nuestro pelo, o por qué no crece el de nuestros rostros, o por qué fuimos circuncidados y las mujeres convertidas de nuevo en vírgenes. Ni por qué fuimos resucitados. ¿Con qué propósito? Quien nos haya puesto aquí no ha aparecido para explicarnos el motivo.

- Lo cierto es -intervino Frigate-, lo cierto es que no somos la misma gente que éramos en la Tierra. Yo morí. Burton murió. Tú, Hermann Goering, moriste. Todo el mundo murió. ¡Y no podemos ser devueltos a la vida!

Goering chupó ruidosamente su pipa, miró a Frigate, y luego preguntó:

- ¿Por qué no? ¿No estoy de nuevo con vida? ¿Puedes negar eso?

- ¡Si! Lo niego... en un cierto sentido. Tú estás vivo. Pero tú no eres el Hermann Goering que nació en el Mariembad Sanatorium de Rosenheim, en Baviera, el 12 de enero de 1893. No eres el Hermann Goering cuyo padrino era el doctor Hermann Eppenstein, un judío convertido al cristianismo. No eres el Goering que sucedió a von Richthofen tras su muerte y dirigió a sus pilotos contra los aliados incluso después de que terminase la guerra. No eres el Reichsmarschal de la Alemania de Hitler ni el refugiado arrestado por el teniente Jerome N. Shapiro. ¡De Eppenstein a Shapiro! ¡Ja! Y no eres el Hermann Goering que se suicidó tomando cianuro potásico durante su juicio por sus crímenes en contra de la humanidad.

Goering llenó de tabaco su pipa y dijo suavemente:

- Desde luego, sabes mucho de mí. Me imagino que esto debería enorgullecerme. Al menos, no fui olvidado.

- En general, lo fuiste -dijo Frigate-. Pero tuviste una reputación que hizo perdurar tu imagen como la de un siniestro payaso, un fracasado y un cerdo.

Burton quedó sorprendido. No se había imaginado que su amigo se enfrentase con alguien que tuviese el poder de vida o muerte sobre él, y que ya lo había tratado de una forma tan dolorosa. Pero quizá fuese que Frigate esperaba que lo mataran.

Era probable que estuviese apostando, confiando en la curiosidad de Goering.

- Explica tu teoría -dijo Goering-. No acerca de mi reputación; todo hombre de importancia espera ser difamado e incomprendido por las masas sin cerebro. Pero explícame por qué no soy el mismo hombre.

Frigate sonrió suavemente y contestó:

- Eres el producto, el híbrido, de una grabación de un convertidor de energía en materia. Fuiste construido con todos los recuerdos de ese hombre muerto, Hermann Goering, y con un duplicado de cada célula de su cuerpo. Tienes todo lo que él tuvo. Así que piensas que eres Goering. Pero no lo eres. ¡Eres un duplicado, eso es todo! ¡El Hermann Goering original no es nada más que moléculas que han sido absorbidas por el suelo y el aire, y de allí a las plantas, y de regreso a la carne de los animales y los hombres, para salir de nuevo como excrementos, und so weiter!

»Pero tú, que estás ante mi, no eres el original, tal como la grabación en un disco o una cinta no es la voz original, sino las vibraciones que surgen de la boca de un hombre y son detectadas y convertidas por un aparato electrónico, para ser luego reproducidas de nuevo.

Burton comprendió la referencia, pues había visto el fonógrafo de Edison en París, en 1888. Se sintió ultrajado, en realidad violentado, por las afirmaciones de Frigate.

Los ojos muy abiertos de Goering, y su rostro enrojecido, indicaba que también él se sentía amenazado en lo más profundo de su ser.
Tras tartamudear, Goering dijo:
- ¿Y por qué iban a tomarse esos seres todo este trabajo, solo para hacer duplicados?
Frigate se alzó de hombros y contestó:
- No lo sé.
Goering saltó de su silla y apuntó la boquilla de su pipa hacia Frigate.
- ¡Mientes! -gritó en alemán-. ¡Mientes, scheisshund!
Frigate se estremeció como si esperase ser golpeado de nuevo en los riñones, pero dijo:
- Debo de tener razón. Naturalmente, no tienes por qué creer lo que digo. No puedo probar nada. Y comprendo perfectamente cómo te sientes. Yo sé que soy Peter Jairus Frigate, nacido en 1918 y muerto en el 2008. Pero también debo creer, porque la lógica me lo indica, que soy tan solo, en realidad, un ser que tiene los recuerdos de ese Frigate que jamás se alzará de entre los muertos. En cierto sentido, soy el hijo de ese Frigate que nunca podrá volver a existir. No carne de su carne y sangre de su sangre, pero sí mente de su mente. No soy el hombre que nació de una mujer en aquel mundo perdido llamado Tierra. Soy el producto de la ciencia y una máquina. A menos...
- ¿Sí? -dijo Goering- ¿A menos qué?
- A menos que haya alguna entidad unida al cuerpo humano, una entidad que sea el ser humano. Es decir, que contenga todo lo que hace que el individuo sea lo que es, y que, cuando el cuerpo es destruido, esa entidad siga existiendo. De forma que, si el cuerpo fuera reconstruido de nuevo, esa entidad, que contiene la esencia del individuo, pudiera ser unida de nuevo al cuerpo. Y grabaría de nuevo todo lo que le sucediese al cuerpo. Así que el individuo original volvería a vivir de nuevo. Y no sería simplemente un duplicado.
- ¡Por todos los infiernos, Pete! -dijo Burton-. ¿Estás proponiéndonos la psiquis?
Frigate asintió y contestó:
- Algo análogo a la psiquis. Algo que los primitivos comprendían a medias y a lo que llamaron la psiquis.
Goering lanzó una estruendosa carcajada. Burton se hubiera reído también, pero no deseaba dar a Goering ningún apoyo, ni moral ni intelectual.
Cuando Goering hubo dejado de reír, dijo:
- Incluso aquí, en un mundo que claramente es el resultado de la ciencia, los supernaturalistas no dejan de actuar. Bueno, ya basta. Volvamos a asuntos más prácticos e inmediatos. Decidme, ¿habéis cambiado de idea? ¿Estáis dispuestos a uniros a mí?
- No obedeceré las órdenes de un hombre que viola mujeres; además, respeto a los israelitas -le contestó Burton, lanzándole una mirada asesina-. Prefiero ser esclavo entre ellos que libre a tu lado.
Goering resopló y dijo con sequedad:
- Muy bien, ya me lo imaginaba. Pero había esperado... Bueno, he tenido problemas con el romano. Si se sale con la suya, ya veréis lo misericordioso que he sido con los esclavos. No le conocéis. Únicamente mi intervención ha evitado que uno de vosotros sea torturado cada noche hasta morir, para su diversión.
Al mediodía, los dos volvieron a su trabajo en las colinas. Ninguno de ellos tuvo posibilidad de hablar con Targoff o algún otro de los esclavos, dado que su trabajo no los ponía, esta vez, en contacto con ellos. No hicieron ningún intento abierto de buscarlo para hablarle, pues esto hubiera significado exponerse a una buena paliza.
Después de regresar a la empalizada aquella tarde, Burton explicó a los otros lo que había sucedido.
- Lo más probable es que Targoff no se crea mi historia. Pensará que somos espías. Aunque no esté seguro, no puede arriesgarse... así que habrá problemas. Es una mala suerte que haya sucedido esto. Tendremos que cancelar el plan de fuga por esta noche.

No sucedió nada más... al principio. Los israelitas se apartaban de Burton y Frigate cuando intentaban hablar con ellos. Salieron las estrellas, y la empalizada fue inundada por una luz casi tan brillante como la luna llena allá en la Tierra.

Los prisioneros permanecieron dentro de sus barracones, pero hablaron en voz baja, uniendo sus cabezas. A pesar de su gran cansancio, no podían dormir. Los guardias parecieron haber notado la tensión, aunque no podían ver ni oír a los hombres de los barracones. Caminaban arriba y abajo por las pasarelas, se juntaban para hablar, y atisbaban al interior del recinto a la luz del cielo nocturno y las llamas de las antorchas de resina.

- Targoff no hará nada hasta que llueva -dijo Burton. Dio órdenes. Frigate tendría la primera guardia, Robert Spruce la segunda, Burton la tercera. Burton se acostó boca abajo sobre su montón de hojas e, ignorando el murmullo de voces y el moverse de los cuerpos, se quedó dormido.

Le pareció que acababa de cerrar los ojos cuando Spruce lo tocó. Se alzó rápidamente, bostezó y se estiró. Todos los otros estaban despiertos. Al cabo de unos minutos se formaron las primeras nubes. En diez minutos, las estrellas habían sido cubiertas. Rugió el trueno muy arriba en las montañas, y el primer relámpago se ramificó en el cielo.

El rayo cayó cerca. Burton vio a su destello que los guardias estaban acurrucados bajo los techos que surgían de la base de las casetas de guardia en cada rincón de la empalizada. Se cubrían con toallas del frío y de la lluvia.

Burton reptó de su barracón al siguiente. Targoff estaba erguido junto a la entrada. Burton se alzó y dijo:

- ¿Sigue en pie el plan?

- No eres tan tonto como para preguntarme eso -le contestó Targoff. Un relámpago mostró su irritado rostro-. So Judas.

Dio un paso hacia adelante, y una docena de hombres le siguieron. Burton no esperó; atacó. Pero, mientras se abalanzaba, oyó un extraño sonido. Se detuvo a mirar a través de la puerta. Otro relámpago mostró a un guardia desplomado boca abajo en la hierba, debajo de una pasarela.

Targoff había bajado los puños cuando Burton le dio la espalda.

- ¿Qué es lo que pasa, Burton? -preguntó.

- Espera -le replicó el inglés. No tenía más idea que el israelita de lo que estaba sucediendo, pero cualquier cosa insospechada sería en su ventaja.

Los relámpagos iluminaron la maciza figura de Kazz en la pasarela de madera. Estaba blandiendo una enorme hacha de piedra contra un grupo de guardias que se hallaban en el ángulo formado por la unión de dos paredes. Otro relámpago. Los guardias estaban desplomados por la pasarela. Oscuridad. Al siguiente estallido de luz, otro había caído; y los dos que restaban se alejaban corriendo por las pasarelas en diferentes direcciones.

Otro relámpago que cayó muy cerca de la pared mostró que, finalmente, los otros guardias se habían dado cuenta de lo que estaba sucediendo. Corrieron a lo largo de la pasarela gritando y blandiendo sus lanzas.

Kazz, ignorándolos, dejó caer el extremo de una larga escalera de bambú al interior del recinto, y luego tiró un haz de lanzas. A la luz del siguiente relámpago, pudo ser visto avanzando contra los guardias más cercanos.

Burton tomó con violencia una lanza, y subió casi sin tocar la escalerilla. Los otros, incluyendo al israelita, lo siguieron. La lucha fue sangrienta y breve. Con los guardias de la pasarela acuchillados o despeñados, solo quedaban los de las torres de vigilancia. La escalera fue llevada al otro extremo de la empalizada y colocada contra la puerta. En un par de minutos, algunos habían bajado al exterior, y abierto ésta. Por primera vez, Burton tuvo oportunidad de hablar con Kazz.

- Pensé que nos habías vendido.

- No. Yo, Kazz, no haría eso -dijo en tono de reproche-. Sabes que te tengo afecto, Burton-naq. Eres mi amigo, mi jefe. Hice ver que me unía a tus enemigos porque eso era ser astuto. Me sorprendió que no hicieras lo mismo. No eres tan tonto.

- Ciertamente, tú tampoco lo eres -le respondió Burton-. Pero no podía animarme a matar a aquellos esclavos.
Los relámpagos mostraron a Kazz alzándose de hombros.
- Eso no me preocupó a mí -dijo-. No los conocía. Además, ya oíste a Goering. Dijo que de todos modos morirían.
- Ha sido una buena cosa que escogieras esta noche para rescatarnos -dijo Burton. No le dijo a Kazz el porqué, pues no quería confundirlo. Además, había cosas más importantes que hacer.
- Esta noche es una buena noche para esto -le contestó Kazz-. Se está llevando a cabo una gran batalla. Tulio y Goering se emborracharon mucho y discutieron. Se pelearon; sus hombres intervinieron en la pelea. Mientras se estaban matando los unos a los otros, llegaron invasores. Esos hombres oscuros del otro lado del río... ¿cómo los llamas?, los onondagas. Sus botes llegaron justo antes de que empezase a llover. Hicieron un ataque para robar esclavos. O simplemente por puras ganas de luchar. Así que me dije: ahora es un buen momento para iniciar mi plan, para liberar a Burton-naq.
La lluvia cesó tan repentinamente como se había iniciado. Burton podía oír gritos y aullidos de muy lejos, hacia el río. Arriba y abajo por las orillas de éste sonaban tambores. Le dijo a Targoff:
- Podemos intentar escapar, y probablemente nos será fácil, o bien atacar.
- Tengo intención de aniquilar a las bestias que nos esclavizaron -le dijo Targoff-. Hay otra empalizada cerca. He enviado hombres a abrir sus puertas. El resto están demasiado lejos como para llegar a ellas pronto. Están dispersas a intervalos de un kilómetro.
Por aquel entonces, ya había sido asaltada la casamata en la que vivían los guardias fuera de servicio. Los esclavos se armaron y luego comenzaron a andar en dirección al fragor de la batalla. El grupo de Burton estaba en el flanco derecho. No había recorrido aún un kilómetro, cuando se encontraron con cadáveres y heridos, una mezcla de onondagas y blancos.
A pesar de la densa lluvia, se había iniciado un fuego. A su creciente luz, vieron que las llamas surgían de la choza más larga. Recortadas en el resplandor se veían figuras en lucha. Los fugitivos avanzaron a través de la llanura. De repente, un bando se desmoronó y huyó hacia ellos, mientras los vencedores, aullando y gritando jubilosos, los perseguían.
- Ahí va Goering -señaló Frigate-. Desde luego, su gordura no le va a ayudar a escapar.
Lo indicó con el dedo, y Burton pudo ver al alemán moviendo desesperadamente las piernas, pero quedando retrasado con respecto a los demás.
- No quiero que los indios tengan el honor de matarlo -dijo Burton-. Le debemos a Alice el hacerlo nosotros. La figura de largas piernas de Campbell iba delante de todos, y Burton lanzó contra él una lanza. Para el escocés, el proyectil debió parecer surgido de la nada. Demasiado tarde, intentó hacer una finta. La cabeza de sílex se clavó en la carne entre su hombro izquierdo y el pecho, y cayó de costado. Trató de alzarse un momento después, pero fue derribado de una patada por Burton.
Los ojos de Campbell rodaron en sus órbitas; de su boca goteó sangre. Señaló otra herida, una gran cicatriz en su costado, justo bajo las costillas.
- Tu... tu mujer... Wilfreda... hizo esto -jadeó-. Pero ya la maté, la muy perra...
Burton quería preguntarle dónde estaba Alice, pero Kazz, aullando frases en su lengua nativa, dejó caer su maza sobre la cabeza del escocés. Burton recuperó su lanza y corrió tras Kazz.
- ¡No matéis a Goering! -gritó-. ¡Dejádmelo a mí!
Kazz no lo oyó; estaba demasiado ocupado luchando con dos onondagas. Burton vio a Alice cuando ésta pasó corriendo junto a él. Extendió una mano y la asió, haciéndole dar la vuelta. Ella gritó y comenzó a pelear. Burton gritó más fuerte y de repente, reconociéndole, ella se desplomó entre sus brazos y, comenzó a llorar. Burton hubiera intentado reconfortaría, pero temía que Goering se le escapase. La apartó y corrió hacia el alemán, arrojándole su lanza, que rozó la cabeza de Goering; éste chilló y dejó de correr, comenzando a buscar el arma, pero Burton ya estaba encima de él. Ambos cayeron al suelo y rodaron una y otra vez, tratando cada uno de estrangular al otro.

Algo golpeó a Burton en la parte trasera de su cabeza. Atontado, soltó su presa. Goering lo empujó hacia el suelo y se zambulló en dirección a la lanza. Agarrándola, se alzó y dio un paso hacia el postrado Burton. Este intentó ponerse en pie, pero sus rodillas parecían estar hechas de gelatina y todo giraba a su alrededor. Repentinamente, Goering se tambaleó cuando Alice le agarró las piernas por detrás, y cayó de bruces. Burton hizo otro esfuerzo, vio que podía al menos alzarse tambaleante, y se desplomó sobre Goering. De nuevo rodaron una y otra vez, con Goering apretando el cuello de Burton. Luego una flecha pasó sobre el cuello de Burton, quemándole la piel, y su punta de piedra se hundió en la garganta de Goering.

Burton se alzó, arrancó el proyectil, y lo clavó en la gruesa tripa del hombre. Goering trató de sentarse, pero se desplomó hacia atrás y murió. Alice cayó al suelo llorando.

El amanecer vio el fin de la batalla. Para entonces, los esclavos habían escapado de todos los recintos. Los guerreros de Goering y Tulio fueron aplastados entre las dos fuerzas -los onondaga y los esclavos- como trigo entre piedras de molino. Los indios, que probablemente habían hecho su ataque únicamente en busca de botín y para conseguir más esclavos y sus cilindros, se retiraron. Subieron a sus canoas, y remaron a través del lago. Nadie se sintió con ánimos para perseguirlos.

CAPITULO XVII

Los días que siguieron fueron muy atareados. Un somero censo indicó que al menos la mitad de los veinte mil habitantes del pequeño reino de Goering habían sido muertos, heridos gravemente, aprisionados por los onondaga o habían huido. El romano Tulio Hostilio había, aparentemente, escapado. Los supervivientes eligieron un gobierno provisional. Targoff, Burton, Spruce, Ruach y otros dos formaron un comité ejecutivo con unos poderes considerables, pero temporales. John de Greystock había desaparecido. Se le había visto al inicio de la batalla, y luego se había esfumado.

Alice Hargreaves se trasladó a la cabaña de Burton sin decir una palabra acerca del cómo o el porqué.

Más tarde, le explicó:

- Frigate dice que si todo el planeta se ha construido como las áreas que hemos visto, y no hay razón alguna para creer que no sea así, entonces el Río debe de tener al menos treinta y cinco millones de kilómetros de largo. Es increíble, pero también lo es nuestra resurrección, y todo lo de este mundo. Por otra parte, debe de haber de treinta y cinco a treinta y seis mil millones de personas viviendo a lo largo del Río. ¿Qué posibilidad tengo de hallar jamás a mi esposo de la Tierra?

»Además, te amo. Sí, sé que no he actuado como si te amase, pero algo ha cambiado en mí. Quizá la causa sea todo aquello por lo que he pasado. No creo que te hubiera amado en la Tierra. Quizá me hubiera sentido fascinada, pero también me hubiera sentido repelida, tal vez asustada. No hubiera podido ser una buena esposa tuya allá. Aquí, sí puedo. Mejor dicho, seré una buena compañera para ti, dado que no parece haber ninguna autoridad o institución religiosa que pueda casarnos. Eso en sí mismo muestra cómo he cambiado. El que pueda vivir tranquilamente con un hombre con el que no estoy casada...! Bueno, así son las cosas.

- Ya no vivimos en la era victoriana -le contestó Burton-. ¿Cómo podríamos llamar a esta era actual... la Era Mezclada? ¿La Edad de la Mezcla? Al final, resultará ser la Cultura del Río, el Mundo Ribereño, o, más bien, muchas Culturas del Río.

- Siempre que dure -dijo Alice-. Comenzó repentinamente, puede terminar de la misma manera inesperada y súbita.

Ciertamente, pensó Burton, el verde río y la llanura herbosa y las boscosas colinas y las inescalables montañas no parecían una visión impalpable. Eran sólidas, reales, tan reales como los hombres que caminaban ahora hacia él: Frigate, Monat, Kazz y Ruach. Salió de la cabaña y los saludó.

Kazz comenzó a hablar:

- Hace mucho tiempo, antes de que hablase bien el inglés, vi algo. Traté de decírtelo entonces, pero no me comprendiste. Vi a un hombre que no tenía esto en la frente.

Señaló el centro de su propia frente, y luego la de los demás.

- Sé -continuó Kazz- que no puedes verlo. Pete y Monat tampoco. Nadie más puede verlo. Pero yo lo veo en la frente de todos, excepto en la de aquel hombre que traté de atrapar, hace mucho. Luego, un día, vi a una mujer que no lo tenía, pero no os dije nada. Ahora he visto a una tercera persona que no lo tiene.

- Quiere decir -explicó Monat- que es capaz de divisar ciertos símbolos o caracteres en la frente de todos y cada uno de nosotros. Sólo puede verlos a la luz del sol muy brillante y bajo un cierto ángulo, pero todo el mundo que jamás haya visto ha tenido esos símbolos... excepto los tres que ha mencionado.

- Debe de ser capaz de ver un poco más allá en el espectro que nosotros -intervino Frigate-. Evidentemente, quien fuera que nos marcase con el símbolo de la bestia, o como quiera llamársele, no conocía esta habilidad especial de la especie de Kazz. Lo que muestra que Ellos no son omniscientes.

- Evidentemente -dijo Burton-. Ni infalibles. De lo contrario, jamás me hubiera despertado en aquel lugar antes de ser resucitado. Bien, ¿y quién es esa persona que no tiene símbolo en su piel?

Habló con calma, pero su corazón latía con rapidez. Si Kazz tenía razón, quizá hubieran detectado a un agente de los seres que habían devuelto a la vida a toda la especie humana. ¿Serían Ellos dioses disfrazados?
- Robert Spruce -dijo Frigate.
- Antes de llegar a ninguna conclusión -dijo Monat-, no olvidemos que esta omisión puede haber sido accidental.
- Eso lo averiguaremos -dijo ominosamente Burton-. Pero, ¿por qué esos símbolos? ¿Por qué hemos tenido que ser marcados?
- Probablemente para identificación o numerado -dijo Monat-. ¿Quién puede saberlo, excepto quienes nos colocaron aquí?
- Vamos a ver a Spruce -dijo Burton.
- Primero tendremos que cazarlo -replicó Frigate-. Kazz cometió la equivocación de mencionarle que conocía lo de los símbolos. Lo hizo esta mañana, durante el desayuno. Yo no estaba allí, pero los que estaban dijeron que Spruce se puso muy pálido. Unos minutos más tarde se excusó, y no se le ha visto desde entonces. Hemos enviado grupos de búsqueda arriba y abajo del Río, al otro lado del Río, y también a las colinas.
- Su huida es una admisión de culpa -dijo Burton.
Estaba irritado. ¿Era el hombre una especie de ganado marcado para algún propósito siniestro?
Aquella tarde, los tambores anunciaron que Spruce había sido atrapado. Tres horas más tarde se hallaba en pie frente a la tabla del consejo, en el recién construido edificio de reuniones. Tras la tabla se sentaba el consejo. Las puertas estaban cerradas, pues los consejeros creían que aquello era algo que podía ser realizado más eficientemente sin la presencia de una multitud. No obstante Monat, Kazz y Frigate estaban también presentes.
- Vale la pena que empecemos diciéndote -comenzo Burton- que hemos decidido ir hasta cualquier extremo con tal de lograr arrancarte la verdad. Va en contra de los principios de todos los que nos hallamos en esta mesa el recurrir a la tortura. Despreciamos y odiamos a quienes recurren a la tortura, pero creemos que ésta es una de esas ocasiones en que los principios deben ser olvidados.
- Los principios nunca deben ser olvidados -dijo con calma Spruce-. En fin nunca justifica los medios. Incluso cuando el mantener los principios signifique la derrota, la muerte, y el permanecer en la ignorancia.
- Hay demasiadas cosas en juego -replicó Targoff-. Yo, que he sido víctima de hombres sin principios; Ruach, que ha sido torturado varias veces; los otros; todos estamos de acuerdo. Usaremos contra ti el fuego y el cuchillo si es necesario. Debemos conocer la verdad. Ahora dime, ¿eres uno de los responsables de esta resurrección?
- Si me torturáis, no seréis mejores que Goering y los de su especie -dijo Spruce. Su voz estaba comenzando a quebrarse-. De hecho, seréis mucho peores, pues estáis obligándoos a vosotros mismos a ser como ellos con el fin de alcanzar algo que quizá ni siquiera exista. O, si existe, que quizá no valga el precio.
- Dinos la verdad -le dijo Targoff-. No mientas. Sabemos que debes de ser un agente; quizá uno de los directamente responsables.
- Hay un fuego ardiendo en esa piedra de ahí -dijo Burton-. Si no comienzas a hablar en seguida, serás... Bueno, el asado que sufrirás será el menor de tus dolores. Soy toda una autoridad en los métodos de tortura chinos y árabes, y te aseguro que hay algunas formas muy refinadas de extraer la verdad. Y no tengo ningún reparo en poner mis conocimientos en práctica.
Spruce, pálido y sudoroso, dijo:
- Si hacéis eso, quizá os estéis negando a vosotros mismos la vida eterna. Como mínimo, os hará retroceder mucho en vuestro camino, retrasará el objetivo final.
- ¿Qué es eso? -le replicó Burton.
Spruce lo ignoró.
- No podemos soportar el dolor -murmuró-. Somos demasiado sensibles.

- ¿Vas a hablar? -le preguntó Targoff.
- Incluso la idea de la autodestrucción es dolorosa, y debe ser evitada excepto cuando sea absolutamente necesaria -musitó Spruce-. Y eso a pesar de que sé que viviré de nuevo.
- Colocadlo sobre el fuego -dijo Targoff a los dos hombres que sujetaban a Spruce.
- Un momento -intervino Monat-. Spruce, la ciencia de mi gente era mucho más avanzada que la de la Tierra, así que estoy más cualificado para presentar una hipótesis. Quizá pudiéramos evitarte el dolor del fuego, y el dolor de traicionar tu misión, si simplemente afirmases lo que te voy a decir. De esa forma, no estarías llevando a cabo una traición positiva.
- Te escucho -dijo Spruce.
- Mi teoría es que eres un terrestre. Perteneces a una edad cronológicamente muy posterior al año 2008. Debes de ser el descendiente de los pocos que sobrevivieron a mi onda barredora mortífera. A juzgar por la tecnología y la energía necesarias para reconstruir la superficie de este planeta en un vasto valle fluvial, tu tiempo debe de ser muy posterior al Siglo XXI. Como simple suposición, digamos el siglo cincuenta.
Spruce miró al fuego, y luego dijo:
- Añádele dos mil años más.
- Si este planeta es más o menos del tamaño de la Tierra, solo puede contener a un número limitado de personas. ¿Dónde están los otros, los que nacieron muertos, los que murieron antes de tener cinco años, los imbéciles y los idiotas, y aquellos que vivieron después del Siglo XX?
- Están en otro lugar -dijo Spruce. Miró de nuevo al fuego, y se le apretaron los labios.
- Mi propia gente -dijo Monat -tenía la teoría de que llegaría un tiempo en que serían capaces de ver en su pasado. No entraré en detalles, pero parecía posible que los acontecimientos pasados pudieran ser detectados y luego grabados. Naturalmente, el viaje temporal era una pura fantasía. Pero, ¿y si tu cultura fuera capaz de hacer lo que nosotros solo llegamos a teorizar? ¿Y si habéis grabado a cada ser humano que haya vivido alguna vez? ¿Localizado este planeta y construido el valle del Río? ¿Y si en algún lugar, quizá bajo la misma superficie del planeta, habéis usado la conversión de la energía en materia, y digamos que utilizado el calor del núcleo en fusión de este mundo y las grabaciones para recrear los cuerpos de los muertos en aquellos tanques? ¿Y si habéis utilizado técnicas biológicas para rejuvenecer los cuerpos y restaurar los miembros perdidos, para corregir cualquier defecto físico?
»Mi teoría es -continuó Monat- que habéis hecho nuevas grabaciones de los cuerpos recién creados, y las habéis almacenado en alguna gigantesca unidad de memoria. Luego, habéis destruido los cuerpos de los tanques, recreándolos una vez más a través de algún sistema de metal conductivo que también es utilizado para cargar los cilindros. Todos estos aparatos podrían estar enterrados bajo el suelo. Así, la resurrección habría tenido lugar sin necesidad de recurrir a métodos sobrenaturales.
»La gran pregunta es: ¿por qué?
- Si vosotros tuviérais el poder de hacer todo eso, ¿no creeríais tener el deber ético de hacerlo? -preguntó a su vez Spruce.
- Yo sí, pero solo resucitaría a los que se lo mereciesen.
- ¿Y si hubiera otros que no aceptasen tus criterios? -le preguntó Spruce-. ¿Crees realmente que eres lo bastante sabio y justo como para ser el juez? ¿Te colocarías al nivel de un dios? No, todos deben tener una segunda oportunidad, sin importar lo bestiales, egoístas, bajos o estúpidos que hayan sido. Luego, todo queda en sus manos...
Se quedó en silencio, como si lamentase su estallido y no quisiese decir más.
- Además -dijo Monat-, quizá deseáseis hacer un estudio de la humanidad, tal como existió en el pasado. Desearíais grabar todos los lenguajes que habló el hombre, sus costumbres, sus filosofías, sus biografías. Para hacer esto, necesitaríais agentes que se hiciesen pasar por resucitados y que se mezclasen con las gentes del Río para tomar notas, para observar, para estudiar. ¿Cuánto tiempo iba a llevar este estudio? ¿Un millar de años? ¿Dos? ¿Diez? ¿Un millón? ¿Y qué hay del destino final de todos nosotros? ¿Vamos a seguir aquí por siempre?
- Estaréis aquí todo el tiempo que sea necesario para rehabilitaros -gritó Spruce-. Luego...

Cerró la boca, echó una desagradable mirada, y luego la abrió para decir:
- Un contacto continuado con vosotros hace que incluso los más fuertes de entre nosotros tomemos vuestras características. Nosotros mismos debemos pasar por una rehabilitación. Ya en este momento, no me siento limpio...
- Colocadlo sobre el fuego -dijo Targoff-. Obtendremos toda la verdad.
- ¡No, no lo haréis! -gritó Spruce-. ¡Debería haber hecho esto ya hace mucho! ¿Quién sabe lo que...?
Cayó al suelo, y su piel tomó una coloración gris azulada. El doctor Steinborg, uno de los consejeros, lo examinó, pero a todos les resultaba evidente que ya estaba muerto.
- Mejor será que se lo lleve ahora mismo, doctor -dijo Targoff-. Hágale la disección. Esperaremos su informe.
- Con cuchillos de piedra, sin productos químicos ni microscopios, ¿qué clase de informe pueden esperar? -dijo Steinborg-. Pero haré todo lo que pueda.
Se llevaron el cadáver. Burton dijo:
- Me alegra que no nos obligara a admitir que estábamos marcándonos un farol. Si hubiera permanecido con la boca cerrada, nos hubiera derrotado.
- Entonces, ¿no lo ibas a torturar en realidad? -preguntó Frigate-. Esperaba que tu amenaza no fuera cierta.
Si lo hubiera sido, iba a salir de aquí, y no volver a veros nunca a ninguno.
- Naturalmente que no lo decíamos en serio -explicó Ruach-. Spruce hubiera tenido razón; no hubiéramos sido mejores que Goering. Pero hubiéramos podido intentar otros métodos. Por ejemplo, el hipnotismo. Burton, Monat y Steinborg son expertos en este campo.
- El problema es que seguimos sin saber si conseguimos la verdad -dijo Targoff-. Pudo haber estado mintiendo. Monat le dijo algunas teorías, y, si estaban equivocadas, Spruce pudo haber querido liarnos mostrándose de acuerdo con Monat. Creo que no podemos estar seguros.
Se pusieron de acuerdo en una cosa: la posibilidad de detectar a otro agente mediante la ausencia de símbolos en la frente debía de haber desaparecido. Ahora que Ellos, fueran quienes fuesen, sabían que los caracteres eran visibles para la especie de Kazz, tomarían las medidas adecuadas para evitar su detección.
Steinborg regresó tres horas más tarde.
- No hay nada que lo distinga de cualquier otro miembro de la especie homo sapiens. Excepto este pequeño artefacto.
Alzó una pequeña esfera negra y brillante del tamaño de una cabeza de fósforo.
- Localicé esto en la superficie de la parte delantera del cerebro. Estaba unida a algunos nervios con unos cables tan delgados que solo podía verlos bajo un cierto ángulo, cuando les daba la luz. Tengo la opinión de que Spruce se mató a si mismo por medio de este artefacto, y que lo hizo, literalmente, deseando morir. De alguna forma, esta bolita convirtió en realidad su deseo de morir. Quizá reaccionó al pensamiento soltando un veneno que no puedo analizar con mis recursos -concluyó su informe, y pasó la esfera de mano en mano.

CAPITULO XVIII

Treinta días más tarde, Burton, Frigate, Ruach y Kazz regresaban de un viaje río arriba. Era justo antes del amanecer. Las frías y densas nieblas que se amontonaban hasta casi dos metros por encima del Río, al final de la noche, giraban a su alrededor. No podían ver en ninguna dirección más allá de lo que podía llegar un hombre fuerte con un buen salto. Pero Burton, de pie en la proa del bote de casco de bambú y un solo palo, sabía que estaban cerca de la orilla Oeste. Se hallaban junto al lugar en el que había poca profundidad y la corriente avanzaba más lenta, y ya habían virado hacia babor desde el centro del río. Si sus cálculos eran correctos, debían de estar cerca de las ruinas del palacio de Goering. En cualquier momento esperaban ver una cinta de oscuridad más densa apareciendo entre las aguas oscuras, la orilla de aquel territorio que ahora llamaban hogar. El hogar, para Burton, siempre había sido un lugar desde el que partir más allá, un sitio en el que descansar, una fortaleza temporal en la que escribir un libro acerca de su última expedición, un refugio en el que sanar sus últimas heridas, una torre de vigilancia desde la que buscar nuevos territorios que explorar.

Así que, tan solo dos semanas después de la muerte de Spruce, Burton ya sentía la necesidad de ir a otro lugar que no fuera aquél en el que se hallaba. Había oído rumores acerca de que se había descubierto cobre en la costa oeste, unos ciento cincuenta kilómetros Río arriba. Era en una extensión de la costa de no más de veinte kilómetros, habitada por sármatas del Siglo V antes de Jesucristo y frisones del Siglo XIII.

Burton no creía realmente que la historia fuera cierta... pero le daba una excusa para viajar. Ignorando las súplicas de Alice para que la llevase consigo, partió.

Un mes más tarde, y tras algunas aventuras, no todas ellas desagradables, ya casi estaban en casa. La historia no había sido totalmente carente de fundamento. Había cobre, pero en cantidades inapreciables. Así que los cuatro se habían metido en el bote para un fácil viaje a favor de la corriente, y con su vela empujada por el incesante viento. Viajaban durante el día, y atracaban el bote a las horas de comer, allá donde hubiera gente amistosa a la que no le importase que los extraños usasen sus piedras de cilindros. De noche, o bien dormían entre gentes amigas, o, de hallarse en aguas hostiles, seguían navegando en la oscuridad.

La última parte de su viaje fue realizada tras la puesta del sol. Antes de llegar a casa, tenían que pasar por la sección del valle en la que vivían indios mohawks del Siglo XVIII, ansiosos de esclavos, en un lado, y cartagineses del Siglo III antes de Jesucristo, igualmente ambiciosos, en el otro. Habiéndose deslizado a cubierto de la niebla, ya casi estaban en casa.

Bruscamente, Burton dijo:

- Ahí está la orilla. ¡Pete, baja el mástil! ¡Kazz, Lev, remos hacia atrás! ¡Vamos ya!

Unos minutos más tarde habían tocado tierra y sacado totalmente del agua el ligero navío, subiéndolo por la suave pendiente de la costa. Ahora que ya habían salido de la niebla, podían ver cómo el cielo palidecía por encima de las montañas del este.

- ¡A esto le llamo yo una buena navegación a ciegas! -exclamó Burton-. Estamos a diez pasos de la piedra de cilindros cercana a las ruinas.

Contempló las chozas de bambú dispersas por la llanura, y los edificios que se divisaban entre las altas hierbas y bajo los gigantescos árboles de las colinas.

No se veía a una sola persona. El valle estaba dormido.

- ¿No os parece extraño que no se haya levantado aún nadie? -dijo-, ¿o que no hayamos sido interpelados por los centinelas?

Frigate señaló hacia la torre de vigía situada a su derecha.

Burton maldijo y exclamó:

- ¡Por Dios, están dormidos o han desertado de su puesto!

Pero, mientras hablaba, sabía que aquél no era un caso de abandono del deber. Aunque no había dicho nada a los otros, desde el primer momento en que había saltado a tierra había estado seguro de que algo iba muy mal. Comenzó a correr a través de la llanura hacia la cabaña en la que vivía con Alice.

Estaba durmiendo en la cama de bambú y hierba del costado derecho del edificio. Solo se veía su cabeza, pues estaba acurrucada bajo una manta de toallas unidas las unas a las otras mediante cierres magnéticos. Burton apartó la manta, se arrodilló junto a la baja cama, y alzó a Alice hasta sentarla. La cabeza de ésta cayó hacia adelante, y sus brazos colgaron inertes. Pero tenía un color saludable y respiraba normalmente.
Burton pronunció tres veces su nombre. Ella siguió durmiendo. Abofeteó con fuerza sus mejillas; aparecieron rosetones en ellas. Parpadeó, pero siguió durmiendo.
Por aquel entonces, habían aparecido Frigate y Ruach.
- Hemos mirado en algunas de las otras cabañas -dijo Frigate-. Todo el mundo está dormido. He tratado de despertar a un par de personas, pero están totalmente noqueadas. ¿Qué es lo que pasa?
- ¿Quién te crees que tiene el poder necesario para hacer esto? -exclamó Burton-. ¡Spruce y su especie, sean quienes sean Ellos!
- ¿Por qué? -Frigate parecía asustado.
- ¡Me andan buscando! Deben de haber venido entre la niebla, haciendo que de alguna manera toda esta zona quedase dormida.
- Un gas somnífero podría lograr eso con facilidad -explicó Ruach-. Aunque quizá una gente con los poderes de ellos tengan artilugios que ni siquiera podamos imaginar.
- ¡Me andaban buscando! -gritó Burton.
- Lo cual quiere decir, si es cierto, que Ellos quizá vuelvan esta noche -dijo Frigate-. Pero ¿por qué iban a andar buscándote Ellos?
Ruach replicó por Burton:
- Porque él, según parece, fue la única persona que se despertó en la fase de prerresurrección. El porqué lo hizo es un misterio, pero es evidente que algo fue mal. Quizás también sea un misterio para Ellos. Me inclino a pensar que Ellos habrán estado discutiendo eso, y finalmente se han decidido a venir aquí. Tal vez para raptar a Burton con motivos de observación... o por algún objetivo más siniestro.
- Posiblemente Ellos deseasen borrar de mi memoria todo lo que había visto en esa cámara de cuerpos flotantes -dijo Burton-. Una tal cosa no debe de estar fuera de las capacidades de su ciencia.
- Pero le has contado esa historia a muchos -dijo Frigate-. No pueden seguir a toda esa gente y quitarles el recuerdo de tu relato de sus mentes.
- ¿Iba a ser necesario eso? ¿Cuántos se creen lo que les cuento? A veces, incluso yo lo dudo.
- Esta especulación no nos lleva a ningún sitio -intervino Ruach-. ¿Qué hacemos ahora?
- ¡Richard! -gritó Alice, y se volvieron, para verla sentada y mirándoles.
Durante algunos minutos, no lograron hacerle comprender lo que había pasado. Finalmente, ella dijo:
- Así que por eso la niebla cubrió también el suelo.
Pensé que era extraño, pero naturalmente no tenía forma de saber lo que estaba sucediendo.
- Buscad vuestros cilindros -dijo Burton-. Meted todo lo que queráis llevar en vuestras mochilas. Vamos a marcharnos ahora mismo. Quiero irme antes de que los demás se despierten.
Los ya grandes ojos de Alice se agrandaron aún más.
- ¡Adónde vamos?
- A cualquier lugar que no sea éste. No me gusta escapar, pero no puedo plantar cara y luchar con gente como ésa. No, si Ellos saben dónde estoy. No obstante, os diré lo que planeo hacer. Pienso hallar un extremo del Río. Debe tener un inicio y un fin, y debe haber una forma en que un hombre pueda llegar a sus fuentes. Si hay alguna forma en que hacerlo, yo la hallaré... podéis apostar vuestras almas a ello.
»Mientras tanto, Ellos me estarán buscando por cualquier lugar... espero. El hecho de que no me hallasen aquí me hace pensar en que no tienen ningún método para localizar instantáneamente a una persona. Quizá nos hayan marcado como a ganado... -indicó los

símbolos invisibles de su frente-. Pero incluso el ganado logra escapar. Y somos ganado con cerebro.
Se volvió hacia los otros.
- Aceptaré gustoso que vengáis conmigo. De hecho, me sentiré muy honrado.
- Iré a buscar a Monat -dijo Kazz-. No le gustaría que lo dejásemos atrás.
Burton hizo una mueca y dijo:
- ¡El bueno de Monat! Odio hacerle esto, pero no se puede evitar: no puede venir con nosotros. Es demasiado ostensible. Sus agentes no tendrían problema alguno para localizar a alguien con su aspecto. Lo lamento, pero no puede venir con nosotros.
En los ojos de Kazz aparecieron lágrimas, que luego corrieron por sus prominentes mejillas. Con voz ahogada, dijo:
- Burton-naq, yo tampoco puedo ir. También yo tengo un aspecto diferente.
Burton no vio cómo las lágrimas humedecían sus propios ojos.
- Correremos con ese riesgo. Después de todo, debe de haber bastantes de tu especie por ahí. Al menos hemos visto treinta durante nuestros viajes.
- Pero hasta ahora ninguna hembra, Burton-naq -le replicó tristemente Kazz. Luego sonrió-. Quizá hallemos una cuando vayamos a lo largo del río.
Pero con la misma rapidez perdió su sonrisa:
- No, maldita sea, no voy. No puedo hacer daño a Monat. Los otros piensan que él y yo somos feos y damos miedo. Así que nos hemos convertido en buenos amigos. No es mi naq, pero casi. Me quedo.
Se acercó a Burton, lo asió con un abrazo que hizo que el aliento se le escapase con un fuerte jadeo, lo soltó, estrechó las manos de los otros, haciéndoles dar un respingo, luego dio la vuelta y se marchó.
Ruach, manteniendo en alto su mano paralizada, dijo:
- Vas a un viaje estúpido, Burton. ¿Te das cuenta de que podrías navegar a lo largo de este río durante mil años y aún estar a un millón de kilómetros o más del final? Yo me quedo. Mi gente me necesita. Además, Spruce dejó bien claro que debíamos buscar la perfección espiritual y no luchar con Ellos, que nos han dado una nueva oportunidad.
Los dientes de Burton destellaron blancos en su oscuro rostro. Hizo girar su cilindro como si fuera un arma.
- No pedí ser colocado aquí, como tampoco pedí nacer en la Tierra. ¡No pienso inclinarme ante los decretos de nadie! Pienso hallar el final del Río. ¡Y, si no lo logro, al menos me habré divertido y aprendido mucho en el camino!
Por aquel entonces, la gente comenzaba ya a salir tambaleante de sus chozas, bostezando y frotándose sus pesados ojos. Ruach no les prestó atención; contempló la embarcación mientras alzaba la vela, se ponía contra el viento, e iniciaba su marcha a través del Río, contra la corriente. Burton manejaba el timón; se volvió en una ocasión, e hizo girar el cilindro de forma que el sol se reflejó en él con múltiples destellos.
Ruach pensó que Burton se sentía verdaderamente feliz por haberse visto forzado a tomar aquella decisión. Ahora podría evadirse a las pesadas responsabilidades que surgían de tener que gobernar aquel pequeño estado, y podría hacer lo que quisiese. Podría iniciar la más grande de todas sus aventuras.
- Supongo que será lo mejor -murmuró para sí mismo Ruach-. Un hombre puede hallar la salvación en el camino, si lo desea, tal como la puede hallar si se queda en casa. Depende de él. Mientras tanto, yo, como el personaje de Voltaire... ¿cómo se llamaba...? las cosas terrenales comienzan a abandonar mi mente... Bueno, como él, seguiré cultivando mi propio pequeño jardín.
Hizo una pausa para mirar con algo de añoranza hacia Burton.
- ¿Quién sabe? Quizá algún día se encuentre con Voltaire.
Suspiró y luego sonrió.
- ¡Por otra parte, quizá Voltaire venga algún día a verme!

CAPITULO XIX

-¡Te odio, Hermann Goering!
La voz surgió, y luego se desvaneció como si fuera el diente de un engranaje que se hubiera enganchado con el engranaje del sueño de otro hombre y entrase y luego saliese de su sueño.
Hallándose en la cima de su estado hipnopómpico, Richard Francis Burton sabía que estaba soñando. Pero estaba inerme para hacer nada al respecto.
Volvió el primer sueño.
Los acontecimientos eran borrosos y encajonados. Una relampagueante visión de sí mismo en la inconmensurable cámara de los cuerpos flotantes; otro relámpago de los Custodios sin nombre hallándole y volviéndolo a hundir en el sueño. Luego, una temblorosa sinopsis del sueño que había tenido justo antes de la verdadera resurrección en las orillas del Río.
El dios, un hermoso anciano vestido como un caballero de la época victoriana, acaudalado y de buena familia, estaba hurgándole en las costillas con un bastón de hierro y diciéndole que le debía la carne.
- ¿Cómo? ¿Qué carne? -preguntó Burton, consciente a medias de que estaba murmurando. No podía oír sus palabras en el sueño.
- ¡Paga! -decía el dios. Su rostro se difuminó, y luego reapareció con las facciones de Burton.
El dios no le había contestado en el primer sueño, cinco años antes. Ahora habló:
- Haz que tu resurreccidn me valga la pena, estúpido. He gastado mucho y me he preocupado aún más para darte a ti, y a todas esas otras piltrafas miserables y sin valor, una segunda oportunidad.
- ¿Segunda oportunidad de qué? -preguntó Burton. Se sentía asustado ante lo que podría responderle el dios. Se sintió muy descansado cuando el dios no le respondió, y entonces Burton vio que el único ojo de Yavé-Odin había desaparecido, y que de la órbita vacía surgían las llamas del infierno. Luego desapareció... No, no desapareció, sino que se metamorfoseó en una alta torre gris, cilíndrica y alzándose hacia las nubes grises mientras el rugido del mar surgía de entre la niebla.
- ¡La Fuente! -De nuevo volvió a ver al hombre que le había hablado de ella. Este hombre la había oído mencionar a otro hombre, que se había enterado de su existencia por boca de una mujer, a la que a su vez se lo había contado... etc. etc. La Fuente era una de las leyendas contadas por los miles de millones de personas que vivían a lo largo del Río, el Río que serpenteaba como un gran ofidio alrededor de aquel planeta, de polo a polo, que surgía de lo inalcanzable y se hundía en lo inaccesible.
Un hombre, o un subhumano, había logrado escalar y atravesar las montañas del polo norte. Y había visto la Fuente, la Torre Negra, el Castillo de las Nieblas. justo antes de tropezar. O de ser empujado. Había caído de cabeza y aullando hacia los fríos mares bajo las nieblas, y había muerto. Y entonces el hombre, o el subhumano, se había despertado de nuevo a orillas del Río. La muerte no duraba siempre allí, aunque no había perdido filo su guadaña.
Había hablado de su visión, y la historia había viajado a lo largo del valle del Río más deprisa de lo que podía navegar una embarcación.
Y así, Richard Francis Burton, el eterno peregrino y vagabundo, había ansiado escalar las murallas de la Fuente. Descubriría el secreto de la resurrección y de aquel planeta, pues estaba convencido de que los seres que habían remodelado aquel mundo también habían construido aquella torre.
- ¡Muere, Hermann Goering! ¡Muere, y déjame en paz! -gritó un hombre en alemán.
Burton abrió sus ojos. No podía ver nada, excepto el pálido brillo de las incontables estrellas a través de la abierta ventana que había al otro lado de la choza.
Su vista pasó sobre las oscuras formas del interior, y vio a Peter Frigate y a Loghu durmiendo en sus esterillas, junto a la pared de enfrente. Volvió la cabeza para ver la toalla blanca, del tamaño de una manta, bajo la cual dormía Alice. La blancura de su rostro se volvía hacia él, y la oscura nube de su cabello se desparramaba por el suelo, junto a su esterilla.

Aquella misma tarde, la embarcación de un mástil en la que él y los otros tres habían estado viajando por el río había llegado a una costa amistosa. El pequeño estado de Sevieria estaba habitado en su mayor parte por ingleses del Siglo XVI, aunque su jefe era un estadounidense que había vivido a principios del Siglo XIX y finales del Siglo XVIII, John Sevier, fundador del «estado perdido» de Franklin, que luego se había convertido en Tennesse. Este había dado la bienvenida a Burton y a su grupo.

Sevier y su gente no creían en la esclavitud, y no retenían a un huésped más de lo que éste deseaba. Tras permitirles cargar sus cilindros para alimentarse, Sevier les había invitado a un festejo. Era la celebración del Día de la Resurrección. Después, los había llevado al hostal para huéspedes.

Burton había tenido siempre un sueño ligero, y ahora lo tenía inquieto. Los otros comenzaron a respirar profundamente o a roncar mucho antes de que él sucumbiese al cansancio. Tras un sueño interminable, se había despertado al oír la voz que se había entrometido en sus sueños.

Hermann Goering, pensó Burton. Había matado a Goering, pero debía de estar vivo de nuevo en algún lugar del Río. ¿Acaso el hombre que ahora gruñía y chillaba en la vecina cabaña era alguien que había sufrido por causa de Goering, ya fuera en la Tierra o en el mundo del Río?

Burton echó a un lado la toalla negra y se alzó rápida pero silenciosamente. Se ajustó un faldellín con los cierres magnéticos, se puso un cinto de piel humana alrededor de la cintura, y se aseguró de que la funda contuviese el puñal de sílex. Llevando una azagaya, un palo corto de madera dura con una punta de sílex, salió de la choza.

El cielo sin luna daba una luz casi tan brillante como la luna llena de la Tierra. Estaba iluminado por grandes estrellas de muchos colores y pálidas bandas de gas cósmico.

Los hostales se hallaban situados a dos kilómetros de distancia del Río, y colocados en una de las colinas de la segunda hilera de éstas que bordeaban la llanura. Había siete de aquellos edificios de bambú con techos de hojas. A una cierta distancia, bajo las enormes ramas de los árboles de hierro o bajo los gigantescos pinos o cedros, se hallaban otras cabañas. A un kilómetro de distancia, en la cima de una alta colina, se encontraba una gran empalizada circular, a la que coloquialmente se denominaba «casa redonda». Allí dormían las personalidades de Sevieria.

A cada kilómetro a lo largo de la costa del Río se alzaban altas torres de bambú. Durante toda la noche brillaban antorchas en las plataformas, desde las que unos centinelas vigilaban la posible llegada de invasores.

Tras estudiar las sombras bajo los árboles, Burton caminó unos pasos hasta la cabaña de la que habían surgido los gritos y gruñidos.

Apartó la cortina de hierbas. La luz de las estrellas entraba por la ventana abierta, cayendo sobre el rostro del durmiente. Burton siseó sorprendido. La luz revelaba el cabello rubio y las anchas facciones de un joven al que reconocía.

Burton se movió lentamente, con sus pies desnudos. El durmiente gruñó, se puso un brazo sobre la cara, y se giró. Burton se detuvo, y luego reemprendió su silenciosa marcha. Colocó la azagaya en el suelo, sacó su daga, y apoyó suavemente su punta contra el hueco de la garganta del joven. El brazo cayó a un lado. Los ojos se abrieron y miraron a Burton. Este apretó su mano sobre la abierta boca del hombre.

- ¡Hermann Goering, no te muevas ni intentes gritar! ¡Te mataré si lo haces!

Los ojos azul claro de Goering parecían oscuros en las sombras, pero la palidez de su terror era claramente visible. Se estremeció y comenzó a sentarse, pero luego se tumbó de nuevo cuando el sílex se clavó en su piel.

- ¿Cuánto tiempo llevas aquí? -preguntó Burton.

- ¿Quién...? -dijo Goering en inglés, y luego sus ojos se abrieron aún más-. ¿Richard Burton? ¿Estoy soñando? ¿Eres realmente tú?

Burton podía oler la goma de los sueños en el aliento de Goering y en la esterilla empapada de sudor en la que yacía. El alemán estaba mucho más delgado que la última vez que lo había visto.

- No sé cuánto tiempo llevo aquí -dijo Goering-. ¿Qué hora es?

- Diría que falta una hora para el amanecer. Es el día después de la Celebración de la Resurrección.
- Entonces, he estado aquí tres días. ¿Podría tomar un trago de agua? Mi garganta está tan seca como un sarcófago.
- No me extraña. Eres un sarcófago viviente... si es que eres adicto a la goma de los sueños.
Burton se alzó, haciendo un gesto con la azagaya hacia un pote de cerámica situado sobre una pequeña mesa de bambú cercana.
- Puedes beber si quieres, pero no intentes nada.
Goering se alzó lentamente, y se tambaleó hasta la mesa.
- Estoy demasiado débil para pelear contigo, incluso aunque quisiera. -Bebió ruidosamente del pote, y luego tomó una manzana de la mesa. Le dio un mordisco y dijo: ¿Qué estás haciendo aquí? Creí haberme librado de ti.
- Responde antes a mi pregunta -le dijo Burton-. Y date prisa. Me presentas un problema que no me gusta nada, ¿sabes?

CAPITULO XX

Goering comenzó a masticar, se detuvo, miró, y luego dijo:
- ¿Por qué iba a presentártelo? No tengo ninguna autoridad aquí, y no podría hacerte nada aunque lo desease. Aquí soy tan solo un huésped. Esa gente son un pueblo malditamente decente; no me han molestado en lo más mínimo, excepto para preguntarme de vez en cuando si me encuentro bien. Aunque no sé cuánto me dejarán estar sin ganarme mi sustento.
- ¿No has salido de la cabaña? -preguntó Burton-. Entonces, ¿quién te ha recargado el cilindro? ¿De dónde has sacado tanta goma de los sueños?
Goering sonrió torvamente.
- Tenía una buena provisión del último lugar en que estuve; más o menos a un millar y medio de kilómetros Río arriba.
- Que indudablemente fue arrebatada por la fuerza a algunos pobres esclavos -le dijo Burton-. Pero, si allí te iban tan bien las cosas, ¿por qué te fuiste?
Goering comenzó a llorar. Las lágrimas rodaron por su rostro, sobre sus clavículas y a lo largo de su pecho, y sus hombros se estremecieron.
- Tuve... tuve que irme de allí. No era bueno con los demás... estaba perdiendo mi poder sobre ellos... pasaba demasiado tiempo bebiendo, fumando marijuana y masticando goma de los sueños. Decían que me estaba volviendo blando. Me hubieran matado, o convertido en un esclavo. Así que una noche me escapé... tomé un bote. Logré huir sin problemas, y seguí viajando hasta llegar aquí. Le ofrecí parte de mi suministro a Sevier a cambio de refugio por un par de semanas.
Burton miró con curiosidad a Goering.
- Ya sabías lo que te sucedería si tomabas demasiada goma -dijo-: Pesadillas, alucinaciones, ilusiones. Un deterioro mental y físico total. Debes de haber visto cómo sucedía en otros.
- ¡En la Tierra, era adicto a la morfina! -gritó Goering-. Luché contra ello, y logré vencer durante mucho tiempo. Luego, cuando las cosas comenzaron a ir mal para el Tercer Reich... y aún peor para mí... cuando Hitler comenzó a meterse conmigo, ¡empecé a tomar drogas de nuevo!
Hizo una pausa, y luego continuó:
- Pero aquí, cuando me desperté a una nueva vida, en un cuerpo joven, cuando pareció que tenía una eternidad de vida y juventud ante mí, cuando creí que no había ningún Dios justiciero en el cielo o demonio en el infierno para detenerme, pensé que podría hacer lo que me pluguiese, y lograr salir con bien de ello. ¡Llegaría a ser aún más grande que el Führer! ¡Aquel pequeño país en el que me encontraste por primera vez sería solo el inicio! Podía imaginarme mi imperio extendiéndose millares de kilómetros Río arriba y abajo, a ambos lados del valle. ¡Podría haber sido el dirigente de diez veces más súbditos de los que jamás soñó tener Hitler!
Comenzó a llorar de nuevo, luego hizo una pausa para tomar otro trago de agua, y ponerse un trozo de goma de sueños en la boca. Masticó, y su rostro se fue relajando y tornando soñador con el paso de cada segundo.
- Pero no dejaba de tener pesadillas en las que tú me clavabas el arma en la tripa -dijo Goering-. Cuando me despertaba, la tripa me dolía como si me la hubiesen atravesado con una punta de sílex, así que tomaba goma para olvidarme del dolor y la humillación. Al principio, la goma me ayudaba. Yo era grande. Era el dueño del mundo, Hitler, Napoleón, Julio César, Alejandro, Gengis Khan, todos en uno. De nuevo era el jefe del Escuadrón de la Muerte Roja de von Richthofen; aquellos eran días felices, de muchas maneras eran los más felices de mi vida. Pero pronto la euforia dejó paso a la amargura. Me hundí en el infierno; me vi acusándome a mi mismo, y tras el acusador un millón de acusadores más. No era yo mismo, sino las víctimas de aquel grande y glorioso héroe, aquel obsceno loco que era Hitler, al que yo adoré tanto. Y en cuyo nombre cometí tantos crímenes.

- ¿Así que admites que fuiste un criminal? -preguntó Burton-. Es una historia diferente a la que acostumbrabas a contarme. Entonces me decías que estabas justificado en todo lo que hiciste, y que fuiste traicionado por...
Se detuvo, dándose cuenta de que se había apartado de su propósito original.
- Parece casi increíble que seas acosado por el espectro de la conciencia. Pero quizá esto explique lo que ha asombrado tanto a los puritanos... el porqué los cilindros ofreciesen licor, tabaco, marijuana y la goma de los sueños, junto con la comida. Al menos, la goma de los sueños parece ser un regalo que lleva en sí una trampa peligrosa para aquellos que abusan de la misma.
Se acercó más a Goering. Los ojos del alemán estaban entrecerrados, y su mandíbula colgaba abierta.
- Conoces mi identidad. Estoy viajando bajo seudónimo, por una buena razón. ¿Recuerdas a Spruce, uno de tus esclavos? Después de que murieses, descubrimos, casi por accidente, que era uno de aquellos que, de alguna manera, han resucitado a todos los muertos de la humanidad. Aquellos a quienes llamamos Éticos, por falta de un mejor nombre. Goering, ¿me estás escuchando?
Goering asintió.
- Spruce se suicidó antes de que pudiéramos sonsacarle todo lo que queríamos saber. Luego, algunos de sus compatriotas llegaron a nuestra zona, e hicieron dormirse temporalmente a todo el mundo, probablemente con un gas, tratando de secuestrarme y llevarme a dondequiera que estén sus residencias. Pero no me encontraron. Estaba en un viaje de exploración Río arriba. Cuando regresé, me di cuenta de que Ellos iban tras de mí, y desde entonces estoy huyendo. ¿Me escuchas, Goering?
Burton le abofeteó salvajemente en la mejilla. Goering dijo: «Ach!» y saltó hacia atrás, llevándose la mano a la cara. Tenía los ojos abiertos y mostraba una mueca.
- ¡Te he oído! -resopló-. Simplemente es que no me parecía que valiese la pena contestarte. Nada me parece que valga la pena, nada excepto alejarme flotando, muy lejos de...
- ¡Cállate y escucha! -le gritó Burton-. Los Éticos tienen gentes por todas partes buscándome. No puedo permitirme el dejarte con vida, ¿te das cuenta de eso? No puedo fiarme de ti. Incluso si fueras amigo mío no serías de fiar. Eres un gomadicto.
Goering lanzó una risita, dio un paso hacia Burton, y trató de echarle los brazos al cuello. Burton le empujó hacia atrás con tal fuerza que trastabilló hasta la mesa y solo evitó caerse agarrándose a ella.
- Esto es muy divertido -dijo Goering-. El día en que llegué aquí, un hombre me preguntó si te había visto. Te describió con todo detalle, y me dio tu nombre. Yo le dije que te conocía bien... demasiado bien, y que esperaba no volver a verte jamás. No a menos que pudiera tenerte en mi poder. Me dijo que debería notificárselo si volvía a verte. Que sabría recompensarme.
Burton no perdió el tiempo. Caminó hacia Goering y lo sujetó con ambas manos. Goering hizo un gesto de dolor.
- ¿Qué es lo que vas a hacer, matarme otra vez? -dijo.
- No si me das el nombre del que te preguntó acerca de mí. De lo contrario...
- Adelante, mátame -dijo Goering-. ¿Y qué? Me despertaré en cualquier otro lugar, a millares de kilómetros de aquí, lejos de tu alcance.
Burton señaló una caja de bambú situada en un rincón de la cabaña. Suponiendo que contenía las reservas de goma de Goering, dijo:
- ¡Pero también te despertarás sin eso! ¿Dónde vas a poder encontrar tanto en poco tiempo?
- ¡Maldito seas! -gritó Goering, y trató de liberarse para alcanzar la caja.
- Dime su nombre -exclamó Burton-, o tomaré la goma y la tiraré al Río.
- Agneau. Roger Agneau. Duerme en una cabaña justo fuera de la casa redonda.
- Me ocuparé de ti luego -dijo Burton, y golpeó a Goering con el dorso de la mano en el cuello.

Se volvió, y vio a un hombre acurrucado fuera de la entrada de la cabaña. El hombre se alzó y echó a correr. Burton salió persiguiéndolo. En un minuto ambos habían llegado a los altos pinos y abetos de las montañas. Su presa desapareció entre las hierbas que le llegaban hasta la cintura.

Burton frenó hasta un trote, divisó un destello de blanco, la luz de las estrellas sobre piel desnuda, y siguió tras el individuo. Esperaba que el Ético no se mataría en seguida, porque tenía un plan para extraerle información si podía noquearlo. Era mediante hipnosis, pero primero tendría que cazar al Ético. Era posible que aquel hombre tuviera alguna especie de transmisor dentro de su cuerpo, y que ahora mismo estuviera en comunicación con sus compañeros... allá donde estuvieran. Si era así, Ellos llegarían en sus máquinas voladoras, y estaría perdido.

Se detuvo. Había perdido a su presa, y la única cosa que le quedaba hacer ahora era despertar a Alice y a los otros y correr. Quizá esta vez debieran irse a las montañas y permanecer ocultos allí durante un tiempo.

Pero primero iría a la cabaña de Agneau. Era poco probable que estuviera allí, pero ciertamente valía la pena asegurarse.

CAPITULO XXI

Burton llegó a la vista de la cabaña justo a tiempo para divisar la espalda de un hombre entrando en ella. Dio un rodeo para llegar por el lado en el que la oscuridad de las colinas y de los árboles dispersos por la llanura le daban una cierta posibilidad de ocultarse. Acurrucado, corrió hasta llegar a la puerta de la cabaña.

Oyó un fuerte grito a cierta distancia tras él, y se volvió, para ver como Goering llegaba tambaleándose. Estaba gritando en alemán a Agneau, advirtiéndole que Burton estaba justo fuera. En una mano llevaba una larga lanza que blandía contra el inglés.

Burton se volvió y se abalanzó contra la endeble puerta de bambú. Su hombro la arrancó de sus goznes de madera. La puerta voló hacia adentro, y golpeó a Agneau, que había estado justo detrás de ella. Burton, la puerta y Agneau cayeron al suelo, con este último bajo la hoja.

Burton se levantó de la puerta, se irguió, y saltó de nuevo con ambos pies desnudos sobre la madera. Agneau gritó y se quedó en silencio. Burton movió la puerta a un lado, para hallar a su presa inconsciente y sangrando por la nariz. ¡Bien! Ahora, si el ruido no atraía a la ronda y podía eliminar con rapidez a Goering, podría llevar a cabo su plan.

Alzó la vista justo a tiempo para ver la luz de las estrellas reflejándose en el largo objeto negro lanzado contra él.

Se echó a un lado, y la lanza se clavó en el suelo con un ruido sordo. Su mango vibró como una serpiente de cascabel preparándose para atacar.

Burton atravesó la puerta, calculó la distancia a que se hallaba Goering, y cargó. Su azagaya se hundió en el vientre del alemán. Goering alzó las manos en el aire, chilló, y cayó de costado. Burton se echó el inerte cuerpo de Agneau al hombro, y lo sacó de la cabaña.

Para entonces se oían gritos procedentes de la casa redonda. Comenzaban a encenderse antorchas. El centinela de la torre de guardia más próxima estaba aullando. Goering estaba sentado en el suelo, inclinado hacia adelante, agarrando el arma cerca de la herida. Miró con la boca abierta a Burton y dijo:

- ¡Lo has hecho de nuevo! ¡Eres...!

Cayó de bruces, con un gorgoteo agónico en la garganta. Agneau recuperó con frenesí el conocimiento. Se debatió, soltándose de la presa de Burton, y cayó al suelo. A diferencia de Goering, no profirió sonido alguno. Tenía tantos motivos como Burton para obrar en silencio... quizá más. Burton se quedó tan sorprendido que permaneció inmóvil, con el faldellín-toalla del tipo agarrado en las manos. Había comenzado a tirarlo a un lado, cuando notó algo cuadrado y duro dentro del forro de la toalla. Transfirió la tela a su mano izquierda, arrancó la azagaya del cadáver, y corrió tras Agneau.

El Ético había botado una de las canoas de bambú varadas en la orilla. Remaba furiosamente hacia el interior de las aguas iluminadas por las estrellas, mirando frecuentemente tras de sí. Burton alzó la azagaya tras su hombro, y la lanzó. Era un arma corta y de mango grueso, diseñada para luchar a corta distancia y no como jabalina. Pero voló recta y acabó su trayectoria en la espalda de Agneau. El Ético cayó hacia adelante e hizo volcar la estrecha embarcación. La canoa quedó boca abajo. Agneau no reapareció.

Burton maldijo. Había deseado capturar a Agneau vivo, pero no podía correr el riesgo de que escapase con vida.

Había aún una posibilidad de que Agneau no hubiera contactado a otros Éticos.

Volvió a las chozas de los huéspedes. Arriba y abajo de la costa estaban sonando tambores, y gentes con antorchas encendidas se apresuraban a ir hacia la casa redonda. Burton detuvo a una mujer y le preguntó si le podía dejar un momento su antorcha. Ella se la entregó, pero le soltó un chorro de preguntas. El contestó que pensaba que los choctaws del otro lado del río estaban efectuando una incursión. Ella se apresuró a correr hacia la asamblea reunida frente a la empalizada.

Burton clavó el extremo aguzado de la antorcha en la blanda tierra de la orilla y examinó la toalla que le había arrancado a Agneau. En el interior, justo sobre el cuadrado más duro que

se notaba en el forro, había una costura cerrada con dos estrechas tiras magnéticas, que se abrían con facilidad. Sacó el objeto del forro y lo miró a la luz de la antorcha.
Durante un largo tiempo se quedó en cuclillas junto a la luz parpadeante, incapaz de dejar de mirar o de suprimir un asombro casi paralizador. Una fotografía, en aquel mundo en que no había cámaras, era algo inaudito. Pero una fotografía suya aún lo era más, tanto como el hecho de que aquella foto no había sido tomada en aquel mundo. Debía de haber sido hecha en la Tierra, aquella Tierra perdida ahora en la masa de estrellas, en algún lugar del centelleante cielo, y a Dios sabe cuantos miles de millares de años en el tiempo.
¡La imposibilidad se amontonaba sobre la imposibilidad! Pero había sido tomada en un tiempo y un lugar en que estaba seguro de que ninguna cámara lo había enfocado, conservando su imagen. Sus bigotes habían sido borrados, pero el retocador no se había molestado en suprimir el fondo ni su ropa. Allí estaba, retratado milagrosamente de medio cuerpo y aprisionado en un trozo plano de algún tipo de material. ¡Plano! Cuando giró el cuadrado, vio que su perfil resultaba visible. Si lo mantenía a un ángulo casi recto de su vista, podía conseguir una visión de medio lado de sí mismo.
- Fue en 1848 -se dijo a sí mismo, cuando era un subalterno de veintisiete años de edad en el Ejército de la India del Este. Y ésas son las montañas azules de Goa. Esta foto debió de ser tomada allí cuando estaba convaleciente. Pero, buen Dios, ¿cómo? ¿Por qué? ¿Y cómo consiguieron los Éticos tenerla ahora en su poder?
Evidentemente, Agneau había llevado aquella foto como una ayuda en su búsqueda de Burton. Probablemente cada uno de sus perseguidores tenía una similar oculta en su toalla. Estaban buscándolo Río arriba y Río abajo. ¿Quién podía decir cuántos agentes tenían Ellos disponibles, o cuán desesperadamente deseaban encontrarle, o por que lo deseaban?
Después de volver a colocar la foto dentro de la toalla, dio la espalda a la cabaña. Y en ese momento, su mirada ascendió hacia la cima de las montañas, esas alturas inescalables que limitaban el valle del Río a ambos lados.
Vio que algo parpadeaba contra una brillante nube de gas cósmico. Apareció por tan solo un abrir y cerrar de ojos, y luego hubo desaparecido. Unos segundos más tarde salió de la nada, mostrándose como un oscuro objeto hemisférico, que luego desapareció de nuevo.
Un segundo artilugio volador se mostró brevemente, reapareció a menor altura, y luego desapareció como el primero. Los Éticos se lo llevarían, y la gente de Sevieria se preguntaría qué era lo que les había hecho caer dormidos durante una hora o así.
No tenía tiempo de regresar a la choza y despertar a los otros. Si esperaba un momento más, sería atrapado.
Se volvió y corrió hacia el Río, y comenzó a nadar a su través en dirección a la otra orilla, situada a algo más de dos kilómetros de distancia. Pero no había recorrido más de unos cuarenta metros cuando notó la presencia de alguna enorme masa encima de él. Se volvió de espaldas para mirar hacia arriba. Por encima solo había el suave destello de las estrellas. Luego, a unos quince metros sobre él, un disco con un diámetro de unos dieciocho metros cubrió una sección del cielo. Desapareció casi inmediatamente, y volvió a aparecer de nuevo a solo unos seis metros por encima de él.
Así que Ellos tenían algún método de ver en la distancia en mitad de la noche, y lo habían divisado huyendo.
- ¡So chacales! -les gritó-. ¡No lograréis cazarme!
Dio media vuelta y se zambulló, nadando directamente hacia abajo. El agua se tornó más fría, y le comenzaron a doler los tímpanos. Aunque tenía los ojos abiertos, no podía ver nada. De pronto, fue empujado por una masa de agua, y supo que la presión era producida por el desplazamiento de un gran objeto.
El artefacto se había zambullido tras él.
Solo había una forma de escapar. Tendrían su cuerpo muerto, pero esto sería todo. Podría escapar de nuevo, estar vivo en algún lugar del Río, para burlarlos de nuevo y golpearles una vez más.
Abrió la boca y respiró profundamente, tanto a través de ésta como de la nariz.

El agua le atragantó. Solo mediante un enorme esfuerzo de la voluntad logró evitar cerrar los labios y resistir a la muerte que ya lo aferraba. Sabía con su mente que volvería a vivir, pero las células de su cuerpo no lo sabían. Estaban deseando vivir en aquel mismo momento, y no en un futuro racionalizado. Y forzaron de su garganta repleta de agua un grito de desesperación.

CAPITULO XXII

- ¡Aaaaaayyyyyyyyyy!
El grito lo alzó de la hierba como si hubiera rebotado de un trampolín. A diferencia de la primera vez que había sido resucitado, no se sentía ni débil ni asombrado. Sabía qué esperar. Se despertaría en las hermosas orillas del Río, cerca de una piedra de cilindros. Pero no estaba preparado para aquellos gigantes que batallaban a su alrededor.
Su primer pensamiento fue hallar un arma. No había nada a mano excepto el cilindro que siempre aparecía con un resucitado, y el montón de toallas de varios tamaños, colores y gruesos. Dio un paso, aferró el asa del cilindro, y esperó. Si era preciso, usaría su cilindro como un mazo. Era muy ligero, pero prácticamente indestructible y muy duro.
No obstante, los monstruos de su alrededor parecían poder soportar una paliza durante todo un día sin sentir nada.
La mayor parte de ellos eran de al menos dos metros y medio de alto, y algunos de casi tres; sus espaldas tremendamente musculosas tenían casi un metro de ancho. Sus cuerpos eran humanos, o casi, y sus pieles blancas estaban cubiertas con largos pelos rojizos o marrones. No eran tan peludos como un chimpancé, pero más que cualquier hombre que hubiera visto, y esto que había conocido a algunos seres humanos especialmente velludos.
Pero eran los rostros lo que les daba un aspecto inhumano y aterrador, especialmente dado que todos ellos estaban resoplando por la ira de la batalla. Bajo una estrecha frente había una prominencia ósea que corría sin interrupción por encima de los dos ojos, para continuar luego alrededor de ellos formando dos círculos. Aunque los ojos eran tan grandes como los suyos, parecían pequeños en comparación con la ancha cara en la que estaban insertados. Los pómulos surgían prominentes, y luego se curvaban hacia arriba. Las tremendas narices daban a los gigantes el aspecto de unos monos con trompa.
En cualquier momento, Burton podría haberse sentido divertido por su aspecto. No ahora. Los rugidos que surgían de sus pechos, más grandes que los de los gorilas, eran tan profundos como los de un león, y sus grandes dientes hubieran hecho que un oso kodiak se lo hubiera pensado dos veces antes de atacar. Sus puños, tan grandes como una cabeza humana, aferraban porras tan gruesas y largas como postes telegráficos. O hachas de piedra. Blandían sus armas unos contra otros, y cuando acertaban un golpe, los huesos se rompían con chasquidos tan fuertes como los de la madera al astillarse. A veces, eran los palos los que se rompían.
Burton tuvo un momento para mirar a su alrededor. La luz era débil. El sol sólo se había alzado a medias sobre los picos al otro lado del Río. El aire era mucho más frío que el que había notado en cualquier otra ocasión en el planeta, excepto en sus fracasados intentos de subir a la cima de las perpendiculares montañas.
Entonces, uno de los vencedores de un combate miró a su alrededor buscando a otro enemigo, y lo vio.
Sus ojos se agrandaron. Por un segundo, pareció tan asombrado como Burton cuando había abierto por primera vez sus ojos. Quizá nunca había visto antes a un ser como Burton, al igual que Burton jamás había visto a ninguno como él. Pero si así era, no le llevó mucho el superar su sorpresa. Aulló, saltó por encima del maltrecho cuerpo de su contrario, y corrió hacia Burton, alzando un hacha que podría haber derribado a un elefante.
Burton también corrió, con su cilindro en una mano. Si lo perdía, no valía la pena que sobreviviese. Sin él, tendría que morir de hambre o malvivir de pescado y brotes de bambú.
Casi lo logró. Ante él apareció una abertura, y corrió entre dos titanes, que tenían los brazos el uno alrededor del otro y trataban cada uno de ellos de derribar al contrario, y otro que estaba retrocediendo ante los golpes dados por la porra de un cuarto. Justo cuando estaba casi a salvo, los dos que forcejeaban cayeron sobre él.
La velocidad con que corría hizo que no quedase directamente bajo ellos, pero el manoteante brazo de uno de los dos le golpeó en el talón izquierdo. El golpe fue tan fuerte que aplastó su

pie contra el suelo y lo detuvo instantáneamente. Cayó hacia adelante, y comenzó a chillar. Debía de tener roto el pie, y varios músculos desgarrados en la pierna.
Sin embargo, trató de alzarse y cojear hacia el río. Una vez en él, podría alejarse nadando, si es que no se desmayaba por el dolor. Dio dos saltitos con su pie derecho antes de ser agarrado por detrás.
Voló por el aire, girando sobre sí mismo, y fue atrapado antes de comenzar su descenso.
El titán lo aferraba con una mano al extremo de un brazo extendido, con su enorme y poderoso puño apretado alrededor del pecho de Burton. Este casi no podía respirar. Sus costillas amenazaban con hundirse.
A pesar de todo, no había dejado caer su cilindro. Golpeó con él el hombro del gigante.
Suavemente, como apartando una mosca, el gigante golpeó el recipiente metálico con su hacha, y el cilindro fue arrancado de las manos de Burton.
El monstruo sonrió, y dobló el brazo para acercar más a Burton. Este pesaba setenta y dos kilos, pero el brazo no tembló con el esfuerzo.
Por un momento, Burton miró a los pálidos ojos azules hundidos en los círculos óseos. La nariz estaba marcada por muchas venillas rotas. Los labios sobresalían a causa de las enormes mandíbulas que había debajo de ellos, y no, como él había pensado al principio, debido a que fueran muy gruesos.
Entonces, el titán aulló y alzó a Burton por encima de su cabeza. Burton golpeó el enorme brazo con sus puños, sabiendo que era en vano, pero no deseando rendirse como un conejo atrapado. Y aún, mientras estaba haciendo esto, contempló, si bien no con toda la atención de su mente, diversos detalles del paisaje.
El sol había estado empezando a alzarse sobre los picos de las montañas cuando se había despertado. Aunque el tiempo pasado desde que había saltado en pie era solo de unos pocos minutos, el sol debería haber superado ya los picos. Pero no era así; colgaba exactamente a la misma altura que cuando lo había visto por primera vez.
Además, la inclinación hacia arriba del valle le permitía una visión de algo más de unos seis kilómetros. La piedra de cilindros junto a la que se hallaba era la última. Tras ella, solo había una llanura y el Río.
Aquello era el final del camino... o el inicio del Río.
No tenía ni tiempo ni deseos para apreciar lo que aquello significaba. Simplemente, se dio cuenta de esto durante el tránsito entre el dolor, la ira y el terror. Luego, cuando el gigante se preparó a alzar el hacha para cascar el cráneo de Burton, el monstruo se envaró y lanzó un aullido. Para Burton, fue como estar junto a una sirena de locomotora. La presión disminuyó, y Burton cayó al suelo. Por un instante perdió el sentido por el dolor de su pie.
Cuando recobró el conocimiento, tuvo que rechinar los dientes para evitar volver a gritar. Gruñó y se sentó, aunque no sin que una oleada de fuego que le subió por la pierna hiciera que la débil luz del sol casi se ennegreciese. La batalla estaba rugiendo a su alrededor, pero él se hallaba en un pequeño rincón de inactividad. Junto a él yacía el cadáver, grueso como un tronco, del titán que habla estado a punto de matarlo. La parte trasera de su cráneo, que parecía lo bastante gruesa como para resistir a un ariete, estaba hundida.
Alrededor del elefantino cuerpo gateaba otro herido.
Al verle, Burton olvidó por un instante su dolor. El hombre terriblemente maltrecho era Hermann Goering.
Ambos habían resucitado en el mismo lugar. No había tiempo para pensar en las implicaciones de la coincidencia. Comenzaba a volver a sentir el dolor. Además, Goering empezó a hablar.
Y no es que pareciese como si le quedase mucha habla o tuviese demasiado tiempo para charlar. Estaba cubierto de sangre. Había desaparecido su ojo derecho. La comisura de su boca estaba desgarrada hasta la oreja. Una de sus manos estaba aplastada. Le salía una costilla a través de la piel. Burton no podía comprender cómo lograba mantenerse con vida, y aún menos correr a cuatro patas.

- ¡Tú... tú! -dijo roncamente en alemán Goering, y se desplomó. Un borbotón de sangre brotó de su boca, cayendo sobre las piernas de Burton. Sus ojos se vidriaron.
Burton se preguntó si alguna vez sabría lo que había pensado decirle. No era que importase mucho, tenía cosas mucho más vitales en las que pensar.
A unos diez metros de distancia, dos titanes estaban en pie, dándole la espalda. Ambos estaban jadeando, aparentemente descansando un instante antes de volver a enzarzarse en la lucha. Entonces, uno habló con el otro.
No había duda al respecto. El gigante no estaba simplemente gritando. Utilizaba un lenguaje.
Burton no lo comprendía, pero sabía que era un idioma. No necesitó la réplica modulada y claramente silábica del otro para confirmar su descubrimiento.
Así que aquello no era algún tipo de mono prehistórico, sino una especie subhumana. Debía de haber sido desconocida para la ciencia del Siglo XX de la Tierra, dado que su amigo Frigate le había descrito todos los fósiles conocidos en el año 2008.
Yació con la espalda apoyada contra las costillas del gigante derribado, y se apartó del rostro algunos de los sudorosos y largos pelos rojizos. Luchó contra la náusea y la agonía de su pie y los músculos desgarrados de su pierna. Si hacía mucho ruido, quizá atrajese a aquellos dos, que acabarían el trabajo. Pero, ¿qué importaba eso?
¿Qué posibilidad tenía de sobrevivir con sus heridas, en un lugar en el que había tales monstruos?
Y casi peor que el dolor de su pie era el pensar que, en su primer viaje de lo que iba a llamar el Express del Suicidio, había alcanzado su objetivo.
Tan solo había tenido una posibilidad entre diez millones de llegar a aquel área. Y tal vez nunca lo hubiera logrado, aunque se hubiera ahogado diez mil veces. Y no obstante, había tenido una buena suerte fantástica. Quizá jamás volviera a suceder. E iba a perderla en seguida.
El sol se movía medio oculto por las cimas de las montañas del otro lado del río. Aquel era el lugar que había supuesto que existiría; había llegado en su primer intento. Pero, a medida que le fallaba la vista y disminuía su dolor, supo que estaba muriendo. Ello se debía a algo más que a los huesos aplastados de su pie. Debía de tener una hemorragia interna.
Trató de alzarse una vez más. Se levantaría, aunque solo fuera sobre un pie, y amenazaría con el puño al burlón hado y lo maldeciría. Moriría con una maldición en los labios.

CAPITULO XXIII

El ala roja del amanecer tocaba suavemente sus ojos. Se alzó en pie, sabiendo que sus heridas estarían curadas, y que estaría totalmente sano de nuevo, pero sin acabar de creérselo. Cerca de él había un cilindro y un montón de seis toallas de diversos colores, formas y grosores, cuidadosamente doblados.

A un metro y medio de distancia, otro hombre, también desnudo, se estaba alzando de la corta hierba de brillante color verde. Burton notó cómo la piel se le ponía de gallina. El cabello rubio, el ancho rostro y los ojos azul claro eran los de Hermann Goering.

El alemán parecía tan sorprendido como Burton. Habló lentamente, como si surgiera de un profundo sueño.

- Aquí hay algo que va muy mal.

- Desde luego, algo no funciona -replicó Burton. No sabía más de los métodos de resurrección que cualquier otro hombre del Río. Jamás había visto una resurrección, pero quienes la habían contemplado se la habían descrito. Al amanecer, justo después de que el sol apareciese por encima de las montañas inescalables, surgía un resplandor en el aire junto a una piedra de cilindros. En un parpadeo, la distorsión se solidificaba, y un hombre, mujer o niño desnudo aparecía de la nada, sobre la hierba de la orilla. Y siempre, junto al «Lázaro», se hallaban el indispensable cilindro y las toallas.

A lo largo de un valle que podría tener de quince a treinta millones de kilómetros, y en el que vivían, según se estimaba, de treinta y cinco mil a treinta y seis mil millones de personas, podían morir un millón por día. Era cierto que no existían enfermedades, aparte de las mentales, pero, aunque no hubiese estadísticas, se podía asegurar que, probablemente, cada veinticuatro horas un millón de personas eran asesinadas en las miríadas de guerras entre el millón o así de pequeños estados, o en crímenes pasionales, ejecuciones de criminales, y en suicidios y accidentes. Había un continuo y numeroso tráfico de aquellos que sufrían la «pequeña resurrección», que era como se la llamaba.

Pero Burton jamás había oído hablar de que dos personas muriesen en el mismo lugar y momento, y que resucitasen juntas. El proceso de selección del área para la nueva vida era el azar... o al menos así lo había creído siempre.

Posiblemente podía ocurrir un tal caso, aunque las probabilidades fueran una en veinte millones. Pero que sucediera en dos ocasiones, una inmediatamente después de la otra, era un milagro.

Burton no creía en los milagros. Nada sucedía que no pudiese ser explicado por los principios físicos... si uno conocía todos los datos.

El no los conocía, así que, por el momento, no se preocuparía por la «coincidencia». Era más urgente resolver otro problema: ¿qué es lo que iba a hacer acerca de Goering?

El hombre lo conocía, y podía identificarlo a cualquier Ético que lo estuviera buscando.

Burton miró rápidamente a su alrededor, y vio un cierto número de hombres y mujeres que se les aproximaban en forma aparentemente amistosa. Había tiempo para cruzar algunas palabras con el alemán.

- Goering, puedo matarte o matarme. Pero no quiero hacer ninguna de las dos cosas... al menos por el momento. Ya sabes por qué eres peligroso para mi. No debería correr riesgos contigo, hiena traicionera. Pero hay algo diferente en ti, algo que no puedo definir, pero que...

Goering, que era notorio por su resistencia, parecía estar saliendo ya del shock. Sonrió torvamente y dijo:

- Te tengo entre la espada y la pared, ¿no?

Pero viendo la mueca de Burton, alzó rápidamente una mano y dijo:

- No obstante, juro que no revelaré a nadie tu identidad, ni haré nada para dañarte. Quizá no seamos amigos, pero al menos nos conocemos el uno al otro, y estamos en una tierra de extraños. Es bueno el tener un rostro familiar al lado. Lo sé, pues he sufrido mucho tiempo la soledad, la desolación del espíritu. Creí que me volvería loco. Esta es en parte la razón por la que me dediqué a la goma de los sueños. Créeme, no te traicionaré.

Burton no le creía. Sin embargo, pensaba que podía fiarse de él por un tiempo. Goering desearía tener un aliado potencial al menos hasta que hubiera estudiado a la gente de aquel área y supiera lo que podía o no podía hacer. Además, quizá Goering hubiera cambiado para bien.

No, se dijo Burton a sí mismo. No. Ya estás de nuevo en eso. Por muy cínico que seas verbalmente, siempre has sido demasiado dado a perdonar. Demasiado dispuesto a olvidarte de las injurias que te han sido hechas, y a dar otra oportunidad a quien te injurió. No vuelvas a comportarte como un estúpido, Burton.

Tres días más tarde, seguía incierto acerca de Goering.

Burton había tomado la identidad de Abdul ibn Harun, un ciudadano del Cairo, Egipto, en el Siglo XIX. Tenía diversas razones para adoptar ese disfraz. Uno era que hablaba un árabe excelente, conocía el dialecto cairota de aquel período, y tenía una excusa para cubrirse la cabeza con una toalla enrollada en forma de turbante. Esperaba que esto le ayudase a ocultar su apariencia. Goering no dijo a nadie una palabra con que contradecir su enmascaramiento. Burton estaba bastante seguro de esto, porque él y Goering pasaban juntos la mayor parte del tiempo. Estaban habitando la misma choza hasta que se ajustasen a las costumbres locales y pasasen por su período de pruebas, parte del cual consistía en un intensivo entrenamiento militar. Burton había sido uno de los más grandes espadachines del Siglo XIX, y también conocía todos los trucos de la lucha con armas o con las manos desnudas. Tras una demostración de su habilidad en una serie de pruebas, fue acogido como recluta. De hecho, le prometieron que lo harían instructor en cuanto aprendiese bien el idioma.

Goering consiguió casi con la misma rapidez el respeto de los habitantes locales. Cualquiera que fueran sus otras faltas, no le faltaba valor. Era fuerte y experto con las armas, jovial y encantador cuando deseaba serlo, y no iba muy por detrás de Burton en lograr el dominio del idioma. Era rápido en ganar y usar la autoridad, tal como correspondía al ex Reichsmarschal de la Alemania de Hitler.

Aquella sección de la orilla oeste estaba poblada principalmente por gentes que hablaban un idioma totalmente desconocido incluso para Burton, un excelente lingüista, tanto en la Tierra como en el planeta del Río. Cuando hubo aprendido lo bastante como para hacer preguntas, dedujo que debían haber vivido en algún lugar de la Europa Central durante los inicios de la Edad de Bronce. Tenían algunas costumbres curiosas, una de las cuales era la copulación pública. Esto le resultaba bastante interesante a Burton, que era uno de los cofundadores de la Royal Anthropological Society de Londres, en 1863, y que había visto cosas muy extrañas durante sus exploraciones en la Tierra. No participó, pero tampoco se sintió horrorizado.

Una costumbre que adoptó alegremente fue la de las patillas pintadas. A los hombres les dolía que el pelo de sus rostros hubiera sido permanentemente eliminado por los resucitadores, del mismo modo que les habían sido circuncidados los prepucios. No podían hacer nada con respecto a este último ultraje, pero podían corregir el primero hasta cierto punto. Se pintaban los labios superiores y patillas con un líquido oscuro hecho con carbón vegetal muy machacado, goma de pescado, tanino de abeto y otros componentes. Los más decididos usaban el tinte como tatuaje, y sufrían un doloroso y prolongado pinchado con aguzadas agujas de bambú.

Ahora Burton estaba doblemente disfrazado, y sin embargo se había puesto a merced de un hombre que podía traicionarlo a la primera oportunidad. Deseaba atraer a un Ético, pero no deseaba que este Ético estuviera seguro de su identidad.

Burton quería estar seguro de poder escapar a tiempo antes de ser atrapado por la red. Era un juego peligroso, como caminar por una cuerda floja sobre un pozo de lobos hambrientos. Pero deseaba jugarlo. Escaparía solo cuando fuera absolutamente necesario. El resto del tiempo sería la presa persiguiendo al cazador.

Y sin embargo, la visión de la Torre Oscura, o la Fuente, estaba siempre en el horizonte de sus pensamientos. ¿Por qué jugar al gato y al ratón, cuando podía ser capaz de escalar las mismas murallas del castillo en el que suponía tenían su residencia los Éticos? O, si el escalar no era la descripción correcta, introducirse en la Torre, entrar como un ratón lo hace en una

casa... o un castillo. Mientras los gatos estaban mirando hacia otro lado, el ratón estaría deslizándose al interior de la Torre, y allí, quizá el ratón se transformase en un tigre.
Ante este pensamiento se echó a reír, recibiendo miradas de curiosidad de sus dos compañeros de choza: Goering y un inglés del Siglo XVII, John Collop. Su risa se debía a la ridícula imagen de sí mismo convertido en tigre. ¿Qué le hacía pensar que él, un hombre solo, podía hacer algo contra los moldeadores de planetas, a los resurrectores de miles de millones de muertos, a los alimentadores y mantenedores de aquellos llamados de nuevo a la vida? Se estrujó las manos, y supo que en su interior, y en el interior del cerebro que las guiaba, podía hallarse la perdición de los Éticos. No sabía qué cosa terrible era la que se ocultaba en su propio interior, pero Ellos le temían. Si lograse averiguar el porqué...
Su risa era de autoridiculización únicamente en parte. Una parte de sí creía realmente que era un tigre entre los hombres.
- Un hombre es como piensa ser -murmuró.
- Tienes una risa muy peculiar, amigo mío -le dijo Goering-. Algo femenino para un hombre tan masculino.
Es como... como una roca lanzada que resbala sobre un lago de hielo. O como la de un chacal.
- Tengo en mí algo de chacal y de hiena -replicó Burton-. Al menos, eso es lo que mantenían mis detractores... y tenían razón. Pero soy algo más que eso.
Se alzó de la cama y comenzó a hacer ejercicios para quitarse el óxido del sueño de los músculos. En unos minutos, iría con los otros a una piedra de cilindros situada junto a la orilla del Río y cargaría su recipiente. Luego, pasaría una hora limpiando el lugar. Después, ejercicios, seguidos por la instrucción en la lanza, la maza, la honda, la espada de obsidiana, el arco y las flechas, el hacha de sílex, y la lucha con pies y manos desnudos. Una hora de descanso para charlar y comer. Luego, una hora en la clase de idioma. Dos horas de trabajo para ayudar a construir las murallas que marcaban los límites de aquel pequeño estado. Media hora de descanso, y después la obligatoria carrera de un par de kilómetros para ir ganando resistencia. Cena de los cilindros, y el atardecer libre excepto para aquellos que tuvieran servicio de guardia u otras tareas.
Un tal horario y actividades estaban siendo duplicados en los pequeños estados arriba y abajo a todo lo largo del Río. Casi en todas partes, la humanidad estaba en guerra o preparándose para ella. Los ciudadanos debían mantenerse en forma y saber cómo luchar tan hábilmente como fueran capaces. Además, los ejercicios mantenían ocupados a los ciudadanos. Sin importar lo monótona que fuera la vida marcial, siempre era mejor que estar por ahí pensando en qué hacer para divertirse. La eliminación de las preocupaciones acerca de la comida, el alquiler, los recibos y todas las molestas tareas y deberes que habían mantenido ocupados y presurosos a los terrestres, no era una bendición absoluta. Existía la gran batalla contra el aburrimiento, y los líderes de cada estado estaban ocupados tratando de pensar formas en que mantener ocupados a sus súbditos.
El valle del Río debería haber sido un paraíso, pero todo era guerra, guerra, guerra. Pero, no obstante, según algunos, la guerra era buena en aquel lugar. Daba sabor a la vida, y acababa con el aburrimiento. La ambición y la agresividad humana tenían su lado bueno.
Tras la cena, cada hombre o mujer quedaba libre para hacer lo que quisiese, mientras no fuese en contra de las leyes locales. Podía cambiar los cigarrillos y el licor suministrados por su cilindro, o el pescado que hubiese atrapado en el Río, por un arco y flechas mejores, por escudos, cuencos, y tazas, sillas y mesas, flautas de bambú, trompetas de arcilla, tambores de piel de pez o humana, piedras preciosas (que realmente eran poco usuales), collares hechos con los huesos, bellamente articulados y coloreados, de los peces de las aguas profundas del Río, o de jade o de madera tallada, espejos de obsidiana, zapatos y sandalias, dibujos al carbón, el raro y caro papel de bambú, tinta y plumas hechas con espinas, sombreros fabricados con la larga y resistente hierba de las colinas, pequeños carros en los que descender por las laderas de las colinas, arpas hechas con madera y cuerdas sacadas de las tripas de los peces dragón, anillos de abeto para los dedos de las manos y los pies, estatuillas de barro, y otros artículos útiles u ornamentales.

Naturalmente, más tarde había el momento para el amor, que a Burton y a sus compañeros de cabaña les estaba negado, por aquel entonces. Solamente cuando hubieran sido aceptados como ciudadanos de hecho y de derecho se les permitiría trasladarse a casas propias y vivir con una mujer.

John Collop era un joven bajo y delgado, con largo cabello rubio, un rostro estrecho pero agradable, y grandes ojos azules con pestañas muy largas, negras y arqueadas. En su primera conversación con Burton había dicho tras presentarse:

- Fui liberado de la oscuridad del seno materno, ¿de qué otro lugar podía provenir?, a la luz de la Tierra creada por Dios, en el año del Señor de 1625. Con demasiada rapidez descendí de nuevo al seno de la madre naturaleza, confiado en la esperanza de la resurrección, y no siendo decepcionado, como puedes ver. Aunque debo confesar que esta vida venidera no es la que ciertas personas me llevaron a imaginar. Pero, ¿cómo iban a conocer ellos la verdad, pobres diablos ciegos que guiaban a otros ciegos?

No pasó mucho antes de que Collop le dijese que era miembro de la Religión de la Segunda Oportunidad.

Las cejas de Burton se alzaron. Había encontrado aquella nueva religión en muchos lugares a lo largo del Río. Burton, aunque era un agnóstico, se dedicaba a estudiar detenidamente toda religión. Conociendo la fe de un hombre, se conocía al menos la mitad de ese hombre. Conociendo a su esposa, se conocía la otra mitad.

La religión tenía unos pocos simples dogmas, algunos basados en los hechos, y otros en hipótesis, esperanzas y deseos. En esto no se difería de las religiones surgidas en la Tierra. Pero los segundoportunistas tenían una ventaja sobre cualquier religión terrestre: no tenían dificultad alguna en probar que los hombres muertos volvían a nacer... y no solo una vez, sino muchas.

- ¿Y por qué se ha dado una Segunda Oportunidad a la humanidad? -preguntó Collop en su baja y segura voz-. ¿Se lo merece? No. Con pocas excepciones, los hombres son una especie rastrera, miserable, ramplona, malévola, estrecha de mente, extremadamente egoísta, generalmente belicosa y repugnante. Contemplándolos, los dioses... o el dios, debería vomitar. Pero en este vómito divino hay un grumo de compasión, si es que me perdonas por usar estas comparaciones. El hombre, por bajo que sea, tiene una molécula de divinidad en él: No es una frase vacía la que dice que el hombre fue hecho a imagen de Dios. Hay algo que vale la pena salvar aún en el peor de nosotros. Y de este algo puede construirse un nuevo hombre.

»Quienquiera que nos haya dado esta nueva oportunidad para salvar nuestras almas conoce esta verdad. Hemos sido colocados aquí, en el mundo del Río, en este planeta extraño bajo cielos extraños, para trabajar en nuestra salvación. Ni yo ni los líderes de mi religión podemos especular acerca del tiempo de que disponemos. Quizá el límite sea la eternidad, o únicamente un centenar o un
millar de años. Pero debemos usar el tiempo de que dispongamos, amigo mío.

- ¿No fuiste sacrificado en el altar de Odín por unos noruegos que se aferraban a la antigua religión, a pesar de que este mundo no es el Valhalla que les prometieron sus sacerdotes? -preguntó Burton-. ¿No crees que perdiste el tiempo y la saliva predicándoles? Creen en los mismos y viejos dioses, y las únicas diferencias en su teología son algunos ajustes que han debido hacer a las nuevas condiciones de aquí. Tal como tú te has aferrado a tu vieja fe.

- Los noruegos no tienen explicación alguna para este nuevo ambiente -respondió Collop-. Yo, en cambio, si. Tengo una explicación razonable, una que esos noruegos acabarán por aceptar, por creer tan fervientemente como yo. Me mataron, pero algún miembro más persuasivo de nuestra fe irá y hablará con ellos antes de que lo aten sobre el regazo de un ídolo de madera y le den una puñalada en el corazón. Y si ése no les convence, el próximo misionero lo hará.

»En la Tierra, era cierto que la sangre de los mártires era la simiente de la iglesia. Y aún es más cierto aquí. Si se mata a un hombre para callarle la boca, reaparece en algún otro lugar a lo largo del Río. Y un hombre que ha sido martirizado a un centenar de millares de kilómetros

de distancia surge para reemplazar al mártir anterior. Nuestra fe acabará por vencer. Los hombres cesarán esas guerras inútiles y generadoras de odio, y comenzarán con la única tarea verdadera, la única tarea válida, la tarea de salvarse a sí mismos.
- Lo que dices acerca de los mártires es cierto acerca de cualquiera con una idea -replicó Burton-. Un hombre malvado que muere también surge en otro lugar para seguir cometiendo sus maldades.
- El bien prevalecerá; la verdad siempre triunfa -salmodió Collop.
- No sé lo que pudiste moverte por la Tierra ni cuanto duró tu vida -dijo Burton-, pero debió de ser muy poco para que seas tan ciego. Yo sé que las cosas no son así.
- Nuestras creencias no están fundadas únicamente en la fe. Hay algo muy real, muy sustancial, en lo que podemos basar nuestras enseñanzas. Dime, Abdul, ¿has oído hablar de alguien que fuera resucitado muerto?
- ¿Una paradoja? -exclamó Burton-. ¿Qué quieres decir con eso de resucitado muerto?
- Hay al menos tres casos comprobados, y cuatro más de los que ha oído hablar nuestra congregación, pero que no hemos podido autenticar. Eran hombres y mujeres que murieron en un lugar del Río y fueron trasladados a otro. Cosa extraña, sus cuerpos fueron recreados, pero les faltaba la chispa de la vida. Y bien, ¿por qué era eso?
- No puedo imaginármelo -admitió Burton-. Dímelo tú, te escucharé, pues hablas como si supieras de lo que estás hablando.
Podía imaginárselo, puesto que había oído la misma historia en otros lugares, pero deseaba saber si la historia de Collop concordaba con las otras.
Era la misma, incluyendo los nombres de los lázaros muertos. La historia era que aquellos hombres y mujeres habían sido identificados por personas que los habían conocido muy bien en la Tierra. Eran todos gente justa y de rectas costumbres en la Tierra. La teoría era que habían alcanzado el estado de pureza que hacia que ya no fuera necesario que debieran continuar en el «purgatorio» del planeta del Río. Sus almas habían ido a... algún lugar; y habían dejado tras de sí el exceso de equipaje que representaban sus cuerpos físicos.
Pronto, al menos eso era lo que decían los componentes de la nueva religión, más personas alcanzarían ese estado, y sus cuerpos quedarían atrás. Finalmente, pasado el tiempo suficiente, el planeta del Río quedaría despoblado. Todos habrían eliminado su maldad y sus odios, y estarían repletos de amor. Incluso los más depravados, aquellos que parecían estar absolutamente perdidos, serían capaces de abandonar sus cuerpos físicos. Lo único que se necesitaba para alcanzar este estado ideal era amor.
Burton suspiró, se rió en voz alta y dijo:
- Plus ma change, plus c'est la méme chose. Otro cuento de hadas para darles esperanzas a los hombres. Las viejas creencias han sido desacreditadas, aunque algunos rehúsan aceptar incluso esto; por tanto, hay que inventar nuevas creencias.
- Tiene sentido -le replicó Collop-. ¿Tienes una mejor explicación del porqué estamos aquí?
- Quizá. También yo puedo inventarme cuentos de hadas.
De hecho, Burton tenía una explicación. Sin embargo, no se la podía dar a Collop. Spruce le había hablado a Burton un poco acerca de la identidad, historia y propósitos de su grupo, los Éticos, y mucho de lo que había dicho estaba de acuerdo con las creencias de Collop.
Spruce se había matado antes de explicar acerca de la «psiquis». Probablemente, la «psiquis» tenía que ser parte de la organización total de la resurrección. De otra forma, cuando el cuerpo hubiera alcanzado la «salvación» y ya no viviese, no habría nada para continuar manteniendo la parte esencial de un hombre. Dado que la vida post-terrestre podía ser explicada en términos físicos, esa «psiquis» debía ser una entidad física, y que no debía ser dejada a un lado con la connotación de que era algo sobrenatural, como se había hecho en la Tierra.
Había muchas cosas que Burton no sabia. Pero había podido dar una ojeada al interior del planeta del Río, cosa que no había podido hacer ningún otro hombre.
Con los datos que tenía, planeaba hacer palanca para conseguir más, abrir un poco la tapa, y arrastrarse al interior del sancta sanctorurn. Para hacerlo, llegaría hasta la Torre Oscura. Y la única forma de llegar allí rápidamente era tomar el Express de los Suicidios. Primero, debía

ser descubierto por un Ético. Luego, tenía que dominar a ese Ético, incapacitarlo para suicidarse, y, de alguna manera, sacarle más información.
Mientras tanto, continuaba representando el papel de Abdul ibn Harun, médico egipcio del Siglo XIX, ahora un ciudadano de Bargawhwdzys. Como tal, decidió unirse a la congregación de la Segunda Oportunidad. Anunció a Collop su desencanto con Mahoma y sus enseñanzas, y así se transformó en el primer converso logrado por Collop en aquella zona.
- Entonces debes jurar no tomar las armas contra ningún hombre, ni defenderte en forma física, mi querido amigo -le dijo Collop.
Burton, ultrajado, dijo que no permitiría a ningún hombre que le atacase sin darle su merecido.
- Lo que dices es lo acostumbrado -comentó con suavidad Collop-. Lo que te propongo es contrario al hábito, si, pero un hombre tiene que dejar de ser lo que ha sido, hacerse mejor... si tiene la fuerza de voluntad y el deseo para ello.
Burton lanzó un violento «no», y se marchó. Collop agitó tristemente la cabeza, pero continuó mostrándose tan amistoso como siempre. Provisto de un cierto sentido del humor, se dirigía a veces a Burton como su «converso de cinco minutos», no refiriéndose al tiempo que le había costado llevar a Burton a su rebaño, sino el tiempo que había permanecido en él.
Por aquel entonces, Collop consiguió su segundo converso: Goering. El alemán no había dedicado más que malas caras y pullas a Collop; luego comenzó a masticar de nuevo goma de los sueños, y comenzaron las pesadillas.
Durante dos noches mantuvo a Collop y Burton despiertos con sus gruñidos, su agitación, y sus gritos. A la mañana del tercer día, le preguntó a Collop si lo aceptaría en su congregación. Sin embargo, tenía que hacer una confesión: Collop debía comprender qué tipo de persona había sido, tanto en la Tierra como en aquel planeta.
Collop escuchó la mezcla de autocrítica y autobombo. Luego, dijo:
- Amigo, no me importa lo que hayas sido: solo lo que eres, y lo que serás. Te he escuchado únicamente porque la confesión es buena para el alma. Puedo ver que estás muy turbado, que has pasado penas y desesperación por lo que has hecho, y sin embargo que aún sientes un cierto placer por lo que fuiste, una gran figura entre los hombres. No comprendo mucho de lo que me dices, pues no sé mucho sobre tu era. Ni tampoco importa. Solo deben preocuparnos el hoy y el mañana; cada día se ocupará de sí mismo.
A Burton le parecía que no era que a Collop no le importase lo que Goering había sido, sino que no creía su historia de gloria e infamia terrestres. Había tantos falsarios, que los héroes o villanos genuinos habían sufrido una depreciación. Por ejemplo, Burton se había encontrado con tres profetas, dos Abraham, cuatro reyes Ricardo Corazón de León, seis Atila, una docena de Judas (solo uno de los cuales sabía hablar arameo), un George Washington, dos Lord Byron, tres Jesse James, un gran número de Napoleón, un general Custer (que hablaba con mucho acento de Yorkshire), un Finn MacCool (que no conocía el antiguo irlandés), un Tchaka (que hablaba un dialecto zulú incorrecto), y un cierto número de otros que podrían haber sido o no lo que pretendían ser.
Hubiera sido lo que hubiese sido un hombre en la Tierra, tenía que volver a reestablecerse aquí. Esto no era fácil, puesto que las condiciones habían sido alteradas radicalmente. Los grandes y los importantes de la Tierra eran constantemente humillados en sus pretensiones, y les era negada la posibilidad de probar sus identidades.
Para Collop, esta humillación era una bendición. Primero la humillación, luego la humildad, hubiera dicho. Y luego, naturalmente, vendría la humanidad.
Goering había sido atrapado por el Gran Proyecto, como lo llamaba Burton, debido a que era parte de su naturaleza el abusar de todo, especialmente de las drogas. Aún sabiendo que la goma de los sueños estaba desenterrando las cosas oscuras de su abismo personal, y desparramándolas a la luz, aún seguía masticando tanto como podía conseguir. Durante un periodo, temporalmente sano otra vez por la nueva resurrección, había sido capaz de luchar contra la tentación de la droga. Pero algunas semanas tras su llegada a aquella zona había sucumbido, y ahora la noche era rasgada por sus alaridos de:

- ¡Hermann Goering, te odio!
- Si continúa así -le dijo Burton a Collop-, enloquecerá. O se suicidará de nuevo, u obligará a alguien a que lo mate para poder escapar de si mismo. Pero el suicidio será en vano, y volverá a empezar de nuevo. Dime ahora, en verdad: ¿no es esto el infierno?
- El purgatorio más bien -le replicó Collop-. El purgatorio es un infierno con esperanza.

CAPITULO XXIV

Pasaron dos meses. Burton señalaba los días en un palo de pino en el que hacía muescas con un cuchillo de sílex. Aquel era el catorceavo día del séptimo mes del año cinco D.R., el quinto después de la resurrección. Burton trataba de llevar un calendario, pues, entre otras muchas cosas, era un cronista. Pero era difícil. El tiempo no tenía mucho significado en el Río. El planeta tenía un eje polar que siempre estaba en un ángulo de noventa grados con respecto a la eclíptica. No había cambio de estaciones, y las estrellas parecían empujarse las unas a las otras y hacer imposible la identificación de luminarias o constelaciones individuales. Eran tantas o tan brillantes, que ni siquiera el sol del mediodía en su cenit podía ocultar enteramente a las mayores de ellas. Flotaban en el ardiente aire como fantasmas que no estuvieran dispuestos a retirarse ante la luz del sol.
Sin embargo, el hombre necesita del tiempo como un pez del agua, y si no tiene se lo inventa; así que para Burton era el catorce de julio del año cinco D.R.
Pero Collop, como muchos otros, contaba el tiempo como continuación del año de su muerte terrestre. Para él, era el año del Señor 1667. No creía que hubiese que dejar de contar a partir del nacimiento de Cristo. Aquel valle era el valle que se abre más allá de la sombra de la muerte. Admitía que aquella nueva vida no era la que había esperado, y sin embargo, en muchos aspectos, era mucho mejor. Se había dado a todos los hombres, por poco que se mereciesen ese regalo, otra oportunidad. Allí los ladrillos, que eran el amor místico, y la argamasa, que era el amor por el prójimo, debían ser moldeados en la construcción: el Planeta del Valle del Río.
Burton se burlaba del concepto, pero no podía dejar de sentir afecto por el hombrecillo. Collop era un hombre convencido; no estaba alimentando el horno de su bondad con las páginas de un manual o las hojas de un tratado. No ardía bajo el efecto de un soplo extraño. Lo hacía con una llama que se alimentaba en su propio ser, y ese ser estaba henchido de amor. Amor incluso por aquello que resultaba imposible amar, que es la forma más rara y difícil de amar.
Le contó a Burton algo de su vida terrestre. Había sido doctor, campesino, un liberal con una fe inquebrantable en su religión, y no obstante repleto de preguntas acerca de su fe y la sociedad de su tiempo. Había escrito una súplica en pro de la tolerancia religiosa, que había levantado tanto aclamaciones como condenas en su tiempo. Y había sido un poeta bien conocido durante un corto período, y luego olvidado.

Señor, haz que los incrédulos vean
que los milagros que cesaron revivan en mí.
El leproso limpio, el ciego curado,
los muertos resucitados por ti.

- Quizá mis versos hayan muerto, pero no su verdad -le dijo a Burton. Hizo un gesto con su mano para indicar las colinas, el Río, las montañas, el pueblo-. Como puedes ver si abres tus ojos y no persistes en esta testaruda ilusión tuya de que todo esto es obra de hombres como nosotros.
Luego, tras una pausa, continuó:
- O aunque aceptemos tu premisa, sigue siendo cierto que esos Éticos están haciendo únicamente la labor de su creador.
- Me gusta más -dijo Burton- ese otro verso tuyo:

Alma embotada, aspira:
no eres de la Tierra. ¡Sube más alto!
El cielo dio la chispa; a el devuelve el fuego.

Collop se sintió complacido, no sabiendo que Burton pensaba en sus líneas con un sentido diferente al pretendido por el poeta.
- A él devuelve el fuego.
Eso representaba llegar, de alguna manera, a la Torre Oscura, descubrir los secretos de los Éticos, y volver sus artefactos en contra de Ellos. No se sentía agradecido porque Ellos le hubieran dado una segunda vida. Se sentía molesto porque lo hubieran hecho sin consultarle. Si deseaban su agradecimiento, ¿por qué no le decían el motivo por el que le había sido dada una segunda oportunidad? ¿Qué razón tenían Ellos para mantener en la oscuridad sus motivos? El averiguaría el porqué. La chispa que ellos habían restaurado en él se convertiría en un rabioso fuego que los quemaría.
Maldijo al destino que lo había llevado a un lugar tan cercano a la Fuente del Río, y por consiguiente tan próximo a la Torre, y en unos pocos minutos se lo había vuelto a llevar de regreso a algún lugar en el centro del Río, a millones de kilómetros de distancia de su objetivo. Y sin embargo, si había estado allí en una ocasión, podía volver de nuevo. No tomando un barco, pues el viaje necesitaría al menos cuarenta años, y probablemente más. También debía contar con la posibilidad de ser capturado y esclavizado en un millar de lugares. Y, si lo matasen durante el camino, podía encontrarse revivido de nuevo muy lejos de su objetivo, y tener que comenzar a partir de cero.
Por otro lado, dada la selección, aparentemente al azar, de la resurrección, quizá se hallase una vez más cerca de la fuente del Río. Fue esto lo que le decidió a subir de nuevo al Express de los Suicidios. No obstante, aunque sabía que su muerte sería solo temporal, hallaba difícil el dar el paso necesario. Su mente le decía que la muerte era el único camino, pero su cuerpo se rebelaba. La feroz insistencia por sobrevivir de sus células superó su fuerza de voluntad.
Durante un tiempo, razonó consigo mismo que estaba interesado en estudiar las costumbres e idioma de los prehistóricos entre los que vivía. Luego, la honestidad triunfó, y supo que únicamente estaba buscando una excusa para alejar el triste momento. Y, a pesar de esto, no actuó.
Burton, Collop y Goering fueron trasladados de sus barracones de solteros para incorporarse a la vida normal de los ciudadanos. Cada uno de ellos tomó residencia en una cabaña, y al cabo de una semana había encontrado a una mujer que viviera con él. La fe de Collop no requería el celibato. Un miembro de la misma podía hacer voto de castidad si lo deseaba, pero su congregación razonaba que los hombres y las mujeres habían sido resucitados en unos cuerpos que retenían por completo el sexo de los originales (o, que caso de faltarles en la Tierra, les había sido suministrado allí). Era evidente que quien hubiera ideado tal resurrección había planeado que el sexo fuera usado. Era bien sabido, aunque algunos lo siguiesen negando, que el sexo tenía otras funciones aparte de la reproducción. Así que ánimo, muchachos, a revolcaros por la hierba.
Otro resultado de la lógica inexorable de aquella fe (que, por cierto, afirmaba que la razón no era de fiar) era que se permitía cualquier tipo de amor, siempre que fuera voluntario y no llevase en sí la crueldad o la fuerza. Quedaba prohibida la explotación de los niños, aunque aquél era un problema que, con el tiempo, dejaría de existir. En unos pocos años, todos los niños serían adultos.
Collop rehusaba tener una compañera de cabaña únicamente para aliviar sus tensiones sexuales. Insistía en buscar una mujer a la que amase. Burton se burlaba de él por esto, diciendo que era un prerrequisito que podía ser cumplimentado con facilidad: Collop amaba a toda la humanidad. Por consiguiente, teóricamente podía aceptar a la primera mujer que le dijese sí.
- De hecho, amigo mío -dijo Collop- eso es exactamente lo que sucedió.
- ¿Es entonces pura coincidencia que sea hermosa, apasionada e inteligente? -le preguntó Burton.
- Aunque me esfuerzo por ser algo más que humano, o mejor dicho, a llegar a ser un humano completo, soy demasiado humano -replicó Collop. Sonrió-. ¿Preferirías que me hubiese convertido deliberadamente en un mártir, escogiendo a una mujer fea y horrible?

- Si hubieras hecho eso, pensaría que eres más tonto de lo que pienso ahora que eres -le dijo Burton-. En cuanto a lo que a mí respecta, lo único que necesito en una mujer es belleza y afecto. No me importa un comino que tenga cerebro, y prefiero las rubias. Hay una tecla en mí que responde a las pulsaciones de una mujer de cabello de oro.
Goering se llevó a su cabaña a una valquiria, una sueca del Siglo XVIII, alta, de anchas espaldas y enormes senos. Burton se preguntaba si no sería un sustituto de la primera mujer de Goering, la cuñada del explorador sueco conde von Rosen. Goering admitió que no solo se parecía a su Karin, sino que además tenía una voz similar. Parecía ser muy feliz con ella, y ella con él.
Luego, una noche, durante la invariable lluvia de madrugada, Burton fue arrancado de un profundo sueño.
Creyó haber oído un chillido, pero lo único que pudo oír cuando estuvo totalmente despierto fue la explosión de un trueno y el restallido de un relámpago cercano. Cerró los ojos, solo para abrirlos de nuevo con sobresalto. Una mujer había gritado en una cabaña cercana.
Saltó en pie, echó a un lado la puerta de bambú, y sacó la cabeza. La fría lluvia le golpeó el rostro. Todo estaba a oscuras excepto las montañas del oeste, que eran iluminadas por los relámpagos. Luego, un rayo cayó tan cerca que se quedó atontado y sordo. Sin embargo, pudo divisar dos figuras fantasmagóricamente blancas justo fuera de la cabaña de Goering. El alemán tenía sus manos en el cuello de su mujer, que estaba agarrada a una de sus muñecas, tratando de apartarla.
Burton corrió, resbaló en la hierba húmeda, y cayó.
Justo cuando se alzaba, otro relámpago le mostró a la mujer de rodillas, inclinada hacia atrás, y el distorsionado rostro de Goering sobre ella. Al mismo tiempo Collop, enrollando una toalla a su cintura, salió de su cabaña. Burton se puso en pie y, aún en silencio, corrió de nuevo. Pero Goering había desaparecido. Burton se arrodilló junto a Karla, le tomó el pulso, y no pudo notar latido alguno. Otro destello del rayo le mostró el rostro de ella con la boca abierta y los ojos desorbitados.
Se alzó y gritó:
- ¡Goering! ¿Dónde estás?
Algo le golpeó en la parte de atrás del cráneo. Cayó de bruces.
Atontado, consiguió incorporarse sobre sus manos y rodillas, solo para ser derribado de nuevo por otro fuerte golpe. Semiinconsciente, consiguió sin embargo rodar sobre su espalda, y alzó sus piernas y manos para defenderse. El rayo le mostró a Goering de pie sobre él, con una porra en la mano. Su rostro era el de un loco.
La oscuridad siguió al rayo. Algo blanco y poco visible saltó sobre Goering en las sombras. Los dos pálidos cuerpos cayeron en la hierba, junto a Burton, y rodaron una y otra vez. Bufaban como gatos, y otro destello del relámpago mostró que se estaban arañando.
Burton se tambaleó poniéndose en pie y caminó pesadamente hacia ellos, pero fue derribado por el cuerpo de Collop, lanzado por Goering. De nuevo se puso en pie. Collop se alzó de un salto y cargó contra Goering. Se oyó un fuerte crac, y Collop se desplomó. Burton trató de correr hacia Goering. Sus piernas rehusaron obedecer sus órdenes: lo llevaron a la deriva, apartándolo de su punto de ataque. Luego otro estallido de luz y sonido mostró a Goering, como en una fotografía, inmóvil en el acto de dar un golpe con la porra a Burton.
Este notó como su brazo quedaba inerte al recibir el impacto de la porra. Ahora le desobedecían no solo las piernas sino también su brazo izquierdo. A pesar de todo, apretó su mano derecha en un puño y trató de golpear a Goering. Se oyó otro crac; sus costillas parecieron hundirse y clavarse contra su pulmón. Quedó sin aliento, y de nuevo cayó sobre la fría y mojada hierba.
Algo cayó a su lado. A pesar de su dolor, tendió la mano hacia ello. Era la porra. Goering debía haberla dejado caer. Estremeciéndose con cada dolorosa inspiración, se incorporó sobre una rodilla. ¿Dónde estaba el loco? Dos sombras danzaban y se desdibujaban, se unían y se separaban. ¡La cabaña! ¡Estaba bizqueando! Se preguntó si tendría una conmoción cerebral. Luego se olvidó de ello, cuando vio vagamente a Goering a la luz de un lejano relámpago.

Más bien eran dos Goering. Uno parecía acompañar al otro. El de la izquierda tenía sus pies en el suelo, el de la derecha pisaba en el aire.
Ambos alzaban sus manos hacia la lluvia, como si tratasen de lavarlas. Y cuando los dos se volvieron y caminaron hacia él, comprendió qué era lo que estaban intentando hacer. Gritaban en alemán, y con una sola voz:
- ¡Límpiame la sangre de las manos! ¡Oh, Dios, lávamelas!
Burton se tambaleó hacia Goering, con la porra en alto. Pensaba dejarlo sin sentido, pero, de pronto, Goering se volvió y echó a correr. Burton lo siguió tan de cerca como pudo, bajando la colina, siguiendo otra, y luego por la llanura. Cesó la lluvia, murieron los relámpagos y los truenos, y al cabo de cinco minutos las nubes, como siempre, hubieron desaparecido. La luz de las estrellas iluminó la blanca piel de Goering.
Como un fantasma revoloteaba ante su perseguidor, aparentemente deseando llegar al Río. Burton iba tras él, aunque se preguntaba por qué lo hacía. Sus piernas habían recuperado casi toda su fuerza, y su visión ya no era doble. Al fin, halló a Goering. Estaba en cuclillas junto al Río, mirando fijamente las olas iluminadas por las estrellas.
- ¿Te encuentras bien ahora? -le preguntó Burton. Goering se sobresaltó. Comenzó a alzarse, luego cambió de idea. Gruñendo, metió su cabeza entre las rodillas.
- Sabía lo que estaba haciendo, pero no sé por qué -dijo con voz átona-. Karla me decía que se marcharía por la mañana, que no podía dormir por el ruido que yo hacía con mis pesadillas. Y yo actuaba en forma extraña. Le supliqué que se quedase; le dije que la amaba mucho, que me moriría si me abandonaba. Ella me dijo que me tenía afecto, mejor dicho, que me lo había tenido, pero que no me amaba. De pronto, me pareció que si quería conservarla tendría que matarla. Salió gritando de la cabaña. Ya conoces el resto.
- Pensaba matarte -dijo Burton-, pero puedo ver que eres tan poco responsable como un loco. No obstante, la gente de aquí no aceptará esta excusa. Ya sabes lo que harán: te colgarán boca abajo por los tobillos, y te dejarán colgado hasta que te mueras.
- ¡No lo comprendo! -sollozó Goering-. ¿Qué es lo que me está pasando? ¡Esas pesadillas! Créeme, Burton, si he pecado, bien lo he pagado. ¡Pero parece que debo seguir pagando! Mis noches son un infierno, y pronto también lo serán mis días. Entonces, sólo habrá una forma en que pueda conseguir la paz: me suicidaré. Pero no me servirá de nada; me despertaré de nuevo... y una vez más será un infierno.
- Manténte alejado de la goma de los sueños -le dijo Burton-. Tendrás que sudar sangre, pero puedes hacerlo. Me has dicho que lograste superar tu adicción a la morfina allá en la Tierra.
Goering se alzó y se enfrentó a Burton.
- ¡Ese es el problema! ¡No he tocado la goma desde que llegué a este lugar!
- ¿Cómo? Pero si juraría...
- Supiste que estaba usando esa cosa por la forma en que estaba actuando. Pues no, no he tomado ni un bocado de goma, pero no parece haber diferencia alguna.
A pesar del desprecio que sentía por Goering, Burton experimentó piedad. Le dijo:
- Has abierto la caja de Pandora que había en ti, y parece que no puedes volver a cerrarla. No sé cómo va a acabar esto, pero no me gustaría estar en tu mente. Y no es que no te lo merezcas.
Goering dijo, en una voz tranquila y determinada:
- Los derrotaré.
- Eso significaría que triunfases sobre ti mismo -dijo Burton. Se volvió para marcharse, pero se detuvo para una última pregunta-: ¿Qué es lo que vas a hacer?
Goering indicó con un gesto el Río.
- Ahogarme. Conseguiré comenzar de nuevo. Quizá esté mejor equipado en el próximo lugar. Y desde luego no quiero que me cuelguen como a un pollo en el escaparate de un carnicero.
- Entonces, adiós -le dijo Burton-. Y buena suerte.
- Gracias. ¿Sabes?, no eres un mal tipo. Pero escúchame un consejo.
- ¿Cuál es?

- Mejor será que tú también te mantengas alejado de la goma de los sueños. Hasta ahora, has tenido suerte. Pero un día de éstos va a apoderarse de ti como lo hizo conmigo. Tus fantasmas quizá no sean como los míos, pero a ti te parecerán tan monstruosos y terribles como a mí.
- ¡Tonterías! No tengo nada que ocultarme a mí mismo. -Burton lanzó una carcajada-. He masticado bastante de esa cosa como para saberlo ya.
Se alejó, pero iba pensando en el consejo. Había usado la goma en veintidós ocasiones, y cada vez se había jurado a sí mismo no volver a tocarla nunca más.
Caminó de regreso a las colinas, miró tras de si. La difusa figura blanca de Goering estaba hundiéndose lentamente en las aguas negras y plateadas del Río. Burton esbozó un saludo, pues nunca había sabido resistirse a los gestos dramáticos. Luego, se olvidó de Goering. El dolor en la parte trasera de su cabeza, que temporalmente había disminuido, volvió más agudo que antes. Sintió que las rodillas se le hacían mantequilla, y a solo unos metros de su cabaña tuvo que sentarse.
Debió de quedar inconsciente entonces, o semiinconsciente, pues no tuvo recuerdo alguno de haber sido arrastrado sobre la hierba. Cuando se le aclararon los sentidos, se halló echado en una cama de bambú, dentro de una cabaña.
Estaba oscuro, y la única iluminación que se filtraba a través de las ramas de los árboles fuera del cuadrado de la ventana era la de las estrellas. Volvió la cabeza y vio el contorno mal definido de un hombre acurrucado junto a él. El hombre mantenía un delgado objeto de metal frente a sus ojos, cuyo brillante extremo apuntaba a Burton.

CAPITULO XXV

Tan pronto como Burton movió la cabeza, el hombre apartó el artefacto. Habló en inglés:
- Me ha llevado mucho tiempo hallarte, Richard Burton.
Burton tanteó por el suelo con su mano izquierda, que estaba oculta a la visión del hombre, buscando un arma. Sus dedos no tocaron más que polvo. Dijo:
- Y, ahora que me has encontrado, maldito Ético, ¿qué es lo que piensas hacer conmigo?
El hombre se movió ligeramente:
- Nada. -Hizo una pausa, y luego dijo-: No soy uno de Ellos. -Rió de nuevo cuando Burton jadeó-. Aunque esto no sea cierto del todo: soy uno de Ellos, pero no estoy con Ellos.
Tomó el aparato que había estado apuntando a Burton.
- Esto me dice que tienes el cráneo fracturado, y una conmoción cerebral. Debes de ser muy duro, pues deberías estar muerto, a juzgar por la gravedad de la herida. Pero podrías salir con bien, si te lo tomases con calma. Por desgracia, no tienes tiempo para convalecer. Los Otros saben que estás en esta zona, en un radio de más o menos cincuenta kilómetros. En un día o así, te habrán localizado.
Burton trató de sentarse, y descubrió que sus huesos se habían puesto tan blandos como el alquitrán al sol, y que una bayoneta le estaba abriendo la parte trasera del cráneo. Gruñendo, se volvió a acostar.
- ¿Quién eres, y qué deseas?
- No puedo decirte mi nombre. Si... o más probablemente cuando Ellos te cacen, rebobinarán tu memoria hasta llegar al momento en que te despertaste en la burbuja de prerresurrección. No sabrán qué es lo que hizo que te despertases antes de la hora. Pero conocerán esta conversación. Podrán verme, pero sólo como tú me ves, una sombra pálida sin facciones. También oirán mi voz, pero no la reconocerán, pues estoy usando un transmutador.
»Sin embargo, se quedarán horrorizados. Lo que han ido sospechando poco a poco y a desgana quedará demostrado repentinamente: que tienen un traidor entre Ellos.
- Me gustaría saber de qué estás hablando -dijo Burton.
- Te puedo decir esto -le respondió el hombre-: Te han contado una monstruosa mentira acerca del propósito de la resurrección. Lo que Spruce te dijo, y lo que enseña esa creación de los Éticos, la religión de la Segunda Oportunidad, son mentiras. ¡Nada más que mentiras! La verdad es que a todos vosotros, seres humanos, se os ha vuelto a dar vida únicamente para participar en un experimento científico. Los Éticos, y jamás hubo un nombre más inadecuado, han convertido este planeta en un inmenso valle ribereño, han construido las piedras de cilindros, y os han traído a todos vosotros de nuevo de entre los muertos con un propósito: grabar vuestra historia y costumbres. Y, secundariamente, para observar vuestras reacciones ante la resurrección y la mezcla de las distintas gentes de diferentes épocas. Eso es todo: un proyecto científico. ¡Y cuando hayáis servido a este propósito, volveréis al polvo!
»Esa historia acerca de que se os ha dado a todos una segunda oportunidad para alcanzar la salvación y la vida eterna, dado que esa es la obligación ética de Ellos... es una gran mentira. En realidad, mi gente no cree que valga la pena salvaros, pues no piensa que tengáis «almas».
Burton se quedó en silencio durante un rato. Se podía ver claramente que aquel tipo era sincero. O, si no lo era, que estaba involucrado emocionalmente, pues respiraba jadeante.
Finalmente, Burton habló:
- No puedo imaginarme que nadie lleve a cabo todo este gasto y trabajo sólo para realizar un experimento científico, o para efectuar grabaciones históricas.
- El tiempo cuelga pesadamente de las manos de los inmortales. Te sorprenderías ante lo que hacemos para que nos resulte interesante la inmortalidad. Además, cuando se tiene todo el tiempo posible, uno puede malgastarlo, y por eso ni siquiera los proyectos más gigantescos nos descorazonan. Después de que el último terrestre muriera, la tarea de preparar la resurrección nos llevó varios millares de años, aunque la fase final sólo necesita de un día.
- ¿Y tú? ¿Qué es lo que estás haciendo? ¿Y por qué estás haciendo lo que estés haciendo?

- Soy el único verdadero Ético de toda esa raza monstruosa. No me gusta jugar con vosotros como si fuerais marionetas o simples objetos a los que observar, animales de laboratorio. Después de todo, por primitivos y malévolos que seáis, sois pensantes y sensibles. En cierto modo sois como... como...
El impreciso interlocutor agitó una difuminada mano como si tratase de arrancar una palabra a la oscuridad. Al fin continuó:
- Tendré que usar el término que os aplicáis a vosotros mismos: sois tan humanos como nosotros. Igual que los subhumanos que usaron por primera vez un lenguaje eran tan humanos como vosotros. Y sois nuestros antepasados. Quizá incluso yo sea un descendiente directo tuyo. Toda mi gente podría descender de ti.
- Lo dudo -dijo Burton-. No tuve hijos. Al menos, que yo sepa.
Tenía muchas preguntas, y comenzó a hacerlas. Pero su interlocutor no le prestaba atención. Se llevaba el artefacto a la frente. De pronto, lo apartó e interrumpió a Burton en medio de una frase:
- He estado... no tenéis una palabra para ello... digamos que... escuchando. Ellos han detectado mi... whatan. creo que vosotros lo llamáis el aura. No saben de que wathan se trata, solo que es de un Ético. Pero llegarán aquí en los próximos cinco minutos. Tendré que irme.
La pálida figura se puso en pie.
- Tú también tendrás que irte.
- ¿Adónde me llevas? -preguntó Burton.
- No te llevo. Tendrás que morir; ellos deben encontrar sólo tu cadáver. No puedo llevarte conmigo; es imposible. Pero, si mueres aquí, ellos te perderán de nuevo. Y nos encontraremos otra vez. Entonces...
- ¡Espera! -exclamó Burton-. No comprendo. ¿Por qué no pueden localizarme? Ellos construyeron la maquinaria de resurrección. ¿Acaso no saben dónde está mi resurrector propio?
- No. Sus únicas grabaciones de hombres en la Tierra eran visuales, no audibles. Y la localización de los resucitables en la burbuja de prerresurrección fue dejada al azar, puesto que Ellos habían planeado dispersaros a lo largo del Río en una secuencia cronológica aproximada, pero con cierta parte de mezcla. Pensaban dedicarse a los individuos más tarde. Naturalmente, no tenían ni idea de que yo me opondría a Ellos. O de que seleccionaría a algunos de sus sujetos para que me ayudaran a derrocar el Plan. Así que Ellos no saben dónde tú, o los otros, apareceréis la próxima vez.
»Quizá te estés preguntando por qué no puedo disponer tu resurrector para que seas trasladado cerca de tu objetivo, la Fuente del Río. El hecho es que dispuse el tuyo para que, la primera vez que murieses, te encontrases junto a la primera de todas las piedras de cilindros. Pero no te sirvió de mucho, así que supongo que los titántropos te mataron en seguida. Fue una lástima, pues ya no me atrevo a acercarme a la burbuja sin tener una excusa. Está prohibido a todos los no autorizados el entrar en la burbuja de prerresurrección. Son suspicaces; sospechan que alguien interfiere. Así que está en tus manos, y en las de la fortuna, el que vuelvas a la región del Polo Norte.
»En cuanto a los otros, jamás tuve oportunidad de disponer sus resurrectores. También ellos tendrán que ajustarse a las leyes de la probabilidad. Que son del orden de una entre veinte millones.
- ¿Otros? -preguntó Burton-. ¿Otros? Pero, ¿por qué nos escogiste?
- Tú tienes el aura correcta. Y también los otros. Créeme, sé lo que me estoy haciendo; escogí bien.
- Pero has dado a entender que me despertaste antes de que fuera hora, en la burbuja de prerresurrección, con un propósito. ¿Qué lograste con ello?
- Era la única cosa que podía convencerte de que la resurrección no era un acontecimiento sobrenatural, y te hizo comenzar a seguir el rastro de los Éticos. ¿Estoy en lo cierto? Claro que sí. ¡Toma!
Le entregó a Burton una pequeña cápsula.

- Trágate esto. Morirás instantáneamente, y quedarás fuera del alcance de ellos... por un tiempo. Y tus células cerebrales quedarán tan destruidas que no podrán leerlas. ¡Apresúrate! ¡Debo irme!
- ¿Y si no me la tomo? -preguntó Burton-. ¿Y si les dejo que me capturen ahora?
- No tienes el aura adecuada para hacer eso -contestó el hombre.

Burton casi decidió no tomarse la cápsula. ¿Por qué iba a permitir que aquel tipo arrogante le diera órdenes?

Entonces se hizo la reflexión de que no tenía que ir en contra de sus propios intereses para contrariar a aquel desconocido. Tal como estaban las cosas, tenía la posibilidad de seguirle el juego al desconocido, o de caer en manos de los Otros.

- De acuerdo -dijo-. Pero, ¿por qué no me matas tú? ¿Por qué quieres que lo haga yo?

El hombre se rió y dijo:

- Hay ciertas reglas en el juego, reglas que no tengo tiempo de explicar. Pero eres inteligente, y te imaginarás por ti mismo la mayor parte de ellas. Una es que somos Éticos. Podemos dar vida, pero no podemos quitarla directamente. No es que sea impensable para nosotros o esté fuera de nuestras capacidades. Simplemente, nos es muy difícil.

Bruscamente, el hombre hubo desaparecido. Burton no dudó; se tragó la cápsula. Hubo un relámpago cegador...

CAPITULO XXVI

Y la luz del sol recién alzado le daba de lleno en los ojos. Tuvo tiempo para dar una rápida ojeada a su alrededor, vio su cilindro, su montón de toallas limpiamente dobladas... y a Hermann Goering.

Entonces Burton y el alemán fueron aferrados por pequeños hombres oscuros con grandes cabezas y piernas arqueadas. Llevaban lanzas y hachas de sílex. Usaban toallas, pero únicamente como capas sujetas alrededor de sus gruesos y cortos cuellos. A lo largo de sus desproporcionadamente grandes frentes, y alrededor de sus cráneos, para sujetar su largo y áspero cabello negro, llevaban tiras de cuero, evidentemente de piel humana. Parecían mongoloides, y hablaban un idioma que le era desconocido.

Sobre su cabeza fue colocado un cilindro vacío; le ataron las manos a sus espaldas con una tira de cuero. Ciego e inerme, mientras notaba los pinchazos de las puntas de piedra de las lanzas en la espalda, fue empujado a lo largo de la llanura. En algún sitio, cerca, atronaban unos tambores, y unas voces femeninas gemían un cántico.

Habían caminado trescientos pasos cuando le hicieron detenerse. Los tambores dejaron de sonar, y las mujeres detuvieron su cantinela. No podía oír nada excepto la sangre latiendo en sus oídos. ¿Qué infiernos estaba pasando? ¿Se hallaba en una ceremonia religiosa que requería que la víctima estuviera cegada? ¿Por qué no? Habían existido numerosas culturas en la Tierra que no deseaban que los asesinados ritualmente viesen quién vertía su sangre. Quizá el fantasma del muerto desease vengarse de sus asesinos.

Pero aquella gente debería saber ya que no había esa cosa llamada fantasmas. ¿O consideraban a los lázaros como fantasmas que debían ser devueltos a su lugar de origen, por el simple procedimiento de matarlos?

¡Goering! También él había sido trasladado allí, a la misma piedra de cilindros. La primera vez pudo ser coincidencia, aunque las probabilidades en contra eran muy altas. Pero, ¡tres veces consecutivas! No era...

El primer golpe aplastó el costado del cilindro contra su cabeza, dejándolo semiinconscíente, haciendo que un enorme tintineo le recorriese y que frente a sus ojos apareciesen chispas. Nunca sintió el segundo golpe, y así, una vez más, se despertó en otro lugar...

CAPITULO XXVII

Y con él estaba Hermann Goering.
- Tú y yo debemos de tener almas gemelas -dijo Goering-. Parece que hemos sido puestos juntos en una yunta por quien sea responsable de todo esto.
- El buey y el asno tiran juntos del arado -dijo Burton, dejando que el alemán decidiese cuál de los dos era. Luego, ambos estuvieron ocupados presentándose, o tratando de hacerlo, a la gente entre la cual habían llegado. Eran, como luego averiguaron, sumerios del período Antiguo o Clásico; es decir, que habían vivido en Mesopotamia entre el 2500 y el 2300 a. de C. Los hombres se afeitaban las cabezas (lo cual no era nada fácil con navajas de sílex), y las mujeres iban desnudas hasta la cintura. Tenían una tendencia hacia los cuerpos bajos y cuadrados, ojos saltones y (para Burton) rostros feos.
Pero si el índice de belleza no era muy alto entre ellos, los habitantes precolombinos de Samoa que completaban con un 30 por ciento la población eran más que atractivos. Y, naturalmente, había el sempitermo 10 por ciento de gentes de cualquier lugar y tiempo, siendo los más numerosos los del Siglo XX. Esto era comprensible, dado que el número total de éstos constituía un cuarto de toda la humanidad. Naturalmente, Burton no tenía datos estadísticos científicos, pero sus viajes le habían convencido de que los hombres del Siglo XX habían sido desparramados deliberadamente a lo largo del Río en una proporción con respecto a los otros pueblos aún mayor de lo que cabía esperar. Esta era otra faceta de la disposición del Mundo del Río que no acababa de entender. ¿Qué pensaban ganar los Éticos con aquella diseminación?
Había demasiadas preguntas. Necesitaba tiempo para pensar, y no lo conseguiría si lo gastaba con un viaje tras otro en el Exprés de los Suicidios. Aquella área, a diferencia de la mayor parte de las otras que visitara, ofrecía alguna paz y tranquilidad para el análisis. Así que se quedaría allí por algún tiempo.
Y además, estaba Hermann Goering. Burton deseaba contemplar su extraña forma de peregrinaje. Una de las muchas cosas que no había podido preguntarle al Misterioso Extraño (Burton tendía a pensar siempre con mayúsculas) era acerca de la goma de los sueños. ¿Qué lugar ocupaba en el plan general? ¿Era otro engranaje del Gran Experimento?
Desafortunadamente, Goering no duró mucho.
La primera noche, comenzó a gritar. Salió a la carrera de su cabaña y corrió hacia el Río, deteniéndose aquí y allá para golpear el aire o enzarzarse con seres invisibles, y para rodar de aquí para allá sobre la hierba. Burton lo siguió hasta el Río: allí, Goering se dispuso a echarse al agua, probablemente para ahogarse. Pero se congeló al instante, comenzó a estremecerse, y luego se desplomó, rígido como una estatua. Sus ojos estaban abiertos, pero no veía nada del exterior. Su visión estaba vuelta hacia su interior. Y no se podía determinar qué horrores estaba contemplando, ya que no le resultaba posible hablar.
Sus labios se estremecían silenciosamente, y no dejaron de hacerlo durante los diez días que vivió. Los esfuerzos de Burton por alimentarlo fueron inútiles. Sus mandíbulas estaban agarrotadas. Adelgazaba a ojos vista, evaporándosele la carne, hundiéndosele la piel y marcándosele los huesos del esqueleto. Una mañana entró en convulsiones, luego se sentó y aulló. Un momento más tarde estaba muerto.
Curioso, Burton le hizo una autopsia con los cuchillos de sílex y sierras de obsidiana de que disponía. La distendida vejiga de Goering había estallado, derramando orina por todo su cuerpo.
Burton procedió a arrancar los dientes de Goering antes de enterrarlo. Los dientes eran artículos de cambio, dado que podían ser colgados de una tripa de pescado o un tendón para hacer con ellos collares, muy apreciados. También aprovechó el cuero cabelludo de Goering. Los sumerios habían tomado la costumbre de cazar cueros cabelludos de sus enemigos, los indios shawnee del Siglo XVII, que habitaban al otro lado del Río. Habían ideado la civilizadora mejora de coser varios cueros cabelludos para hacer faldas, capas e incluso

cortinas. Un cuero cabelludo no valía tanto como los dientes en el cambalache, pero algún valor tenía.

Mientras estaba cavando una tumba junto al gran peñasco al pie de las montañas, Burton tuvo un destello de recuerdo iluminador. Había dejado de trabajar para tomar un sorbo de agua, cuando sucedió que dio una ojeada a Goering. La cabeza totalmente desprovista de cabello, y las facciones pacíficas como si estuviera durmiendo, abrieron una puerta en su mente.

Cuando se había despertado en aquella cámara colosal para hallarse flotando en una hilera de cuerpos, había visto aquel rostro. Pertenecía a un cuerpo de la hilera contigua a la suya. Goering, como todos los otros durmientes, tenía la cabeza afeitada. Burton sólo se había fijado en él de pasada, durante el corto tiempo antes de que los Guardianes lo detectaran. Después, tras la resurrección masiva, cuando se había encontrado con Goering, no se había percatado del parecido entre el durmiente y aquel hombre que tenía una gran mata de cabello rubio.

Pero ahora sabía que el alemán había ocupado un lugar cercano al suyo.

¿Era posible que los resurrectores, tan cercanos físicamente el uno al otro, hubiesen quedado trabados en fase? Si así era, cada vez que su muerte y la de Goering tuvieran lugar en momentos próximos, ambos serían revividos en la misma piedra de cilindros. La broma de Goering acerca de que tenían almas gemelas quizá no fuera tan errada.

Burton volvió a cavar, maldiciendo al mismo tiempo, porque tenía demasiadas preguntas y muy pocas respuestas. Si tenía otra posibilidad de echarle mano a un Ético, le arrancaría las respuestas, sin importar qué métodos tuviera que emplear.

Los siguientes tres meses, Burton estuvo atareado ajustándose a la extraña sociedad de aquella zona. Se halló fascinado por el nuevo lenguaje que estaba surgiendo del choque entre el sumerio y el samoano. Dado que los que hablaban el primero eran mucho más numerosos, su lengua dominaba. Pero allí, como en todas partes, el idioma principal obtenía una victoria pírrica. El resultado de la fusión era una mezcolanza, una forma de hablar con una gran reducción de su flexibilidad y una sintaxis simplificada. El género gramatical se iba al garete; las palabras eran sincopadas; los tiempos de los verbos eran recortados a un simple presente, que también era utilizado para el futuro; los adverbios temporales indicaban el pasado; las sutilezas eran reemplazadas por expresiones que tanto los sumerios como los samoanos podían comprender, aunque al principio pareciesen burdas e ingenuas. Y muchas palabras samoanas, con una fonética algo alterada, sustituyeron a palabras sumerias.

Esta aparición de lenguajes bastardos estaba teniendo lugar en todas partes Río arriba y Río abajo. Burton reflexionó que si los Éticos habían pensado grabar todos los idiomas humanos, mejor sería que se apresurasen. Las viejas lenguas estaban muriendo, o mejor dicho transmutándose. Pero probablemente Ellos ya hubieran completado la tarea. Sus grabadores, tan necesarios para llevar a cabo la traslación física, también debían de estar recogiendo todo lo que se hablaba.

Mientras tanto, por las tardes, cuando tenía una oportunidad de estar solo, fumaba los cigarros tan generosamente ofrecidos por los cilindros y trataba de analizar la situación. ¿A quién podía creer, a los Éticos o al Renegado, el Misterioso Extraño? ¿O estaban mintiendo todos?

¿Para qué necesitaba de él el Misterioso Extraño en su intento de provocar la ruptura de la maquinaria cósmica de Ellos? ¿Qué podía hacer Burton, un simple ser humano atrapado en aquel valle y tan limitado por su ignorancia, para ayudar a Judas?

Una cosa era cierta. Si el Extraño no lo necesitase, no se habría molestado en interferir con él. Deseaba llevar a Burton a aquella Torre del Polo Norte.

¿Por qué?

Le llevó a Burton dos semanas el imaginar la única razón que podía existir.

El Extraño había dicho que, al igual que los otros Éticos, no acabaría directamente con una vida humana. Pero no tenían ningún escrúpulo acerca de hacerlo indirectamente, como lo demostraba el haberle entregado el veneno. Por consiguiente, si deseaba tener a Burton en la Torre, era porque debía necesitar a Burton para que matase por él. Dejaría suelto al tigre entre su propia gente, abriría la ventana al asesino a sueldo.

Pero un asesino a sueldo tiene que ser pagado. ¿Qué era lo que ofrecía como paga el Extraño?
Burton llenó sus pulmones con el humo del cigarro, lo exhaló, y luego se tomó un trago de bourbon. Muy bien. El Extraño trataría de utilizarle. Pero que tuviera cuidado, pues también Burton utilizaría al Extraño.
Al cabo de tres meses, Burton decidió que ya había pensado lo bastante. Era hora de salir de allí.
En aquel momento estaba nadando en el Río y, siguiendo este impulso, fue hacia el centro. Bajó tanto como pudo antes de que el inevitable deseo de sobrevivir de su cuerpo le obligase a tratar de salir al ansiado aire. No logró llegar a él. Los peces carroñeros se comerían su cadáver, y sus huesos caerían al fango del fondo del Río, que allí tenía una profundidad de trescientos metros. Mejor que mejor. No deseaba que su cadáver cayese en manos de los Éticos. Si lo que el Extraño había dicho era cierto, quizá Ellos tratasen de rebobinar su mente para enterarse de todo lo que había visto y oído, caso de lograr atraparlo antes de que sus células cerebrales estuviesen dañadas. No pensaba en lo que hubiesen logrado. Durante los siete siguientes años, por lo que él sabía, escapó a la detección de los Éticos. Si el Renegado sabía dónde estaba, no se manifestó ante él. Burton dudaba que alguien supiese dónde estaba: ni siquiera él podía estar seguro de en qué lugar del Planeta del Río se hallaba, cuán lejos o cerca de la Torre. Pero marchaba, marchaba, marchaba, siempre estaba en movimiento. Y un día supo que debía de haber batido algún tipo de récord. La muerte se había convertido en una segunda naturaleza para él.
Si llevaba exactamente la cuenta, había hecho 777 viajes en el Exprés de los Suicidios.

CAPITULO XXVIII

Algunas veces, Burton pensaba en sí mismo como en un saltamontes planetario, zambulléndose en la oscuridad de la muerte, aterrizando, mordisqueando un poco de hierba, con un ojo avizor para divisar la sombra que delatase el picado de la urraca: los Éticos. En aquel vasto valle de la humanidad, había catado muchas hojas, saboreándolas brevemente, y luego había proseguido su camino.

Otras veces pensaba en sí mismo como en una red tomando especimenes aquí y allá en el gran mar de la humanidad. Obtenía unos pocos peces grandes, y muchas sardinas, aunque se podía aprender mucho de los peces pequeños, tal vez más que de los grandes.

No obstante, no le gustaba demasiado la metáfora de la red, pues le recordaba que había otra red, mucho más grande, buscándole a él.

Pero cualesquiera que fuesen las metáforas o símiles que usase, era un hombre que veía mucho mundo, para usar una expresión del Siglo XX. Tanto, que varias veces se encontró con la leyenda de Burton el Vagabundo, o, en un área de habla inglesa, de Richard el Viajero, y, en otra, del Lázaro Saltarín. Esto le preocupaba un poco, puesto que los Éticos podían llegar a tener una clave de su método de evasión y tomar medidas para atraparle. O quizá llegasen a comprender cuál era el objetivo básico y montasen guardia cerca de las Fuentes del Río.

Al cabo de siete años, mediante muchas observaciones de las estrellas y a través de gran cantidad de conversaciones, se había formado una imagen del curso del Río.

No era una anfisbena, una serpiente con dos cabezas: la Fuente en el polo norte, y la desembocadura en el polo sur. Era la Serpiente de Midgard, con la cola en el polo norte, el cuerpo enroscado una y otra vez alrededor del planeta, y la boca mordiendo la cola. La Fuente del Río surgía del mar polar del norte, zigzagueaba a través de un hemisferio, circundaba el polo sur, y luego zigzagueaba a través de la superficie del otro hemisferio, de un lado para otro, siempre caminando hacia la Fuente que se abría en el hipotético mar polar.

Pero quizá esa gran extensión de agua no fuera tan hipotética. Si la historia del titántropo, el subhumano que afirmaba haber visto la Torre de las Nieblas, era cierta, dicha Torre se alzaba de un mar cubierto de niebla.

Burton había oído el relato pasado de boca en boca. Pero había visto a los titántropos cerca del inicio del Río, en su primer salto, y le parecía razonable que uno pudiera haber cruzado las montañas y llegado lo bastante cerca del mar polar como para darle una ojeada. Y adonde había ido alguien se podía llegar por segunda vez.

¿Y cómo fluía el Río durante todo su curso?

Su velocidad parecía ser constante, aún cuando debiera haber disminuido e incluso cesado. A partir de esa consideración, supuso que existirían campos gravitacionales localizados que urgirían hacia adelante a la poderosa corriente hasta llegar a un área en la que la gravedad natural se hiciese cargo de ella. Quizá en algún lugar, tal vez debajo del mismo Río, hubiera artefactos que llevasen a cabo esta operación. Sus campos debían de ser muy restringidos, dado que la atracción que sentían en aquellas áreas los seres humanos no variaban en forma perceptible.

Había demasiadas preguntas. Debía proseguir hasta llegar al lugar o a los seres que pudieran darle las respuestas.

Y siete años después de su primera muerte, llegó al área deseada.

Era su 777 «salto». Estaba convencido de que el siete era un número afortunado para él. Burton, a pesar de las burlas de sus amigos del Siglo XX, seguía creyendo en la mayor parte de supersticiones que había aceptado en la Tierra. A menudo se reía de las supersticiones de los otros, pero sabía que algunos números le daban buena fortuna, que la plata colocada sobre sus ojos fortalecía su cuerpo cuando estaba cansado y le ayudaba en su segunda visión, la percepción que le advertía por anticipado de las situaciones desagradables. Ciertamente, en aquel mundo pobre en minerales no parecía haber plata, pero, si la hubiese, podría utilizarla en su ventaja.

Todo aquel primer día permaneció al borde del Río. No prestó ninguna atención a aquellos que trataban de hablar con él, dedicándoles una breve sonrisa. Al contrario de las gentes de la mayor parte de las áreas que había visitado, no eran hostiles. El sol se movía a lo largo de los picos del este, aparentemente apenas si superando sus cimas. La bola llameante se deslizaba a través del valle, más baja de lo que jamás había visto, excepto cuando había aterrizado entre los titántropos. El sol inundó el valle durante algún tiempo con su luz y calor, y luego inició su circuito justo por encima de las montañas del oeste. El valle quedó en sombras, y el aire se tornó más frío que en cualquier otro lugar en el que hubiera estado, excepto, naturalmente, en aquel primer salto. El sol continuó su círculo hasta que estuvo de nuevo en el punto en que Burton lo había visto por primera vez al abrir los ojos.
Cansado por su vigilia de veinticuatro horas, pero feliz, pasó a buscar un sitio en que albergarse. Ahora sabía que se hallaba en el área ártica, pero que no estaba en un punto situado justo debajo de la Fuente. Esta vez estaba en el otro extremo, la desembocadura.
Al volverse, escuchó una voz, familiar pero inidentificable (había oído ya demasiadas):

Alma embotada, aspira;
no eres de la Tierra. ¡Sube más alto!
El cielo dio la chispa; a él devuelve el fuego.

- ¡John Collop!
- ¡Abdul ibn Harun! ¡Y dicen que no existen los milagros! ¿Qué te ha pasado desde la última vez que te vi?
- Morí la misma noche que tú -dijo Burton-. Y varias otras veces después. Hay muchos hombres malvados en este mundo.
- Es natural. Había muchos en la Tierra. Sin embargo, me atrevería a decir que su número ha disminuido, pues mi congregación ha podido llevar a cabo un trabajo muy bueno, gracias a Dios. Especialmente en esta área. Ven conmigo, amigo. Te presentaré a mi compañera. Una mujer encantadora, fiel en un mundo que parece valorar muy poco la fidelidad matrimonial o, mejor dicho, cualquier tipo de virtud. Nació en el Siglo XX y enseñó inglés la mayor parte de su vida. En realidad, a veces pienso que no me ama tanto por mí mismo como por lo que puedo enseñarle del lenguaje de mi tiempo.
Lanzó una curiosa risa nerviosa, por lo que Burton supo que estaba bromeando.
Cruzaron las llanuras hacia los pies de las colinas, en donde ardían fuegos en pequeñas plataformas de piedra, frente a cada cabaña. La mayor parte de los hombres y mujeres habían sujetado toallas a su alrededor, formando parkas que les protegían del frío de las tinieblas.
- Este es un lugar gélido y hosco -dijo Burton-. ¿Por qué desea alguien vivir aquí?
- La mayor parte de estas gentes son finlandeses o suecos de finales del siglo XX. Están acostumbrados al sol de medianoche. No obstante, tú deberías ser feliz aquí. Recuerdo tu ardiente curiosidad acerca de las regiones polares, y tus hipótesis sobre las mismas. Ha habido otros como tú que han recorrido el Río buscando la Ultima Thule o, si me perdonas la comparación, el oro de los tontos que se halla al otro extremo del arco iris. Pero ninguno de ellos ha regresado, o lo ha dejado correr, aterrorizado por los enormes obstáculos.
- ¿Y cuales son éstos? -dijo Burton, aferrando a Collop por el brazo.
- Amigo, me haces daño. Uno: las piedras de cilindros se acaban, así que no hay dónde recargar los recipientes con comida. Dos: las llanuras del valle terminan repentinamente, y el Río prosigue su camino entre las mismas montañas, a través de un desfiladero de gélidas sombras. Tres: no sé lo que se halla más allá, pues nadie ha regresado para contármelo, pero me temo que aquellos que han tomado ese camino se hayan encontrado con el fin que espera a todos los que cometen el pecado de la curiosidad.
- ¿A qué distancia se halla esa zambullida sin retorno?
- Siguiendo el curso del río, a unos cuarenta mil kilómetros. Navegando con presteza, podrías llegar en un año o más. Y sólo Dios sabe cuánto más tendrías que recorrer antes de llegar al

final propiamente dicho del Río. Lo más probable es que murieses antes de hambre, aunque hubieses tomado provisiones en tu barco antes de dejar la última piedra de cilindros.
- Hay una forma en que averiguar eso -dijo Burton.
- Entonces, ¿no hay nada que pueda detenerte, Richard Burton? -dijo Collop-. ¿No abandonarás esta búsqueda infructuosa de lo físico cuando deberías estar dedicado a perseguir lo metafísico?
De nuevo Burton aferró a Collop por el brazo.
- ¿Has dicho Burton?
- Sí, lo he dicho. Tu amigo Goering me dijo hace algún tiempo que ése era tu verdadero nombre, y también me ha dicho otras cosas acerca de ti.
- ¿Está Goering aquí?
Collop asintió y dijo:
- Lleva aquí hace ya dos años. Vive a un par de kilómetros de este lugar. Lo podremos visitar mañana. Te sentirás complacido por el cambio que ha experimentado, lo se. Ha logrado superar la disolución iniciada por la goma de los sueños, y moldeado con los fragmentos de sí mismo un hombre nuevo y mucho mejor. De hecho, ahora es el líder de la congregación de la Segunda Oportunidad en esta área.
»Y mientras tú, amigo, has estado buscando una meta sin valor alguno en el exterior, él ha hallado la verdadera meta en su interior. Casi pereció en su locura, casi volvió a los malvados comportamientos de su vida terrestre. Pero por la gracia de Dios, y dado su verdadero deseo de mostrarse digno de que se le haya concedido otra oportunidad de vivir, ha... Bueno, ya lo verás mañana. Y ruego porque te aproveche su ejemplo.
Collop siguió explicándose: Goering había muerto casi tantas veces como Burton, normalmente por suicidio. No pudiendo soportar las pesadillas y la repugnancia de sí mismo, había buscado una y otra vez un breve e inútil descanso. Solo para enfrentarse de nuevo consigo mismo al día siguiente. Pero al llegar a aquel área y buscar la ayuda de Collop, el hombre al que había asesinado en otro tiempo, había logrado la victoria.
- Estoy asombrado -dijo Burton-. Y me alegro por Goering. Pero tengo otros planes. Preferiría que me prometieses que no le dirás a nadie mi verdadera identidad. Permíteme seguir siendo Abdul ibn Harun.
Collop afirmó que se mantendría en silencio, aunque le apenaba que Burton no fuera a ver a Goering de nuevo para poder juzgar por sí mismo lo que la fe y el amor podían hacer por los que parecían más depravados y sin esperanza. Llevó a Burton a su cabaña y le presentó a su esposa, una morena bajita y de finos huesos. Era muy alegre y amistosa, e insistió en acompañar a los dos hombres a visitar al jefe local, el valkotukkainen (palabra que en el habla local significaba el tipo de cabellos blancos, o mandamás).
Ville Ahonen era un gran hombre, muy tranquilo, que escuchó pacientemente a Burton. Burton reveló únicamente la mitad de su plan, diciendo que deseaba construir un barco para poder viajar hasta el extremo del Río. Pero no mencionó que deseaba llevarlo más allá. No obstante, evidentemente Ahonen se había encontrado ya con otros como él.
Sonrió con aire condescendiente, y replicó que Burton podía construir su nave. No obstante, la gente de por allí era conservacionista. No deseaba despojar el lugar de sus árboles. Debería respetar los pinos y abetos, pero había
bambú disponible. Aunque debería adquirir este material con cigarrillos y licor, lo cual le llevaría un cierto tiempo de acumular, a partir de lo que le suministrase su cilindro.
Burton le dio las gracias y se marchó. Más tarde, fue a dormir a una cabaña cercana a la de Collop, aunque no pudo conciliar el sueño.
Poco antes de que llegasen las inevitables lluvias, decidió salir de la cabaña. Iría hasta las montañas y se refugiaría bajo un saliente hasta que cesase la lluvia, se disipasen las nubes, y el eterno, pero débil, sol volviese a surgir. Ahora que estaba tan cerca de su objetivo no deseaba ser sorprendido por Ellos, y parecía probable que los Éticos concentrasen a sus agentes allí. Incluso la mujer de Collop podía ser uno de ellos.

Antes de caminar un kilómetro, la lluvia lo golpeó, y un rayo cayó cerca. A su cegador destello vio que algo parpadeaba, materializándose justo delante y a unos seis metros por encima de él.
Dio media vuelta y corrió hacia un soto de árboles, esperando que no le hubieran visto y poder esconderse allí. Si no lo observaban, podría llegar hasta las montañas, y, cuando pusiesen a dormir a todo el mundo de la región, se encontrarían con que se les había escapado de nuevo...

CAPITULO XXIX

- Nos ha llevado a una cacería larga y difícil, Burton -dijo un hombre en inglés.
Burton abrió los ojos. La transición a aquel lugar era tan inesperada que se sintió atontado. Pero sólo por un segundo. Estaba sentado en una silla de algún material hinchable muy suave. La habitación era una perfecta esfera; las paredes eran de un color verde muy pálido y semitransparentes. Podía ver otras cámaras esféricas por todas partes: delante, detrás, encima y, cuando se inclinó, debajo. De nuevo se sintió confuso, puesto que las otras habitaciones no sólo tocaban los límites de la esfera en que se hallaban, sino que la intersectaban. Secciones de las otras salas entraban en ésta, pero entonces se convertían en tan incoloras y transparentes que apenas si podía detectarlas.
En la pared, al otro extremo de la habitación, había un óvalo de color verde más oscuro. Se curvaba para seguir la pared. En dicho óvalo se dibujaba un bosque fantasmal. Un pavo fantasma trotó de un lado para otro de la imagen. De ella surgía olor a pino y a maderas aromáticas.
Frente a él, al otro lado de la burbuja, estaban sentadas doce personas en sillas similares a la suya. Seis eran mujeres, y seis hombres. Todos de hermoso aspecto. Exceptuando a dos, todos tenían cabello negro o marrón oscuro y pieles muy morenas. El cabello de uno de ellos era tan rizado que parecía el de un negro. Una mujer tenía un largo cabello amarillo atado en un nudo. Un hombre tenía cabello rojo, tan rojo como la piel de un zorro; era hermoso, aunque sus facciones eran irregulares, su nariz larga y curvada, y sus ojos de un color verde oscuro.
Todos estaban vestidos con blusas plateadas o púrpura, con cortas mangas acampanadas y cuellos como golas, estrechos cinturones luminiscentes, faldellines y sandalias. Tanto los hombres como las mujeres tenían pintadas las uñas de las manos y los pies, usaban lápiz de labios, maquillaje en los ojos y pendientes.
Sobre la cabeza de cada uno de ellos, casi tocándoles el cabello, giraba un globo multicolor de unos treinta centímetros de diámetro. Estos globos volteaban, relampagueaban, y cambiaban de color, pasando por cada tonalidad del espectro. De vez en cuando, los globos emitían largos brazos hexagonales de color verde, azul, negro, o de un blanco deslumbrante. Luego los brazos desaparecían, solo para ser sucedidos por otros hexágonos.
Burton se miró. Estaba vestido únicamente con una toalla negra asegurada alrededor de su cintura.
- Me adelantaré a su primera pregunta diciéndole que no le vamos a dar ninguna información acerca de dónde se encuentra.
El que hablaba era el hombre de cabello rojo. Sonrió hacia Burton, mostrando unos dientes inhumanamente blancos.
- Muy bien -dijo Burton-. ¿Qué preguntas son las que van a responder, sean ustedes quienes sean? Por ejemplo, ¿cómo me hallaron?
- Mi nombre es Loga -dijo el hombre de cabello rojo-. Le hallamos a través de una combinación de labor investigativa y suerte. Fue un procedimiento complicado, pero se lo simplificaré: teníamos un cierto número de agentes buscándole, un número penosamente pequeño, considerando los treinta y seis mil millones novecientos mil seiscientos treinta y siete candidatos que viven a lo largo del Río.
¿Candidatos?, pensó Burton. ¿Candidatos a qué? ¿A la vida eterna? ¿Había dicho Spruce la verdad acerca del propósito que había tras la resurrección?
- No teníamos ni idea de que se nos estuviera escapando a través del suicidio -dijo Loga-. Ni siquiera lo sospechamos a pesar de que lo detectábamos en áreas tan separadas que no podía haber llegado a ellas excepto a través de la resurrección. Pensábamos que lo habían matado y había sido trasladado. Pasaron los años. No teníamos ni idea de dónde se podía hallar. Teníamos otras cosas que hacer, así que relevamos a todos los agentes del Caso Burton, como le llamábamos, exceptuando a algunos estacionados a ambos extremos del Río. De alguna forma, usted tenía conocimiento de nuestra torre polar. Después, averiguamos cómo había

sido esto. Sus amigos Goering y Collop nos ayudaron mucho, aunque naturalmente no sabían que estaban hablando con Éticos.
- ¿Quién les notificó que estaba cerca del final del Río? -preguntó Burton.
Loga sonrió y le contestó:
- No tiene necesidad de saber eso. De todos modos, lo hubiéramos atrapado. Mire, cada espacio de la burbuja de restauración, es decir, el lugar en el que inexplicablemente se despertó usted durante la fase de prerresurrección, tiene un contador automático. Fueron instalados por motivos estadísticos y de investigación. Nos gusta llevar un control de lo que está sucediendo. Por ejemplo, cualquier candidato que haya sufrido un número de muertes superior a la media es estudiado, más pronto o más tarde. Habitualmente es más tarde, dado que tenemos poco personal.
»No fue sino hasta su setecientas setenta y sieteava muerte cuando comenzamos a estudiar algunas de las resurrecciones efectuadas con mayor frecuencia. La suya había alcanzado el número más alto. Supongo que se le podría felicitar por esto.
- ¿Hay otros?
- No los estamos persiguiendo, si es a eso a lo que se refiere. Y, hablando relativamente, no son muchos. No teníamos ni idea de que era usted quien había alcanzado este número tan asombroso. Su espacio en la burbuja PR estaba vacío cuando lo miramos durante nuestra investigación estadística. Pero los dos técnicos que lo habían visto cuando se despertó en la cámara PR lo identificaron por su... fotografía.
»Dispusimos el resurrector de tal forma que la próxima vez que fuera a ser recreado su cuerpo una alarma nos avisase, y así pudiéramos traerlo a este lugar.
- ¿Y si no hubiera vuelto a morir? -preguntó Burton.
- ¡Estaba destinado a ello! Usted planeaba intentar llegar al mar polar a través de la boca del Río, ¿no es así? Eso es imposible. El último centenar y medio de kilómetros del Río corre por un túnel subterráneo. Cualquier buque sería hecho pedazos. Como otros que se atrevieron a hacer ese viaje, usted habría muerto.
- Mi fotografía, esa que yo encontré a Agneau -dijo Burton-. Obviamente fue tomada en la Tierra cuando era empleado de John Company en la India. ¿Cómo fue conseguida?
- Investigaciones, señor Burton -dijo Loga, aún sonriendo.
Burton deseaba romper la expresión de superioridad de aquel rostro. No parecía estar retenido por nada. Aparentemente, podía caminar hasta Loga y golpearlo. Pero sabía que no era probable que los Éticos se hallasen en la misma sala que él sin algún sistema de seguridad. Era tan poco probable como el que hubiesen dejado libre a una hiena rabiosa.
- ¿Han logrado averiguar qué es lo que me hizo despertar antes de tiempo? -preguntó-. ¿O lo que hizo que esos otros también recuperaran el conocimiento?
Loga tuvo un sobresalto. Varios de los hombres y mujeres abrieron sus bocas.
Loga fue el primero en recuperarse. Dijo:
- Hemos realizado un examen minucioso de su cuerpo. No puede ni imaginarse lo minucioso que ha sido. También hemos estudiado cada componente de su... psicomorfo, creo que lo podría llamar así, o aura, si lo prefiere. -Hizo un gesto hacia la esfera que había sobre su cabeza-. No hemos logrado hallar clave alguna.
Burton echó la cabeza atrás y rió largo y tendido.
- ¡Así que ustedes, bastardos, no lo saben todo!
Loga sonrió tensamente.
- No. Jamás lo lograremos. Solo hay un ser que sea omnipotente.
Se tocó la frente, los labios, el corazón y los genitales con los tres dedos más largos de su mano derecha. Los otros hicieron lo mismo.
- Sin embargo, le diré que nos asustó usted... si es que esto va a hacerle sentirse mejor. Y aún sigue asustándonos. Mire, estamos bastante seguros de que debe de ser usted uno de los hombres contra los cuales se nos ha advertido.
- ¿Contra quién se les ha advertido? ¿Por quién?

- Por una especie de... - gigantesco computador. Un computador vivo. Y por su operador. -De nuevo hizo el curioso signo con sus dedos-. Eso es todo lo que deseo decirle... a pesar de que no recordará nada de lo que ocurra aquí abajo cuando le devolvamos al valle del Río.
La mente de Burton estaba empañada por la ira, pero no tanto como para no captar el «aquí abajo». ¿Quería decir eso que la maquinaria de resurrección y el cubil de los Éticos estaba bajo la superficie del Mundo del Río?
- Los datos indican que quizá tenga usted la potencialidad necesaria para destruir nuestros planes -continuó Loga-. No sabemos por qué iba a hacer usted eso o cómo podría lograrlo, pero respetamos nuestra fuente de información; no llega a imaginarse cuánto la respetamos.
- Si creen eso -dijo Burton-, ¿por qué no me dejan simplemente congelado? Suspéndanme entre esas dos barras. Déjenme flotando en el espacio, girando sobre mí mismo por siempre, como un pollo en el asador, hasta que se realicen sus planes.
- ¡No podemos hacer eso! -exclamó Loga-. Ese solo acto seria capaz de echarlo a perder todo. ¿Cómo iba usted a lograr su salvación? ¡Además, eso significaría una imperdonable violencia por nuestra parte! ¡Ni pensarlo!
- Fueron violentos cuando me obligaron a escapar y ocultarme de ustedes -indicó Burton-. Están siendo violentos ahora reteniéndome aquí en contra de mi voluntad. Y serán violentos conmigo cuando destruyan mi recuerdo de esta conversación con ustedes.
Loga casi se mesó los cabellos. Si era el Misterioso Extraño, el Ético Renegado era un gran actor. En tono dolorido dijo:
- Eso solo es cierto en parte. Teníamos que tomar ciertas medidas para protegernos. Si se hubiera tratado de cualquier otro hombre, lo hubiéramos dejado en paz. Es cierto que hemos violado nuestro propio código de ética haciéndole huir de nosotros, y examinándole. No obstante, era necesario. Y créame, lo estamos pagando en agonía mental.
- Podrían compensarlo en parte diciéndome por que yo, por qué todos los seres humanos que jamás hayan vivido, hemos sido resucitados, y cómo lo hicieron.
Loga habló, con interrupciones ocasionales de algunos de los otros. La que más intervenía era la mujer de cabellos amarillos, y al cabo de un tiempo Burton dedujo de su actitud y de la de Loga que o bien era su esposa, o bien tenía un alto cargo.
Otro hombre interrumpía también de vez en cuando. Cuando lo hacia, los otros mostraban una concentración y un respeto que llevaron a Burton a creer que era el jefe de aquel grupo. En una ocasión giró su cabeza de tal forma que la luz destelló en uno de sus ojos. Burton miró con asombro, pues no se había dado cuenta antes de que su ojo izquierdo era una joya.
Pensó que probablemente era un artilugio que le daba un sentido, o unos sentidos, de percepción que les estaban negados a los otros. A partir de aquel momento, Burton se sintió incómodo cada vez que el ojo facetado y brillante se volvía hacia él. ¿Qué era lo que veía el prisma de múltiples ángulos?
Al final de la explicación, Burton no sabia mucho más que antes. Los Éticos podían mirar al pasado con una especie de cronoscopio; con aquello podían grabar cualquier tipo de ser físico que deseasen. Utilizando estas grabaciones como modelo, habían realizado la resurrección con convertidores de energía en materia.
- ¿Qué es lo que ocurriría preguntó Burton- si recreasen dos cuerpos de un individuo al mismo tiempo?
Loga sonrió secamente y dijo que ese experimento ya había sido llevado a cabo. Sólo un cuerpo tenía vida.
Burton sonrió como un gato que acabase de comerse un ratón. Dijo:
- Creo que me están mintiendo. O diciéndome verdades a medias. Hay una falacia en todo esto. Si los seres humanos pueden llegar a un estado ético tan alto que al final pueden «ir más allá», ¿cómo es que ustedes, los Éticos, que se supone son seres superiores, siguen aquí? ¿Cómo es que no han «ido más allá»?
Los rostros de todos, excepto los de Loga y el hombre del ojo-joya, se pusieron rígidos. Loga rió y contestó:

- Muy astuto. Un punto excelente. Sólo puedo responder que algunos de nosotros van. Pero se nos exige más a nosotros, éticamente hablando, que a ustedes, los resucitados.
- Sigo pensando que están mintiendo -dijo Burton-. No obstante, no hay nada que pueda hacer al respecto. -Sonrió y añadió-: Al menos por el momento.
- Si persiste en esta actitud, jamás «irá más allá» -le dijo Loga-. Pero creíamos que le debíamos explicar lo que estamos haciendo... en la mejor forma posible. Cuando atrapemos a esos otros que también han sido manejados, haremos lo mismo con ellos.
- Hay un traidor entre ustedes -dijo Burton, disfrutando del efecto que producían sus palabras.
Pero el hombre del ojo-joya exclamó:
- ¿Por qué no le dices la verdad, Loga? Eso borraría esa repugnante sonrisa, y lo dejaría en su lugar adecuado.
- Muy bien, Thanabur. Burton, tendrá que ir con mucho cuidado de ahora en adelante. No debe suicidarse, y debe luchar tanto como hizo en la Tierra para permanecer con vida. Como hizo cuando pensaba que solo había una vida. Hay un límite en el número de veces que un hombre puede ser resucitado. Tras una cierta cantidad, que varía, por lo que no hay forma en que predecir el número que le corresponde a cada uno, el psicomorfo parece incapaz de volver a unirse al cuerpo. Cada muerte debilita la atracción entre el cuerpo y el psicomorfo. Finalmente, éste llega al punto de no retorno. Se convierte en... bueno, para usar una expresión acientífica: en una «psiquis perdida». Esta vaga sin cuerpo por el universo. Podemos detectar esos psicomorfos errantes sin instrumentos, al contrario de aquellos de los... ¿cómo lo diría?... los «salvados», que desaparecen enteramente de nuestras posibilidades de detección.
»Así que, como ve, debe abandonar esa forma de viajar a través de la muerte. Por eso el suicidio continuado de aquellos pobres infelices que no pueden enfrentarse con la vida es, si no un pecado imperdonable, sí irrevocable.
- El traidor, el sucio desconocido que dice estar ayudándole, estaba en realidad utilizándole para sus propios fines -dijo el hombre del ojo-joya-. No le contó que estaba usted malgastando su posibilidad de ganar la vida eterna al llevar a cabo sus designios, que también eran los de usted. El o ella, quienquiera que sea el traidor, es malvado. ¡Malvado, malvado!
»Por consiguiente, debe usted ser cuidadoso de ahora en adelante. Quizá le quede un residuo de una docena o así de muertes. ¡O tal vez su siguiente muerte sea la última!
Burton se puso en pie y gritó:
- ¿No quieren que vaya al extremo del Río? ¿Por qué? ¿Por qué?
- Au revoir -dijo Loga-. Perdónenos esta violencia.
Burton no vio a ninguna de las doce personas apuntar un instrumento contra él. Pero la conciencia se escapo de él tan rápidamente como una flecha de un arco, y se despertó...

CAPITULO XXX

La primera persona en saludarle fue Peter Frigate. Frigate perdió su reserva habitual: lloró. Burton también sollozó un poco y tuvo dificultad, durante un rato, para responder a las preguntas amontonadas que le hacia Frigate. Primero, Burton tuvo que saber lo que Frigate, Loghu y Alice habían hecho desde que había desaparecido. Frigate replicó que los tres lo habían buscado, y luego navegado de regreso Río arriba hasta Theleme.

- ¿Dónde has estado? -preguntó Frigate.

- He ido de un lugar a otro por la Tierra, y he caminado arriba y abajo por ella -citó Burton-. No obstante, a diferencia de Satanás, he encontrado al menos varios hombres rectos y perfectos, que temían a Dios y que repugnaban la maldad. Pese a todo, demasiado pocos. La mayor parte de los hombres y las mujeres siguen siendo los guiñapos egoístas, ignorantes, supersticiosos, ciegos, hipócritas y cobardes que fueron en la Tierra. Y, en la mayor parte de ellos, el viejo mono asesino de ojos sanguinolentos lucha con su cuidador, la sociedad, y acostumbra a escaparse y a ensangrentar sus manos.

Frigate charló mientras los dos caminaban hacia la enorme empalizada situada a un kilómetro de distancia.

El edificio del Consejo, que albergaba a la administración del estado de Theleme. Burton escuchaba a medias. Estaba estremeciéndose, y su corazón latía con fuerza, pero no porque hubiera vuelto a casa.

¡Recordaba!

Al contrario de lo que le había prometido Loga, recordaba tanto su despertar en la burbuja de prerresurrección, hacía ya tantos años, como la sesión inquisitorial de los doce Éticos.

Solo había una explicación: uno de los doce debía de haber impedido el bloqueo de su memoria, lográndolo sin que los otros lo supiesen.

Uno de los doce era el Misterioso Extraño, el Renegado.

¿Cuál de ellos? En aquel momento no había forma en que averiguarlo. Pero algún día lo sabría. Mientras tanto, tenía un amigo en el tribunal, un hombre que quizá estuviera utilizando a Burton para sus propios fines. Y llegaría un día en que Burton lo utilizaría a él.

Había otros seres humanos en los que había interferido el extraño. Quizá los hallase. Juntos, asaltarían la Torre.

Ulises tenía su Minerva. Habitualmente, Ulises tenía que salir de las situaciones peligrosas a través de su propia astucia y valor; pero de vez en cuando, cuando la diosa había sido capaz de ello, le había tendido una mano de ayuda a Ulises.

Ulises tenía su Minerva; Burton su Misterioso Extraño.

- ¿Qué es lo que planeas hacer, Dick?

- Voy a construir un barco y navegar Río arriba. ¡Hasta el final! ¿Quieres venir conmigo?

POST SCRIPTUM

Así termina el Volumen Primero de la serie del Mundo del Río.
El Volumen Segundo narrará cómo Samuel Clemens buscó hierro
en aquel valle pobre en minerales, lo encontró, y construyó
su gran barco fluvial de paletas, el NO SE ALQUILA.

PHILIP JOSE FARMER

A Vuestros Cuerpos Dispersos
(Comentario de la contraportada)

«"A Vuestros Cuerpos Dispersos", "El Fabuloso Barco Fluvial", "El Oscuro Designio" y "El Laberinto Mágico" constituyen los cuatro volúmenes de una de las series mas famosas de la literatura mundial de ciencia ficción: El Mundo del Río.
El mundo imaginado por Philip José Farmer es un mundo cruzado por un único y caudaloso río que lo atraviesa de parte a parte y cuya fuente es desconocida, y al que van a parar todos los seres muertos sobre la Tierra y, resucitados por una desconocida y extraña entidad con propósitos ignorados, en ese extraño planeta.
La vida puede ser muy apacible allí: la subsistencia está asegurada y la resurrección, tras cualquier tipo de muerte, también esta asegurada. Pero el hombre es un ser social, y las relaciones de esa sociedad artificial no son sencillas precisamente. La vida, aun en un mundo así, puede ser terriblemente difícil...
Philip José Farmer escandalizó a la puritana sociedad norteamericana en 1952 con su novela "Los Amantes", donde relataba, mas allá de todo convencionalismo, los amores de un terrestre con una mujer alienígena, por encima de todos los tabúes sociales y religiosos. Más adelante seguiría escandalizando al público con novelas como "Extrañas Relaciones", "Dare", con casi pornográficas como "Carne" y "La Imagen De La Bestia", y con novelas satíricas escritas al estilo Burroughs en las que enfrentaba a su gran personaje Tarzán con otros personajes literarios de la más diversa índole. Nada de su obra sin embargo ha alcanzado la resonancia universal de su serie del Mundo del Río, ...»